

MAÑANA CUMPLIRÉ 20 AÑOS

Alain Mabanckou

El Aleph · ElCobre



Colección Casa África
Título original: *Demain j'aurai vingt ans*
© Éditions Gallimard, 2010
Diseño gráfico: G. Gauger

Primera edición: septiembre de 2011
© de la traducción: Manuel Serrat Crespo

La edición de este libro ha sido
patrocinada por



CASA ÁFRICA

La Colección Casa África responde a los objetivos del Plan
Nacional para la Alianza de Civilizaciones



© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U.,
El Aleph Editores
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

Fotocompuesto en ALFA
Impreso en Reinbook
Depósito legal: B-33.863-2011
ISBN: 978-84-15325-04-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones
establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o
préstamo públicos.

MAÑANA
CUMPLIRÉ VEINTE AÑOS

Alain Mabanckou

El Aleph Editores

ElCobre

Traducción del francés de Manuel Serrat Crespo

grup62

Lo que más dulce resulta
Para un cálido corazón de niño:
Sábanas sucias y lilas blancas

Mañana cumpliré veinte años

TCHICAYA U TAM'SI

Le Mauvais Sang,
ed. P.J. Oswald, 1955

En nuestro país, un jefe debe ser calvo y tener una gran panza. Puesto que mi tío no es calvo y no tiene la panza grande, cuando le ves no puedes saber enseguida que es un verdadero jefe, con un gran despacho en el centro de la ciudad. Es «director administrativo y financiero». Según mamá Pauline, un director administrativo y financiero es alguien que guarda todo el dinero de la compañía y también es él quien dice: A ti te contrato, a ti no, a ti voy a enviarte a tu aldea natal.

El tío René trabaja en la CFAO, la única compañía que vende automóviles en Pointe-Noire. En su casa tiene un teléfono y un televisor. Mamá Pauline piensa que esas cosas son demasiado caras y para nada, que tenerlas no sirve porque antes la gente vivía mejor sin todo eso. ¿Por qué poner teléfono en casa cuando puedes ir a llamar desde la cabina del Gran Mercado? ¿Por qué televisor cuando puedes escuchar las noticias por la radio? Además, los libaneses del Gran Mercado venden las radios a un precio que puede discutirse. Puedes pagar también en varias veces si eres funcionario o director administrativo y financiero, como mi tío.

Me digo a menudo que el tío René es más fuerte que Dios a quien se adora en las oraciones del domingo, en la iglesia Saint-Jean-Bosco. A Dios nunca Le hemos vis-

to, pero tenemos miedo de Su poder como si pudiera reñirnos o pegarnos aunque viva muy lejos, donde ningún Boeing llegará nunca. Si se quiere hablar con Él, es preciso ir a la iglesia y será el sacerdote quien Le transmita nuestros mensajes que Él leerá, si le queda algún tiempo, pues está desbordado, allí arriba, mañana, tarde y noche.

Pero tío René está contra la Iglesia y cada vez le dice a mi madre:

—¡La religión es el opio del pueblo!

Mamá Pauline me ha explicado que si alguien te trata de «opio del pueblo» tienes que pelearte enseguida porque es un insulto grave y que tío René no puede utilizar una palabra muy difícil, como «opio», sólo para reír. Desde entonces, cuando hago tonterías, mamá Pauline me trata de «opio del pueblo». Yo mismo, en el patio de recreo, cuando algunos compañeros me molestan demasiado, les trato de «opio del pueblo» y nos peleamos por eso.

Mi tío afirma que es comunista. Por lo general los comunistas son gente sencilla, no tienen televisión, teléfono, electricidad, agua caliente, aire acondicionado y no cambian de coche cada seis meses, como el tío René. Así pues, ahora sé que puede ser también comunista y rico.

Creo que mi tío es duro con nosotros porque los comunistas no bromean con el orden a causa de los capitalistas, que roban los bienes de los pobres parias de la Tierra, incluso sus medios de producción. ¿Cómo entonces esos pobres parias de la Tierra van a vivir de su

trabajo, si los capitalistas son los propietarios de los medios de producción y devoran, ellos solos, en su rincón, los beneficios en vez de compartirlos a medias con los trabajadores?

Cuando mi tío monta en cólera, lo hace contra los capitalistas, no contra los comunistas que deben unirse porque, al parecer, pronto se libraré la lucha final. En todo caso eso es lo que nos enseñan también en la Escuela popular durante los cursos de Moral. Nos dicen, por ejemplo, que somos el porvenir del Congo, que gracias a nosotros el capitalismo nunca ganará esa lucha final que se acerca. Somos el Movimiento nacional de pioneros. Nosotros, los niños, somos primero miembros del Movimiento Nacional de Pioneros y, más tarde, seremos miembros del Partido Congoleño del Trabajo, el PCT, tal vez esté incluso entre nosotros el futuro presidente de la República, que mandará también en el PCT.

He aquí ahora que yo, Michel, hablo con palabras de mi tío, diríase que soy un verdadero comunista pero no. Puesto que repite palabras extrañas y complicadas como «capital», «beneficio», «medios de producción», «marxismo», «leninismo», «materialismo», «infraestructura», «superestructura», «burguesía», «lucha de clases», «proletariado», etc., he terminado recordándolas aunque, de vez en cuando, sin darme cuenta, las mezcle y no siempre las comprenda. Cuando habla por ejemplo de los parias de la Tierra, se trata de hecho de los forzados al hambre. Son los capitalistas quienes les fuerzan al hambre para que vuelvan a trabajar al día siguiente, aunque les exploten y no hayan comido nada ayer. Así pues, si los forzados al hambre quieren ganar

su combate contra los capitalistas, deben hacer tabla rasa de su pasado y salvarse ellos mismos, en vez de aguardar a que alguien venga a liberarlos. Sin ello, están jodidos por las buenas, tendrán siempre hambre y serán eternamente explotados.

En la mesa, en casa del tío René, hacen que me sienta en el lugar malo, justo frente a la foto de un viejo blanco que se llama Lenin y que no deja de mirarme aunque yo no le conozca y él no me conozca. También yo, puesto que no estoy de acuerdo en que un viejo blanco que no me conoce me mire malignamente, pues bueno, le miro directamente a los ojos. Sé que es descortés mirar a las personas mayores directamente a los ojos, por eso le miro a escondidas, de lo contrario mi tío va a enojarse y a decirme que le faltó al respeto a su Lenin, a quien todo el mundo admira.

Está también la foto de Karl Marx y de Engels. Al parecer no hay que separar a esos dos viejos que son como gemelos. Ambos llevan además una gran barba, piensan las mismas cosas en el mismo instante y, a veces, escriben juntos en un libro lo que han pensado. Gracias a ello la gente sabe ahora qué es el comunismo. Según mi tío, Karl Marx y Engels explicaron que la historia del mundo es sólo la historia de la gente que están en clases, por ejemplo los esclavos y los dueños, los jefes de tierras y los campesinos que no tienen tierras, etc. Así pues, en este mundo, algunos están arriba, otros están abajo y sufren porque los de arriba explotan a los de abajo. Pero como las cosas han cambiado mucho y quienes están arriba intentan ocultar bien su modo de

explotar a quienes están abajo, Karl Marx y Engels piensan que, sobre todo, no hay que equivocarse, las diferencias siguen existiendo, y en nuestros días hay ahora dos grandes clases que se pelean, que libran una lucha sin piedad: los burgueses y los proletarios. Es fácil reconocerlos por la calle: los burgueses tienen grandes panzas porque comen lo que producen los proletarios y los proletarios (o los forzados al hambre) son todos flacos porque los burgueses sólo les dejan unas migajas para que se alimenten un poquito y vuelvan a trabajar mañana. Y tío René dice que eso se llama la explotación del hombre por el hombre.

Mi tío ha colgado también en la pared la foto de nuestro Inmortal, el camarada presidente Marien Ngouabi, y la de Victor Hugo que escribió muchos poemas que nosotros recitamos en la escuela.

En principio, un inmortal es alguien que es como Spiderman, Sandokán, Tintín o Superman, que nunca mueren. No comprendo por qué debemos decir que el camarada presidente Marien Ngouabi es inmortal, cuando estamos ya al corriente de que se ha muerto, de que está enterrado en el cementerio Etatolo, al norte del país, un cementerio que está custodiado los siete días de la semana, las veinticuatro horas, y todo a causa de la gente que quiere ir a hacer sus grisgrís sobre su tumba, para convertirse también en inmortales. Pero bueno, hay que llamar a nuestro antiguo presidente «el Inmortal» aunque no esté ya vivo. El Gobierno se encargará del que no esté de acuerdo, será metido en la cárcel y juzgado cuando nuestra Revolución haya acabado de expulsar a los capitalistas y los medios de producción pertenezcan por fin a los parias de la Tierra, a los for-

zados al hambre que luchan día y noche a causa de esta historia de las clases de Karl Marx y Engels.

Mamá Pauline sabe que el tío René me da mucho miedo, y se aprovecha de ello. Cuando no quiero irme a la cama, por la noche, sin que me dé un beso, me recuerda que si no me acuesto su hermano creerá que soy sólo un pequeño capitalista que no quiere dormir porque primero quiere un beso de su mamá como hacen los hijos de los capitalistas que viven en el centro de la ciudad o en Europa, sobre todo en Francia. Olvidará que soy su sobrino y va a azotarme a base de bien. En cuanto lo oigo me tranquilizo y mamá Pauline se inclina hacia mí, apenas me toca la cabeza, pero no me da un beso como en esos libros que nos leen en clase y que pasan en Europa, sobre todo en Francia. Entonces es cuando me digo que los libros no cuentan siempre las cosas de verdad y que, por lo tanto, no hay que creer lo que llevan dentro.

Si a veces no consigo dormir, no siempre es por el beso que aguardo de mi madre, es también porque me molesta la mosquitera. Cuando me meto dentro tengo la impresión de que el aire que penetra en mis pulmones es el mismo que respiré ya ayer por la noche y no hago más que transpirar hasta mojar la cama como si me hubiera hecho pipí aunque no.

Los mosquitos de nuestro barrio son extraños, les gusta demasiado la transpiración, así se pegan a tu piel y tienen mucho tiempo para chupar bien tu sangre hasta las cinco de la madrugada. Además, cuando estoy en la mosquitera, parezco un cadáver, los mosquitos que giran a mi alrededor son como gente que está llorándome porque acabo de morir.

Le dije todo eso a papá Roger. Sí, dije que parezco un pequeño cadáver cuando estoy en mi mosquitera, que algún día, si no van con cuidado, voy a morirme de verdad allí dentro y no volverán a verme en esta Tierra pues me habré marchado ya arriba para reunirme con mis dos hermanas mayores a las que no conocí porque estaban demasiado impacientes por irse directamente al Cielo. Derramé lágrimas al contarle pues imaginaba cómo sería yo pequeño cadáver en un pequeño ataúd blanco rodeado de gente que está llorando por nada,

porque si uno ha muerto no regresa ya, salvo Jesús que es capaz de hacer milagros, de resucitar, diríase que la muerte es para él sólo una siesta por la tarde.

Papá Roger se preocupó porque a mi edad comience yo a hablar así de la muerte. Y me dijo que los niños no mueren nunca. Dios los vigila por la noche cuando duermen y les da mucho aire que respirar para que no se asfixien en su sueño. Yo le pregunté por qué Dios no puso mucho aire en los pulmones de mis hermanas mayores. Me miró compadecido:

—Me encargaré de eso, voy a quitar esa mosquitera.

Esperó semanas y semanas antes de encargarse de esta historia. Sólo ayer quitó mi mosquitera precisamente cuando regresó de su trabajo. Fue a comprarle Flytox a un comerciante libanés de la avenida de la Indépendance. Normalmente, un mosquito que se respeta, en cuanto oye pronunciar el nombre de Flytox en una casa huye en vez de querer morir tontamente.

Papá Roger vació el producto en mi habitación para que el olor dure más tiempo. Pero los mosquitos de nuestro barrio no son idiotas a los que pueda engañarse fácilmente, sobre todo porque reconocen en el Flytox el dibujo de un pobre mosquito que está muriéndose. ¿Acaso aceptarán suicidarse así como así sin combatir hasta la última gota de sangre? Esperan a que el olor del producto desaparezca y regresan más tarde a picarte por todas partes porque están enfadados por la guerra que tú les haces cuando son como tú, quieren vivir el mayor tiempo posible.

Por lo tanto, aunque tú eches el Flytox por todas partes de la casa, no debes cantar victoria demasiado pronto. Al final, los mosquitos conseguirán esta victo-

ria y lo contarán a los demás mosquitos de la ciudad que ignoraban que podían escapar así de ese producto. Los mosquitos no guardan jamás un secreto como nosotros, los seres humanos, no hacen más que charlar toda la noche, diríase que no tienen otra cosa que hacer. Como son los mismos que revolotean por el barrio Trois-Cents y que te han visto echar el Flytox en tu casa, van primero a pasear por casa de los vecinos que no tienen ese producto y en cuanto han terminado con ellos vuelven a tu habitación para ver si el olor del Flytox sigue allí. Hay incluso mosquitos que están acostumbrados al producto y que explican a sus compañeros cómo protegerse contra eso. Les dicen: «Tened mucho cuidado muchachos, hiede a Flytox en esta casa, salvo si queréis morir, de momento escondedlos en los armarios, en las marmitas, en los zapatos o en los vestidos». Y aguardarán a que bajes la luz de tu quinqué. Están contentos porque han comprendido que tienes demasiado miedo. Si tienes demasiado miedo, es que tienes mucha sangre bien caliente para alimentarlos durante semanas y que has querido escondérselo. Cuando uno de ellos viene a provocarte, si intentas aplastarlo con tus manos o con un contrachapado, los demás llegan como familia numerosa para atacarte por todas partes a la vez. Un grupito hace ruido, el otro ataca. Y lo hacen así por turnos. Los que hacen ruido no son siempre los que atacan, y los que atacan están detrás, en círculo. Y tú estás solo, no tienes más que dos manos, no puedes ver lo que ocurre a tu espalda, no puedes defenderte cuando ellos son un ejército bien entrenado que quiere vengarse porque has pensado que ibas a matarlos con tu Flytox. Te pican por todas partes, al-

gunos mosquitos entran en tus narices, otros se arrojan a tus orejas y te pican riéndose sarcásticos.

Por eso me he despertado hoy con granos rojos en todo el cuerpo. Cuando olisqueo mis brazos, noto todavía el olor del Flytox. Un mosquito muy enfadado —el jefe de la pandilla tal vez— me ha picado encima del ojo que ahora está hinchado, diríase que un diablo me ha dado un puñetazo invisible. Mamá Pauline me ha puesto un poco de grasa de boa encima y me ha consolado:

—Michel, no te preocupes, tu ojo se curará antes de que se ponga el sol. Con la grasa de boa me curaban cuando yo era pequeña. Esta noche pondremos otra vez la mosquitera que tu padre quitó. El Flytox de los libaneses es una porquería, y él lo sabe sin embargo.

Cuando Caroline me mira, me siento el más guapo del mundo. Tenemos la misma edad, pero ella sabe muchas más cosas que nosotros, los chicos. Mamá Pauline dice que es una muchacha *evolucionada*. Ignoro qué significa eso. Tal vez sea porque Caroline se comporta como una auténtica señora. A su edad se pinta los labios y es ella quien trenza el pelo de casi todas las mamás del barrio, incluso mi madre. Caroline escucha también lo que dicen esas grandes damas sobre los hombres y está impaciente por ser como esas mujeres a las que acompaña a hacer la compra en el Gran Mercado. Mamá Pauline dice que Caroline puede preparar un plato de hojas de yuca con habichuelas, algo que muchas personas mayores no siempre consiguen. Realmente está muy evolucionada.

Los padres de Caroline y mis padres son amigos. Viven a un extremo de la avenida de la Indépendance, justo antes de la calle que lleva al barrio Savon donde vive el tío René. Para venir a nuestra casa sólo tienen que caminar un poco, y nuestra casa es la que está pintada de verde y blanco a mitad de la misma avenida, frente a Yeza, el carpintero que fabrica montones de ataúdes y los alinea delante de su parcela para que la gente vaya a elegir.

Caroline y yo íbamos juntos a la escuela de los Trois-Martyrs, pero ahora ella va a otro establecimiento que está en el barrio Chic. No va ya a la misma escuela que yo porque su padre, el señor Mutombo se peleó con nuestro director.

Añoro mucho ese tiempo en el que bajaba ella por la avenida de la Indépendance, se reunía conmigo ante nuestra parcela. No tomábamos las calles asfaltadas porque nuestros padres decían que era demasiado peligroso a causa de los automóviles que no tienen frenos y de los conductores que beben alcohol de maíz antes de conducir. Evitábamos sobre todo el cruce del Bloc 55, donde esos coches atropellaban a la gente casi todos los meses. En el barrio se decía que era por culpa del comerciante senegalés Ousmane, que tenía su tienda justo frente al cruce. Al parecer tenía un espejo mágico que engañaba a los viandantes. Los pobres creían que los automóviles estaban muy lejos, a un kilómetro, pero sólo estaban a pocos metros de ellos. Y paf, los atropellaban cuando decidían cruzar. Llegaron a la conclusión de que Ousmane tenía muchos clientes, de que tenía más clientes que los demás comerciantes, porque la gente moría delante de su tienda. Nosotros pasábamos por detrás de aquel local y ni siquiera lo mirábamos porque teníamos miedo de divisar el espejo mágico de Ousmane. A veces, cuando yo iba detrás de Caroline, ella se volvía, agarraba mi mano, me sacudía, me incitaba a andar deprisa porque los diablos de aquel espejo mágico agarraban cada vez a los niños que iban detrás.

—¡Michel, no mires a la tienda de Ousmane! ¡Cierra los ojos!

Yo andaba deprisa, no quería desaparecer detrás de ella. Cuando por fin entrábamos en el patio del viejo edificio pintado de verde, amarillo y rojo —nuestra escuela—, teníamos que separarnos. Caroline iba a la clase de la señora Diamoneka, yo a la del señor Malonga. Mi mano estaba mojada porque Caroline no la había soltado durante todo nuestro camino.

Hacia las cinco de la tarde regresábamos también juntos. Ella me dejaba ante nuestra parcela, luego seguía su camino. Yo permanecía fuera aún, viéndola caminar. Se convertía en una manchita lejos, allí, en medio de la multitud. Y yo entraba en nuestra parcela, muy contento.

Mi mejor amigo, Lounès —que es el hermano de Caroline—, prefería ir solo a la escuela. ¿Acaso no quería caminar al lado de su hermana? Creo que era para demostrarnos que era el mayor, que estaba en la misma clase que los mayores. Ahora va al colegio donde aprende cosas más difíciles aún que las que se enseñan en la escuela primaria. Como él va al colegio de las Trois-Glorieuses, yo no quiero ir a otro colegio cuando tenga mi certificado de estudios primarios. En otro habría que hacer nuevos amigos. Yo quiero a Lounès, y creo que él me quiere también.

El padre de Caroline y de Lounès cojea de la pierna izquierda, y la gente se ríe cuando pasa por la calle. No es muy cortés burlarse del señor Mutombo pues no fue él quien le dijo a Dios: Yo quiero cojear toda mi vida. Nació así, cuando era muy pequeño intentó caminar, su pierna izquierda era más corta que su pierna derecha o

tal vez fuera su pierna derecha la que era más larga que su pierna izquierda.

Mirándolo bien, el señor Mutombo puede dejar de cojear si quiere, bastaría con llevar zapatos Salamander que tienen unos tacones tan altos que si un pigmeo los lleva va a parecer un rascacielos de América. Pienso que no es una solución porque la pierna derecha subirá más aún y la pierna izquierda que está enferma no podrá estar a la misma altura. Salvo si corta un poco la suela derecha de su zapato, pero entonces también se burlarán de él porque sus zapatos no serán ya iguales. La única solución es que el día en que muera pida a Dios que lo resucite con las piernas normales porque cuando Dios ha fabricado ya a un ser humano y lo ha enviado a nuestro mundo, todo ha terminado. No cambia ya Su decisión, de lo contrario la gente no Le respetaría ya. Además, eso querría decir que Dios es capaz de equivocarse como nosotros. Y eso no se ha visto jamás en este mundo.

El señor Mutombo es un hombre muy honesto, y es papá Roger el que habla así de su amigo. Se ocupa muy bien de Lounès y de Caroline. Los lleva al cine Rex donde han visto ya películas como *Los demolidores*, *El bueno, el feo y el malo*, *Los diez mandamientos*, *Sansón y Dalila*, *Tiburón*, *La guerra de las galaxias* y muchas películas indias.

Cuando el señor Mutombo viene a ver a mi padre, los domingos, van a un bar de la avenida de la Indépendance. Beben vino de palma, hablan en la lengua de nuestra etnia, el bembe. Si permanecen demasiado tiempo en el bar, mamá Pauline me dice:

—Michel, estás aquí sentado como un idiota cuando tu padre y el señor Mutombo están en un bar. Levánta-

te y ve a ver si están invitando a las muchachas del barrio y besándolas en la boca.

Y corro como un cohete, llego jadeante al bar. Encuentro al señor Mutombo y a mi padre bebiendo y jugando a las damas.

Papá Roger se extraña de que yo esté allí:

—¿Pero qué estás haciendo aquí, Michel? ¡Los niños no deben entrar en los bares!

—Mamá me ha dicho que viniera a ver si estáis invitando a las muchachas del barrio y si pegáis la boca a su boca...

Y los dos hombres se separan riendo. Yo regreso a casa con mi padre, que está algo ebrio. Le llevo de la mano, cuenta cosas que yo no comprendo. Tal vez cuando se ha bebido se discute con gente invisible que quienes fabrican alcohol han metido en la botella y que quienes lo beben son incapaces de ver.

Otro domingo, es mi padre el que va a ver al señor Mutombo. Van también a beber en uno de los bares del barrio, van a hablar en bembé, van a discutir con la gente invisible que está en las botellas, y será Lounès quien irá a decirles que la señora Mutombo le ha pedido que fuera a verificar si invitan a las muchachas del barrio y las besan en la boca.

El señor Mutombo es el mejor sastre de la ciudad. Cose los uniformes escolares de la mayoría de los alumnos de nuestro barrio. Hay padres de alumnos que vienen también de otros barrios para darle la tela y que él fabrique los uniformes de sus hijos. No faltan clientes en su taller y, al inicio del curso, siempre se retrasa pues la gen-

te espera al último momento —a menudo tres días antes de que comiencen las clases— para llevar la tela y obligar al señor Mutombo a trabajar deprisa.

Me gusta ir a su taller con una tela de mi padre al hombro y ver cómo se ocupa de ella porque sabe que mi padre no es un cualquiera, es alguien con quien comparte el vino de palma y el vino tinto en los bares de la avenida de la Indépendance.

Y luego, cuando veas la ropa que el señor Mutombo ha fabricado, quedarás asombrado y vas a creer que es un verdadero *prêt à porter* directamente llegado de Europa, salvo que no está envuelto y no vas a sentir el olor agradable que se siente en los vestidos de Europa, pues ese olor sólo viene de Europa y los blancos son tan pillos que nos ocultan muy bien su secreto para que nos siga gustando llevar sus vestidos en nuestro país, aunque cuesten más caros.

El día en que dije a mi madre que la señora Mutombo era una mujer gorda como una hembra de hipopótamo preñada, me tiró de las orejas y me explicó que una mujer es gorda porque tiene también un gran corazón, y que el corazón de quienes aman a los demás es siempre grande. Pensé entonces en la madre de Jérémie, un compañero de clase que no me gusta porque es demasiado inteligente y acaba siempre el segundo de la clase, justo después del angoleño Adriano. La madre de Jérémie es muy gorda y muy mala, e insulta a las demás mamás del barrio.

Mi madre había comprendido lo que estaba pensando. Me dijo:

—Es cierto, no todas las mujeres gordas tienen el corazón grande como la señora Mutombo. Sé que estás pensando en la madre de Jérémie, pero no es lo mismo.

Cuando la señora Mutombo viene a ver a mamá Pauline, nos trae buñuelos y zumo de jengibre. A mí no me apetece comer esos buñuelos porque hay dentro demasiado aceite. No quiero beber su zumo de jengibre porque pica en mitad de la garganta y acabas yendo directamente al aseo donde aunque aprietes muy fuerte durante una hora nada va a salir.

Pero mamá Pauline me riñe enseguida:

—¡Michel, cómete esos buñuelos y bebe ese zumo de jengibre! Cuando te dan una cabra, ¿vas a quejarte si tienes un diente cariado?

La señora Mutombo y mi madre se dedican juntas al comercio. Compran cacahuets al por mayor y los venden al detalle en el Gran Mercado. Las veo en nuestra casa o en la de los Mutombo contando el dinero que han ganado y repartiéndose por mitad los beneficios. Algo que los capitalistas no son siquiera capaces de hacer.

Pienso a menudo en el día en que Caroline decidió que ella y yo estábamos ahora casados. Fue un domingo por la tarde, mis padres no estaban en casa. Aunque yo no la esperaba, Caroline llegó con una pequeña bolsa de plástico en la que había muchas cosas:

—Michel, estoy harta de esperar a que seamos mayores, hoy vamos a casarnos.

Fuimos a la parte trasera de nuestra casa, montamos una pequeña tienda con ramas de mango y los paños que mi madre había lavado y puesto fuera, para que secaran al sol. Era nuestra casa.

Como el señor Mutombo fabrica siempre unas bonitas muñecas para su hija, Caroline traía aquel día dos. Según ella, aquellas muñecas eran nuestros hijos y las instalamos sobre una tabla para que jugaran juntas. Caroline comenzó a preparar la comida con falsos platos y falsas cucharas: botes de margarina vacíos y unos bastoncillos.

Tras unos minutos, me anunció que la comida estaba lista:

—Pronto nos sentaremos a la mesa, marido mío.

Dijo luego que primero debíamos dar de comer a nuestros dos bebés, porque tenían mucha hambre y no dejaban de llorar. Pero antes teníamos que darles un

baño. Yo lavé al chico, Caroline lavó a la niña porque el chico cuando está desnudo es como yo, y la chica cuando está desnuda es como Carolina, es normal pues que ella lave a la chica y yo lave al muchacho. Después del baño, les pusimos baberos para que la comida no manchara sus ropas y les dimos de comer.

Unos minutos más tarde, Caroline se volvió hacia mí:
—Bueno, ya han comido y, además, han eructado.

Los acunamos, luego los acostamos y nosotros hicimos como si estuviéramos comiendo. Discutíamos imitando los gestos de los mayores. Yo tocaba el pelo de Caroline, ella me tocaba el mentón. Era sobre todo ella la que hablaba mucho. Yo escuchaba y asentía con la cabeza. Reíamos mucho, y cuando yo no reía ella no estaba contenta. De modo que me reía aunque no hubiera que reír.

Advertí que se había puesto triste de pronto.

—¿Algo va mal? —le pregunté.

—Michel, tengo miedo.

—¿De qué?

—Tengo miedo por nuestros hijos. Tenemos que guardar un poco de dinero en el banco para cuando ellos sean mayores, de lo contrario serán desgraciados.

—Es verdad, tienes razón...

—¿Sabes que si son desgraciados el Estado nos los arrebatará para ponerlos donde ponen a los huérfanos que acabarán como los bandidos del Gran Mercado?

—Ah no, no deben ser bandidos del Gran Mercado, de lo contrario los meterán en la cárcel y seremos desgraciados toda nuestra vida.

—También tenemos que comprar un hermoso coche rojo de cinco plazas y hacernos más ricos que el presidente de la República.

—Cuenta conmigo, compraremos nuestro coche rojo de cinco plazas en la compañía de mi tío, nos hará un precio de familia. ¡Soy su sobrino directo!

—¿Y cuánto cuesta un coche rojo así, con cinco plazas?

—Se lo preguntaré a mi tío.

Me tendió un bastoncillo y un pequeño vaso vacío.

—Toma, fuma tu pipa o va a apagarse. Bebe también tu alcohol de maíz.

Fingí fumar la pipa y beber mi vaso de alcohol de maíz.

Me tomó de la mano:

—Michel, ¿sabes que te amo?

No respondí, era la primera vez que oía a alguien decirme «te amo». Además, su voz no era como antes y me estaba mirando, esperaba que yo dijese algo en aquel momento. ¿Y qué iba a decir yo? Permanecía silencioso porque me sentía muy ligero, como si fuera a emprender el vuelo hacia el cielo. Mis orejas se caldeaban, mi corazón palpitaba con tanta fuerza que creía que Caroline iba a oírlo.

Muy decepcionada, ella soltó mi mano:

—¡Realmente no comprendes nada! Cuando una mujer te dice «te amo», tienes que responder «también yo te amo», así responden las personas mayores.

Entonces respondí como las personas mayores:

—También yo te amo.

—¿Es verdad eso?

—Sí, es verdad.

—¡Júralo!

—Lo juro.

—¿Y cómo me amas, entonces?

—¿Tengo que decirte cómo?

—Sí, Michel, tengo que saber cómo me amas, ¿qué voy a pensar si no? Voy a pensar que no me amas y me dolerá todo el tiempo el corazón. Pero no quiero que el corazón me duela todo el tiempo porque mi madre dice que eso hace envejecer a las mujeres, y mi madre ha envejecido porque mi padre jamás le ha dicho CÓMO la amaba. Tengo miedo de envejecer. No quiero envejecer o algún día vas a decirme que no soy ya hermosa y vas a cambiar de mujer...

Oímos de pronto un avión que pasaba. Y entonces dije por fin:

—Te amo como el avión que pasa en estos momentos...

—¡No, no hay que decir eso! Quiero que me ames más que el avión porque el avión es para todo el mundo, es para la gente que va a Francia y que no regresa ya aquí.

Y lloró de veras cuando, hasta entonces, yo creía que estábamos jugando. Eso me dio también ganas de llorar, pero Lounès me ha contado ya que los hombres no deben llorar ante las mujeres, de lo contrario ellas pueden decir que somos débiles. Lloré pues en el fondo de mí mismo.

—¡No has comprendido nada aún, Michel! Quiero que me ames como el coche rojo que tiene cinco plazas y que será nuestro coche, el de nuestros dos hijos y nuestro perrito que será del todo blanco.

—Sí, te amo como un coche rojo de cinco plazas.

Entonces ella era feliz ahora, me tocó de nuevo el mentón, yo toqué de nuevo su pelo antes de secar sus lágrimas. Cuando intentó besarme en la boca retrocedí enseguida, diríase que una serpiente iba a morderme.

—Entonces tienes miedo de mí, ¿verdad?

—No.

—¡Sí!

—No...

—¿Por qué retrocedes entonces cuando quiero besarte en la boca, como en las películas de los blancos?

—La boca es para cuando estemos casados de verdad, con los testigos que elijamos y nuestros padres.

—¿Y quién será tu testigo?

—Tu hermano.

—El mío será Léontine, que es también mi mejor amiga.

Estaba tan contenta que me sirvió otro vaso de alcohol de maíz. Y como veía que yo permanecía silencioso, añadió:

—Es normal que no hables ya, estás cansado como todos los hombres cuando vuelven del trabajo. Voy a lavar los platos y, luego, nos acostaremos.

Me volvió la espalda, hizo como si lavara los platos frotando los botes de margarina vacíos. Me dijo que, mientras, siguiera yo bebiendo mi vaso de alcohol de maíz y fumando mi pipa.

Contó hasta veinte:

—¡Bueno, ya he terminado, lo he lavado todo! Voy a cerrar la puerta de la casa y apagaré la luz, ven conmigo a la cama, no tengas miedo.

Para apagar la luz, apretó un botón que yo debía imaginar.

—¡Listos, la luz está apagada!

Se puso en medio de la tienda, se tendió de espaldas y cerró los ojos. Me dije: Va a dormir de verdad, yo no tengo ganas de dormir en pleno día. Además, si mis pa-

dres nos encuentran durmiendo, no sé qué pensarán de todo eso. Debo largarme, sí, tengo que escaparme de aquí.

Cuando iba a levantarme para salir de la tienda, me agarró de la mano:

—Ponte encima de mí y cierra bien los ojos, así es como lo hacen las personas mayores.

grup62

Mamá Pauline va a la habitación, la sigo. Regresa al salón, regreso con ella. Está ante el espejo, yo estoy detrás de ella. Se pone carmín en los labios, se empolva el rostro, hago los mismos gestos pero sin ponerme nada porque esas cosas son sólo para las mujeres y al parecer si los chicos se las ponen significa que la cosa se ha jodido para ellos, que algo no funciona en su cerebro.

Se ha atado un fular de paño en la cabeza, yo llevo un sombrero con los colores de nuestro equipo de fútbol, verde, amarillo y rojo. Toma su bolso, busca por todas partes las llaves de la casa. Desde aquí las veo, pero ella busca, busca más aún y acaba encontrándolas sobre el armario.

No estoy en absoluto tranquilo. No quiero que mamá Pauline salga cuando papá Roger no está. Cierto es que mi padre no durmió ayer en casa. Duerme un día en casa y otro en casa de mamá Martine. El lunes toca en casa, el martes en casa de mamá Martine que vive en el barrio Savon, no lejos de mi tío. Y durante toda la semana papá Roger va y viene entre sus dos mujeres, diríase que es el cartero que puede verse por las calles del barrio Trois-Cents. Pero en una semana sólo hay siete días y no ocho, de modo que papá Roger no puede dividir la semana en dos aunque sea muy fuerte en arit-

mética. Encontró la solución a su problema: duerme un día en nuestra casa y el domingo siguiente en casa de mamá Martine. Por eso no está en casa hoy.

Nunca estoy de buen humor cuando mamá Pauline se acicala. La miro una vez más con su pelo que Caroline ha trenzado. Se ha puesto sus zapatos de tacón anaranjados, una camisola de paño del mismo color que su fular y un pantalón naranja. No me gusta cuando se pone el pantalón naranja que brilla y le ciñe demasiado las piernas y el trasero. En cuanto lo lleva, los hombres no hacen más que mirar cómo camina y silbar tras ella. Me pregunto qué idea tienen en la cabeza y por qué no hacen más que mirar a mamá Pauline cuando hay otras mujeres que andan por ahí con pantalón naranja que brilla, que ciñe sus piernas y su trasero. A veces agarro una piedra, apunto a un tipo que silba a mi madre. Ella se detiene, se vuelve hacia mí y aúlla:

—¿Estás loco o qué, eh? ¡Si es así, no saldrás más conmigo! ¡No me gustan los salvajes! ¡Opio del pueblo!

¿Por qué no me ha dicho que iba a salir a última hora de la mañana, eh? No sé adónde va. No sé si la gente de fuera va a agarrarla en un extremo de la avenida Indépendance o en un bar. Según Lounès, hay en nuestro barrio hombres muy malvados que están de pie en la esquina de la avenida de la Indépendance y esperan a que pasen las mujeres para soltarles cosas en absoluto amables u obligarlas a beber una cerveza en un bar cuyo interior es oscuro, a danzar luego la rumba de Tabu Ley o de Franco Luambo-Makiadi y acabar en una habitación donde van a hacer muchas cosas. Yo no

veo a mamá Pauline bailando con un hombre que no sea papá Roger. No veo a mamá Pauline yendo a una habitación y hacer muchas cosas con un hombre que no sea papá Roger. No puedo soportarlo. No. Además, recuerdo que una vez castigué como es debido a un señor que discutía demasiado con mi madre. Lounès me había facilitado el secreto que le ayudaba a proteger a la señora Mutombo contra los malvados que miran demasiado a las mujeres y que silban por detrás como si llamaran a un taxi colectivo por la calle.

Me dijo entonces:

—Michel, te juro que si metes azúcar en el depósito de un ciclomotor, pues bueno, va a estropearse y no arrancará ya. Lo he hecho y fue muy divertido. Desde aquel día, aquel señor no molesta ya a mi madre.

Al comienzo pensé: Está contándome tonterías. ¿Cómo puede el azúcar estropear un ciclomotor? El azúcar es bueno, le gusta a todo el mundo, de modo que también a los ciclomotores les gusta. Y al ciclomotor le gustará tanto que arrancará enseguida y correrá a más de doscientos kilómetros por hora.

Como no se me ocurría otra idea, me dije: ¿Qué pierdo con probar el secreto de Lounès, eh? Y es lo que hice pues realmente estaba enfadado viendo que el señor discutía con mamá Pauline y que ella, en vez de apartarlo como aparto yo los mosquitos que me pican hasta las cinco de la madrugada, a pesar del Flytox, le escuchaba, reía. Nunca le había visto reír de ese modo con papá Roger. ¿Qué tenía ese tipo que no tuviera mi padre, eh? ¿Qué estaba contándole de interesante para que mamá Pauline riera de aquel modo, eh? ¿Es normal, de entrada, hacer reír a las mujeres? ¿Acaso he he-

cho yo reír a Caroline así? No me gusta hacer reír a Caroline porque cuando una mujer se ríe yo me avergüenzo por ella, agacho los ojos para que ella no se avergüence también. Cuando una mujer ríe se vuelve fea, se ven sus dientes y su lengua. Pero los dientes y la lengua no deben mostrarse a cualquiera, por la calle. Tal vez por eso, desde que el mundo existe, nos escondemos en la ducha para cepillarnos los dientes.

Tomé pues una bolsa de azúcar, fui a la parte de atrás de nuestra parcela donde aquel señor malo había estacionado su viejo ciclomotor, vacié la bolsa en el depósito de gasolina y volví a sentarme ante la puerta de nuestra casa como si fuera un chico bueno. Mamá Pauline y el señor malo siguieron riéndose, mostrándose la lengua y los dientes. Para mí, aquella comedia duró por lo menos cien años y diez días.

El señor malo dijo por fin adiós a mamá Pauline y le pasó el brazo por el talle. Pensé: ¡Está ahogando a mi madre! Pero mamá Pauline siguió riéndose mientras aquel salvaje la ahogaba. Le enseñó una vez más sus dientes, y su lengua seguía fuera aún. Me avergonzaba por ella, que tan hermosa es cuando su boca está cerrada. Colérico, escupí en el suelo porque mi madre no había apartado de su cuerpo el brazo de aquel tipo maleducado. Era como si estuviese contenta de que él la estrechase puesto que también ella pasó un brazo por la cintura de aquel malvado, y ambos estaban ahogándose y riéndose.

El hombre desapareció detrás de nuestra parcela, estaba contento de sí mismo porque se marchó cantando.

Unos minutos después regresó muy deprisa, diríase que había visto el verdadero rostro del diablo.

Gritaba:

—¡Mi vehículo! ¡Mi vehículo! ¡Mi vehículo ya no funciona!

No comprendí de inmediato que un vehículo era un ciclomotor.

—¿Dónde están los chiquillos de este barrio? ¡Que vengan a empujar mi vehículo!

No había niños por los alrededores. Estaban todos en la misa del domingo, y las misas de la iglesia Saint-Jean-Bosco duran tanto que incluso Dios comienza a bostezar por culpa de las plegarias que son largas y cuentan lo mismo en los centenares de lenguas del país. Creo que entre nosotros Dios tiene mucho trabajo, incluso durante los días festivos.

Mamá Pauline y yo empujamos el ciclomotor. Ni por esas, seguía sin arrancar. Seguimos empujando como clavos o como los carretilleros zaireños del Gran Mercado. Llegamos hasta el lugar donde la avenida de la Indépendance sube tan arriba que los automóviles se estropean siempre allí. Nos vio un tipo y se compadeció de nosotros. Creí que iba a ayudarnos a empujar el vehículo, pero dijo que era un reparador de velomotores Solex, que sólo reparaba Solex, incluso, y que podía echar una ojeada a aquel velomotor sin cobrarnos dinero. Eso me molestó, no quería que reparase el vehículo. Se inclinó sobre el velomotor, muy concentrado, como un reparador de relojes. Abrió el depósito, inclinó el velomotor para que toda la gasolina cayera al suelo y descubrió que dentro había un producto blanco. Tras haberlo probado, sus ojos se volvieron grandes y verdes como limones:

—¡Es azúcar! Quien lo haya hecho es un pillastre. ¡Es grave! ¡Muy grave! Conozco esta avería y os asegu-

ro que el vehículo no arrancará ni que lo empujéis hasta la frontera del Camerún.

Miró a su alrededor como buscando a quienes le habían hecho aquella jugarreta. Yo estaba tranquilo en mi rincón, no podían acusarme puesto que también empujaba el vehículo. No puedes acusar a alguien que viene a ayudarte. Él creyó entonces que eran los envidiosos del barrio Trois-Cents quienes habían saboteado su vehículo.

El reparador de Solex aceptó, de todos modos, un billete de quinientos francos CFA. Aconsejó a aquel tipo que fuera a llenar el depósito en una gasolinera, y el tipo pedaleó en su vehículo hasta el barrio Savon.

Regresamos a casa en silencio con mamá Pauline. Estaba triste en vez de estar contenta como yo, puesto que acababa de salvarla de aquel malvado.

A la mañana siguiente, cuando arreglaba mi cartera para ir a la escuela, ella se me acercó:

—¡No soy idiota, Michel! ¡No me gusta lo que hiciste ayer! Como no queda azúcar en casa, pues bien, irás a la escuela sin desayunar.

Y he aquí que mamá Pauline quiere salir este domingo. Yo quiero protegerla porque papá Roger dice a veces que «a la gente no le gusta la gente». Dice también: «La mujer de otro es siempre dulce». Y a esos malvados de la avenida de la Indépendance mi madre les parecerá muy dulce pues va demasiado bien vestida y peinada. Quiero eliminar a esos malvados, unos tras otros. Soy muy fuerte, yo. Sí, soy como Superman, como Hulk, como Asterix, como Obelix, como Spiderman, como

Tarzán o como Sandokán. He leído lo que esos auténticos inmortales hicieron, Lounès me lo hizo leer. Como ellos, también yo tengo unos músculos que se hinchan cuando monto en cólera.

Pero mi madre me pide que me quede en casa porque el domingo los alumnos hacen sus deberes para el lunes. No estoy de acuerdo:

—Ya he hecho mis deberes. Sabía que el domingo íbamos a pasear y...

—¡Pues bien, tienes que volver a leerlos para corregir las faltas!

Como no sé ya qué responder, le digo:

—Mamá, ¿estás al corriente de que el domingo salen todos los malvados? Ellos no tienen días festivos, como papá Roger, no van a la iglesia, te agarrarán, te harán daño, te llevarán a un bar cuyo interior está oscuro, luego a una habitación donde te harán cosas en absoluto agradables.

Se ríe, me responde que nadie va a atacarla. Sigo sin estar de acuerdo, insisto porque es la gente de fuera la que impide a mamá Pauline darme un beso en la mejilla por la noche, antes de dormirme. Advierte que no voy a calmarme, que voy a seguirla.

—Michel, piénsalo bien: ¿de verdad quieres venir conmigo?

—Sí —respondo con una vocecilla, diríase que voy a llorar muy pronto.

—De acuerdo, de acuerdo, ¡ven conmigo pues!

A menudo me preocupo cuando ella dice «de acuerdo» con una voz que oculta algo grave que puede sucederme. Me preocupo cuando veo su sonrisita en la comisura de los labios, como si quisiera decirme: Ven

conmigo y ya verás lo que va a ocurrir, peor para ti. Pero hoy me importa un bledo, soy feliz, nada puede ocurrirme. Sonrío ya, iré con ella. Nos pasaremos, la protegeré.

Mientras me pongo bien el sombrero en la cabeza y abotono hasta el cuello mi bonita camisa, ella se pone detrás de mí y me toma por los hombros:

—¡Vas realmente muy bien vestido! ¿Pero sabes al menos adónde vamos?

—No...

—A casa de tu tío René.

Retrocedo unos pasos.

—¿Todavía quieres venir?

Niego con la cabeza. No, no quiero ir a casa del tío René. Porque estoy viendo ya a Lenin, que es calvo. Porque veo también la barba de Karl Marx, de Engels y las patillas del inmortal Marien Ngouabi. Porque imagino al tío René, a su mujer, a mis primos que comen mirando su plato.

—No, no quiero ir a casa del tío René.

Mamá Pauline ha comprendido que no voy a seguirla, se marcha sola pues. Yo permanezco de pie ante nuestra parcela, veo cómo se aleja. Siento su perfume en el aire. Lo olisqueo con los ojos cerrados. Luego, cuando abro los ojos, diviso a mi madre que anda por el borde de la avenida de la Indépendance. De vez en cuando se vuelve para comprobar que no estoy detrás de ella. Doy algunos pasos, me alejo un poco de la parcela. Quiero ver hacia dónde se dirige mi madre. Normalmente, para ir a casa de mi tío, se vuelve a la derecha, al extre-

mo de la avenida, luego se sigue recto hacia el barrio Savon.

He aquí que toma un taxi algo más lejos. El coche arranca, pero no gira a la derecha, gira a la izquierda, en la dirección contraria a la casa de tío René y se dirige al barrio Rex. Permanezco de pie en medio de la avenida, un automóvil puede atropellarme pues estoy pensando en muchas cosas. Imagino que el taxi dará media vuelta, que ha equivocado el camino.

Los coches me evitan, tocan la bocina. Un conductor se detiene, me insulta, me dice que estoy loco, que soy un niño de la calle, ¡un hijo de proletario!

¿Un hijo de proletario, yo? Diríase que es mi tío el que habla así. Pero el proletario es algo bueno en boca de tío René. El proletario es alguien explotado por el capitalista, por el burgués. Le he soltado a ese conductor:

—¡Opio del pueblo!

No me ha oído. De lo contrario se habría detenido para darme un buen bofetón en la cara.

Sigue sin haber un taxi que dé la vuelta con mi madre, pero estoy todavía plantado allí. Sé que mamá Pauline no me ha dicho la verdad. Repite a veces que la verdad es una luz y que uno no puede ocultar la luz en su bolsillo. Por eso el Sol es siempre más fuerte que la noche. Sí, ella me dijo que Dios creó el Sol para que la verdad llegue hasta los hombres. Pero los hombres buscan la noche porque para ellos es más fácil engañar a la gente cuando está oscuro. Yo tengo unos ojos que pueden ver en la noche. Mis ojos son antorchas que no se apagan nunca. ¿Por qué mamá Pauline me ha ocultado la luz y me ha hecho creer que el día es la noche? ¿Aca-

so ha ido a reunirse con el tipo que tiene un viejo ciclomotor? ¿Acaso hay otro tipo además de ese fantoche con sus brazos de gorila?

Casi comienzo a detestarla. Quiero aplastarlo todo como un Caterpillar, como un bulldozer, como un tanque del Ejército nacional popular. No escucho ya el ruido de la gente. Veo a los inmortales a mi alrededor. Me convierto en Superman y sueño que vuelo sobre la ciudad de Pointe-Noire para aterrizar donde se encuentra mi madre. A Superman nadie puede ocultarle la luz. Superman es capaz de encender el Sol a medianoche o de apagarlo a mediodía en punto. Decido pues que voy a apagar ahora el Sol para castigar bien a mamá Pauline. Cierro los ojos y abro mis brazos. Pero nada ocurre. No puedo emprender el vuelo como Superman. Vuelvo a cerrar los ojos e imagino que estoy pulsando un gran botón rojo para apagar ese Sol que mi madre ha robado. Abro los ojos, el Sol sigue ahí. Brilla cada vez más. Por otra parte, hace mucho calor.

Sé que mamá Pauline no va a casa del tío René. Sé que a menudo es el tío René quien viene a verla para abroncarla por sus historias de herencia de plantaciones y animales que la abuela Henriette Ntsoko dejó en la aldea Louboulou. O a veces viene a casa sólo para darme un pequeño camión de plástico, una pala y un rastrillo para que juegue al agricultor. Mi tío ha explicado a sus jefes blancos que soy uno de sus hijos, y todo para que esos blancos le den mucho dinero cada fin de año. Al parecer, cuantos más hijos tienes, más juguetes y dinero te dan los blancos. He oído decir, incluso, que algunos papás de este país hacen hijos para que los blancos les hagan muchos regalos. Y cuando

no tienen hijos van a buscar a sus sobrinos en las aldeas, los traen a la ciudad y falsifican su partida de nacimiento. Cuando el blanco lo ve, no lo verifica, suelta directamente el regalo, no intenta comprender por qué el rostro del papá y el del niño son distintos como el día y la noche. Para mí era fácil porque llevo el apellido del tío René. Antes de Navidad, pasa entonces por nuestra casa, me da mis juguetes —siempre los mismos— y un billete de mil francos CFA que mamá Pauline se niega a tomar. El tío René tira el billete al suelo, mi madre lo recupera en cuanto el coche ha arrancado. Cuando se pelean, oigo a mamá Pauline amenazando a su hermano.

—Si te quedas para ti la herencia de nuestra madre, les explicaré a tus jefes blancos que Michel no es tu hijo, que es sólo tu sobrino, y te expulsarán del despacho. Si tienes algo de suerte, te mantendrán en la CFAO, pero tendrás un despacho pequeño como los quioscos del barrio Trois-Cents.

Mi tío responde:

—¿Qué van a hacerme a mí los blancos, eh? Michel lleva mi apellido, ¡yo se lo di! ¡Te libré de la vergüenza, Pauline! Debieras al menos agradecermelo en vez de cacarear. Y ya puestos a ello, dime por qué el auténtico padre de Michel huyó después de su nacimiento, ¿eh? ¿Por qué no lleva el pequeño el nombre de su padre, eh? Es muy sencillo: ¡no tiene padre!

—¡Michel tiene padre, y su padre es Roger!

—¡Y un huevo! ¡Roger es sólo un padre nutricao! Además, tiene una primera mujer, y esa mujer es Martine. ¡Tienen hijos, sus verdaderos hijos!

Y se pelean así durante mucho tiempo. Se detienen

cuando me oyen toser. El tío René arranca su coche, baja el cristal de la ventanilla y suelta un billete de mil francos CFA sin mirarme. Soy yo el que corre a recogerlo.

grup62

Estamos sentados a la mesa, comemos carne de buey con habichuelas. Mamá Pauline y papá Roger están ante mí. Desde donde se han sentado, puesto que la puerta permanece a menudo abierta, pueden divisar todo lo que ocurre en la parcela mientras que yo doy la espalda a esta puerta. Distribuyo la sal o la guindilla cuando me las piden.

Mamá dice: ¡Michel, sal!

Papá dice: ¡Michel, guindilla!

Mamá dice: Michel, sirve bien a tu padre.

Papá dice: Michel, ¿no ves que el vaso de tu madre está vacío? ¡Sirvele cerveza, pues!

Diríase que soy un árbitro, sólo me faltan el silbato y las tarjetas.

Como de prisa pues espero que papá Roger me dé su gran pedazo de carne que miro a hurtadillas desde hace unos minutos. Pienso ya en el momento en que va a ponerlo en mi plato y en cómo voy a tragarlo. Comenzaré por las habichuelas, luego la emprenderé con la carne. Rascaré toda la carne, después buscaré con el tenedor el tuétano que hay en el hueso. Al final tendré que eructar para complacer a mi madre pues sabe que

este plato es mi preferido. Si no eructo pensaré que no me ha gustado, me mirará mal y me dirá que soy el opio del pueblo de esta casa, aunque no sea verdad. Por eso he inventado una técnica propia para eructar después de un plato que no me gusta: bebo primero mucha gaseosa, luego bloqueo de vez en cuando la respiración, aprieto la parte baja de mi vientre. Y entonces el eructo que sale resuena con tanta fuerza que ambos me miran, muy sorprendidos. Mamá Pauline advierte que no es natural, que he forzado mi eructo, y me riñe:

—Michel, ¿vuelves a intentar engañarme o qué? Por lo general no te gustan las espinacas con pescado salado. Además, no eructas así cuando comes carne de buey con habichuelas.

Papá Roger me da pues, a menudo, su gran pedazo de carne. Por eso, esta noche, le miro mucho como un perro desgraciado, pero él no me mira en exceso. Si sigue rehuyendo mis ojos, estoy jodido porque no sabrá que realmente me apetece el gran pedazo de carne que brilla en el centro de su plato. Nunca he visto un pedazo de carne que brille como éste. Tal vez porque hoy siento que no voy a ganarlo como los demás días. Tal vez también porque lo que puedes perder es siempre mejor que lo que tienes ya en el plato o en la boca. Tal vez, además, porque en mi cabeza me digo que estoy ya comiéndome ese pedazo de mi padre.

De pronto, siento que mi corazón cae hasta los tobillos: mi padre acaba de apartar primero las habichuelas con su tenedor antes de tomar el pedazo en cuestión. No, no va a hacerme eso, no se lo va a comer él, es mío, ¡es mío! Mi cabeza sigue el movimiento de su mano, cierro los ojos cuando esa carne desaparece por las bue-

nas en su boca bien abierta. No puede ya hablar durante unos minutos, la carne-ésa es tan tierna y buena que si hablas demasiado no puedes apreciarla como es debido.

Precisamente cuando se ha metido el pedazo en la boca, yo he cerrado los ojos para imaginar que era yo, Michel, quien había tomado esa carne con los dedos; que soy yo, Michel, quien siente el sabor de la salsa de tomate y el cubito Maggi en mis narices, que ese gran pedazo ha ido directamente a mi pequeño estómago que está muy contento de proseguir el trabajo que yo he comenzado en mi boca.

Abro los ojos y advierto que no ha ocurrido lo que he soñado. Esa carne no ha ido a mi panza sino a la de papá Roger. Me entristece mucho haber perdido, pero no muestro mi tristeza a mi padre. Aunque, por el modo como me mira, sé que ha comprendido que yo esperaba ese pedazo y él ha fingido no saberlo. Le oigo eructar y le veo quitarse con las uñas los restos de la carne de entre sus dientes.

Para no seguir triste, me digo: No es tan grave, papá Roger no ha puesto esta noche el gran pedazo de carne en mi plato para que yo no sea demasiado goloso, como mis primos Kevin y Sébastien.

Quitó la mesa. Mamá Pauline lavará los platos antes de acostarse. Tal vez incluso los lave sólo mañana por la mañana antes de ir al Gran Mercado, así es cuando está demasiado fatigada.

Y ahora papá Roger nos dice que tiene que enseñarnos algo muy importante, algo que, al parecer, no he-

mos visto desde nuestro nacimiento. Yo sigo estando un poco enfadado con él a causa de la carne que me he perdido. No porque vaya a mostrarnos algo muy importante, mi decepción de hace un rato va a esfumarse.

Levanta su vaso de vino muy arriba por encima de su cabeza, diríase que es una copa del mundo que ha ganado contra el Brasil:

—¡Festejemos el acontecimiento! ¡Ya veréis, es formidable!

Entonces mi madre y yo esperamos. No sabemos qué quiere que festejemos con él. Hemos comprobado bien que no hay nada en la mesa y nada escondido debajo de ella o en alguna parte del salón.

Sirve cerveza a mi madre y llena mi vaso de gaseosa con una gran sonrisa.

—¡Vamos, brindad conmigo!

Pienso en muchas cosas formidables de este mundo y me pregunto lo que puede enseñarnos papá Roger para que yo olvide ese pedazo de carne que está ahora en su vientre. Tal vez vaya a decirnos que le han aumentado el sueldo. O quizás ha encontrado otro trabajo mejor que el del hotel Victory Palace. O tal vez tiene ahora un gran despacho, mayor que el del tío René, con una secretaria muy guapa y milicianos altos como los soldados negros americanos, y esos milicianos impedirán que un cualquiera entre en su despacho sin cita previa. O quizá se ha comprado un buen coche. Está bien si se ha comprado un coche, pero por otro lado temo que me diga que el coche en cuestión es rojo y de cinco plazas. No tiene derecho a comprar un coche así. Soy yo el que debo comprarlo para que mi mujer, Caroline, sea feliz con nuestros dos hijos y nuestro perrito blanco.

Papá Roger está tan contento que está terminando solo la botella de vino. Y si eso sigue así corre el riesgo de emborracharse y discutirá con las personas invisibles que los fabricantes de alcohol meten en las botellas. Ahora bien, si está borracho, no podrá enseñarnos nada formidable. Por eso mamá Pauline le ha quitado enseñada la botella de delante, aunque él ha tenido tiempo de llenar bien su vaso y lo levanta, lo acerca a su boca con una sonrisita en la comisura de los labios. Diríase que le complace ver que esperamos, que no podemos beber como es debido si no nos dice lo que es formidable.

Nos habla de todo, de lo que ha ocurrido en su trabajo, pero no de lo que es formidable. Según parece, su patrona, la señora Ginette, ha regresado de París. Habían pintado las paredes del hotel y habían arreglado el jardín que está detrás porque ella había llamado por teléfono para advertir que regresaría de París con dos tipos cuyo trabajo es controlar lo que no funciona en un hotel y abroncar a los perezosos o darles patadas.

Mi padre tiene hipo, de todos modos consigue decir:

—Esos dos tipos... hip... Esos dos tipos que han venido de Francia... hip... estaban ahí para buscar la bes-tezuela. Es normal... uno de ellos... hip... hurgaba por todas partes, incluso detrás de la taza de los WC. Entretanto, el otro estudiaba cada factura con una lupa... Hip... y, finalmente, ha visto que no faltaba en la caja ni un solo franco CFA... hip...

Mamá Pauline no puede más:

—¡Has prometido que ibas a enseñarnos algo muy importante y formidable! ¿Qué es?

Y he aquí que mi padre vacía por fin su vaso, retira su silla, se levanta y va hacia su habitación. No camina

muy erguido como alguien normal. Le oímos repetir el nombre de su patrona. Nos miramos, nos preguntamos qué ha ido a buscar allí.

Mamá Pauline me susurra:

—Creo que tu padre ha bebido uno o dos vasos de más...

Papá Roger regresa al salón con una cartera negra y la deja sobre la mesa.

—Está ahí dentro, en esa cartera, ¡hip... hip!

Mi madre sigue poniendo mala cara:

—¿Y a qué esperas para abrirla?

Papá Roger pulsa un botón, la cartera se abre. Mamá Pauline y yo hemos estado a punto de golpearlos en la cabeza porque, sin saberlo, hemos decidido al mismo tiempo mirar lo que hay en la cartera. Dentro vemos sólo una cajita negra. Puesto que papá Roger comprende que nos estamos preguntando de qué sirve eso, nos dice que es un radiocasete, una nueva marca que acaba de salir en Europa, allí, y que mucha gente no tiene en nuestro país, ni siquiera algunos capitalistas lo tienen. Y con eso se puede escuchar también la radio.

Es la primera vez que veo ese aparato que mamá Pauline mira con temor, como si fuera una bomba y pudiera estallar dentro de unos minutos y matarnos a los tres.

Papá Roger nos explica que pueden grabarse muchas cosas dentro, basta con apretar a la vez la tecla «Play» y otra, roja, en la que han escrito «Record». Pero de momento quiere que escuchemos algo pues no puede grabar nada porque no tiene una casete virgen.

Mamá Pauline quiere quitar la mesa.

—¡No tenemos demasiado dinero y tú vas y compras cosas como ésa!

... Escúchame, Pauline...

—¿Cuánto te ha costado eso, además?

Papá Roger sonríe como si esperara esta pregunta. Se toma su tiempo antes de decir que es un regalo, que tenía ya ese radiocasete desde hace unos días, que lo había escondido en el hotel Victory Palace. No lo ha llevado a casa de mamá Martine porque allí hay demasiados niños que podrían estropearlo mientras él está ausente. Y entonces nos cuenta cómo lo recibió de un blanco, el señor Montoir, que le ha dado las gracias porque siempre ha sido amable con él durante sus vacaciones en el hotel. Está tan contento de hablar de ese blanco que de pronto se le quita el hipo:

—El señor Montoir es un cliente habitual del hotel. Cuando el blanco-ése llega de Francia, yo me encargo personalmente de él. Yo llevo al correo sus cartas, yo le proporciono las direcciones de los bares de la ciudad.

Añade en voz baja:

—Gracias a mí pasa buenos momentos en esta ciudad. Le llevo a la habitación gacelas muy hermosas y muy jóvenes.

Pienso: Si tío René viene uno de estos días a casa, tendremos serios problemas. Creerá que estamos convirtiéndonos poco a poco en capitalistas y que pronto tendremos también televisión, agua caliente y aire acondicionado. Bueno, también él tiene televisión, agua caliente y aire acondicionado, tal vez se sienta algo envidioso porque no tiene ese radiocasete que es un nuevo modelo, pero no va a guardarnos rencor por eso, puede comprarlo en cualquier momento.

Mi padre nos avisa:

—Escuchadme bien: debemos seguir siendo muy modestos y no ir contando por el barrio que ahora tenemos un radiocasete.

¿Voy a decirle ese secreto a Lounès? Creo que sí. No le oculto nada y sé muchas cosas de él. ¿Por qué no voy a decirle eso, pues?

Mi padre vuelve a buscar en su cartera y saca una casete. Pulsa un botón del radiocasete, se abre una pequeña ventana. Mete la casete dentro, cierra la pequeña ventana y pulsa la tecla «Play». Mi madre y yo hemos estado a punto de golpearnos otra vez las cabezas para ver bien cómo funcionan las cosas en el interior del aparato. Hay una cinta que gira en la casete y los ojos siguen el ritmo de esa cinta de color marrón. No se oye nada, pero la cinta gira.

De pronto, una gruesa voz nos hace retroceder. Papá Roger mantiene su calma en vez de tener miedo como nosotros.

Alguien comienza a cantar. Mi padre aumenta un poco el volumen. Miro el rostro de mi madre: está inmóvil. Su boca está entornada, sus manos cruzadas y puestas sobre la mesa. Realmente parece una estatua de la iglesia Saint-Jean-Bosco.

Se escucha ahora un estribillo que, poco a poco, me obliga a mover los hombros aunque no sea normalmente con ese tipo de música que se baila en nuestro barrio:

*Junto a mi árbol
Yo vivía feliz
Nunca hubiera debido
Alejarme de mi árbol*

*Junto a mi árbol
Yo vivía feliz
Nunca hubiera debido
Apartar de él mis ojos*

Mamá Pauline se mueve cada vez más, pero no lo hace para bailar, como yo, siento más bien que va a enojarse. De momento no dice nada y mira a mi padre que mueve la cabeza al compás de la canción. Yo me digo: Hay que mover la cabeza, no los hombros. Entonces dejo de bailar con los hombros y comienzo a mover la cabeza, como mi padre. También golpeo con los dedos la superficie de la mesa pues es preciso que papá Roger sepa que hay al menos en esta casa alguien que está contento con esa música que nos ha traído y que no se escucha en nuestros bares.

El señor sigue cantando. Su gruesa voz tal vez resuene incluso en la calle. Y sólo habla de un árbol del que lamenta haber apartado los ojos. Pienso: ¿Pero por qué está llorando así por un árbol? Nosotros los tenemos a montones, en la selva, la gente los corta cuando le parece y nunca llora, muy al contrario, fabrican con ellos leña para preparar la comida. Nosotros tenemos, incluso, tres árboles en nuestra parcela. ¿Acaso yo, Michel, el día en que no vea ya nuestros tres mangos, voy a echarme a llorar como ese señor que canta en el radio-casete? De modo que ese cantante es alguien que siempre está triste. Algo grave pasa en su vida para que se ponga a llorar por un árbol cuando debe llorarse por los seres humanos cuando abandonan esta Tierra. Tal vez ese cantante viva en un lugar donde ya no crece ni un solo árbol. Y como se ha alejado del único árbol que

tenía, pues bueno, ya no hace más que llorar de la mañana a la noche. Además, su voz es como las voces de la gente que canta en nuestros entierros y que hacen llorar a las mujeres y los niños. Las voces de esos cantantes de entierro son tan tristes y cálidas que incluso cuando el muerto no es un miembro de tu familia vas a detenerte unos instantes en la calle y echarte también a llorar. Y si lloras en la calle, la familia del muerto va a verle, va a sentirse triste y va a echarse a llorar con más fuerza aún.

Mientras el cantante añora su árbol, yo tomo la caja en la que estaba la casete. Le doy la vuelta y veo por fin la foto del cantante. Es un blanco con mucho pelo y unos ojos que brillan. Lleva bigote, su mirada es triste, pero su rostro es muy amable. Me digo: Nunca ha hecho daño a nadie, lo siento. Es la gente la que le molesta cuando él no hace más que cantar por su árbol. Como todas las personas amables, ese cantante debe de tener muchos glóbulos muy blancos, más blancos que los dientes acabados de lavar con el Colgate o el Esmalte Landry. Irá al Paraíso y dejará sus glóbulos blancos a los niños que no hacen tonterías. De modo que tengo que escucharle mientras habla de su árbol porque tal vez hable a escondidas de algo distinto a un árbol. Tengo que seguir moviendo la cabeza como papá Roger y fingir que estoy cantando, diríase que conozco las palabras.

Me atrae también algo más que está en los labios de ese cantante: una pipa. No es como la pipa que Caroline me hacía fumar cuando estábamos casados, ésa es una verdadera pipa y no un bastoncillo. Pero me detengo sobre todo en sus mostachos. Me gustan estos mos-

tachos. Papá Roger no se deja crecer los suyos, se afeita casi cada día. Yo, cuando sea mayor, espero tener un bigote como el de ese cantante al que voy a llamar en adelante «el cantante del mostacho» aunque su verdadero nombre, que está escrito en la casete, sea Georges Brassens.

grup62

Estamos sentados con Lounès al pie de su mango. Es el único árbol que tienen en su casa cuando nosotros tenemos un mango, una papaya y un naranjo. Pero el mango de la familia Mutombo tiene más ramas y hojas que el nuestro. Cuando voy a ver a Lounès, nos sentamos siempre debajo de ese árbol que está en un rincón, a la entrada de la parcela. Sólo recogemos los mangos que caen porque el señor Mutombo se enoja si los arrancamos. Según él, debe aguardarse a que una fruta caiga por el viento porque eso lo habrá decidido el propio Dios. De modo que nunca se ha arrancado uno solo de los frutos de ese mango. A menudo esperamos a que el mismo Dios nos los dé.

Lounès es mayor que yo. Puesto que crezco deprisa, espero tener pronto la misma talla, pero para eso es preciso que él deje de crecer. Es musculoso, y yo soy flaco. Cuando no me ve durante tres o cuatro días pasa enseguida por nuestra casa para comprobar que yo esté allí. A veces va incluso a buscarme a casa de mamá Martine y silba tres veces desde la calle para que yo salga. También yo hago lo mismo cuando le busco: paso primero ante su parcela, silbo tres veces. Si no está allí, voy has-

ta el taller de costura del señor Mutombo, a veces le encuentro ayudando a su padre a guardar las telas que han comprado en el centro de la ciudad o a poner carbón en la plancha.

Hoy estamos sentados bajo este mango porque no nos habíamos visto desde hacía algún tiempo. Yo había dormido dos días en casa de mamá Martine mientras mi madre estaba en el velorio del señor Moundzika que ha muerto «tras una larga enfermedad» como habían anunciado por radio. Puesto que mamá Pauline es una amiga de la señora Moundzika, no podía dejarla sola en su desgracia. Me dijo antes de marcharse:

—Estos días vas a ir a casa de Martine, vendré a buscarte cuando acabe el velorio. Sé bueno y pórtate con ella como te portas conmigo. Si me entero de que has hecho eso o aquello, algo malo, vas a oírme.

Un velorio dura por lo menos dos o tres días, algunos pueden durar más de una semana o dos si el muerto no está contento con su familia y pone mala cara en el ataúd. En ese caso, se espera a que los jefes tradicionales lleguen de las aldeas con sus tam-tams y sus hechiceros que harán algunos grisgrís. Esos hechiceros pedirán al muerto que se vaya al cielo de una vez y no vuelva a medianoche para asustar a la gente. Hay incluso muertos que son muy caprichosos y molestan a la gente el día en que los llevan al cementerio: bloquean los neumáticos del coche fúnebre, que no puede avanzar ya, lanzan truenos por el barrio, hacen que caiga la lluvia y su fantasma va a asistir también a los funerales para vigilar a quienes se burlan del cadáver o a los hombres que se divierten con las mujeres en vez de llorar. Si el fantasma del muerto advierte que su cuerpo

está mal lavado, que las sábanas que lo cubren son las sábanas baratas que los senegaleses venden en el Gran Mercado, que no se llora con mucha fuerza, entonces comenzará a molestar por la noche a todo el mundo.

Cuando mamá Pauline fue a ese velorio, me dije: Al menos que el fantasma de ese cadáver no sea demasiado caprichoso. Regresó dos días después, el fantasma en cuestión no había sido malvado, estaba contento del velorio y había aceptado marcharse con el cuerpo y dejar tranquilos a los vivos.

En cuanto un mango cae de arriba, Lounès y yo nos lo comemos. Como es el mayor, yo lo muerdo primero. Él le da dos bocados, yo sólo uno. Es normal, también su estómago es más largo que el mío.

Permanecemos de vez en cuando silenciosos, con los ojos cerrados para escuchar a las mariposas que vuelan por encima de nuestras cabezas. Contemplamos sobre todo los aviones que pasan y adivinamos en qué país aterrizarán. Aquél de nosotros dos que dice el nombre de un país debe decir, también, el nombre de su capital. Así sé que la capital de Bélgica es Bruselas, la de Inglaterra es Londres, la de Alemania es Berlín. Pero, como me explicó Lounès que estudia historia del mundo en el colegio de las Trois-Glorieuses, lo de Alemania es algo complicado porque ese país está dividido en dos por un gran muro que separa a la gente que, sin embargo, son todos alemanes. Hay un lugar capitalista y otro comunista. Yo no sabía el nombre de la capital del lugar comunista aunque sea un país que nos quiere porque todos luchamos contra los capitalistas. Lounès me en-

señó, pues, que la capital de la otra Alemania que es comunista como nosotros es Bonn.

Mientras muerde el mango, le miro y vuelvo a verme en el taller del señor Mutombo, que está diciendo a sus clientes:

—Mi hijo se llama Lounès por una promesa que hice a mi amigo argelino.

Y he aquí que explica que vivió durante un año y medio en Argelia, en un barrio de la ciudad de Argel que se llama Kouba. En aquel tiempo, quería ser un comerciante como los árabes que están entre nosotros y que se han convertido en los hombres más ricos de Pointe-Noire.

Le oigo explicar con grandes ademanes:

—Fui a Argelia porque me dije que también nosotros podíamos ser hombres de negocios. Podíamos hacernos gente rica como esos comerciantes, de lo contrario algún día nos venderían yuca cuando somos nosotros los que la fabricamos desde el origen del mundo.

Si entras en su taller, el señor Mutombo va a contarte diez veces al menos su historia de Argelia. Sobre todo no hay que recordárselo: Me la contaste ya el año pasado. De lo contrario, deja de trabajar en seco y sólo tendrás tu camisa o tus pantalones cuando hayan pasado, al menos, dos semanas. Debes pues escucharlo desde el principio hasta el final, y comenzará diciéndote que en aquel barrio que se llama Kouba aprendió primero a ser zapatero antes de dejarlo y de elegir por fin la costura. Añadirá que allí conoció también a un hombre que es como su hermano: el argelino Arezki.

Cuanto más miro a Lounès, más oigo a su padre hablando de su amigo Arezki:

—¡Encuentros como ése son cosa del destino! Por la mañana, desde la ventana de su domicilio, Arezki me veía bajando del autobús. Cada vez que se cruzaba con un negro, para él era la posibilidad de hablar de su viaje a Senegal donde había permanecido mucho tiempo con toda su familia. Me saludaba a lo lejos y yo me preguntaba si me habría conocido en el Congo o si se equivocaba de persona. Luego, cierto día, me invitó a tomar un té en su casa y me dijo: «No, no nos conocemos, pero mi casa es también la tuya, hermano mío».

El señor Mutombo te explicará también que en Argelia hay muchos negros como nosotros, y que esos negros son argelinos. Añadirá en voz muy baja que esa gente que tiene nuestro color sufre casi como los negros de Sudáfrica donde está prohibido que un blanco y un negro se sienten uno junto a otro en un autobús, aunque el autobús sea para todo el mundo. Si algunos suben con sus animales que tienen pulgas, ¿por qué los negros no pueden viajar también en ese autobús? Y el señor Mutombo se enojará de pronto, pero no vayas a creer que lo hace contra ti, que estás escuchándole:

—La gente no habla mucho del sufrimiento de los negros que viven en los países árabes. ¿Es normal eso, eh? Allí pocas veces se encuentran árabes de piel clara que se casen con árabes de piel negra. ¡No creáis que el racismo y la esclavitud existen sólo entre los blancos y los negros! También los árabes tuvieron esclavos negros, los azotaron como los blancos nos azotaban antaño, y viendo cómo los que son de piel clara tratan, en su país, a los negros, me digo que estamos aún en los tiempos de la esclavitud. Ahora bien, a mi hermano argelino Arezki le importaba un pito que sus vecinos ima-

ginaran que el negro que iba a tomar el té en su casa era su criado. Sí, en Kouba me tomaban realmente por un boy. La mujer de Arezki se llamaba Saliha, y tenían dos hijos varones: Yacine, el hermano mayor, que seguía sus estudios en Europa, y luego el pequeño Lounès, muy inteligente, con los ojos muy claros. Entre esos dos muchachos había una chica, Sara. A veces caminaba yo con esos dos niños por las calles de Argel, y la gente se volvía, preguntándose si serían mis hijos. Si era así, ¿por qué no eran tan negros como yo? Se decían entonces que yo era sólo un criado que cuidaba a los hijos de una familia capitalista de Argel. ¿A vosotros os parece eso normal?

Pasada su cólera, hablará de ese país con voz triste mientras esté cosiendo tu vestido:

—Abandoné la zapatería para aprender costura en un pequeño taller de uno de los barrios viejos de Argel que se llama Casbah. Era más rentable para mí aprender costura porque en nuestro país los alumnos cambian cada año de uniforme escolar cuando muchos van a la escuela descalzos. Además, mi taller va bien: he comprado una parcela, he construido una gran casa y nunca me han visto quejarme a diestro y siniestro. ¡Pero cómo me gustaba la Casbah! En ese barrio las casas están prietas unas contra otras y dan al mar. Es como si se viviera en una época antigua. Se ve a la gente saliendo de las pequeñas callejas zigzagueantes y desapareciendo por otras. Hay escaleras por todas partes, no haces más que subir y bajar. Si no conoces el lugar, puedes perderte. Durante la guerra de Argelia los franceses no quisieron entrar en la Casbah porque podían perderse dentro y ser atacados por los argelinos que sa-

ben todos, desde su infancia, a dónde llevan esas escaleras y qué calleja debe tomarse para llegar aquí o allá. Antes de abandonar Argelia, les hice una promesa a Arezki y su mujer. Les dije que si Dios me daba un hijo se llamaría también Lounès. Así eran las cosas con nuestros antepasados: se daba a los hijos los nombres de los seres que nos eran queridos y no sólo los nombres de nuestros parientes.

Hay en su taller una gran foto en blanco y negro donde se le ve en medio de su familia de Argelia. El señor Arezki y su mujer le rodean. Los niños están agachados delante, y el pequeño argelino que se llama Lounès es el que tiene el pelo muy negro, como su padre, y los ojos gachos. El señor Mutombo explica con orgullo que el pequeño argelino Lounès tenía en la foto los ojos gachos porque escondía sus lágrimas pues sabía ya que el amigo de su padre iba a regresar por las buenas al Congo.

El viento sopla mucho y caen demasiados mangos. No podemos comerlos todos. Lounès los reúne. Me dará algunos y guardará los demás para sus padres y Caroline.

Miro al cielo y me digo que tal vez llueva. Ahora bien, cuando llueve es como si un río se arrojara en el barrio. Pero creo que no va a llover. El cielo está claro aún. Lounès me dice que le crecen pelos abajo.

—¿Abajo, dónde?

—En lo cortado, ahí dentro.

Como no le creo, se baja la cremallera que cubre lo cortado y me lo muestra. Unos pelillos negros que brillan, parecen pelos de bebé. Dice que también yo seré

así. Que hay que tener pelos abajo para que las chicas te respeten bien. De lo contrario, para ellas eres sólo un niño y no puedes reñirlas. Los pelos muestran que te conviertes en hombre. No es la barba que incluso los chivos llevan.

—¡Yo no quiero tener pelo abajo! —le digo.

—Llegará, aunque no quieras.

—¡Quiero quedarme como estoy!

Cambia de tema y me pregunta si he visto a Caroline. De modo que ha comprendido que algo no funciona entre su hermana y yo. No puedo ocultarlo:

—¡No me hables de Caroline!

—¿Qué pasa? ¿Te ha provocado?

—¿Sabes que fue ella la que trenzó el pelo de mi madre y que por eso mamá Pauline se marchó sin mí?

—¿Y eso es todo?

—¿Cómo que si es todo? ¿Acaso cuando tu madre sale tú estás de acuerdo? Si Caroline no hubiese trenzado el pelo de mi madre, no habría salido sin mí aquel domingo.

Oímos que alguien se acerca por detrás. Es la señora Mutombo que sale de la casa. Tal vez nos haya oído discutir.

—¿De qué estáis hablando así, a escondidas?

—Nada, nada, charlamos —le responde Lounès.

Avanza ella lentamente con su gran corazón y pasa justo por delante. Puesto que lleva un saco de cacahuetes en la cabeza, me digo que va al Gran Mercado. Miramos como se aleja y yo acerco mi boca a la oreja de Lounès:

—Voy a decirte un secreto, no se lo digas ni a tu hermana...

—No está aquí, ha ido a trenzar el pelo de nuestra tía, esta mañana.

—Sí, pero cuando vuelva no debes decírselo, de lo contrario estoy jodido de veras.

—No se lo diré.

—Pues entonces, no vas a creerlo: en casa nos hemos vuelto capitalistas...

—¿Ah, sí? ¿Verdaderos capitalistas?

—Sí, tenemos un aparato muy nuevo que nadie ha comprado aún en esta ciudad y sirve a la vez de radio y de magnetófono. Es un radiocasete.

Le hablo del cantante de los mostachos:

—Su nombre es Georges Brassens. Es un señor amable que lleva bigote. No hace más que hablar de un árbol que le gustaba pero del que ha apartado los ojos. ¡Y canta de la mañana a la noche esa historia de árbol! A mí me da pena, tenemos que hacer algo. ¿Te parece normal que un hombre esté tan triste y que lllore por un árbol?

—¿Es un blanco?

—Según tú, ¿quién puede llorar por un árbol si no es un blanco?

Antes de separarnos, le prometo que uno de esos días, cuando pase por mi casa, escucharemos al cantante del mostacho. Pero será preciso que mi padre y mi madre no estén.

Está bien ser un jefe. Cuando digo «jefe», no pienso en mi tío porque él es un jefe más pequeño que nuestro presidente de la República que es a la vez presidente, primer ministro, ministro de Defensa y presidente del Partido Congoleño del Trabajo, el PCT. Es cierto que puede creerse de entrada que es demasiado goloso puesto que él mismo ocupa tantos puestos. Por lo demás, la gente cuenta que cuando hay una reunión del presidente de la República, del primer ministro, del ministro de Defensa y del presidente del PCT, nuestro presidente se queda solo en la sala discutiendo consigo mismo y habla primero como presidente de la República, luego como primer ministro, luego como ministro de Defensa y, finalmente, como presidente del PCT. Por eso la reunión dura más que cuando está con sus ministros.

Se olvida demasiado que ha ocupado esos puestos para protegerse, y yo lo comprendo, si acepta tener un primer ministro que no sea él, ese primer ministro querrá también ser presidente de la República y dará un golpe de Estado con el ministro de Defensa porque nuestro ministro de Defensa es un militar muy peligroso que conspiró ya para matar al inmortal Marien Ngouabi, y su conspiración tuvo éxito. El tal militar conoce bien a los demás militares de nuestro ejército, que le res-

petan porque no todo el mundo puede matar a un inmortal.

A papá Roger no le gustan los militares y cree que los nuestros tienen siempre hambre. Diríase que desde la última vez que comieron han pasado un siglo y diez días. Militares como los nuestros no podrán hacer la guerra si los zaireños nos atacan a las cinco de la madrugada para arrebatarnos nuestro petróleo y nuestro océano Atlántico con los grandes peces que viven dentro y que, normalmente, nos pertenecen también. Nuestros militares son demasiado flacos, no hacen educación física como los militares americanos o rusos que están cada vez entrenándose porque saben que la guerra mundial llega de pronto, y cuando llega no tienes tiempo para decir: Esperadme, antes de ir a combatir voy a hacer primero pipí.

Papá Roger cree también que nuestros militares no hacen deporte porque se dicen que no vamos a entrar mañana en guerra y que de todos modos, si hay una guerra, un pequeño país como el Congo no puede ganarla. De modo que nuestros militares son gente que lleva galones para nada. Son gente que nunca han combatido en una guerra de verdad. Y cuando les prometen nuevos uniformes militares, grados, cajones de cerveza que proceden del extranjero y un gran salario, aceptan dar el golpe de Estado con cualquier bandido para matar a los inmortales aunque esté prohibido.

Nuestro presidente lo ha comprendido todo y por eso ha decidido ser personalmente primer ministro, ministro de Defensa y presidente del Partido Congoleño

del Trabajo. Decidió ser también presidente del PCT porque, como el tío René repite, ser presidente de la República no es cosa de brujería, primero hay que ser el jefe del PCT. Y el PCT elige al presidente porque nosotros no queremos perder el tiempo en elecciones, como en Europa, donde se llega a pedir al pueblo, incluso, que elija quién va a ser el presidente de la República. ¿Es serio algo así? ¡No va a pedirse a la gente que elija un presidente! ¿Y si se equivocan, que ocurrirá luego, eh? El país puede quedar por los suelos. En cambio, los miembros del PCT nunca se han equivocado. Es normal pues que ellos elijan por nosotros al presidente de la República. Por otra parte, el presidente nos recuerda en sus discursos que las elecciones que tanto gustan a los blancos y que ellos nos ordenan hacer no son buenas porque retrasan la Revolución. Nuestro país lleva demasiado retraso, tenemos prisa, hay que alcanzar a Europa y no se puede alcanzar a Europa si se pasan días y días pidiendo a la gente que elija un presidente de la República. De todos modos, no todo el mundo podría votar. Algunos ni siquiera estarán allí el día en cuestión porque les dolerán las muelas y estarán en casa del dentista. Otros irán también a encargarse de sus plantaciones o morirán de paludismo o de la enfermedad del sueño. Y además no es cortés decirles a los viejos que vayan a votar cuando están tan fatigados y tienen derecho a descansar.

Yo no estoy de acuerdo con Lounès, él piensa que nuestro presidente es un dictador porque es militar. Yo estoy seguro de que en muchos países del mundo hay dicta-

dores que no son militares. Me importa un bledo pues que nuestro presidente sea militar, lo que me enoja es sólo cuando cuenta que ha sido enviado por el propio Dios. Porque si Dios quisiera mandar a alguien para que fuera presidente en nuestro país, habría enviado a su hijo Jesús puesto que lo hizo ya para salvar a los hombres en la Tierra. En todo caso, eso es lo que dice el cura, los domingos, en la iglesia Saint-Jean-Bosco.

Cuando el presidente nos explica que ha sido enviado por el propio Dios, la gente le cree sin verificar primero si es cierto o no lo es. Y nosotros, como los corderos del Gran Mercado, aprendemos sus discursos en la escuela porque según dicen lo que afirma es por nuestro bien, procede directamente de Dios. Aprendemos su historia gloriosa que cuenta cómo combatió a los enemigos de la Revolución en nuestro país, cómo mató él solo a esos enemigos que habían robado el tanque de nuestro ejército que se disponía a bombardear el norte del país antes de descender hacia el sur para bombardear también las pequeñas aldeas, incluso los animales de los pobres campesinos. Había que encontrar enseguida aquel tanque, el único que los franceses nos habían dejado después de la Independencia. Los franceses nos aprecian y también nosotros les apreciamos. Nos aman hoy todavía porque siguen encargándose de nuestro petróleo que está en el mar de Pointe-Noire, de otro modo nosotros lo malgastaríamos o lo venderíamos a los americanos que lo necesitan para hacer funcionar sus grandes coches.

Y al parecer fue él, nuestro presidente, puesto que nació invencible, quien fue a la batalla cuando era sólo un soldado e ignoraba que en las líneas de su mano derecha

estaba escrito que después de una batalla contra los enemigos de la Revolución, iba a convertirse en presidente. He aquí pues que llegó hasta el norte del país en una vieja Vespa, luego se disfrazó tan bien que nadie podía saber si lo que había allí era un militar o la hierba que se movía a causa del viento. Se arrastró, nadó, trepó a los árboles. Y cayó sobre aquellos centenares de enemigos de la Revolución, agrupados a orillas de un río para estudiar cómo eliminarlos en menos de veinticuatro horas. El futuro presidente lanzó un grito de guerra y comenzó a ametrallarles con los ojos cerrados. Disparaba más deprisa que Lucky Luke. Y cuando no quedaban ya balas en su arma, los espíritus de nuestros antepasados se las daban a montones. Incluso en cierto momento también los espíritus de nuestros antepasados se quedaron sin balas. El futuro presidente fue a ocultarse en un maizal donde dio con un anciano de la etnia bembe que ya sólo tenía un diente y que le dijo que cargara en su arma granos de maíz. Él no creía en esas mentiras, pero no tenía más remedio porque los enemigos llegaban tras él en masa. Y entonces cargó de todos modos su arma con granos de maíz. Cuando disparaba los granos estallaban como granadas de la guerra mundial. Y disparaba, disparaba, disparaba mientras los enemigos de la Nación caían unos tras otros y morían como ratas. El futuro presidente encontró por fin dónde aquella gente había ocultado nuestro hermoso tanque francés. El tanque funciona aún, los adversarios de la Revolución no lo habían utilizado. Nuestro futuro presidente regresó entonces con el tanque que él mismo conducía, y la población le aplaudía, le daba flores cuando entraba con el tanque en el estadio de la Revolución.

En cuanto fue presidente de la República, puesto que era ya un héroe nacional gracias a aquel tanque, escribió un libro muy gordo que leemos en el colegio, en el instituto y en la universidad. A nosotros nos leen sólo algunos fragmentos porque nuestro cerebro es aún demasiado pequeño, pero lo leeremos de la primera a la última página cuando llegemos al instituto.

grup62

Este sábado, la gente que pasa por la calle va bien vestida, diríase que es la fiesta de la Independencia. Los hay que aguardan al sábado para vestirse así. En cuanto veo demasiados trajes o paños nuevos, no tengo ni siquiera que preguntarme en qué día estamos. Forzosamente es un sábado. Esa gente hace siempre igual: el sábado muestran sus hermosos vestidos desde la mañana hasta que cae la tarde, antes de ir a montar jaleo por la noche en los bares de la avenida de la Indépendance. Van a bailar toda la noche, algunos dormirán el domingo hasta el lunes a mediodía y olvidarán ir al trabajo. El cura de la iglesia Saint-Jean-Bosco se queja porque no hay ya nadie en su iglesia. ¿Cómo va a tener la gente el valor de despertar el domingo por la mañana para ir a la iglesia si desde las seis de la tarde a las seis de la mañana han estado de fiesta y ni siquiera saben por qué magia han regresado a sus casas?

No hace demasiado calor. Miro al cielo, está tranquilo y es azul. Cuando un avión pasa, pienso en Caroline aunque estoy aún enfadado con ella. Ahora tengo que pensar en un coche rojo de cinco plazas cuando pienso en mi mujer. Tengo que pensar también en nuestros dos

hijos. Una chica y un muchacho, y no debo olvidar nuestro perro tan blanco. Mientras estoy imaginando mi vida con Caroline, alguien me toca el hombro derecho por detrás. Me vuelvo: es Lounès.

Se ríe y me pregunta si he tenido miedo.

—Ni siquiera miedo —le respondo.

Le gusta acercarse a hurtadillas. Ha traído bombones helados, dos para él y uno para mí. Me da el mío justo cuando entramos en la casa. Puesto que mi padre duerme hoy en casa de mamá Martine y mi madre está todavía en el Gran Mercado para vender sus cacahuets con la señora Mutombo, no tengo que preocuparme.

Lounès se ha sentado donde me siento yo cuando como con mis padres. Yo he ocupado el lugar de mi padre, he dejado la puerta abierta. Desde el lugar donde me encuentro vigilo lo que ocurre fuera.

Lounès mira una nueva foto que mi madre ha puesto en el armario. La tomaron hace unos pocos días sólo cuando, con mi padre y mi madre, fuimos a comprar mis zapatos Spring Court en los almacenes Printania donde se venden manzanas, uvas, y mucha fruta que llega de Europa. Al regresar, nos detuvimos en un bar de la avenida de la Indépendance. Entró un fotógrafo con su aparato e insistió ante mis padres para tomar una foto:

—¡Pero miraos! ¡Estáis muy guapos los tres, la foto será magnífica! Os prometo que si no es bonita no pagaréis nada.

Mi madre le dijo a mi padre que no debíamos malgastar por nada el dinero. Pero mi padre escuchó la cháchara del fotógrafo que aseguraba que con su aparato fotográfico alimenta a sus diez hijos, que desde ha-

cía un mes no había tenido ni un solo cliente. Mostró su gran herida en la tibia:

—¿Veis esto? Ni siquiera tengo dinero para comprar alcohol y mercurocromo. Además, tengo dos primas y dos tíos que acaban de llegar del poblado y yo tengo que alimentarlos. Hay también otro problema con respecto a la casa que alquilo, los propietarios que...

—Bueno, vamos a ello, haz pronto esa foto —dijo mi padre.

Mi madre frunció el ceño y miró mal a mi padre que añadió:

—Yo pago la foto. Michel, ponte entre tu madre y yo.

La foto está ahora ahí, sobre el armario. A veces la miro durante unos minutos y me siento contento de estar entre mis padres. En la foto tengo la boca abierta por culpa del fotógrafo. Nos había pedido que le sonriéramos al pajarito que iba a salir de su cámara fotográfica. Yo no quería sonreír sin ver primero qué tipo de pájaro, de qué color es, por dónde va a salir, si va a volar, si va a cantar como los pájaros de verdad que no se esconden en los aparatos fotográficos. Esperé con la boca abierta al pájaro, pero fue la luz que brotó la que me sorprendió. Y eso no es todo: no tuve tiempo para abotonarme la camisa. Se ve mi pecho que es demasiado plano porque soy pequeño aún para tener músculos como Sandokán. Mi madre lleva un fular de paño en la cabeza y tiene un vaso de cerveza junto a la boca. Mi padre se inclina un poco hacia mí. Diríase que quiere protegerme de los enemigos de la Revolución que pueden eliminarnos y ganar la lucha final. Mamá Pauline es la más alta de los tres. Hay un vaso de cerveza ante

mí, pero no era para beber, era sólo para la foto porque mi madre había explicado que si no se ponía ante mí un vaso de cerveza la foto no saldría bien, la gente del barrio creería que habíamos entrado en el bar sólo por la foto. De modo que hay ante mí ese vaso de cerveza. Y para que no digan también que yo fingía beber, mamá Pauline bebió un poco de aquel vaso. De modo que, si miras bien nuestra foto, como mi vaso no está del todo lleno, imaginarás que yo, Michel, bebí aquel día cerveza, aunque eso sea falso.

Mientras Lounès sigue mirando nuestra foto, yo desaparezo en la habitación de mis padres, tomo la cartera de mi padre y regreso al salón. Tengo que hacer como papá Roger. Abro la cartera poco a poco y saco el radiocasete. Aprieto una tecla, se abre la pequeña ventana. Tomo la única casete que tenemos y la meto en la pequeña ventana, luego vuelvo a cerrarla, poco a poco también: aprieto por fin el «Play», el cantante de los mostachos comienza a cantar. Escuchamos desde hace un rato al tal Georges Brassens y miramos también su foto que está en la casete. Siempre es lo mismo: Lounès me dice que calle y me pide que pase de nuevo la canción en cuanto ha llegado al final. En el radiocasete hay una tecla con una flecha que apunta hacia la izquierda. Bajo la tecla han escrito «RWD»: es la que debe apretarse para volver al comienzo de la canción. La última vez vi ya cómo lo hacía papá Roger. Y si he hecho bien la cuenta aunque no me guste la aritmética, he apretado al menos diez veces esa tecla para volver a empezar la canción.

No hablamos ya, hemos acercado nuestras orejas. Comenzamos a sabernos las palabras pero yo debo preguntar, de vez en cuando, a Lounès, qué significan algunas frases difíciles. Él sabe más palabras que yo porque está ya en quinto, en el colegio. Por ejemplo, no comprendo bien cuando, al comienzo de la canción, el cantante de los mostachos dice:

Abandoné mi encina
Como un cabrón
Mi compañera la encina
Mi alter ego.

¿Qué es un *cabrón*? No lo sé. Lounès no lo sabe. Lo dejamos correr.

Y luego, ¿qué es *alter ego*? No queremos dejarlo correr, tal vez *alter ego* sea lo más importante que hay en esa canción.

—*Alter ego* no es francés —dice Lounès.

—¿En qué lengua está si no es francés?

—Según creo, viene del dialecto de una tribu de Europa.

—¿Una tribu?

—Sí, una tribu muy pequeña de Europa que habla todavía el verdadero francés porque allí fue donde el francés nació.

Lo dice, pero siento que no está seguro. Puesto que no lo encontramos y seguimos reflexionando, Lounès me asegura que *alter ego* es alguien muy egoísta, como el señor Loubaki, el propietario del bar Le Relais que exige a los clientes que paguen el mismo día lo que beben, cuando en los demás bares se paga a final de mes.

—¡Sí, el señor Loubaki es *alter ego*!

Le respondo que no es posible que el cantante de los mostachos diga que su árbol es su *alter ego*, y su egoísta pues. De lo contrario, ¿por qué se echa a llorar por un egoísta y añorarlo en vez de insultarle como la gente insulta al señor Loubaki delante de su bar?

Lounès me promete que va a preguntárselo a su profesor del colegio, que yo no debo preguntárselo sobre todo a nuestro maestro porque si por desgracia no sabe lo que significa *alter ego* y *cabrón*, voy a tener problemas. Nuestro maestro se avergonzará ante los alumnos, creerá que he querido burlarme de él y me golpeará con un cable de ciclomotor. En el colegio de las Trois-Glorieuses ya no se pega a los alumnos. Son mayores y algunos de la talla del profesor, a veces le sacan dos cabezas. De modo que Lounès nada tiene que temer.

No sé por qué pero tengo ganas de insultar al barman Loubaki, llamarle *cabrón* y apodar a Lounès mi *alter ego*. Hay una vocecilla que me dice que *cabrón* es malo y que *alter ego* es amable. Mejor es ser *alter ego* que *cabrón*. Porque el cantante de los mostachos, estoy seguro, sólo puede desearle buenas cosas a su árbol, al que llama *alter ego*, y por eso lo llora de la mañana a la noche.

Por la noche, papá Roger se conecta con La Voz de América, una radio que da las informaciones en francés desde América. Me pregunto cómo esas informaciones llegan a un pequeño país como el nuestro y por qué nuestro presidente de la República no corta el sonido, porque a fin de cuentas esa radio cuenta cosas graves que Radio-Congo no puede decir, si no no habría ya radio aquí.

Mi padre sólo pone Radio-Congo para escuchar los comunicados que anuncian la muerte de gente en nuestras ciudades y nuestros poblados. No explican por qué esas personas acaban de morir, dicen «a consecuencias de una larga enfermedad» como cuando el señor Moundzika murió y mamá Pauline fue al velorio durante dos días. ¿Qué son esas «largas enfermedades» que no pueden explicarse por la radio? Además, en esos comunicados, se lamenta la muerte de fulano o zutana. Según papá Roger, entre quienes lamentan la muerte de esas personas muchos deseaban que desaparecieran pronto de este mundo para ir a apoderarse de las parcelas y los animales que los difuntos han dejado:

—Hay que desconfiar de las personas que se encargan del comunicado por la radio, finalmente son ellas quienes expulsan a la viuda y los hijos del domicilio del difunto y acaparan toda la herencia.

Cuando llega la hora de esos comunicados, primero se escucha una música triste, luego el que lee los comunicados adopta también una voz triste, diríase que los muertos que va a citar son gente de su propia familia. Yo me voy a mi habitación porque esa música no me gusta, porque detesto la voz de la persona que lee. Sé que finge sentir pena, que la pagan para estar triste. Pero entonces es cuando mamá Pauline se incorpora para escuchar con atención. Pide que suban el sonido, acerca su silla a la mesa y casi pega la oreja derecha a la radio. Y si oye los nombres de los poblados de la región del Bouenza, como Moussanda, Ndounga, Ntséké-Pembé, Batalébé, Kimandou o también Kiniangui, se vuelve y nos dice:

—Conozco a esa gente que acaba de perder a su padre. Viven a orillas del río Moukoulou, detrás de las plantaciones de la familia Kibonzi.

Y llora como si fuera un pariente nuestro el que acabara de morir.

Hay un periodista de La Voz de América que le gusta a papá Roger y que se llama Roger Guy Folly. En la mesa sólo nos habla ya de este hombre. ¿Lo hace porque el periodista en cuestión se llama Roger como él? Cuando mi padre pronuncia su nombre, diríase que habla de su propio hijo. Roger Guy Folly por aquí, Roger Guy Folly por allá.

Por la noche, es ese americano el que nos da la hora:

Son las veintiuna horas en tiempo universal, y están escuchando La Voz de América. A continuación

las informaciones de la noche desde Washington, con su fiel servidor Roger Guy Folly...

Ahora bien, cuando Roger Guy Folly dice «veintiuna horas» y miro yo el despertador que está sobre nuestro armario, veo perfectamente que en nuestro país no es la misma hora. Así pues, cuando aquí es de noche, hay otros países que están aún en pleno día con niños que juegan. Cuando aquí nos hemos levantado, en otra parte la gente duerme, y cuando aquí dormimos, en otra parte la gente está levantada. No es normal.

Papá Roger está siempre de acuerdo con lo que dice Roger Guy Folly. A veces aúlla, se vuelve hacia nosotros, nos pide silencio y nos promete que nos lo explicará todo dentro de unos minutos porque a mamá Pauline la molesta escuchar esas cosas que no comprende y esos nombres de países que oye por primera vez. Papá Roger me escribe entonces en un pedazo de papel los nombres de la gente, de las ciudades y los países.

Por ejemplo, esta noche Roger Guy Folly nos ha hablado de una ciudad que se llama Phnom Penh, la capital de Camboya. Phnom Penh es un nombre demasiado complicado de pronunciar. Escribirlo es muy complicado también, pero una vez se ha escrito se vuelve fácil como el agua que bebemos. De lo contrario, ¿cómo hacen los camboyanos para escribirlo y pronunciarlo cada vez, cuando son seres humanos como nosotros?

Pero mamá Pauline no siempre consigue pronunciar Phnom Penh.

Papá Roger le dice:

—Y sin embargo es muy sencillo: para pronunciar Phnom Penh, contraes la boca, soplas bloqueando el

aire como para silbar y abres de pronto la boca como cuando te pasmas ante una situación muy grave, ¡y así es precisamente en el caso de Camboya!

Roger Guy Folly nos comunica que el ejército de Vietnam acaba de tomar la ciudad de Phnom Penh y ha expulsado de allí a esa gente malvada que se llama los jemeres rojos que, sin embargo, son camboyanos. Esos malvados hacían sufrir a su pueblo aunque sean comunistas como nosotros. Así pues, los vietnamitas —su país está justo al lado de Camboya— han dicho: Puesto que esos jemeres rojos amenazan nuestras fronteras, pues muy bien, iremos a Camboya, arrebataremos Phnom Penh de las manos de los jemeres rojos y así el pueblo camboyano podrá respirar pues esos jemeres rojos han torturado demasiado, matado demasiado y liquidado demasiado a la población. Cuando los vietnamitas entraron en Phnom Penh, no quedaba casi nadie ya en la ciudad por culpa de los jemeres rojos que habían expulsado a toda la gente. Además, esos jemeres rojos buscaban realmente pelea desde hacía mucho tiempo. Provocaban demasiado a sus vecinos vietnamitas y además Camboya y Vietnam tienen ya antiguas querellas, como la mayoría de países que tienen fronteras juntos. Y cuando es así, uno de los países dice: Éste es mi territorio, es el territorio de mis antepasados, quiero recuperarlo por cualquier medio. El otro país dice: Ah no, éste no es tu territorio, es mi territorio y no voy a dejar que lo recuperes por cualquier medio, voy a protegerlo yo por cualquier medio. Y empiezan a combatir así por cualquier medio durante años y años. Por eso, cuando los vietnamitas entraron en Camboya, los camboyanos tuvieron primero miedo y se preguntaron:

¿Pero qué van a hacernos esos vietnamitas? ¿Acaso vienen a invadirnos para tomar nuestro país por cualquier medio? Cuando los camboyanos comprendieron luego que los vietnamitas querían darles bien a los jemeres rojos, muchos ayudaron al ejército de Vietnam, porque no querían ya seguir siendo demasiado torturados, demasiado matados y demasiado liquidados. El gobierno de los jemeres rojos huyó pues y fue a esconderse en la selva. Su jefe se llama Pol Pot y es tan malvado que liquidó a más de un millón y medio de personas antes de huir cuando los vietnamitas entraron en su país.

Si yo, Michel, fuera un camboyanos, habría apoyado a Vietnam con los ojos cerrados. Pero no todo el mundo está contento de que Vietnam entre en Camboya para expulsar a los malvados jemeres rojos. Los rusos están de acuerdo, pero los países como China o América y muchos más, que apoyan a escondidas a los jemeres rojos, dicen: No es normal que Vietnam entre en Camboya así como así, no estamos de acuerdo, seguiremos apoyando a los jemeres rojos que se han escondido en la selva. Los chinos han declarado incluso: También nosotros vamos a castigar a los vietnamitas, o a atacarlos de verdad de la buena, entraremos en su país como ellos han entrado en Camboya y ya veremos lo que va a pasar. Afortunadamente, el plan de los chinos ha fallado.

A fin de cuentas, hay un buen follón allí: hay ahora un nuevo gobierno en Camboya y su país se llamará en adelante la República popular de Kampuchea. Son pues un poco hermanos nuestros, pero no sé si nuestro país está contra Vietnam o lo apoya porque Roger Guy Folly no habla de nosotros en esa historia. ¿Por qué va

a hablar de nosotros? ¿Quién va a preguntarnos nuestra opinión? Nuestro país es tan pequeño que en las informaciones lo olvidan demasiado. Si algún día tenemos conflictos como el que ocurre en Camboya, entonces sí que hablarán de nosotros, de la mañana a la noche, como si fuéramos un gran país. Por un lado yo prefiero que no hablen de nosotros, sobre todo, en la radio. Sí, prefiero que seamos un pequeño país, al menos estamos tranquilos, estamos bien cómodos, y eso quiere decir que no hacemos la guerra, que no tomamos la ciudad de otro país, que no tenemos aquí jemes rojos ni Pol Pot que toque las narices a la nueva República popular de Kampuchea desde la selva donde se ha escondido.

El corazón me duele, y mucho, cuando tío René dice a mi madre que papá Roger no es mi verdadero padre, que sólo es un «padre nutricio». Papá Roger no cuenta para mí por lo de la nutrición y no es para nutrirme que decidió ser mi padre. Prefiero, a fin de cuentas, «padre adoptivo», eso significa que él me eligió y me eligió pensando bien en lo que hacía. Antes de decidir que yo iba a ser su hijo, papá Roger me había visto ya. Normalmente nunca se elige la cara de los niños que van a tenerse, no se ven siquiera antes de que vengan al mundo. Se espera a que el doctor diga será una niña, será un niño. Si realmente papá Roger no me hubiera querido cuando me vio por primera vez, me habría dejado tranquilo, me habría dejado solo con mi madre. Pero yo había salido ya del vientre de mi madre desde hacía meses cuando papá Roger me vio por primera vez. Aquel día yo le sonreí —y según mamá Pauline, al parecer, diría-se que yo estaba contento, que en aquel momento había comenzado a vivir y a decirme: Yo, Michel, seré alguien en la vida.

Papá Roger es mi padre, punto y final. No quiero saber si tengo un *verdadero* padre en alguna parte. No quiero ver el rostro de ese señor a quien no conozco y que sería mi *verdadero* padre. Es un cobarde que dejó

que mamá Pauline se las arreglara en el hospital cuando él se había casado con ella en Louboulou, el poblado de mi madre. Ese tipo era gendarme allí antes de llevarse a mi madre para vivir en el distrito de Mouyondzi, donde le habían destinado. Mamá Pauline era sólo una niña a su lado. Y he aquí que el tal gendarme dijo, justo dos años después de su boda: Ahora hago lo que quiero, salgo cuando quiero, tomo varias mujeres si quiero, voy a devolverte a tu maleza si no estás de acuerdo conmigo. Si abres tu boca de aldeana de Louboulou, meteré a tu familia en la cárcel hasta el fin del mundo.

Cuando mamá Pauline decía una palabra, el gendarme le enseñaba la pistola como en las películas de vaqueros y le pegaba unos gritos:

—¿De qué me sirves tú, Pauline, eh? Has quedado preñada dos veces y las dos veces los niños han muerto antes de salir de tu vientre. ¿De qué me sirves, pues, a fin de cuentas? Tu familia son unos hechiceros, han puesto grisgrís en tu vientre. ¡Nunca tendrás hijos!

El gendarme no dormía ya en casa. Venía unos minutos por la mañana para cambiarse de ropa, luego volvía a largarse corriendo como si en nuestra casa viviéramos con algunos diablos. Mamá Pauline cerraba la boca. ¿Qué podía decirle a aquel tipo? Sabía muy bien que estaba viviendo con otras mujeres a las que quería más, con otras mujeres con las que podía tener hijos que no muriesen al salir del vientre de su madre. Mamá Pauline dejaba la puerta abierta toda la noche porque el gendarme se enfadaba si estaba cerrada. Quería entrar en su casa en cualquier momento y a cualquier hora. Pero ya sólo venía cada dos días, luego cada

tres días, luego una vez a la semana, luego una vez al mes. Y mamá Pauline ya no le vio en absoluto. Ni siquiera intentó ir a preguntar en comisaría dónde trabajaba. Tenía otro problema que la entristecía mientras que el gendarme había desaparecido desde hacía más de tres meses: su vientre aumentaba. Y entonces ella no salía ya de casa, la gente del distrito no tenía que ver aquello. Esperaba la noche para hacer sus compras a las mujeres que vendían gachas por las calles. Se ponía varios paños para ocultar su vientre.

Mamá Pauline me cuenta a menudo que la noche en que empecé a dar pequeñas patadas de bandido para salir de su vientre caminé hasta el hospital central de Mouyondzi. Estuve a punto de no llegar a este mundo porque me daban miedo los hombres y las mujeres que charlaban alrededor de mi madre, en la sala de partos. Creía que al llegar a la Tierra encontraría el silencio, que estaría solo con ella como cuando estaba en su vientre y nadaba agarrándome al tubo que me enviaba cada día el alimento. Pero bueno, no quería hacer sufrir a mi madre, no quería ir al Cielo como mis hermanas. Si la gente charlaba a mi alrededor, es que algo no funcionaba y yo quería saberlo porque en el Cielo no iban a explicarme por qué a la gente le gusta charlar en la Tierra incluso cuando están en la sala de un hospital. Quería ver con mis propios ojos las caras de esa gente, oír su voz con mis propias orejas. De hecho, esa gente que discutía en la sala de partos pensaba que yo, Michel, iba a tomar el camino de mis dos hermanas, como un idiota. Pero yo quería vivir, quería seguir a mi madre a todas partes donde fuera, quería protegerla contra los gendarmes de la Tierra que amenazan a su mujer con

una pistola cuando son los bandidos a quienes deben amenazar con eso. Las enfermeras me vigilaban, pues, las veinticuatro horas del día. Yo las acechaba con un solo ojo. Leía en su triste rostro que esperaban lo peor puesto que habían visto ya a mi madre en ese hospital, en esa misma sala de la que salía derramando lágrimas con un niño frío en los brazos para correr hacia el depósito y meterlo en un frigorífico. Entre esas enfermeras había alguna que comprobaba si yo seguía respirando. Entonces yo me decía: Voy a jugar con esos adultos, voy a demostrarles que conozco su lengua, incluso lo que pasa por su cabeza. Me divertía cortando un poco mi respiración, cerrando los ojos, apretando mis labios y mis nalgas, y a veces me ponía tan pálido que parecía un cadáver de bebé blanco porque los niños negros, cuando llegan al mundo, por lo general son del todo blancos, sólo después se vuelven negros si no sus padres se pelearían y creerían que el verdadero padre era un blanco del centro de la ciudad. Creyendo que yo estaba muerto de veras, las enfermeras habían corrido hacia mí. Comenzaban a lloriquear con mi madre, y entonces abrí de pronto los ojos. Tenía ganas de gritarles: Dejarme tranquilo, ¿no veis acaso que respiro? ¿No veis que hace ya tres días que estoy vivo y que mis hermanas no vivieron ni un solo día? Francamente, si quisiera ir al Cielo, ¿iba a esperar acaso todo ese tiempo como un imbécil que no sabe lo que debe hacer para morir? Soy un bebé pero, cuidado, ya sé cómo se muere aunque no tenga ganas de no seguir respirando. ¡Quiero vivir! Dejarme descansar, llevo de lejos. Y, además, un poco de silencio por favor, ¡estamos en el hospital!

Mamá Pauline regresó a casa conmigo una semana después de mi llegada a la Tierra. Su gendarme todavía no ha aparecido, aunque ha oído en efecto hablar de mí. Mi madre supo que estaba diciendo ya que no era mi padre, que ella había hecho ese hijo con alguien del distrito, tal vez con el cartero o con el vendedor de vino de palma que, como el cartero, pasaba cada mañana por delante de casa. En todo Mouyondzi se repetía eso, y venían a espiarnos. Pero no había ningún hombre que viviera con nosotros o entrara en la casa a medianoche para salir a escondidas a las cinco de la madrugada. En el mercado, algunas mujeres contaban también que mi madre había tenido un hijo con un diablo que por la noche venía a casa. Creo que nadie ha visto mi rostro en ese distrito. Cuando salíamos, mi madre me cubría el cuerpo y el rostro y sólo me dejaba dos pequeños agujeros para que yo viese, por lo menos, el color del Cielo pues allí arriba la gente no es malvada.

Mamá Pauline abandonó el distrito dos meses después de mi llegada. No iba a pasarse el tiempo peleándose con aquellas mujeres que decían cualquier cosa sobre ella y sobre mí. No es que tuviera miedo de ellas, pero mamá Pauline sabe, y no presumo, cómo arañar el rostro de las mujeres malvadas. Cuando araña a una mujer malvada diríase que ha escrito un gran libro en chino o en árabe sobre su rostro. Pero ella no quería algo así.

En verdad no sé qué aspecto tiene el distrito de Mouyondzi que está en la región del Bouenza, en la sabana del sur. Puesto que sólo he visto su cielo, imagino que

su tierra es roja como todas las ciudades del Bouenza. En todo caso, eso dice nuestro maestro durante la clase de geografía. Imagino también que los animales domésticos de allí —los cerdos sobre todo— andarán por todas partes. Hablo de cerdos porque, según mi madre, a los habitantes de Mouyondzi les gusta ese animal y lo comen con plátanos machos en cualquier fiesta o cuando alguien acaba de morir. Imagino también que en ese distrito, si los padres son como el gendarme de mamá Pauline, hay entonces muchos otros niños que no tienen padre y muchas otras madres que viven solas con sus hijos. No deseo poner los pies en ese rincón hasta mi muerte, de lo contrario detestaría a la gente y les declarararía la guerra mundial, sobre todo a los gendarmes.

Yo me siento hijo de Pointe-Noire. Aquí aprendí a caminar, a hablar. Aquí vi por primera vez cómo cae la lluvia, y eres originario del lugar donde recibiste las primeras gotas de lluvia. Papá Roger me lo dijo un día y pienso que tenía razón.

Cuando salió del distrito de Mouyondzi, mamá Pauline no deseaba ya regresar a la aldea donde había nacido, de lo contrario aquella gente de Louboulou iba a burlarse de ella. Eligió la ciudad de Pointe-Noire porque el tío René vivía ya allí y acababa de finalizar sus estudios en Francia. Puesto que en nuestra etnia se dan a menudo a los niños los apellidos de los tíos, mi madre me dio el del tío René aunque no sea mi padre. Mi tío estaba muy contento viendo que su hermana le había elegido en lugar de su hermano mayor, el tío Albert Moukila, que trabajaba en la compañía de electricidad.

Está bien que el tío René aceptara sin discutir que mamá Pauline fuera a vivir a su casa conmigo y que le entregara algo de dinero para que iniciara su comercio de cacahuets en el Gran Mercado. Se levantaba por la mañana y se dirigía al barrio Mbotá donde compraba a los agricultores sacos de cacahuets. Después había que pelar los cacahuets y ponerlos luego en jofainas. En el Gran Mercado se sentaba detrás de su mesa y aguardaba a los clientes. A veces funcionaba y otras no. Pero incluso cuando no funcionaba se decía que la cosa no era grave, que mañana funcionaría mejor que hoy. Con el comercio no iba a hacerse rica. Al menos podía comprarme leche y pañales en vez de pedírselo cada vez al

tío René. Pero lo que ella no sabía es que allí, en aquel Gran Mercado de Pointe-Noire, su vida iba a cambiar. También la mía.

Era un domingo por la tarde y hacía mucho calor. No había demasiada gente en el Gran Mercado cuando levantó ella la cabeza y vio a un hombre ante su mesa, un hombre no muy alto, con el pelo bien peinado, la camisa bien planchada y una cartera en la mano izquierda. Creyó primero que era uno de esos malvados que, a veces, van a pedir a los comerciantes que paguen algo al ayuntamiento o al día siguiente no tendrán ya su mesa en el mercado. Pero cuando te cruzas con un malvado tienes algo de miedo, en cambio entonces ella sintió que las piernas le temblaban, que el corazón iba a caer en su vientre —según ella, así ocurre cuando se enamora—. El hombre de la cartera compró muchos cacahuetses y mi madre adivinó enseguida que si alguien compra tantos cacahuetses como si mañana no fuera a haberlos, es que tiene una gran familia que alimentar. Él solo no puede comerse todo eso. Añadió pues muchos cacahuetses e incluso rebajó el precio.

A partir de aquel día, el hombre de la cartera se plantaba regularmente ante la mesa de mi madre. Ya sólo le compraba a ella sus cacahuetses, y cuando no estaba allí se marchaba, prefería esperar al día siguiente, y eso enojaba mucho a las demás vendedoras que iban contando ahora, a diestro y siniestro, que mamá Pauline escondía unos grisgrís de la etnia bembe debajo de su mesa para atrapar a los clientes y que sus cacahuetses los preparaban por la noche los espíritus que ponían enci-

ma algo de sal. Al parecer, en cuanto probabas un cacahuate de mi madre estabas jodido, cada vez regresarías ante aquella mesa y te arruinarías, diríase que estás malgastando tu dinero en la Lotería nacional del Congo, donde para ganar tienes que ser de la familia del presidente de la República.

Cuando mamá Pauline llegaba ante su mesa, encontraba la tierra húmeda y olía a pescado por todas partes. De hecho eran las demás vendedoras las que vertían agua de mar en el suelo para que los clientes no se detuvieran ante el comercio de mi madre. Puesto que yo no comprendía por qué todo el mundo tenía miedo del agua de mar, mamá Pauline me explicó que era porque en el mar hay dentro demasiados espíritus, incluidos los espíritus de nuestros antepasados que están enojados porque los habían agarrado para ser esclavos y para trabajar en las plantaciones de los blancos donde los azotaban de la mañana a la noche. No en balde, pues, el agua del mar es tan salada. Se debe a la transpiración de esos antepasados y su cólera es la que provoca las olas.

A mi madre, por su parte, le hacía reír que arrojaran agua de mar bajo la mesa porque cómo podían los espíritus perder su tiempo ocupándose de un pequeño comercio de cacahuates cuando en este mundo hay cosas más importantes. Los clientes seguían acudiendo, incluso el hombre de la cartera. Pero mamá Pauline sentía que ese hombre no venía sólo para comprar cacahuates. Tenía algo más en la cabeza pues la miraba demasiado precisamente allí donde a los hombres les gusta mirar a las mujeres e imaginarse cosas que yo voy a imaginar cuando tenga veinte años. Pero no era culpa del hombre de la cartera porque mamá Pauline llevaba ya unos

pantalones anaranjados demasiado brillantes y que se ceñían mucho a su trasero. Los hombres no podían volver a otra parte la mirada y perderse aquello. Cuando pasaba por las calles de Pointe-Noire los hombres se volvían, silbaban, pero ella fingía no advertir nada y proseguía su camino hasta el Gran Mercado.

El hombre de la cartera permanecía de pie ante la mesa cuando mi madre le había ya servido. Estaba allí, hablaba, no paraba nunca. Su cháchara iba poquito a poco pues a mi madre le gustaba mucho lo que contaba. Aquel hombre me vio por fin en carne y hueso el día en que mamá Pauline me puso en una gran jofaina de aluminio con ropa dentro porque los cochecitos de niño costaban demasiado y yo detestaba que me llevara a la espalda con un paño, como las demás mujeres de nuestro país hacen por la calle con sus hijos. El hombre de la cartera se inclinó hacia la jofaina, apartó la ropa que ocultaba mi rostro y preguntó mi edad. Mamá Pauline le dijo que yo apenas tenía cinco meses y medio. Pasó unos minutos mirándome en silencio, luego me hizo muecas para que yo me riera. Dijo que me parecía mucho a mi madre, que no lloraba aunque hubiera ruido y peleas en el Gran Mercado. Mamá Pauline me jura que en aquel momento yo sonreí al hombre. Y, según ella también, yo sonreí para decir: Mamá, acabas de encontrar a tu hombre, no lo abandones ya, quiero que sea mi padre, mi verdadero padre, pues un hombre que me sonrío así no puede abandonarnos un día, además no es un gendarme, pues no lleva pistola para amenazarte como en las películas.

Mi madre y el hombre de la cartera iban a beber en los bares del Gran Mercado. Se ocultaron así durante meses y meses. A veces me llevaban con ellos cuando no había nadie para guardarme. Yo seguía sonriendo a aquel hombre amable en cuanto se inclinaba para contemplar mi rostro y hacerme muecas. Después de un año y medio se hartaron de jugar al escondite como nosotros, los niños, en el patio de recreo de la escuela de los Trois-Martyrs. El hombre de la cartera vino a ver al tío René una tarde, para presentarse. Dijo que se llamaba Roger Kimangou y que trabajaba en el centro de la ciudad, en el hotel Victory Palace. Explicó que estaba allí como un hombre responsable y que estaba dispuesto a todo para que mamá Pauline fuera su mujer.

Mi tío dijo en voz baja al oído de mi madre:

—No me gusta ese hombre, es demasiado bajo, no es normal.

Mamá Pauline le respondió:

—Nuestro presidente de la República es muy bajo pero combatió solo todo un ejército de malvados. Además, la gente le ama, incluso tú que eres miembro de su partido.

No podían pelearse demasiado ante el hombre de la cartera, sobre todo porque éste llevaba consigo una damajuana de vino de palma y un gallo blanco. En nuestra etnia, si quieres a una mujer, debes dar algunos regalos a su hermano mayor. Luego, aunque no vayas al ayuntamiento con la mujer para firmar los papeles, no importa. Nuestros antepasados son más fuertes que esos papeles que la gente desgarrá cuando ya no se quiere —y los hay que se insultan por la calle, diríase que son enemigos mortales—.

El tío René tomó la damajuana de vino de palma y el gallo blanco. Preguntó al hombre de la cartera por qué quería tomar otra mujer cuando tenía ya una con la que tenía muchos hijos. Mamá Pauline se enojó por culpa de esta pregunta y quiso abandonar la casa de mi tío para siempre. El hombre de la cartera la retuvo, habló con calma y repitió a mi tío que amaba a mi madre, que también me amaba a mí, que mamá Pauline era una buena mujer, que jamás haría diferencias entre su primera mujer y mi madre, que dividiría por dos su salario: una parte para su primera mujer, otra para mamá Pauline. Que, además, su primera mujer estaba ya al corriente de todo. Levantó la mano derecha, juró por el nombre de su difunto padre y de su difunta madre.

Entonces mi tío dijo:

—¡Cuñado, bebamos ahora! Esta discusión nos ha secado demasiado la garganta.

Antes de beber el vino de palma derramaron un poco por el suelo para que también nuestros antepasados lo probaran, de lo contrario todo saldría mal pues no se pueden hacer las cosas a espaldas de quienes nos protegen. Y pasaron la tarde discutiendo sobre Karl Marx, Engels, Lenin, el inmortal Marien Nguouabi y bebiendo vino de palma.

Cuando el hombre de la cartera iba a partir, mi tío se retiró con él a la parte trasera de la casa:

—No quiero que mi hermana menor vaya a vivir en la misma casa que tu primera esposa. De ser así yo, René, no pondré nunca los pies allí.

El hombre de la cartera nos encontró una casa en la avenida de la Indépendance, algo alejada de la de su primera mujer. Compró para nosotros aquella casa.

Nos pertenece pues, y él ha repetido siempre que la había comprado pensando en mí. Por eso, si lees lo que está escrito en los papeles de nuestra casa es mi nombre el que está escrito allí.

grup62

Cuando veo llegar a papá Roger, me convierto en un chico distinto. Tengo ganas de estar en sus brazos, de quedarme con él, de oírle hablar y tocarme la cabeza. A veces voy a esperarle a la parada del autobús Studio-Photo Vicky. En cuanto diviso a un hombre bajo con vestido marrón que baja del autobús, camina deprisa con una cartera en la mano izquierda y que mira siempre al frente, corro hacia él como un campeón del mundo de los cien metros. Me deja que lleve su cartera, la tomo en mi mano izquierda y levanto muy arriba la barbilla para caminar como una persona mayor. Quiero que quienes nos vean sepan que él es mi verdadero padre. Nos detenemos en un bar, él compra una botella de vino tinto, cerveza y gaseosa. Y caminamos así, felices, hasta mi casa. Dejo su cartera en la habitación mientras él se quita los zapatos, el traje y se cambia para venir a sentarse en el salón. Le hace unas bromas a mi madre antes de sentarnos a la mesa. Nos habla de las cosas que ha visto en el hotel Victory Palace. Nos dice que esta mañana han llegado muchos blancos. Que entre ellos está un tal señor Montoir, que es muy amable con él. Que ha hablado mucho con el señor Montoir que ha llegado de París con su mujer y su único hijo, Zacharie. Y ese pequeño Zacharie habla como

una persona mayor aunque sólo tenga mi edad. Como demuestro que estoy celoso de Zacharie, papá Roger intenta consolarme:

—Michel, también tú te expresas como una persona mayor. Estoy seguro de que si conoces a Zacharie vais a ser grandes amigos.

Mientras nos habla yo miro bien su rostro, sus ojos negros que brillan con la luz del quinqué, y me digo que tiene muchos glóbulos blancos, que irá directamente al Paraíso, que no estará lejos de Dios. Papá Roger es guapo —tal vez el más guapo de todos los papás de nuestra ciudad— y yo, cuando sea grande, querré ser guapo como él, caminar como él, llevar una cartera en la mano izquierda como él, regresar a casa como él, quitarme los zapatos, el traje y cambiarme para ir a sentarme en el salón y hacer algunas bromas a Caroline antes de que nos sentemos a la mesa con nuestros dos hijos.

Sigo mirando a papá Roger y me pregunto: ¿Por qué nos quiere a mi madre y a mí? Imagino cuánto trabaja para nuestra casa y la de mamá Martine. Digo mamá Martine porque no me gusta decir «madrastra» como la gente del barrio cuando hablan de la otra mujer de tu padre. Una madrastra es una mujer mala y bruja que se encuentra en los cuentos de la sabana y la selva. Una madrastra se pasa el tiempo maldiciendo al hijo de la otra mujer de su marido. Pero mamá Martine no es una madrastra. Es también mi madre.

Papá Roger se levanta siempre a las cinco de la madrugada para esperar el autobús en la parada Studio-Photo Vicky. El autobús le lleva hasta el centro de la ciudad

y lo deja delante del hotel Victory Palace, el gran edificio del todo blanco que se encuentra detrás de los almacenes Printania donde los blancos compran manzanas. Por eso, cuando mi padre me trae una manzana muy verde, la como poco a poco pensando en quienes no tienen la suerte de comerla en el barrio. Antes de morderla la acerco a mis narices, la huelo durante largo rato, con los ojos muy cerrados. Me digo que esa fruta viene de muy lejos, que cuando la como abandono nuestro pequeño país para aterrizar en países mayores con mucha gente que hablan lenguas que yo no comprendo pero que aprenderé muy deprisa. Y de pronto me siento tranquilo, siento que voy a vivir más de cien años como mi abuelo materno Grégoire Moukila, que no habrá ya problemas en nuestro pequeño país pues cuanto más pequeño es un país mayores son sus problemas y no haces más que asfixiarte día tras día. Yo no quiero que los problemas de los grandes países lleguen hasta aquí, de lo contrario vamos a asfixiarnos más que ahora aún porque somos ya demasiado pequeños. A veces, cuando papá Roger me ha traído varias manzanas, me encuentro directamente en una selva de Europa llena de manzanos, siento la nieve que cae y los muñecos de nieve que me sonrían porque saben que me llamo Michel. Me tiendo entonces al pie de uno de esos manzanos que está a orillas de un río, me duermo, no siento el frío de ese país de Europa y sueño que estoy creciendo.

El hotel Victory Palace pertenece a los franceses. Papá Roger anota el nombre de los clientes que llegan y el de los que se marchan. Es recepcionista desde hace más

de veinticinco años, conoce su trabajo, de lo contrario no estaría ya allí. Tiene ante él un teléfono, las llaves de todas las habitaciones del hotel están a su espalda. No puedes entrar en una habitación de ese hotel sin que papá Roger te dé la llave. Además, para trabajar en la recepción, hay que hablar bien el francés porque la mayoría de las veces son franceses los que van a pasar allí sus vacaciones. Y eso no es todo: también hay que hacer reír a los clientes. Papá Roger tiene siempre una broma, pues, para que esos blancos se rían ya que, según dice, con el frío que hace allí, en Europa, los blancos no se ríen mucho. Los músculos de su rostro están congelados. Y si se han reído bien, le dan a mi padre algo de dinero el día en que se van. Cuando son más generosos, como el señor Montoir, pueden darle un radiocasete y una casete del cantante de los mostachos. Antes de ir a contar sus chistes a los blancos, mi padre los ensaya primero en casa para ver cómo salen. Nos pide que nos sentemos y le escuchemos. Promete que vamos a morirnos de risa porque los chistes en cuestión son muy divertidos y ni él mismo deja de reírse. Saca entonces un pedazo de papel de su bolsillo y nos lee en voz alta:

—Escuchad esto: un obrero, apremiado por su patrón que le había pedido que reparara el aire acondicionado, dijo: «No es posible climatizar y guardar la ropa».

No nos reímos, pero él se troncha.

Añade:

—Cuando el presidente Georges Pompidou estaba enfadado, gritaba siempre: «¡Es la menor de mis secreciones!».

No nos reímos, pero él se troncha.

Añade:

—Un tipo fue a casa del dentista que le ofreció una prótesis dental demasiado cara. Se levantó y abandonó el lugar soltándole al dentista: «¡Que Dios me proteja!».

No nos reímos, pero él se troncha. Añade, algo decepcionado esta vez por nuestro comportamiento:

—Para encontrar los propios orígenes hay que remontarse siempre al árbol ginecológico.

Seguimos sin reírnos, le vemos reírse hasta derramar lágrimas, también él nos mira, y nos echamos a reír porque no ha conseguido hacernos reír. Se mete el pedazo de papel en el bolsillo. Tal vez los blancos se rían cuando oigan estos chistes. Pero nosotros no veíamos en qué momento había que carcajearse.

El tío René critica mucho el trabajo de mi padre. Piensa que el despacho de papá Roger no es un verdadero despacho, que apenas es un lugar donde los clientes van a tomar las llaves de las habitaciones del hotel. Piensa también que mi padre no tiene poder, como él, que es el director administrativo y financiero de la CFAO. Que cuando los patrones del hotel Victory Palace hablan de mi padre, él mira al suelo y repite: «¡Sí, jefe!». Que es así como los negros respondían a los jefes blancos que nos mandaban antes de la independencia de nuestro país. Según mi tío, el recepcionista de un hotel significa sencillamente boy en casa de los blancos, y es vergonzoso.

¿Y qué pasa? Yo, Michel, digo que todo el mundo es el boy de alguien. Incluso el tío René es el boy de al-

guien porque siempre hay un superior que va a decirte: haz eso, no hagas aquello. Sólo nuestro presidente de la República no es el boy de nadie. Pero tampoco ahí estoy seguro, porque nuestro presidente no es tan poderoso como los presidentes de países como los Estados Unidos de América, la URSS y Francia. Por lo tanto, ante esos presidentes, nuestro presidente se hace muy pequeño, como un enano, y se convierte en su boy, se convierte en su recepcionista y ellos deciden por todos nosotros. Cuando los americanos, los rusos y los franceses hablan, también nuestro presidente mira al suelo y responde: «¡A sus órdenes, jefe!». Y si nuestro presidente no está de acuerdo, si es tozudo, si les falta al respeto a los americanos, a los rusos y a los franceses, pueden bombardear nuestro país en un solo día, borrarlos del mapa del mundo o dar nuestro territorio, nuestro petróleo, nuestro río y nuestro océano Atlántico a los zaireños que tal vez sólo esperen eso.

¿Qué problema hay si papá es recepcionista en el hotel Victory Palace, eh? No hay oficios tontos, sólo hay gente que tontea. No sé dónde oí eso: creo que es el señor Mutombo el que lo dice cuando los padres de los alumnos van a insultarlo en su taller de costura porque se ha retrasado en los uniformes escolares y no hace más que contar su historia de Argelia. Le insultan, le tratan de don nadie, y él responde que no hay oficios tontos, sólo gente que tontea. Todo el mundo se ríe de él porque habla de gente que tontea cuando él mismo cojea.

De hecho, mi tío ignora que papá Roger es un hombre muy inteligente que sabe lo que ocurre en todo el mundo. Fue a la escuela hasta el certificado de estudios

primarios y, en su tiempo, tener un certificado de estudios primarios era como tener un diploma para ir a la universidad, en Francia, y estudiar con los blancos. Además, papá Roger lee muchos periódicos que encuentra en su trabajo. Los blancos los dejan en la recepción cuando han terminado de leerlos mientras toman su café. También dejan libros. Mi padre los toma, los trae a casa y nos advierte:

—No toquéis mis libros, los leeré cuando me haya jubilado.

grup62

Caroline pasa ante nuestra parcela. Mi corazón comienza a palpar con mucha fuerza. Estoy contento, salgo de la casa y corro hacia ella. Jadeo como si hubiera corrido durante una hora y ella no me deja recuperar el aliento:

—¿Por qué corres así? ¡No vengo a verte a ti!

—Estás delante de nuestra parcela y pensaba que...

—¿Qué pensabas? ¿Está prohibido pasar por aquí, eh? ¡La avenida de la Indépendance es para todo el mundo!

Dice que va al mercado, yo no la creo. Así no se va al mercado. No lleva cesto. ¿Dónde va a meter las cosas que compre?

Le digo que entre conmigo en la parcela:

—Ven, mis padres se han marchado, estaremos tranquilos en casa y...

—¡No, no quiero!

La miro de los pies a la cabeza. Lleva unos hermosos zapatos rojos, nuevos. Me gusta su vestido blanco con flores amarillas.

—Es hermoso tu vestido...

—¡No me cameles! Deja tranquilo mi vestido, no me lo he puesto para ti. ¿Crees que puedo ponerme un vestido para ti?

—Escúchame, deja ya tu paripé, ven conmigo a casa.
—¿Qué vamos a hacer dentro? ¡Tú y yo no podemos ya hacer nada juntos!

—Voy a enseñarte algo. Ya verás, es algo formidable y...

—¡No! ¡No hay nada formidable en vuestra casa!

Me mira como si ya no me conociera, como si yo fuese su enemigo.

—¿Estás enfadada aún, pues?

—¡Sí! ¡Ya no estamos casados, nos hemos divorciado! Contigo no tendré los dos hijos, ni un perro blanco y un coche rojo de cinco plazas.

—¿Por qué?

—Porque voy a casarme con otro...

—¡Ah, ya veo! ¿No será por casualidad con un muchacho que se llama Mabélé con quien vas a casarte?

Ella queda pasmada.

—¡No tienes derecho a saber eso! Además, ¿quién te ha dicho su nombre, eh?

—Lounès...

—¡No tiene derecho a decirte su nombre! Era yo quien debía decírtelo hoy, no él.

—Entonces eso quiere decir que has venido a verme...

—¡No, voy al mercado!

En el fondo de mí mismo, pienso: Tengo que calmarla y tengo que calmarme también. Si ambos nos enfadamos, acabaremos divorciándonos por las buenas. Como ella está más encolerizada que yo, debo permanecer tranquilo pues.

—No quiero que nos divorciemos, Caroline...

—¡Eres demasiado malo, peor para ti!

—Ya sé, pero estaba un poco enfadado porque tú habías trenzado el pelo de mi madre, y por eso ella salió el domingo por la mañana, pero ya se ha acabado, mi cólera se ha muerto y...

—¡Demasiado tarde! He prometido ya a Mabélé que él será mi marido y me comprará el coche rojo de cinco plazas.

Entonces no puedo permanecer tranquilo. El nombre de Mabélé me enoja y ataco.

—¡Le diré a mi tío que no os venda ese coche! No lo tendréis porque sólo mi tío vende coches en esta ciudad.

—Si le dices eso a tu tío, no trenzaré más el pelo de tu mamá y estará fea como la mamá de Jérémie.

Me mira directamente a los ojos para saber si me da miedo que no siga encargándose del pelo de mamá Pauline. Yo, por el contrario, estoy contento. Así está bien, al menos si mi madre no tiene el pelo trenzado no saldrá ya, me quedaré con ella los domingos.

Pero Caroline ha comprendido lo que pienso y añade:

—Además, si le dices a tu tío que no nos venda el coche rojo de cinco plazas no te hablaré más hasta el fin del mundo, encargaremos nuestro coche en otra parte y tú y yo seremos enemigos a muerte. ¡Y si te veo por la calle escupiré en el suelo!

Hurga en el bolsillo de su vestido, saca un papel, lo despliega y me lo tiende. Es una página que ha arrancado de *La Redoute*. Hay la foto de una chica y un muchacho ante un coche rojo de cinco plazas. Tienen casi nuestra edad, pero son blancos. La muchacha lleva un vestido blanco y un sombrero rojo como sus zapatos.

El chico va de negro con una camisa blanca y una pajarita. Es como si acabaran de casarse y el fotógrafo les hubiera dicho: Poneos ahí, voy a fotografiaros. Sigo mirando de muy cerca la imagen. Caroline ha adivinado lo que busco:

—No busques su perro blanco en la foto, se ha quedado con los dos niños en la casa.

Tengo ganas de reír pues yo he abierto ya *La Redoute* en el taller del señor Mutombo. De ahí copia el sastre los modelos de los vestidos europeos. Los clientes eligen primero su modelo en este libro, luego el señor Mutombo les dice si es posible fabricarlo, cuánto va a costar y cuánto tiempo va a tardar. Por lo tanto sé que no se venden coches en *La Redoute*. Pero no voy a hacer que Caroline se enfade, quiero seguir discutiendo con ella porque la amo. Porque con ella quiero tener dos hijos. Es preciso pues que encuentre un buen motivo para que deje plantado al tal Mabélé.

—Lounès me ha dicho que Mabélé es feo, que ni siquiera es guapo como yo. ¿Por que vas a casarte con alguien que no es guapo? Vuestros hijos serán feos como Mabélé, en cambio conmigo serán guapos.

—¡No es verdad! Mabélé es inteligente, tiene dos años más que tú y yo.

—¿Y qué tiene más que yo, al margen de la edad, eh?

—Ha leído muchos libros.

—¿Ah, sí? ¿Qué libros ha leído él, por ejemplo?

—Los libros de Marcel Pagnol.

—¿Y quién es ese Marcel Pagnol?

—¿Ves? ¡Tú ni siquiera le conoces! Es alguien que escribe libros sobre su madre, su padre y sus cuatro castillos. Y Mabélé me ha dicho que va a comprarme un

hermoso castillo como el que hay en los libros de Marcel Pagnol.

—¿Pero no ves que te miente, eh? Un libro con castillos es un libro para los capitalistas que explotan a los proletarios.

—¿Y qué has leído tú en vez de hablar mal, así, de Mabélé y de Marcel Pagnol?

No respondo. Intento pensar en los libros que hemos leído en clase, pero son sólo algunos trocitos en el manual de lectura y en el libro de nuestro presidente de la República. Si hablo del libro del presidente, Caroline va a reírse. Entonces pienso mucho en nuestro manual de clase, en el que hay algunos textos y respondo:

—¡He leído las historias de La Fontaine!

—Sí, pero en esas historias los animales hablan, también yo las he recitado en clase. En cambio Marcel Pagnol hace hablar a gente de verdad y que tiene verdaderos castillos.

Pienso en los libros de papá Roger que están en la habitación. Nunca los he abierto, siguen esperando que mi padre se jubile. Ni siquiera conozco un solo título.

—Además, Mabélé me escribe poemas todos los días, y en sus poemas tengo los ojos muy azules y unos cabellos rubios muy largos, como las muñecas de las chicas de Europa. Y tú nunca has escrito un poema para mí. ¡No me querías! No eres un buen marido, no me cameles más. Me voy, sí, me voy ahora mismo.

Y la veo que se aleja mientras yo grito:

—¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Caroline! ¡Caroline!

Ella no me escucha. Está lejos ya. No va al mercado, regresa a su casa. De modo que ha venido a verme. Sólo para eso, me digo.

Mi padre aúlla:

—¡No! ¡No es posible! ¡Increíble! ¿Por qué me hacen algo así, eh? ¿Acaso yo lo merezco?

Mamá Pauline que estaba fuera entra corriendo en casa. El paño que rodea sus lomos ha estado a punto de caer y ella lo ha atrapado enseguida.

—¿Pero qué te pasa, Roger?

—¡Han derrocado al sha de Irán!

Mi madre monta en cólera:

—¿Realmente no hay nada interesante en la radio? Además, ni siquiera es un gato de los nuestros. ¡La radio va a volverte loco!

Mi padre levanta la antena del aparato como si dudara de que la información que acaba de conocer sea cierta. A veces se corta el sonido, papá Roger cambia de lugar, se pone junto a la ventana, diríase que por ahí entran las informaciones en casa y que si cerramos la ventana no habrá ya radio. Se mueve por los cuatro rincones del comedor y yo le sigo como una sombra.

En cuanto la radio chisporrotea, me doy cuenta de que América está muy lejos de nuestro pequeño país. Pero cuando compruebo que, al mismo tiempo, también Radio Congo chisporrotea, tengo ganas de decirle a mi padre: Volvamos a la mesa, lo oiremos mejor, ade-

más estaremos sentados como cuando estamos comiendo un plato de carne de buey con habichuelas.

Papá Roger está de pie ante la ventana y yo estoy detrás de él. Se vuelve, se agacha para que el aparato quede justo al nivel de mis orejas. También mamá Pauline está de pie, detrás de nosotros, para escuchar. El americano Roger Guy Folly habla de Irán. Explica dónde se encuentra ese país y qué lengua se habla allí. Una lengua que nosotros no hablamos. Oigo nombres difíciles de pronunciar y lugares que no conozco. Papá Roger nos repite que Irán está muy lejos, en Asia occidental, y que su capital es Teherán. Y cuando le pregunto si los iraníes tienen la misma moneda que nosotros, me dice que no.

—¿Y cómo se lo hacen para comprar comida en el mercado si no tienen nuestra moneda? —pregunta mi madre.

—Con su propia moneda.

Yo pienso que Irán no quiere utilizar nuestra moneda por otra razón: es porque los iraníes no quieren ver la cabeza de nuestro presidente que está dibujada en los billetes y las monedas de nuestro país. También en Irán tienen un guía para su Revolución, así pues la cabeza de ese guía debe de estar en sus billetes y sus monedas. Son nuestros hermanos porque también nosotros tenemos un guía de la Revolución. Todos los guías son hermanos. Hay que ayudar pues a ese país hermano. Papá Roger nos precisa, mirando a mi madre, que el Sha a quien han derribado no es un animal sino un hombre, aunque en nuestros cuentos de la selva y la sabana los animales sean reyes que dirigen la Tierra y que los hombres deben respetar, quitarse el sombrero cuando pasan.

—El Sha es un hombre bueno, un hombre importante, pero otro iraní, el ayatolá Jomeini, se ha convertido en el guía superior de Irán. ¡Qué ingratitud! ¿En qué mundo estamos, eh? Os dais cuenta de que él fue muy honesto con el ayatolá Jomeini, incluso le indultó mientras el tal Jomeini pasaba su tiempo socavando la Revolución que permitiría votar a las mujeres. ¿Qué va a pasar ahora en ese país hermano, eh? He aquí que Jomeini intenta echar mano a ese gran hombre y meterle en la cárcel. ¿En qué mundo estamos?

Papá Roger nos mira, se encoge de hombros porque sabe que nuestra tristeza no es como la suya. Es la primera vez que nosotros oímos hablar del tal Sha y el tal ayatolá Jomeini.

Cuando mamá Pauline pide que nos sentemos a la mesa para comer, mi padre abandona la ventana, muy decepcionado. Toma consigo la radio y va fuera. Mi madre me dice con una señal que no le siga:

—Ponte en su lugar, déjale con sus iraníes, nosotros vamos a comer.

Desde donde estoy veo a mi padre sentado bajo el mango, con las dos manos en la cabeza y el radiocasete en el suelo. A lo lejos se oyen las palabras de *auprès de mon arbre*. Y cuando el cantante llega al *alter ego* y al *cabrón*, dejo de comer y me digo: Mi padre piensa en su *alter ego* que tiene problemas por culpa de los *cabrones*.

Mis padres se pelean detrás del tabique que separa su habitación de la mía. Oigo a mi madre diciendo:

—¡Es injusto! Si Dios deseaba darme un solo hijo, ¿por qué no me dio, al menos, una chica en vez de darme un muchacho, eh? Pero mira a los Mutombo, ellos han tenido suerte: tienen a Lounès y a Caroline, un chico y una muchacha.

Y ahora llora, y cuando llora es como si las lágrimas salieran de mis propios ojos. Me digo también: No es justo que mamá Pauline tenga un muchacho en vez de una chica. Y ahora tengo ganas de vestirme como una chica, de hablar como una chica, de andar como una chica, de hacer pipí como una chica. Tal vez así se dividirá por dos la pesadumbre de mi madre. Pero no es fácil copiar lo que hacen las chicas y ocultar a la gente que se es un muchacho. Siempre dirán: Tú no eres una chica, eres un muchacho que se ha disfrazado de chica. Y te tirarán piedras por la calle como a un perro sarnoso. También te preguntarán: Puesto que crees que eres una chica, ¿has cambiado también esa cosa que llevas entre las piernas para que se convierta en la cosa de una chica?

No, no debo seguir teniendo esos pensamientos cuando no es por mi culpa que no sea una chica.

Sigo escuchando lo que se dice detrás del tabique. Papá Roger explica que si los niños que entran en el vientre de mi madre no llegan al mundo es porque se pierden en alguna parte por el camino. De modo que, en vez de llegar aquí abajo, van directamente al Cielo aunque no sea así como deben ser las cosas si se desea que la gente sea feliz en la Tierra.

Mamá Pauline recuerda a mi padre que, antes que yo, tuvo dos niñas en dos años y medio, ambas murieron del mismo modo: salieron de su vientre, miraron a las enfermeras con unos ojos grandes como platos, lloraron y, luego, cerraron para siempre sus ojos. Y cuando se inclinaron hacia ellas para ver si respiraban, era demasiado tarde, se habían marchado ya.

Cuando mamá Pauline se lo recuerda a papá Roger, yo aguzo bien el oído. Quiero escuchar por fin el nombre de esas dos hermanas mayores. No, no pronuncia su nombre, dice: «Mis dos hijas». O también: «Mis dos reinas». ¿Acaso me parezco a ellas? Creo que sí porque me parezco demasiado a mamá Pauline y no veo a esas dos hermanas sin parecerse a mi madre y pareciéndose al feo gendarme de Mouyondzi.

¿Por qué mis hermanas vieron, pues, el día de su llegada a la Tierra para regresar tan pronto, al Cielo? ¿Acaso las enfermeras que las ayudaban a salir tenían glóbulos rojos? Una de las hermanas podía marcharse, ¿pero por qué un año y medio después, cuando la otra hermana quería salir también, siguió el camino de la primera? ¿Qué hay en el Cielo para que algunos niños corran hacia arriba a toda velocidad? Para no estar triste todo el tiempo, imagino que mis hermanas son estrellas que tal vez me hablen sin que yo lo sepa. Ahora,

cuando cae la noche, busco dos estrellas que estén muy cerca una de otra y siempre las hay si se busca bien. Como no conozco el nombre de esas hermanas, he decidido que a mi hermana mayor la llamaré «Mi Hermana-Estrella». A la segunda no consigo encontrarle un nombre. Busco y busco y sigo sin conseguirlo. A la espera de que se me ocurra un nombre bonito, la llamaré «Mi Hermana-Sin-Nombre».

Me he escondido en mis sábanas, no me muevo demasiado porque cada vez que me muevo parece que la mosquitera va a caerme encima. Mis orejas están muy abiertas. No quiero perderme nada de lo que se dice detrás del tabique. Papá Roger está hablando ahora. Como habla en voz muy baja, apenas le oigo. Salgo pues de mis sábanas, aparto la mosquitera y me levanto para estar cerca del tabique.

Papá Roger consuela a mi madre:

—Todo irá bien, tendremos hijos, te lo prometo...

—¿Muchos hijos?

—Sí.

—Roger, quiero niñas, aunque sólo sea una, no quiero muchachos, ya lo he tenido y...

—Eso no depende de nuestra voluntad, Pauline. Pidamos al Señor un hijo para empezar, no importa si es un varón o una hembra.

Mi madre ya no dice nada. Papá Roger sigue hablando solo. Dice que los hijos que ha tenido con mamá Martine son también los hijos de mi madre y son mis hermanos y mis hermanas. Añade que nunca ha hecho diferencias entre ellos y yo. Además, cuando voy a ver a

mamá Martine, me trata como si hubiera salido de su vientre. Por otra parte, mis hermanas y mis hermanos me quieren mucho. Papá Roger dice también que yo quiero al pequeño Maximilien, que es conmovedor cómo la pequeña Félicienne me hace pipí encima, que Marius me habla mucho, que Mbombie me respeta, que Ginette me protege, que Georgette es una buena hermana mayor y que Yaya Gaston, el mayor de todos los hermanos, quiere siempre que yo me quede con él en su estudio.

A pesar de tan buenas palabras, mamá Pauline insiste en que quiere tener hijos que salgan de su propio vientre porque si yo me peleo con mis hermanas y mis hermanos de la otra casa corro el riesgo de que me recuerden que no soy su hermano de sangre, y lo dirán sólo para lastimarme el corazón.

—Roger, ¿acaso estás ciego y sordo? En el barrio se sabe que no eres el verdadero padre de Michel, que tus hijos con Martine no son los verdaderos hermanos y las verdaderas hermanas de Michel y que no son mis hijos. ¡Deja pues de hablarme como si fuera idiota!

Entonces, mi padre levanta la voz. Habla tan fuerte que diríase que se encuentra en mi habitación:

—¡Eso son gilipollecés, Pauline! ¡Gilipollecés! ¿Vamos a vivir pensando en lo que la gente chismeaba por el barrio, eh? Nos importan un pito, ¡van a comer siempre su guindilla en tu boca! No hay que escucharles, yo os quiero y nadie va a separarnos, nadie, ¿me oyes?

—Sí, ¿pero sabes también que en el Gran Mercado las demás vendedoras dicen que tengo clientes porque soy una bruja y no puedo tener hijos?

—Pauline, escúchame bien, iremos a ver a un médico y ya verás como las cosas van a arreglarse.

—Hemos visto ya a los médicos, hace años que no hacemos más que eso, ¡estoy harta! ¿Hay algún médico de esta ciudad que no hayamos visto desde que nos conocemos?

—Acaban de aconsejarme un nuevo médico que...

—¡No quiero que vayamos a ver de nuevo a un médico congoleño! Va a contarle todo y la gente seguirá burlándose de mí.

—Es un médico blanco, todo el mundo sabe que en poco tiempo se ha convertido en el mejor de la ciudad...

Hay un silencio. Me digo: Mamá Pauline está de acuerdo pues.

Mi padre prosigue:

—Además, tus comadres del Gran Mercado son realmente idiotas. ¡Que cada cual se rasque donde le hayan picado! Muy bien, voy a demostrarles que yo, Roger, no soy un cualquiera. El mes que viene te daré algo de dinero, te dedicarás a otro comercio lejos de aquí, irás a la sabana, a Les Bandas, y comprarás allí racimos de plátanos. Luego los pondrás en un vagón del ferrocarril e irás a venderlos a Brazzaville. Al parecer, es el comercio que mejor funciona actualmente.

En cuanto oigo ese plan, doy un respingo. He comprendido que mamá Pauline estará ausente por lo menos una semana al mes. Tengo ganas de golpear la pared, de decir a mis padres que no estoy de acuerdo, que deben preguntarme también qué pienso yo. Somos tres en casa, no es normal que tomen decisiones como si yo no existiera. La gente de Brazzaville va a matar a mi madre. Brazzaville está demasiado lejos. Allí vive el presidente de la República y desde allí manda en este país. Para ir allí duermes casi dos días en el tren. ¿Qué tiene en la cabeza papá Roger?

Les escucho hasta muy avanzada la noche. Pienso en mamá Pauline que irá cada mes a Brazzaville. Me hago mil preguntas sobre esta historia de hijos que ella desea tener a toda costa. ¿Qué puede hacer el médico, por muy blanco que sea, si los hijos que están en el vientre de una mujer deciden por sí mismos ir al Cielo sin pasar por la Tierra? ¿Acaso los hombres blancos, negros, amarillos o rojos tienen realmente el poder de cambiar lo que Dios ha decidido? ¿No es preciso, más bien, ir a rezar muy fuerte en la iglesia Saint-Jean-Bosco aunque las plegarias de esa iglesia duren demasiado?

Mis padres han apagado la luz y hablan en voz muy baja. Mi madre que hace un rato lloraba está riéndose ahora y mi padre le dice:

—¡Shtt! No te rías tan fuerte, Michel puede oírnos.

—No, a estas horas debe de estar roncando, le conozco bien.

*Cuando sea mayor te llevaré a una isla, allí, lejos
Donde los cangrejos andan por la arena de la Costa
[salvaje*

*Nuestra hija llevará zapatos rojos que brillen
Y un vestido blanco con flores amarillas
Como tú*

*Nuestro chico llevará un sombrero
Porque también yo quiero llevar sombrero
Cuando sea mayor*

*Yo daré a la niña mi mano derecha
La llamaremos Pauline como mi madre
Tú darás al chico la mano izquierda
Lo llamaremos Roger como mi padre
Nuestro perro muy blanco guardará el coche rojo de
cinco plazas*

*Lo llamaremos Miguel como el perro de mi tío
Pero no será peligroso
Y comerá en la mesa con nosotros*

*Te prometo que leeré los libros de Marcel Pagnol
Cuando sea mayor
Pero no te construiré un hermoso castillo
Te construiré una hermosa casa de tablas*

*Como la de mamá Pauline y papá Roger
Un castillo es demasiado grande
Temo que mis sueños se pierdan dentro
Y que digan de mí que soy sólo un capitalista
Yo no quiero tener los glóbulos rojos de los
capitalistas
De lo contrario mis dos hermanas no van a
reconocerme ya
Y me echarán del Cielo el día en que llegue a lo
alto...*

Michel

grup62

Lounès me dice:

—Ayer te perdiste algo bueno, te busqué por todas partes.

Y me habla de la madre de Jérémie, la malvada que insulta a las mamás del barrio. Al parecer esta vez se había peleado con su marido. Todo había comenzado en el interior de su casa, ante sus hijos, y terminó en la calle con la gente que les rodeaba, diríase que era un partido de fútbol en el estadio Tata Luboko. Lounès intenta imitar para mí la voz de la mamá de Jérémie que le falta al respeto a su marido y aúlla ante todo el mundo:

—¡Eres sólo un pequeño gilipollas, sólo un idiota, ya no haces nada! ¿Y tú crees que eres un marido, eh? Ni siquiera consigues ya hacerme cosas de verdad en la cama, como hacen los hombres de verdad. Lo he hecho todo, lo he probado todo y tú nunca conseguías nada, dormías, roncabas. ¡So impotente! ¿Acaso es un marido lo que tengo en casa o un poste que ni siquiera es eléctrico como los postes de la avenida de la Indépendance? ¿Qué mujer soportaría eso? Espera, ¡ya verás lo que va a ocurrir a partir de hoy! ¡Las cosas van a cambiar! Es la revolución, voy a encontrar a un joven guapo del barrio y ese joven guapo me sacudirá tanto todas las noches que cuando tú vayas a tocarme también yo

no haré más que roncar. Crees que sólo sirvo para hacer hijos, ¿eh? ¡Gilipollas!

Me río sólo para complacerle porque hoy he ido a silbar tres veces ante su parcela para que fuéramos a orillas del río y enseñarle algo, no para escuchar las palabras de esa mujer que no me gusta y que ha insultado ya a mamá Pauline porque su comercio funciona demasiado. Entonces dejo que Lounès termine su imitación. Río de nuevo cuando añade que la madre de Jérémie llevaba un paño rojo que ceñía mucho su gran trasero y que se subió el paño hasta los muslos. Preguntó a la multitud si había alguien que deseara sacudirla bien hasta fatigarla. Algunos hombres silbaron, gritaron:

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo quiero sacudirte!

Pero Lounès ha advertido que no me río como antes.

—Tienes algo que decirme, Michel...

Entonces saco de mi bolsillo una hoja de papel y se la tiendo:

—¿Puedes entregar eso a Caroline?

Toma la hoja y comienza a leer lo que he escrito. Mi corazón no está tranquilo ya. Cierro los ojos durante unos minutos. Cuando vuelvo a abrirlos, veo su rostro del todo inmóvil. No me dice nada y recomienza la lectura. ¿Acaso no comprende mi caligrafía?

—Michel, ¡has escrito un poema! Está muy bien, pero no es eso. En un poema el final de cada línea debe de sonar igual. Además, voy a recitarte un verdadero poema y fíjate en cómo al final de cada línea se escuchan los mismos sonidos:

*De niña, dormías junto a mi lado, fresca y bruna,
Como un niño Jesús adormecido en su cuna;*

*Tu puro sueño era tan calmo y encantador
Que no oías ya, en la sombra, el pájaro canor;
Aspiraba yo la dulce sombra en mi pensamiento
Del misterioso firmamento.*

Recuperé mi hoja y me la metí en el bolsillo. No he estudiado en clase ese poema que acaba de recitarme y me dice que lo escribió Victor Hugo para su hija. Cuando me lo dice pienso de inmediato en la foto de Victor Hugo que está colgada en la pared de la casa de mi tío. No hablamos más de mi poema aunque yo quiero que me diga si es bueno o es malo. Escuchamos la hierba que canta con el viento y eso nos da ganas de adormecernos.

Lounès se levanta y me dice que debe ir a un club de karate que un tal maestro John acaba de abrir en el barrio Savon.

—Debo estar allí a las siete en punto.

—¿Quién es ese maestro John?

—Es un hombre fuerte que despega por los aires como en las películas de Bruce Lee. Es cinturón negro sexto dan. En cuanto sepa cómo despega, te enseñaré también.

Antes de separarnos, puesto que advierte que sigo triste, me toca el hombro derecho y me dice:

—Quiero ayudarte, pero Caroline se ha ido a vivir en casa de nuestra tía materna, en el barrio Fouks. No sé cuándo volverá. Además, eso te permite corregir tu poema entretanto.

El americano Roger Guy Folly anuncia que el presidente de Uganda —se llama Idi Amín Dadá— acaba de huir de su propio país porque sus vecinos los tanzanos han entrado ahora en la capital que se llama Kampala. Los tanzanos estaban enfadados desde que los militares ugandeses habían entrado en Tanzania, al parecer para perseguir a los ugandeses que molestaban el poder de Idi Amín Dadá.

Cuando oigo que papá Roger nos repite ese nombre, Idi Amín Dadá, me troncho de risa. Él abre mucho los ojos como si yo hubiera cometido un pecado:

—¡Cuidado, Michel, no hay que reírse así! Es una historia muy grave. ¿Sabes tú que ese presidente ha matado a más de trescientas mil personas? No ha matado sólo a ugandeses, también a extranjeros durante los ocho años de su poder. No ha hecho más que matar, matar y matar, incluso se ha comido a la gente, ha cortado cabezas, sexos como si fuera carne de la que se vende en el Gran Mercado.

Entonces dejo de reírme en seco de ese nombre del presidente ugandés, aunque me parezca que es tronchante llamarse «Dadá», como el nombre de ese perro de nuestro barrio que tiene una cola en espiral y un ojo que supura de la mañana a la noche.

Mi padre ha bajado el sonido de la radio para explicarnos que Idi Amín Dadá es un monstruo más malvado que el dragón y que se comía a la gente con guindilla y sal. Me asombra saber que, de hecho, apenas sabía leer, que apenas sabía escribir aunque midiera casi dos metros. ¿Por qué no aprovechó el tiempo para avanzar mucho en la escuela, como todo el mundo? De acuerdo, me dirán que tampoco mamá Pauline sabe leer y escribir bien, pero ella nunca ha matado a nadie y habla bien en francés porque se puede hablar bien una lengua aunque no se sepa leerla o escribirla bien. De lo contrario, ¿cómo lo hemos hecho nosotros para hablar bien nuestras lenguas, como el lingala, el munukutuba, el bembe, el lari, el mbochi o el vili aunque no hayamos aprendido a leerlas y escribirlas, eh? No es culpa de mi madre si no fue a la escuela cuando era pequeña como yo. Mamá Pauline me contó que en su época la gente era tan idiota que afirmaba que la escuela no estaba bien para las mujeres, porque de lo contrario iban a discutir demasiado con su marido, sobre esto o aquello, y no iban a obedecer cuando los maridos se lo mandaran. Si una mujer va a la escuela, decía, todo está listo, hablará el gran francés de Francia, dirá NO en todo momento, como las mujeres blancas que son capaces de abroncar a su marido sin que las zurren. Ahora bien, aunque mamá Pauline no haya ido a la escuela, es más inteligente que Idi Amín Dadá que ha matado a más de trescientas mil personas y se ha comido a algunas con sal y guindilla. ¿Por qué no lo han agarrado en vez de dejarle huir y refugiarse hoy en los países musulmanes? Mi padre cita los nombres de los países en cuestión: Libia (su capital es Trípoli) y Arabia Saudita (su capital es

Riad). Arabia Saudita ha dado a ese criminal una casita tranquila con gente que le prepara la comida mientras quienes nunca han matado a más de trescientas mil personas están muriéndose de hambre en nuestro continente. ¿Es normal eso? ¿Acaso hay que matar a más de trescientas mil personas para que te alojen gratuitamente en un país musulmán o qué? Además, le dan dinero para sus gastos cada mes, diríase que también él es un buen alumno que ha obtenido buenas notas cuando nunca ha ido a la escuela.

Sí, Idi Amín Dadá es realmente un monstruo más malvado que el dragón. No tengo ganas de seguir su historia que papá Roger nos obliga a escuchar. Puesto que mamá Pauline aguza el oído con atención aunque la política siga sin ser su problema, no puedo abandonar la mesa como un maleducado, de lo contrario van a creer que yo, Michel, no quiero informarme de lo que ocurre en un país de nuestro continente.

Papá Roger nos explica también que Idi Amín Dadá era un militar que llegó al poder por un golpe de Estado. Es normal, no me sorprende en absoluto, ¿qué país que se respete va a decirle a un analfabeto: No sabes leer, no sabes escribir, no importa, de todos modos vas a hablar por nosotros en el mundo entero? ¿Y cómo lo hará ese analfabeto para firmar los papeles que los verdaderos presidentes que han ido a la escuela firman cuando están juntos? ¿Cómo va a saber que está firmando el permiso para permitir a los países capitalistas que roben las riquezas de los ugandeses, eh? Lo peor es que papá Roger añade que Idi Amín Dadá fue también presiden-

te de la Organización para la Unidad Africana (la OUA), es decir casi el jefe de todos los países africanos. Fueron los presidentes africanos quienes le pusieron allí, y no fue sólo para burlarse. Los europeos, por su parte, estaban muy contentos de que Idi Amín Dadá no supiera leer ni escribir. Esos europeos en cuestión son los ingleses, porque no es Francia la que colonizó todos los países de nuestro continente. Tenía que dejar algunos países a los demás europeos también, de lo contrario habrían hecho la guerra entre ellos, los blancos. Y los ingleses se dijeron: Está bien que Idi Amín Dadá no sepa casi leer ni escribir, así lo controlaremos de lejos aunque la colonización haya terminado en su país.

Y he aquí que papá Roger se enfada:

—Incluso los Estados Unidos e Israel apoyaron a ese dictador cuando dio su golpe de Estado para convertirse en presidente. Y después de su golpe de Estado ese monstruo comenzó a meter a la gente de su etnia en el ejército, a expulsar, a eliminar a quienes no eran de su etnia. Estaba tan loco que una mañana despertó con el rostro triste y declaró: ¡He tenido un sueño llegado directamente del cielo! ¿Acaso es un negro americano como Martin Luther King para tener un sueño excepcional de este tipo?

Todo el mundo tiene sueños, pienso en mi interior. El problema es que, según mi padre, el sueño de Idi Amín Dadá era un sueño enorme: Dios le había pedido que expulsara a los asiáticos de su país aunque fueran ellos los que comerciaban para que los ugandeses comieran mañana, tarde y noche. ¿Acaso Dios es realmente tan malvado para hacer que alguien sueñe algo semejante? E Idi Amín Dadá expulsó a los asiáticos, les dijo: No-

sotros mismos haremos funcionar nuestro país, gestionaremos nosotros mismos nuestras tiendas y nuestro comercio. Estoy harto de que os comáis el pan de los ugandeses. Si dentro de tres meses no salís de la Uganda de mis antepasados, ya veréis lo que vais a ver. Tenéis que marcharos y dejarlo todo aquí, tomad sólo vuestro cepillo de dientes, vuestros calzoncillos y vuestras sandalias.

Y los pobres asiáticos corrieron a diestro y siniestro como gallinas de Guinea que tienen vértigo aunque hiciera mucho tiempo que vivían en Uganda. Habían olvidado pues que eran asiáticos, y en Asia los asiáticos no sabían ya que tenían hermanos que se habían convertido en negros en Uganda. Aquellos pobres asiáticos de Uganda fueron a refugiarse en los países contiguos donde nadie les conocía.

Idi Amín Dadá se volvía cada día más loco, mataba aldeas enteras y, cuando no estabas de acuerdo con él, te cortaba la cabeza o el sexo. Sus partidarios —los americanos y los israelíes— comenzaron a decirse: Es preciso retirarnos de este país que está dirigido por un enfermo, ese presidente está realmente loco, no debemos venderle ya nuestras armas, de lo contrario algún día disparará contra nosotros. Y todos los ingleses que se habían quedado en Uganda después de la independencia pensaron: También nosotros nos vamos por las buenas, esta historia puede terminar muy mal, jamás se ha visto algo semejante en el continente de los negros, cuando ese tipo no tenga ya carne negra que comer, nos echará a nosotros, los blancos, en su marmita. E Idi Amín Dadá, a quien le importaba todo un comino, les respondió: Sí, eso es, pobres y antiguos colonizadores,

salid pues de mi país, yo os expulso, voy a ser un amigo de los rusos y los libios, también ellos hacen buen comercio y venden hermosas armas con las que podré seguir masacrando a los ugandeses y los países de al lado que me incordien.

Para tocarles bien las narices a sus antiguos amigos israelíes, que ahora se habían convertido en sus enemigos jurados, Idi Amín Dadá cameló a la gente de un país que se llama Palestina. Invitó a los palestinos a Uganda y les dijo: Podéis venir a mi tierra, los israelíes están siempre contra vosotros, los palestinos; yo, Idi Amín Dadá, os doy un vasto lugar donde vais a poner vuestro despacho, es un edificio muy bueno, además es el mismo edificio donde estaba la embajada de esos israelíes. Y es porque vais a vengaros de ellos, y yo os apoyaré hasta el final.

Papá Roger nos precisa que los israelíes son judíos, los palestinos en su mayor parte son árabes, y esos dos pueblos se pelean desde hace mucho tiempo. Mamá Pauline quiere saber por qué se pelean y mi padre le responde:

—Sería demasiado largo explicároslo todo, porque yo mismo me hago un lío con esa historia donde hay política, religión, poblaciones que se mataron y muchos países que no reconocen que Palestina es también un país como nuestro propio país.

Y yo me digo: Si no es un país como nuestro propio país, ¿qué es entonces esa Palestina? ¿No hay gente que viva allí? ¿No hay niños como yo que van a la escuela? ¿No hay calles y coches que tocan la bocina cuando hay atascos? ¿No tiene casas, una bandera, una música, escuelas, un presidente? Bueno, afortunadamente papá

Roger está de acuerdo en que Palestina es un país, se quiera o no, y que el presidente de los palestinos se llama Yasser Arafat. Y a mí me gusta el nombre de Yasser Arafat, diríase que es un apodo.

Me repito entonces que Yasser Arafat es un nombre que suena muy dulce, mi padre añade que hay un problema grave que le molesta con ese palestino:

—Yasser Arafat me ha decepcionado: aceptó ser el testigo de boda de Idi Amín Dadá cuando ese criminal que ha matado a más de trescientas mil personas tomó su quinta mujer.

Entonces también yo comienzo a detestar ese nombre.

Mi cabeza va a estallar porque deja entrar demasiadas cosas más complicadas que las que enseñan a Lounès en el colegio de las Trois-Glorieuses. Siento que mi cerebro hierve cuando papá Roger cuenta la historia de un avión que había aterrizado en la capital de Uganda con, en su interior, unos bandidos que apoyaban a los palestinos. Esos partidarios de los palestinos habían secuestrado el avión y amenazaban con matar a los pobres pasajeros si no se les entregaban los palestinos encarcelados ya no sé dónde. Idi Amín Dadá estaba muy contento de jugar a ser árbitro en esa historia y hacer creer al mundo entero que era un hombre bueno con glóbulos blancos. Calmaba pues a la gente, hacía largos discursos, visitaba a los pasajeros atrapados en el avión. Pero como los israelíes siguen enfadándose mucho cada vez que se les habla de los palestinos, enviaron por las buenas hasta Uganda a sus famosos militares que dan

miedo, y ellos fueron a liberar a los rehenes. Papá Roger dice que cuando los israelíes hacen una operación semejante son muy eficaces y acaban consiguiéndolo pues forman a gente para misiones especiales de ese tipo, y a veces esa gente son mujeres aunque nosotros, en nuestro ejército, pensamos que una mujer no puede hacerse militar.

Antes de abandonar Uganda con las personas que habían liberado, los israelíes lo aprovecharon para bombardear bien los aviones de guerra ugandeses. Entonces, Idi Amín Dadá había montado en cólera y había matado a todos los ugandeses que trabajaban en el aeropuerto porque pensaba que por culpa de su idiotez los israelíes habían entrado en su país, habían liberado a los rehenes y bombardeado sus aviones de guerra. Sin aviones de guerra, ¿cómo lo haría para defenderse o atacar a los países vecinos como Tanzania? Presa de su cólera, Idi Amín Dadá había expulsado también a todos los extranjeros de su país, había matado a más ugandeses aún. Y como creía que nadie quería reconocer que era el más fuerte del mundo, decidió: Voy a nombrarme mariscal, quiero tener muchas medallas de guerra colgadas de mi guerrera desde mi cuello hasta la cremallera de mis pantalones, quiero también que la Tierra entera sepa que soy el guerrero que hizo huir a los ingleses, llamadme pues el rey de Escocia, punto y aparte. Quiero que los extranjeros que vienen a hacer negocios a mi país avancen a cuatro patas ante mí, como animales. Sobre todo los ingleses.

El tío René nos visita hoy porque es San Miguel. No sé quién es ese san Miguel y me pregunto siempre por qué mi tío quiso darme el nombre de Michel. Si Michel es un santo, debe tratarse de una historia que está en la Biblia, en alguna parte, pues ahí se encuentran los santos y las demás personas que están cerca de Dios. Por otro lado, cuando miro el calendario, veo que San Miguel cae el 29 de septiembre, y es también el día y el mes de mi nacimiento. De modo que sin duda el tío René había mirado el calendario y había dicho a mi madre: No le busquemos tres pies al gato, tu hijo tiene algunos meses ya y no tiene nombre, voy a mirar el calendario pues y le daré el nombre del día de su nacimiento y no hablemos más.

Así pues, este 29 de septiembre mi tío me ha traído otra vez un camión de plástico, una pala pequeña y un rastrillo para que juegue al agricultor. Dice que si se produce una verdadera revolución en nuestro país, saldrá de la agricultura, de los campesinos, de la gente que sabe amar la tierra. Por esa gente luchan los comunistas, no por los que están sentados en oficinas y se dedican a la explotación del hombre por el hombre. Hay que inculcar buenas costumbres a los niños para que les guste la agricultura que el hombre hace desde que el mundo existe.

Escuchamos a mi tío que habla de la agricultura y nos dice lo que Karl Marx y Engels piensan de ello. Luego, vuelve su mirada hacia mamá Pauline:

—Engels tiene razón y estoy de acuerdo con él: los filósofos no hicieron más que interpretar el mundo, ahora se trata de transformarlo...

Yo repito para mí lo que acaba de decir porque me parece agradable oírlo y mi tío lo dice agitando el puño como si quisiera pelearse contra los enemigos de nuestra Revolución. Cuando ha comprobado que mi madre y yo no hemos comprendido nada, sale de casa, va hacia su coche y regresa dos minutos más tarde con un librito que me tiende aunque fuera a mi madre a quien le hubiese recitado las palabras de esos comunistas:

—Toma Michel. Todo lo que os digo está escrito en este libro. Es más que la Biblia porque lo que hay en estas páginas son verdades científicas, no opio para engañar al pueblo.

Tomo el libro en cuestión y leo el título que comienza con un nombre difícil de pronunciar: *Ludwig Feuerbach y el final de la filosofía clásica alemana*. El que lo escribió se llama Friedrich Engels. Sí, he visto ya su foto en casa de mi tío y ahora sé que el nombre de Engels es Friedrich. El tío René ha dicho siempre «Engels», nunca «Friedrich Engels».

No está la foto de Engels detrás del libro en cuestión, me hubiera gustado compararla con la que hay en casa de mi tío. Tal vez cuando uno es conocido no ponen ya su foto detrás de los libros que escribe y que si ponen la foto detrás del libro de alguien es que desean darlo a conocer pues todavía no es muy conocido. ¿Será Engels más conocido que nuestro presidente? Creo que sí y por

eso en el libro de nuestro presidente hay una gran foto donde se le ve sonreír.

Abro el libro de Engels sólo para ver si tiene fotos dentro. No hay nada, sólo palabras escritas muy pequeñas como si no quisieran que nosotros, los niños, pudiéramos leer también lo que hay dentro.

Puesto que tardo demasiado tiempo en una página, mi tío me arranca el libro de las manos.

—¡No leas, Michel! Son cosas que de momento no puedes comprender. Incluso a mis camaradas del Comité popular del barrio les cuesta. ¡Engels era un verdadero visionario! El mundo debe cambiar y ese cambio sólo puede venir de la agricultura: los campesinos deben ser propietarios de sus medios de producción, y es preciso detener el beneficio del capitalismo e instalar realmente en este país una verdadera dictadura del proletariado. ¿Cómo puede conseguirse? Pues bien, hay que leer la historia del mundo como nos la explica Marx a través del materialismo histórico o, textualmente, del nuevo materialismo pues, si se olvida demasiado tiempo para desgracia de las masas populares que en teoría son las beneficiarias del pensamiento marxista, Marx nunca habló de materialismo histórico sino de nuevo materialismo. Es un matiz importante y diré incluso que fundamental. ¿Me seguís?

Decimos que sí con la cabeza cuando seguimos sin comprender nada. Cree que le alentamos a continuar, y prosigue:

—Es evidente, salta a la vista: todas las relaciones sociales se basan necesariamente en la confrontación, iba a decir, para adaptarme más al texto, en la lucha de clases. Nuestras relaciones se basan en lo que vivimos

concretamente y no por ideología, me refiero a la superestructura, puesto que hoy sabemos que la ideología no puede explicarnos el mundo en la medida en que cambia con nuestras condiciones de vida, nuestras relaciones sociales, etc. Marx es muy claro en eso y lo ha escrito con todas las letras, cito: «*El nuevo materialismo se sitúa en el punto de vista de la sociedad humana, o de la humanidad social*», hasta aquí la cita...

Suda sin cesar cuando habla de Engels, de Lenin, de Karl Marx o del inmortal Marien Ngouabi. Y ahora saca un pañuelo de su bolsillo, se seca la frente. Acaba de advertir que de hecho no hemos comprendido nada y se vuelve una vez más hacia mi madre:

—Bueno, dejémoslo aquí, tengo la impresión de predicar en el desierto del Sahara. Ven conmigo, tenemos que puntualizar algunas cosas. No vamos a hacerlo ante el pequeño.

Han salido de la casa y discuten en medio de la parcela. Pero hablan demasiado fuerte y lo oigo todo. De nuevo historias de herencia de los terrenos dejados por mi abuela Henriette Ntsoko que estaba casada con mi abuelo Grégoire Moukila, el jefe del poblado Louboulou. Ese abuelo tenía parcelas, gallineros, corderos, cabras, cerdos, bueyes, campos de yuca y de maíz. Dejó esos bienes a la abuela. Ahora, cuando ésta ha muerto, el tío René afirma que debe quedarse con todo porque es el hermano mayor y que mi madre va a aguardar a que él muera para quedarse con los bienes de mi abuela y los del tío René.

Mamá Pauline no está de acuerdo:

—René, la familia no es tu política ésa que lees en los libros de Ángel.

—¡Engels!

—¡Me importa un bledo! Se trata de nuestra familia. ¿Por qué me mientes así? Te has quedado ya con la casa de nuestro hermano mayor cuando debían heredarla sus hijos.

—¿Te burlas o qué? ¿Por qué esos niños van a heredar la casa, eh?

—¡Porque son los hijos los que deben heredar!

—Ah no, ésa es una visión capitalista del mundo, ya veo que el imperialismo sigue comiéndole el coco a la gente. Debemos regresar a la tradición para ser nosotros mismos. Esta casa pertenecía a mi hermano, y yo debo ocuparme de ella porque era yo quien compraba sus medicamentos cuando estaba hospitalizado. No olvidas que fui yo también quien compró el ataúd y alimentó a la gente que acudió al velorio de Albert. ¿Qué hicieron concretamente los hijos de Albert mientras él estaba enfermo en el hospital Adolphe Cissé, eh?

Su difunto padre, del que están hablando, era el primogénito de mi abuelo y trabajaba en la compañía de electricidad de Pointe-Noire. Murió cuando yo era muy pequeño aún. Ahora comprendo que la hermosa casa donde vive el tío René con sus hijos y su mujer es, de hecho, la casa del tío Albert Moukila. Mi madre me habla a veces de sus hijos, a quienes no he visto todavía. Entre ellos, al margen de la hermana mayor Albertine, algunos llevan nombres que me hacen reír. El primo que se llama Abeja viene después de Albertine y ha hecho estudios en la URSS. Luego llega Firmin «Apuesto» que tiene una pequeña orquesta de aficionados en el barrio Rex. Luego viene Djoudjou «Buena planta» que está en Francia siguiendo sus estudios. Por fin están los

gemelos Gilbert «Hechicero» y Nzoussi «La caprichosa» que llaman a mi madre «papá Pauline». El tío René expulsó a esos niños de la casa de su padre y se quedó con toda la herencia como si fuera él quien hubiese ganado aquella riqueza con su trabajo.

—Esta vez no dejaré que te quedes con los bienes de nuestra madre —prosigue mamá Pauline.

—Tendrás que esperar a que yo muera, heredarás mis bienes, los bienes de nuestra difunta mamá y la casa que yo heredé de Albert.

—¿Y si muero antes que tú?

—Tienes un hijo, ¡heredará Michel!

—Michel no es hijo de nuestra madre, ¡es mi hijo! ¡Y no olvides que en la familia hay más gente!

Oigo entonces los nombres de mis tías y mis tíos a los que no conozco aún: la tía Bouanga que vive en Doulis, a más de doscientos kilómetros de Pointe-Noire. La tía Dorothée que está casada en el poblado Mousanda. El tío Joseph que vive en Louboulou y que es el último de la familia, justo después de mi madre. Para mí son sólo nombres. No los he conocido aún. Mamá Pauline me dice a menudo que son muy amables, que piensan en mí y quieren verme también algún día.

El tío René se comporta como si fuera el hermano mayor de la familia cuando tiene delante a la tía Bouanga y la tía Dorothée. Pero esas dos tías le tienen demasiado miedo, no pueden hacerle nada y él espera a que alguien de la familia muera para correr al velorio y anunciar: Los bienes que el difunto o la difunta deja son míos. ¿Acaso si mamá Pauline muere él vendrá a tomar nuestra casa y a expulsarme como expulsó a los hijos del tío Albert? No puedo creerlo porque esta par-

cela la compró para nosotros papá Roger y mi nombre está en los papeles. ¿Cómo el tío René podría quitármela? Papá Roger le haría la guerra mundial porque la herencia es normalmente para los hijos. Intento comprender por qué tío René se comporta de este modo y me digo: Tal vez, en la vida, si eres rico quieres ser todavía más rico y no ves ya que quienes te rodean no tienen nada.

Antes de marcharse, mi tío arroja al suelo un billete de mil francos CFA que mi madre se ha negado a tomar. En cuanto el coche ha arrancado, recojo a toda prisa el billete para que el viento no lo arrastre por la avenida de la Indépendance y la gente se pelee para cogerlo y decir que es suyo, que no tenemos pruebas de que sea nuestro.

Lounès ha ido al cine Rex con su padre. Han visto *Mandala, hija de las Indias*. Al parecer la gente lloraba en la sala, incluso el señor Mutombo aunque ése no llorare precisamente todos los días.

Mientras nos dirigimos al campo de fútbol del barrio Savon donde jugarán un partido los Caidis de Tié-Tié contra los Dragons de Voungou, Lounès intenta explicarme esa película india. Me habla de un príncipe que se llama Samsher y de su hermana, la princesa Rajshree, que viven con todo lujo, tanto lujo que incluso los capitalistas de al lado no son nada de nada. Hay elefantes, tigres, leones, un palacio donde está la felicidad con los colores del arco iris, ríos llenos de flores y de hermosas mujeres que se bañan, que bailan moviendo mucho sus Países Bajos. Le escucho, le envidio y me siento celoso. Al mismo tiempo me pregunto si Lounès no le está añadiendo azúcar a su historia sólo para incitarme a pedir también a papá Roger que vayamos a ver esa película porque no dejan a los niños ir solos al cine.

Cuenta que en esa película el príncipe y la princesa hacen sufrir a los aldeanos. En eso hacen como los capitalistas con los parias de la Tierra. Sin embargo son ricos, esa princesa y ese príncipe, ¿pero por qué no dejan tranquila a la gente en su pobreza? Afortunada-

mente hay un joven que se llama Jai y que decide luchar contra todo eso. No es fácil para él emprenderla con un reino. Ese joven es muy valiente, además quiere que la princesa Rajshree sea su mujer y la cosa no es fácil. Esa princesa es demasiado orgullosa y cierra sus oídos a todas las hermosas palabras de Jai aunque sean palabras con miel. Gracias a Dios hay una muchacha del campo que ama a Jai y va a sacrificarse por él y a salvarle de la muerte. En ese momento la gente del cine aplaudió porque Jai se vengará luego a base de bien y demostrará que no por ser ricos hay que burlarse así de la gente pobre.

Cuando oigo contar a Lounès, tengo la impresión de que estaba allí, en la India, y que ha visitado el palacio que me describe con tantos detalles. Y luego me doy cuenta de que algo así me sucede con Caroline que ama a Mabélé cuando tendría que amarme a mí. Como tengo muchos camiones de plástico, palas y rastrillos, soy un poco como el campesino de *Mandala, hija de las Indias*. Debo camelar a la princesa Caroline, pero no quiero que me ame una campesina, no quiero que una campesina se sacrifique por mí y me salve de la muerte. Mabélé es un orgulloso que cree que sólo él ha leído los libros de Marcel Pagnol y es capaz de escribir poemas para Caroline.

—¡Michel, estás hablando solo!

Ni siquiera me había dado cuenta de que decía en voz alta lo que estaba pensando.

—Sabe que Mabélé no me gusta —me dice.

—¿Le conoces bien, entonces?

—No, lo veo a menudo por la calle con los chicos del barrio Bloc 55.

—También yo quiero verle, quiero saber si soy más guapo que él y...

—Eres más guapo que él, ya te lo he dicho.

—¿Es cierto?

—Además, vas a verlo dentro de un rato en carne y hueso.

—¿Dónde?

—En el campo de fútbol.

—¿Ahora, en ese campo?

—Es el número 11 de los Caidis de Tié-Tié.

—¡Pero si el que juega normalmente con el número 11 es Jonas, el pequeño Pelé!

—Lo de Jonas se ha acabado, lo apartaron porque insultó al entrenador. Ahora juega en el equipo de los Dragons de Voungou.

—¿Quiere eso decir que el pequeño Pelé jugará contra su anterior equipo?

—Jugará contra nuestro equipo, los Caidis de Tié-Tié.

Lounès y yo siempre hemos sido de los Caidis de Tié-Tié, porque nos gustaba mucho Jonas cuando driblaba desde el centro del campo hasta llegar ante el portero del otro equipo. Por eso la gente le había apodado el pequeño Pelé. Nadie puede detenerle cuando tiene la pelota en los pies. Emprende el vuelo, despega como un cohete y, cuando golpea el balón con el pie izquierdo, es seguro que acabará en la red. Los demás equipos decían a menudo: Para ganar el partido, alguien tiene que romperle la pierna a Jonas. De modo que se le pegaba un defensa musculoso y muy alto como si tuviera ya veinte años cuando los jugadores tienen como máximo la edad de Lounès, nunca más. Le digo a Lounès:

—Puesto que Jonas no está ya en el equipo de los Caidis de Tié-Tié y Mabélé le ha sustituido, entonces ya no voy a ir con los Caidis de Tié-Tié, ahora seré de los Dragons de Voungou y quiero que ganen ese partido.

Estamos ya en el campo Tata-Luboko. Lounès me señala a Mabélé, a lo lejos.

—Mira, está allí. Es el que está atándose los cordones de sus botas junto al portero.

El estadio se ha llenado ya. La gente está de pie en torno al campo lleno de baches. Los más pequeños van con su taburete y suben encima, de lo contrario no verían nada.

Entonces miro de nuevo a Mabélé y me digo que no tiene nada que yo no tenga; Lounès me susurra al oído:

—Pero mira quién está allí, en frente...

—¿Caroline?

—¡Shtt! No mires hacia allí, también ella nos está mirando.

Caroline se ha puesto una camiseta naranja, el color de los Caidis de Tié-Tié. De modo que ha venido a apoyar a Mabélé.

—Me dijiste que estaba en casa de vuestra tía y...

—Sí, sigue allí. Tal vez ha sido Mabélé el que la ha invitado.

—Vuelvo a casa, ¡no tengo ya ganas de ver este partido!

—No, quédate, yo me encargaré de Mabélé, verás lo que voy a hacerle delante de todo el mundo. El maestro John me ha enseñado algunos katas superiores que sólo se enseñan a quienes tienen el cinturón naranja, ¡ya verás!

—No, me voy.

Me sujeta de la camisa. Me debato, consigo soltarme pero oigo como mi camisa se desgarrá.

Estoy ya a más de doscientos metros de Lounès y corro como una bala de fusil. La gente me insulta a mis espaldas cuando la empuja. Me importa un bledo, sigo corriendo.

Oigo a lo lejos la voz de Lounès:

—¡Vuelve, Michel! ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

No paso por la calle des Plateaux, entro en la parcela de los padres de Placide, uno de mis compañeros de clase. Es un atajo que conozco bien. El hermano mayor de Placide, Paul Moubembé, me cierra el paso:

—Para, Michel, ¿has robado algo para correr así o qué?

Finjo correr hacia la izquierda, pero vuelvo hacia la derecha y consigo evitar a Paul Moubembé que se ha quedado de pie, como un poste, viéndome correr. Entro en la parcela de los padres de Godet, otro compañero de clase. Es también un atajo que permite llegar directamente a la avenida de la Indépendance. Sudo como el tío René cuando habla de Engels, de Lenin, de Karl Marx o del inmortal Marien Ngouabi. Me seco la frente con el brazo derecho. Mi camisa desgarrada se abre, diríase que tengo alas en la espalda. Corro el riesgo de emprender el vuelo si corro tan deprisa.

Heme aquí en la avenida de la Indépendance y, por fin, me vuelvo. Lounès no me ha seguido, verá el partido aunque yo no esté con él. No sé lo que va a ocurrir entre Mabélé y él. ¿Van a pelearse acaso? ¿Va a hacer Lounès su karate del maestro John? ¿Qué son esos katas superiores que el maestro le ha enseñado? ¿Despega

ya Lounès como Bruce Lee cuando zurra a unos tipos que son más altos que él? En el fondo, no quiero que se pelee con Mabelé, Caroline lo cargará todo en mi cuenta. A Lounès le gusta que yo esté con su hermana, pero cuando la riñe para que venga a verme a casa, Caroline grita como si estuvieran degollándola. Entonces él me ha dicho claramente que las cosas están ahora entre ella y yo. No hablará más con ella de eso. Caroline es demasiado complicada y, según Lounès, cuando llora, el señor y la señora Mutombo le abroncan y no le dan ya dinero para gastos durante una semana.

Llego a casa y doy con mamá Pauline que está colocando una gran bolsa. No le vuelvo la espalda porque me preguntaría por qué mi camisa se ha desgarrado. Creerá que me he peleado aunque las peleas me den miedo porque nunca he ganado.

—¿Ha terminado ya el partido?

—No, tengo hambre y allí hace demasiado calor.

No aparto los ojos de su bolsa. Es una bolsa de viaje, de modo que va a viajar.

—Me voy dentro de dos semanas, pero estoy preparando ya la bolsa o me olvidaré alguna cosa.

—Yo iré contigo...

—Ni hablar, voy al campo a comprar racimos de plátanos y a venderlos luego en Brazzaville. El campo es peligroso para los niños.

Papá Roger le ha dado por fin dinero para su nuevo comercio, me digo yo.

—Voy a darte de comer.

—No, ya no tengo hambre.

—Michel, es una sorpresa: carne de buey con habichuelas que he preparado sólo para ti.

—Ya no tengo hambre.

Voy a mi habitación y me tiendo en la cama con los ojos muy cerrados, pero no duermo aún. Escucho un ruidito: gotas de agua que resuenan sobre las planchas onduladas de la casa. En mi interior grito: ¡Ah, no! ¡Nada de lluvia! No, no quiero que llueva o los Caidis de Tié-Tié van a ganar el partido. Así ganan a menudo. Van a consultar al hechicero y éste les dice que atraerá la lluvia para eliminar los fetiches del otro equipo. Si los Caidis de Tié-Tié ganan, Caroline seguirá estando loca por Mabélé, porque el número 11 es siempre el que dribla mucho, la gente adora y aplaude siempre al número 11, cuando termina el partido las chicas van a ver siempre al número 11.

grup62

El sha de Irán se ha convertido en un vagabundo que va de país en país mientras ese monstruo de Idi Amín Dadá está tranquilo, nadie le persigue y descansa en Arabia Saudita. Como fue campeón de natación de Uganda, tal vez Idi Amín Dadá tenga una gran piscina y nade cada día. Debe de tener una sala donde hace boxeo porque también fue campeón de boxeo de Uganda. En su país, los que ahora mandan han dicho: Que se quede allí, en Arabia Saudita, no tenemos tiempo para correr tras él, pero si se le ocurre volver le encerraremos para que pague sus crímenes. Y yo pienso: ¿Aunque sea analfabeto va a portarse realmente como un idiota y regresar a un país que va a matarle? De modo que seguirá nadando en una piscina de la mañana a la noche y entrenándose en el boxeo con su cocinero y su jardinero.

El Sha, en cambio, no ha encontrado un lugar donde poder vivir con su familia sin que les amenacen desde Irán. Su primer ministro, al que dejó allí, ha huido también del país. El nuevo gobierno podía ejecutarle pues no bromea con quienes trabajaron con el Sha. Además, papá Roger dice que desde que el ayatolá Jomeini regresó de su exilio en Francia está reinando con una

mano infernal en el país y sólo sueña día tras día en agarrar al Sha para juzgarle en vez de gobernar para ayudar a los iraníes que sufren allí.

Mientras mi padre habla igual que Roger Guy Folly, yo intento contar en mi cabeza el número de países adonde ha ido el Sha. Cada vez que el periodista americano los nombraba, yo me empeñaba en memorizarlos. El Sha fue primero a Egipto, a casa de su gran amigo el presidente de los egipcios que se llama Anuar el-Sadat. Ese amigo no podía permitir que se convirtiera, así, en un vagabundo internacional con su mujer, la emperatriz Farah. No es posible. De modo que Anuar el-Sadat le dijo al Sha: No te preocupes amigo mío, ven a refugiarte en mi casa, en Egipto, es también tu país, eres mi amigo de siempre, eres el amigo de los egipcios, no voy a dejarte en manos de quienes quieren juzgarte para ejecutarlo como están ejecutando a tus antiguos ministros.

Pero he aquí que Irán hizo saber a Egipto que no está contento de que allí se albergue el Sha. Anuar el-Sadat, de todos modos, quiso proteger a su amigo y le dijo: No te entregaré al ayatolá Jomeini, eres mi amigo. Fue pues el Sha quien deseó personalmente abandonar Egipto para evitarle líos a su amigo egipcio. El Sha fue a Marruecos donde hay otro de sus amigos, un rey que se llama Hassan II y que le propuso albergarlo.

No he terminado de contar los países cuando oigo a papá Roger que le grita a la radio, diríase que siente rencor contra Roger Guy Folly que está hablando. Mi padre baja el tono y se vuelve hacia nosotros:

—¡El presidente de los americanos ha abandonado al Sha! ¿Os parece que eso es normal? ¡Así son los americanos! ¿Pero qué se habrán creído, eh? Son ellos, los

americanos, los que están montando un jaleo en Angola por su miedo a los comunistas, también ellos y los belgas conspiraron para matar a Patrice Lumumba y poner en el poder a ese bribón de Mobutu Sesé Sekó Kukú Wendo Wazabanga que está haciendo largos discursos desde hace años y roba las riquezas de los zaireños. ¿Tenía el Sha que ser un dictador como Idi Amín Dadá para que los americanos le ayudaran?

El Sha se encontró pues en Marruecos, pero no se quedó mucho tiempo porque los iraníes advirtieron que si ese anciano presidente no abandonaba Marruecos asesinarían a los miembros de la familia del rey Hassan II. Y el propio Sha le dijo al rey marroquí: No pasa nada, abandonaré Marruecos, no quiero que maten a la gente de tu familia.

Y he aquí que abandonó Marruecos para ir a unas islas que se llaman Bahamas porque no existía ya ni un solo país valiente que quisiera recibirle. Tampoco allí se quedó mucho tiempo y fue Henry Kissinger (el ministro de los americanos para los asuntos que ocurren en el extranjero) quien le propuso ir a vivir con los mexicanos.

Y entonces me digo: Es extraño, ¿por qué los americanos no albergan al Sha y lo mandan a otro país? Tal vez sea porque tienen miedo de comer patatas calientes, como dice papá Roger. Los mexicanos son como nosotros, recuerda mi padre. Sufren como nosotros, pero al menos ellos juegan mejor que nosotros a la pelota porque han organizado ya la copa del mundo de fútbol aunque sea Brasil quien la ganó. Ni siquiera sé si algún día vamos a clasificarnos para ir a jugar con los mejores futbolistas del mundo. Si somos incapaces de pro-

poner al Sha que venga a vivir con nosotros, ¿podrán algún día confiar en nosotros para organizar la copa del mundo de fútbol?

Se oye a Roger Guy Folly añadiendo que la aventura del Sha no se detendrá ahí. Debe abandonar muy pronto México pues tiene cáncer y realmente es preciso que lo curen en un país donde pueda esperar que recupere la salud. De lo contrario, corre el riesgo de morir. Así pues, uno de esos días el Sha será enviado a los Estados Unidos para que lo cuiden. Los mexicanos, que son amables, han prometido acogerle después de la operación. Eso al menos es una información que ha sentado bien a mi padre. Aunque se había negado a comer hace un rato y se disponía a escuchar al cantante de los mostachos bajo nuestro mango, le ha pedido de pronto a mamá Pauline:

—¿Queda todavía algo que comer, aunque sea sólo un pequeño asado con yuca?

Intento leer un libro en la biblioteca de mi padre. Lo he tomado porque estaba encima de los demás y era el más pequeño de todos. En la cubierta hay la imagen de un joven blanco. Cuando lo ves te parece muy ladino, muy al corriente de las cosas que ni siquiera los ancianos sabrán hasta su muerte. Es como un ángel con su mano izquierda que sujeta el mentón. Su sonrisa me impulsa a sonreír también, aunque sea sólo una imagen lo que está ante mí, no una persona de verdad. Me digo: Como todos los blancos, ese joven tiene mucho pelo, y ese pelo crece más deprisa que el nuestro gracias a la nieve que tienen en su país y que no tenemos en el nuestro. No es normal.

Detrás del libro se explica de qué trata, quién lo ha escrito. Cuenta pues la vida del joven con rostro de ángel. Al leerlo, pienso: ¿Pero en qué momento tuvo tiempo de hacer esas cosas que se cuentan aquí si es muy joven, eh? Dice por ejemplo que su padre abandonó a su madre. Que su madre se encargó sola de cinco hijos. Que escribió poemas muy pronto y que incluso un adulto que se llama Paul Verlaine lo quiso tanto que estuvo a punto de matarle con una pistola. Ese adulto y él tenían otro tipo de relaciones que no se explican claramente aquí, diríase que es vergonzoso desvelarlas. El tal

Paul Verlaine hirió en la muñeca al pobre joven con una pistola y le encarcelaron por eso. Dice también que el tal Paul Verlaine se había comportado mal porque tenía problemas con su mujer y había bebido alcohol el día en que estaba citado con el joven del rostro de ángel. Ahora bien, cuando estás borracho no controlas ya lo que estás diciendo o haciendo a la gente, dices cualquier cosa, haces cualquier cosa, no andas derecho porque piensas que las carreteras no están bien trazadas y que los coches que pasan son sólo juguetes de plástico como los que tío René me da para que juegue al agricultor en Navidad o por San Miguel. Sí, cuando estás borracho no haces más que discutir con gente que no existe, gente invisible que los fabricantes de alcohol meten en las botellas. También puedes reír o insultar a los viandantes que no te han hecho nada. Sé esas cosas porque el señor Vinou, uno de nuestros vecinos, es un borracho como no hay otro en esta Tierra. Cuando ha bebido, habla mirando a nuestra parcela, diríase que nosotros le impulsamos a beber su alcohol de maíz o su vino tinto en los bares del barrio Trois-Cents. Ese alcohol ha enrojecido sus labios y el tipo busca pelea continuamente aunque no sea fuerte. Aúlla siempre: ¿Por qué cuando bebo mi trago todo el barrio está contra mí? El día en que tenga una pistola como el tal Paul Verlaine, disparará contra todo lo que se mueva. Pero como todavía no tiene pistola, abronca a sus seis hijos, les trata de bastardos, de sapos de maleza, de grillos del África del Oeste, etc. De su mujer dice que no es una mujer, que es un vertedero público en el que los hombres del barrio Trois-Cents van a tirar la basura y esa basura no hace más que pudrirse y oler mal en su cuer-

po. Cuando tiene ganas de mear o de hacer otras necesidades que hieden, el señor Vinou sale de su parcela, se baja los pantalones y lo hace todo en la calle cuando tiene un excusado al fondo de su parcela. ¿Es el comportamiento de un hombre normal? Si alguien empieza a olvidar que hay un aseo en su parcela, es que el alcohol impulsa a hacer cosas graves y tal vez por eso Paul Verlaine disparó sobre el joven con rostro de ángel.

Una temporada en el infierno, es el título del librito que estoy hojeando. Dentro hay otro título que me gusta: *Mala sangre*. Diríase que es uno de nuestros modos de hablar. En lingala, *mala sangre* significa *makila mabé*. Ahora bien, cuando mamá Pauline dice en lingala que alguien tiene mala sangre quiere decir que ha nacido mal, que no tiene suerte, que está jodido, que incluso los pájaros que pasan por el cielo hacen caca sobre él. No sé si es eso lo que quería decir también el joven con el rostro de ángel que debía estar enfadado para elegir un título semejante que puede dar mala suerte a quien lea su libro.

Me detengo en una página y leo en voz muy baja, diríase que estoy rezando:

*Me horrorizan todos los oficios. Maestros y obreros,
campesinos todos, innobles. La mano de la pluma
vale lo que la mano del arado.*

Detrás de la cubierta del libro dice que es un libro de poemas, pero no hay líneas que estén separadas y que suenen del mismo modo al final, como en el poema

que Lounès me recitó. ¿Significa eso que no estoy obligado a seguir lo que Lounès me dijo? Hay palabras y expresiones muy difíciles para mí en este poema. Tengo que pedir su explicación a Lounès o que Lounès se la pida a su profesor del colegio. Por ejemplo ignoro lo que quiere decir «la mano de la pluma». Tal vez sea la mano de un brujo blanco que por la noche se disfraza de pájaro para apoderarse de los niños y llevarlos al infierno durante una temporada. Sí, tal vez sea eso porque, un poco más arriba, el joven habla de sus antepasados que son galos y que esos galos eran verdaderos bandidos, eran «*los desolladores de bestias, los quemadores de hierbas más ineptos de su tiempo*». Es extraño porque también nuestros antepasados eran así. Tal vez sean los parientes lejanos de esos galos. Ahora comprendo por qué mi padre me dijo un día que en su tiempo, en la escuela, les hacían repetir que nuestros antepasados eran galos.

En el poema en cuestión, encuentro «la mano del arado». He oído ya la palabra «arado» en boca de tío René cuando me habla de agricultura. Cuando quiero hacer de prisa las cosas o las hago en desorden, me pega una bronca y me suelta:

—¡No pongas el arado delante de los bueyes!

De modo que el arado debe estar siempre detrás de los bueyes para que tiren de él. Pero el joven habla de «la mano del arado». Eso complica las cosas porque, entre la mano que tiene la pluma y la mano que tiene el arado, realmente me pierdo.

Cuando entras en el taller del señor Mutombo, tienes la impresión de estar en un túnel con ropa colgando sobre tu cabeza. El padre de Lounès tiene dos jóvenes aprendices muy silenciosos, allí, al fondo, y repiten los mismos gestos como si fueran dos robots. Ellos ponen los botones en las camisas y los pantalones cuando el señor Mutombo ha terminado de coserlos. Nunca los he visto poniendo una tela en la mesa, tomando las tijeras y cortándolas. Me pregunto pues si son siquiera capaces de cortar un vestido para un niño del parvulario. Si intentas hablar con ellos, te miran con unos grandes ojos porque tienen miedo de abrir su boca, de lo contrario el señor Mutombo va a gritarles: ¡Pandilla de holgazanes, os mandaré a casa de vuestros padres y tendréis que devolverles el dinero que han pagado por vuestra formación!

Lo que más les gusta, sobre todo, es el momento en que toman las medidas de las mujeres. Les dicen que se quiten la ropa, incluso las bragas, y miran muchas otras cosas que las mujeres sólo suelen mostrar a su marido o al doctor. El lugar donde toman las medidas a las mujeres está al fondo, a la derecha. Es difícil ver bien lo que están haciendo los aprendices. Apenas se oye a uno de ambos ordenando a la mujer: Quítate lo de arriba, quí-

tate lo de abajo, quítate también las bragas, ponte derecha, levanta bien la cabeza y cierra los ojos.

Para los hombres es distinto: les toman las medidas delante de todo el mundo. Cuando es así yo cierro los ojos porque la mayoría de esos hombres tienen grandes panzas aunque no sean jefes o capitalistas que explotan a los proletarios. Tienen también largos pelos en las axilas, a veces los pelos son del todo blancos, diríase que han echado encima ceniza o que el polvo se ha pegado allí desde hace al menos una semana.

Es muy oscuro este taller que era antaño el lugar donde los sacerdotes de la iglesia Saint-Jean-Bosco guardaban las palas, los rastrillos y los picos. Además, como la iglesia está sólo a unos pocos metros, cuando suena la campana, el señor Mutombo dice a todo el mundo que haga un minuto de silencio porque fue el sacerdote quien le dio gratuitamente ese pequeño edificio. No sé cómo se las arregla en la oscuridad para que la aguja de su máquina Singer no pinche sus gruesos dedos. Puesto que es muy calvo, sólo con algunos cabellos grises junto a las orejas, me digo que su cráneo arroja algo de luz allí dentro pues cuando sale para fumar el interior queda más oscuro aún, y en cuanto vuelve hay un poco de luz que vuelve también. Nunca he visto un cráneo brillar así en todo el barrio. Tal vez ponga encima aceite de palma o tal vez sea la señora Mutombo quien frote ese cráneo cada mañana con una pomada especial.

Hoy me encuentro en el taller del señor Mutombo porque he venido a que reparen la camisa que Lounès desgarró la última vez, cuando estábamos en el estadio

Tata-Luboko y me escapé antes de que empezara el partido. No, no voy a decirle al señor Mutombo que el responsable es su hijo. Lounès no lo hizo adrede. Sólo quería que me quedara con él a ver el partido, aunque Caroline estuviera allí para animar a los Caidis de Tié-Tié que, finalmente, ganaron. He oído decir que fue Mabélé el que marcó los tres goles del partido. De todos modos sabía que ese equipo iba a ganar porque su hechicero hizo caer la lluvia para mojar bien los fetiches de los Dragons de Voungou y dejarlos impotentes. Al parecer, también, en cuanto el balón llegaba ante la portería de los Caidis de Tié-Tié, gracias a los fetiches, había jugadores invisibles que soplaban y el balón iba a otra parte, los goles no podían pues entrar. En cambio, cuando Mabélé, muy orgulloso llevando el número 11, estaba frente al portero de los Dragons de Voungou y se disponía a chutar, el pobre portero veía una azagaya en vez del balón, se apartaba enseguida porque podía morir por nada, y entonces marcaba el gol.

Si yo fuera un árbitro de fútbol de ese barrio, sacaría también tarjeta roja a los hechiceros sentados detrás de las redes porque son ellos los que deciden qué equipo va a ganar o si van a empatar. Y se produce un empate porque los dos equipos han elegido hechiceros que tienen el mismo poder, los mismos grisgrís.

Acabo de entregar mi camisa desgarrada al señor Mutombo que la mira como si fuera un trapo viejo cuando fue él quien la cosió el año pasado.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te pelear en la escuela y soy yo, Mutombo, el que debe remendar la camisa?

—No me he peleado, señor Mutombo.

—Será un fantasma pues el que te ha desgarrado la camisa, ¿eh?

Los aprendices fingen trabajar. Siento que van a soltar la risa de un momento a otro. Se han acercado un poco a nosotros para ver mejor mi camisa.

—¿Quién lo ha hecho? —prosigue el señor Mutombo. No respondo.

—De acuerdo, si no me dices quién lo ha hecho, me quedo con tu camisa, se la enseñaré a Roger y Pauline esta noche. ¡Volverás a casa con el torso desnudo!

No quiero volver a casa con el torso desnudo, la gente podría burlarse de mí por la calle. Y además, no me gusta que vean que no tengo todavía músculos. Las chicas, sobre todo, van a reírse mucho. No, tengo que hablar.

—Voy a decirle quién lo ha hecho...

—¡Ah, ahora sí! Bueno, ¿quién?

—He sido yo mismo.

—Interesante. ¿Y cómo ha ocurrido?

—Es difícil de explicar. Estaba sentado así, he apoyado la espalda en la pared y entonces, plaf, por casualidad había un clavo. De modo que cuando quiero levantarme para...

—Michel, deja ya esa comedia de barrio. Advierto que quieres mucho a Lounès y lo defiendes hasta acusarte a ti mismo. Muy bien, él me lo ha contado todo. ¡Todo! Fue él el que te tiró de la camisa...

Comprendo ahora por qué los dos aprendices iban a reírse hace un momento. También ellos sabían que había sido el hijo de su patrón el que había desgarrado mi camisa. El señor Mutombo se vuelve hacia ellos:

—Longombé, encárgate rápidamente de la camisa del pequeño. Y tú, Mokobé, haz el dobladillo de los pantalones del señor Casimir que está tocándome las narices desde ayer aunque no deje de decirle que tiene poca estatura y que el dobladillo le hará más bajo aún que el presidente de los gaboneses.

Me dirijo hacia el señor Mutombo y susurro en su oído:

—De hecho tengo un pequeño problema muy grave...

—¿Cuál es tu pequeño problema muy grave?

—Sus aprendices...

—¿Qué te han hecho?

—Ellos sólo se encargan de los botones y temo que desperdicien mi camisa. Mi madre va a echarme una bronca si pasa eso.

El señor Mutombo suelta la carcajada. Sus aprendices, que me han oído, lo aprovechan para troncharse porque hace ya mucho tiempo que esconden su risa. Y cuando se ha escondido demasiado la risa, luego no puedes parar de reír. Como los tres se ríen hasta morir-se, también yo me echo a reír y no puedo detenerme ya. Pero cuando me río, eso hace reír mucho a los demás porque río a menudo como un pequeño chacal que esté tosiendo. De modo que los cuatro no hacemos más que reír hasta que una mujer aparece ante la puerta del taller. Diríase que no puede entrar ni de frente ni de perfil. Su silueta es tan inmensa que es como si un extraterrestre acabara de cerrar la puerta. Ni siquiera el cráneo del señor Mutombo ilumina ya el taller. Los carrillos de esa mujer están hinchados como los de alguien que sopla en una trompeta o que tiene dos gran-

des mandarinas en la boca. Cuando lo veo, me agarro más aún las costillas, no puedo más, me atraganto de risa, señalo con el dedo esa mujer y me digo que los demás sólo pueden reírse conmigo en este taller. Pero ya no oigo a nadie. Todos me miran. El señor Mutombo carraspea y me hace una señal con la cabeza, diríase que me pide que no ría más. Entonces dejo de reír de pronto y me seco las lágrimas con una punta de mi camisa.

Longombé se levanta como un alumno charlatán a quien el maestro acaba de llamar para que escriba cien veces en la pizarra: *No hablaré en clase durante la lección de Moral*. Pasa ante mí con mi camisa desgarrada en las manos y se acerca a la mujer que, ahora, se ha apartado de la puerta. Cuando se ha movido, he creído que habían encendido las farolas de la avenida de la Indépendance en el taller. Mientras Longombé y esa mujer discuten fuera, el señor Mutombo se inclina hacia mí:

—¡No tenías que reírte! ¿Sabes quién es esta mujer? ¡Es la mamá de Longombé! Viene a pedir un poco de dinero a su hijo, cada día.

Ahora Longombé regresa al taller. Vuelve a pasar ante mí y me mira de un modo extraño. Me digo: Ya está, se ha enfadado, realmente va a desperdiciar mi camisa para vengarse.

El alumno más inteligente de nuestra clase se llama Adriano y procede de Angola. Es muy claro de piel porque entre sus abuelos los hubo que tuvieron hijos con los portugueses. Por eso no le tocamos las narices con esa historia de piel puesto que no es culpa suya sino de los portugueses que no sea muy negro como nosotros.

Ya el primer día en que Adriano llegó a clase, nuestro maestro nos dijo que su padre había muerto durante la guerra civil que hay en su país. Adriano ha venido a refugiarse a Pointe-Noire con su madre para que no les maten también. En su país, cuando es de noche, los milicianos de un angoleño malo que se llama Jonas Savimbi atacan al ejército del presidente Agostinho Neto. Todos tuvimos mucho miedo cuando el maestro recordó que Angola no está lejos de nuestro país y que de allí puede venirse a pie pasando por un país muy pequeño que se llama Cabinda donde hay un montón de petróleo como aquí. Tuvimos mucho miedo, sobre todo, porque imaginamos que el bandido Jonas Savimbi y sus milicianos podrían algún día venir a pie a nuestro país para tocar también las narices a nuestro presidente y empujarnos a la guerra civil. Supimos que hay muchos militares cubanos y rusos en Angola para ayudar al presidente Agostinho Neto a permanecer en el poder por-

que el pobre no sólo es atacado por Jonas Savimbi, también tiene otros enemigos que han creado el Frente Nacional de Liberación de Angola, el FLNA, y su jefe es un tal Holden Roberto que no se anda con chiquitas. Agostinho Neto está atrapado entre Jonas Savimbi y Holden Roberto, que son ayudados directamente o a hurtadillas por los imperialistas.

Al finalizar sus explicaciones, el maestro estaba contento al decirnos que nuestro país ama al presidente Agostinho Neto porque es comunista como nosotros. Eso gustó mucho a Adriano.

En clase estamos colocados según nuestra inteligencia. Cuando entras, la primera fila que ves es la de los tres primeros de la clase: Adriano, Willy-Dibas y Jérémie. La segunda fila es para el cuarto, el quinto y el sexto mejor alumno. Y así hasta el fondo de la clase. Los más idiotas son los que están en la última fila. Les dejan allí para que hablen entre sí y se lancen tinta a la cara.

En cuanto el maestro hace una pregunta, Adriano tiene ya la respuesta como si la hubiera soñado por la noche como el criminal Idi Amín Dadá, que soñaba las cosas que iba a hacer contra los asiáticos. Nuestro maestro le dice siempre a Adriano: Tú no respondas la pregunta, deja a los demás la oportunidad de responder y ser inteligentes al menos unos minutos de su vida. Adriano no está nada contento, quiere responder todas las preguntas. ¿De qué sirve pues que vayamos a clase si hay un angoleño que tiene todas las respuestas, incluso sobre las cosas referentes a nuestro país como los ríos y los afluentes? A Adriano no le gusta que alguien

encuentre la solución detrás de él. Pero cuando nadie es capaz de responder —y es siempre así— el maestro está obligado a decir: Adriano, ahora puedes responder. Cuando ha encontrado ya la solución, debemos aplaudirle de pie durante más de cinco minutos. Su rostro se pone rojo como un tomate y el maestro le hace un regalo: una caja llena de tiza, un cuaderno y un manual con los resúmenes de los discursos de nuestro presidente de la República.

En medio de la clase, los medianos soñamos en llegar algún día a la primera fila, al lado de Adriano, pero no es cosa fácil. Cuando has recibido una nota mejor que la de tu compañero que está en la fila superior, ocupas su puesto, él retrocede hasta la fila de detrás. A veces yo había llegado hasta la tercera fila, pero al día siguiente retrocedía y volvía a mi fila de en medio porque el compañero a quien le había cogido el puesto había estudiado bien el domingo de la mañana a la noche para recuperar su puesto entre uno de los diez primeros de la clase. Sólo la primera fila no se mueve nunca pues Adriano, Willy-Dibas y Jérémie son tan inteligentes que hablan entre sí para que no consigamos alcanzarlos nunca. Si esos tres se enfadan contigo, dan un papelito a tu compañero de al lado, que no te gusta. En este papelito están las respuestas a las preguntas, y a ese compañero que no te gusta le basta con copiarlas. Cuando llegas a clase, al día siguiente, el compañero en cuestión ha cambiado de lugar, ahora está justo detrás de Adriano, Willy-Dibas y Jérémie. Y tú estás enfadado.

Pero hago todo lo que puedo para no retroceder hasta la última fila y permanecer entre los medianos. En estas filas nadie te molesta, no te ven porque el maestro sólo suele ver a los primeros y los últimos de la clase.

Nosotros, los chicos, llevamos una camisa caqui y pantalones cortos azules mientras las chicas llevan una camisa anaranjada y una falda azul. Por la mañana no entras en clase si no recitas los cuatro primeros artículos de la ley del Movimiento Nacional de Pioneros, el MNP. Ahora me los sé de memoria. A veces sueño que estoy recitándolos en un estadio más lleno que el estadio de la Revolución. Cada noche antes de acostarme y todas las mañanas antes de levantarme, los recito. Cierro los ojos, imagino que soy alguien que en el futuro servirá a nuestro país, que gracias a mí el capitalismo no ganará su victoria entre nosotros, y murmuro como una oración esos cuatro artículos:

Artículo primero: el pionero es un militante consciente y eficaz de la juventud. En todos sus actos obedece las órdenes del Partido Congoleño del Trabajo.

Artículo 2: el pionero vive de acuerdo con el ejemplo del inmortal Marien Ngouabi, fundador del Partido Congoleño del Trabajo.

Artículo 3: el pionero es ahorrador, disciplinado y trabajador, lleva a cabo su tarea hasta el final.

Artículo 4: el pionero respeta la naturaleza y la transforma.

Hay en nuestra clase un alumno que se llama Bouzoba y que no es inteligente. Cuando digo que no es inteligente soy muy amable pues Bouzoba es el más idiota de todos los idiotas de la clase y está sentado pues en la última fila, en un rincón donde puede hacer a escondidas todas sus tonterías. Además, él inventó el famoso «juego del espejo» que ahora hace furor en el patio de recreo. Durante el recreo pasea con un pequeño espejo en el bolsillo y cuando las chicas están jugando él va tras una de ellas que esté de pie, deja su pequeño espejo en el suelo, entre las piernas de la muchacha, para ver el color de sus bragas. Y luego viene a decirnos que la chica que está de pie, allí, lleva unas bragas rojas, que la otra, la de al lado, lleva una bragas verdosas. Y cuando esas chicas pasan por delante de nosotros les suelta: ¡Marguerite, llevas unas bragas rojas! ¡Célestine, llevas unas bragas verdosas! Las pobres muchachas comienzan a lloriquear y van a decirle al maestro que hemos visto las bragas rojas de Marguerite y las bragas verdosas de Célestine. El maestro va a decirle también al director que algunos alumnos han visto las bragas rojas de Marguerite y las bragas verdosas de Célestine. Y el director viene a azotar personalmente a todos los chicos de la clase porque no hemos tenido el valor de denunciar a Bouzoba, de lo contrario, como es fuerte y musculoso, nos zurraría la badana en el patio de recreo. Nos condenaría a pagar una multa durante un mes: darle cada día nuestro dinero para gastos y rascarle las nalgas cuando tiene comezón.

Pero el director es muy pillo y quiere saber a toda costa quién ha inventado el juego del espejo. Tras habernos zurrado bien, sube al estrado y nos pregunta:

—¿Quién puede decirme el color de las bragas de Célestine?

Se hace el silencio en la clase, se oyen volar las moscas. El director repite su pregunta con una gran sonrisa, como prometiéndonos que no va a pegar a quien le diga el color de las bragas de Célestine. Y entonces ese idiota de Bouzoba levanta el brazo derecho desde el fondo de la clase para aullar:

—¡Señor director, las bragas de Célestine son verdes!

—¡Ah caramba! ¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Las he visto con mi espejo!

Saca el espejo del bolsillo, lo agita en el aire y añade:

—¡No miento, señor director, aquí está mi espejo!

El director tira a Bouzoba de la oreja, se lo lleva al despacho para zurrarle más aún la badana y castigarle a ordenar los libros y limpiar las ventanas...

Como los pupitres son demasiado pequeños, estamos muy apretados unos contra otros. No es difícil leer o copiar lo que el compañero de al lado está escribiendo si no nos hemos aprendido la lección. Todos lo hacemos. Yo no quiero ya mirar lo de nadie porque cada vez copio sus faltas. Cuando alguien escribe deprisa como si supiera lo que está escribiendo, ¿cómo vas a adivinar que comete faltas? De modo que copias sin reflexionar porque si el compañero escribiera cualquier cosa no escribiría tan deprisa que parece alguien que es inteligente como Adriano, Willy-Dibas o Jérémie.

El maestro nos dice:

—El que acabe pronto los deberes podrá irse a casa con los demás.

Sé que es una trampa para atrapar a algunos idiotas. Yo, Michel, no caigo en ella, trabajo a mi ritmo. Además, más vale escribir poco a poco, aunque vayas a ser el último en salir de clase. Al menos, a la mañana siguiente, cuando el maestro corrija los deberes, no va a cascarte. Recordará que no tenías prisa por ir a casa a comer y dormir como el hijo de un capitalista. Creerá que te gusta tanto la escuela que no querías ir a casa. Y entonces no va a pegarte muy fuerte.

grup62

En Teherán hay todo un follón ahora. Los estudiantes iraníes han tomado rehenes en la embajada de América aunque América sea el primer país del mundo. Papá Roger recuerda que, en principio, son los americanos quienes ayudan a la gente cuando hay una guerra mundial contra los alemanes. Los americanos desembarcan siempre en Europa, en un rincón que se llama Normandía y donde hay una playa. Sacan armas complicadas y disparan hasta que no queda ya un solo alemán que quiera ocupar Francia y matar a los judíos. Me pregunto entonces cómo esos estudiantes iraníes pueden tener el valor de ir a provocar a un país como América y encerrar a cincuenta o sesenta americanos en los sótanos de una embajada. ¿Acaso el ayatolá Jomeini es más fuerte que el presidente de los americanos?

Roger Guy Folly explica que esos estudiantes iraníes no van a liberar a los rehenes si los americanos no les devuelven al sha de Irán que está hospitalizado en su país. Y los americanos, que no saben ya qué hacer, aceptan discutir pues con esos estudiantes. Como quieren discutir realmente para salvar a sus compatriotas, Yasser Arafat arbitrará esas discusiones. Papá Roger señala que nos había hablado ya del tal Yasser Arafat que fue testigo de boda de Idi Amín Dadá cuando éste

se casó con su quinta mujer. Yasser Arafat es el presidente de Palestina. Un país que la gente no quiere reconocer que es un país como nuestro país. Debe de sentirse muy contento de ser el árbitro en esta historia de rehenes americanos. Si yo estuviera en su lugar, les diría a los americanos que quieren discutir: De acuerdo, de buena gana os ayudaré para que los iraníes liberen a vuestros cincuenta o sesenta compatriotas que están encerrados en el sótano de vuestra embajada. Pero tengo que hacer una importante petición: primero debe aceptarse que mi país, Palestina, existe, quiero que eso se acepte enseguida y ahora, de lo contrario diré a los estudiantes iraníes que sigan encerrando a vuestros ciudadanos en el sótano.

Ayer por la tarde, un tipo embrolló a la mujer de Yeza, el carpintero que vive en frente, y la cosa terminó muy mal. A ese embrollón le apodan «El silbador de mujeres» pues camela siempre a las mujeres casadas, diríase que en esta ciudad faltan mujeres solteras cuando, según las personas mayores, hay en nuestro país más mujeres que hombres y es normal que los hombres se casen con tres o cuatro mujeres.

El silbador de mujeres ignoraba que Yeza estaba en su taller fabricando un ataúd. Los fabrica por adelantado para no quedarse sin existencias en caso de que se produjeran varias muertes durante el día. Además, también hay gente que encarga ya un ataúd en cuanto su pariente es hospitalizado, si no luego les costaría demasiado caro. Si discutes el precio de un ataúd cuando alguien está ya muerto, el carpintero te responderá mirándote de arriba abajo: Pues bueno, fabrica tú mismo ese ataúd si no estás de acuerdo con mi tarifa. En cuanto la mujer de Yeza oyó los silbidos fuera, salió enseguida de su parcela y siguió a El silbador de mujeres hasta un extremo de la avenida de la Indépendance. Vi entonces, al mismo tiempo, que Yeza salía de su taller con un martillo en la mano y me dijo: Ya está, El silbador de mujeres va a entrar en el ataúd que está fabricando el carpintero.

Seguí a la multitud que caminaba detrás del carpintero y gritaba ya: *Ali boma ye! Ali boma ye! Ali boma ye!* En el barrio, si alguien grita así es que se prepara una buena pelea. Es un modo de caldear a la multitud e impulsar a los camorristas para que no cambien de idea. Papá Roger piensa que ese grito de *Ali boma ye!* lo lanzaron por primera vez los zaireños el año en que los boxeadores Mohammed Alí y George Foreman vinieron a combatir en nuestro continente, como si no hubiera ya lugar allí, en su casa, en América. Al parecer, esos dos negros americanos vinieron a combatir en el Zaire para estar cerca de sus antepasados negros. El que hacía la publicidad de su combate se llamaba Don King, otro negro americano con una mata de pelo tan grande que un pájaro podía creer que era un árbol y posarse encima para hacer su nido y poner sus huevos. Según papá Roger, el tal Don King había recibido millones y millones del dictador Mobutu Sesé Seko para organizar ese combate, pero el negro americano ignoraba que el presidente zaireño había dado todo ese dinero para hacer su propia publicidad y dar a entender al mundo entero que él era un hombre bueno aunque sea malo, aunque da miedo a su pueblo, aunque roba el dinero del Estado y lo esconde en los bancos de Europa, aunque es uno de los asesinos de Patrice Lumumba, el hombre que lo había intentado todo para que el Congo belga fuera un país libre.

Cada vez que mi padre me habla de ese combate de boxeo, me aparto un poco porque intenta imitar el directo de derecha de Alí que dejó KO a Foreman. Si estás cerca de mi padre, corres el riesgo de recibir un golpe en la mandíbula. Según él, al principio, los zaireños

estaban sin embargo a favor de George Foreman: tenía la piel más negra que Mohammed Alí, por lo tanto era el verdadero africano. Alí era demasiado claro de piel como nuestro compañero de clase Adriano, y era sospechoso para los zaireños tener una piel así y pretender que se es negro. Pero cuando Foreman bajó en el aeropuerto de Kinshasa con su gran perro que tenía la lengua fuera y las orejas levantadas como antenas de Radio-Congo, todo el mundo tuvo miedo. Los zaireños dijeron: Ese perro tiene el mismo aspecto que los perros de los belgas que nos mandaban durante la colonización. ¿Cómo puede un negro tener un perro de la misma familia que los perros de los colonizadores? ¿Cómo puede traer aquí un perro que nos recuerda a esos perros educados para ventear el olor del negro y encontrarlo en la selva, en plena noche, cuando intentaba huir de las vejaciones de los blancos? Los zaireños se dijeron también: El tal Foreman no es un negro de verdad como nosotros, quiere ser como los blancos, es preciso pues que Alí le deje KO para vengar a nuestros padres y nuestros abuelos que fueron mordidos por los perros de los belgas. Además, mirad qué sencillo es Alí y cómo hace su footing con los niños a lo largo de nuestro río y por las calles de Kinshasa mientras ese vendido de Foreman se queda en la sala de entrenamiento golpeando como un loco un saco lleno de arena. Alí es un hombre del pueblo. Alí es como nosotros. Tenemos que ayudarlo a ganar aunque Foreman no haya sido derrotado nunca. Nosotros tenemos fetiches. Tenemos a nuestro lado a los antepasados. Pediremos a nuestros fetiches y a nuestros antepasados que apoyen a Alí. Y nuestros fetiches boxearán en vez de Alí. Y nuestros antepasados

harán que Foreman se canse muy pronto, que no vea por dónde van a llegarle los golpes de Alí.

El día del combate, en el estadio del 20-Mai, Alí danzaba en el ring con su juego de piernas. Nuestros antepasados le ayudaban a ser ágil. Evitaba los golpes, se apoyaba en las cuerdas, dejaba que Foreman golpease, golpease y golpease. Foreman estaba cansado de golpear. Alí comenzó a trabajar, a escuchar a nuestros antepasados, a seguir lo que le dictaban nuestros fetiches. En vez de golpear con la izquierda, porque es zurdo, golpeaba con la derecha. Y en el octavo asalto, ¡paf!, Alí lanzó su golpe. Foreman no lo vio llegar, perdió la fuerza de sus piernas, cayó como un enorme saco de patatas. Cuando se levantó, el combate había terminado ya. Alí había ganado. Y comenzó a llover. Eso quería decir que nuestros antepasados estaban contentos, que regaban la victoria de Mohammed Alí.

De modo que cuando oía a la multitud del barrio gritando detrás del carpintero *Ali boma ye! Ali boma ye! Ali boma ye!*, también yo comencé a gritar como todo el mundo. Pero no sabía quién iba a ser Alí y quién Foreman en esa batalla. Entretanto, la mujer del carpintero había desaparecido.

El silbador de mujeres vio acercarse a Yeza con su martillo. Quiso huir, la multitud le alcanzó enseguida.

Alguien dijo:

—¡No vas a huir así, tienes que combatir! ¿Quieres que nos perdamos la pelea o qué? ¡Vamos, combate!

Respondió:

—Ah no, sólo pelearé si mi adversario deja su martillo en el suelo.

La multitud se volvió hacia Yeza:

—¡Deja tu martillo en el suelo! ¡Deja tu martillo en el suelo! ¡Deja tu martillo en el suelo! ¡Deja tu martillo en el suelo si eres un hombre con verdaderos cojones!

Como el carpintero no quería soltar su martillo, un hombre alto y fuerte como un baobab de cien años se lo arrancó. Se formó un círculo alrededor de los camorristas. El hombre alto y fuerte como un baobab de cien años les dijo a los dos adversarios:

—El carpintero Yeza hará de Foreman porque es más musculoso, El silbador de mujeres será Alí, porque es más guapo.

Eso enojó enseguida a Yeza, que quería hacer de Alí porque Alí es el que siempre gana.

—De modo que El silbador de mujeres es más guapo que yo, ¿eh?

El silbador de mujeres se rió sarcástico, y todo el mundo se rió con él, y eso a Yeza no le gustó.

—¿Por qué os reís todos con él, eh? ¿Le apoyáis o qué? ¿No veis que monta un jaleo en los matrimonios de la gente? Muy bien, voy a demostraros que yo, Yeza, soy el verdadero Mohammed Alí.

De un brinco el carpintero se arrojó sobre El silbador de mujeres, pero éste, como un gato, le dio la vuelta y se encontró sobre él, ambos hombres comían ahora polvo. Yo ya no sabía quién estaba encima y quién debajo. Los golpes salían en todas direcciones. Cuando Yeza estaba en buena posición, una mano de la multitud le empujaba y volvía a estar debajo. Cuando El silbador de mujeres estaba encima, otra mano le empuja-

ba y volvía a estar debajo. La pelea que había comenzado en plena avenida de la Indépendance prosiguió hasta un extremo, abajo, y no hacían más que empujar a los dos camorristas. Nadie iba a separarlos. Tras diez minutos de combate, vi que la gente huía, saltaba las barreras de las parcelas, sonaban las sirenas de la policía. Me dije: La policía, cuando llega, golpea primero a los testigos antes de saber quién se peleaba. También yo huí como los demás. Me quedé ante nuestra parcela y desde allí vi a Yeza regresando a su casa con la camisa rota y sangre en la cara, diríase que había combatido en la misma jornada contra una tribu de leones y un ejército de bonobos. Fue directamente a su taller con el martillo en la mano. Golpeaba tan fuerte el ataúd que era como si yo recibiera sus golpes en el pecho. Pensé para mí: ¿qué va a ocurrir cuando su mujer vuelva a casa?

¿Pero qué tiene Mabélé, realmente, más que yo para que Caroline le ame en vez de amarme a mí? Tengo ganas de zurrarle para que la deje tranquila. Imagino ya nuestra pelea: yo seré Alí y él será Foreman. Voy a revolotear como una mariposa, voy a picar como una abeja, es imposible que Mabélé me suelte un puñetazo pues no puedes golpear lo que no ves. Seré demasiado rápido, flotaré en los aires y, ¡alehop! El puñetazo de Mabélé pasará a mi lado. Mabélé quedará plantado en el suelo con sus pies que no son planos, parecen la paleta de los albañiles. Además, Lounès me habrá enseñado ya los katas del maestro John, y despegaré como en las películas de Bruce Lee.

Cuando vi a Mabélé por primera vez en el campo de fútbol Tata-Luboko me dije: ¿Eso es un chico? ¿Acaso Caroline se ha vuelto ciega o qué? ¿No ve que soy más guapo que él? ¿No ve que las rodillas de Mabélé son como ñames que han crecido mal en la selva de Mayombé? ¿No ve que cuando está de pie parece un pavo porque su cuello no deja de moverse?

Bueno, es verdad que no tengo todavía músculos, pero ya llegará y seré todavía más guapo que hoy. A fin de cuentas, ¿qué busca Caroline? ¿No comprende que si tiene sus dos hijos con Mabélé, sus hijos serán tan

feos como su padre? De acuerdo, tal vez sus hijos sean inteligentes, pero de todos modos serán feos, punto y final.

Caroline ama a Mabélé por otra cosa. La cháchara de Mabélé debe ser fuerte como la de las personas mayores. Y esas personas mayores les hablan bien a las mujeres que no hacen más que reír, enseñar sus dientes y su lengua pues lo que oyen les interesa. Yo no soy interesante cuando hablo. Para ser interesante hay que tener cosas que decir, cosas que gustan a las chicas. ¿Pero qué cosas son ésas? Mabélé es sólo un tramposo, encuentra sus trucos en los libros de Marcel Pagnol y va a decírselos al oído de Caroline para hechizarla. Yo no voy a encantar a Caroline con los poemas de Arthur. Para interesarla, pienso por ejemplo en esconder una pluma de gallina de Guinea en mi bolsillo y, si me cruzo con ella, frotar su oreja con la punta de la pluma. Entonces seguro que va a reírse y a encontrarme más interesante que Mabélé. Pienso también, para interesar a Caroline, que podría hacer los gestos de Louis de Funès en la película *El gendarme y los extraterrestres*, que le gusta mucho a Lounès y la ha visto ya tres veces. Al parecer, en esta película, los extraterrestres se transforman, adoptan el aspecto de los gendarmes, y todo el mundo se parece tanto que ya no sabes quién es un extraterrestre y quién un ser humano. Pero yo voy a adoptar el aspecto de Mabélé. Y cuando recuperaré mi propio rostro —porque es más bonito que el de Mabélé—, Caroline se va a reír mucho, hasta atragantarse. La cosa puede funcionar porque, según Lounès, el actor Louis de Funès hace reír a todo el mundo: a las chicas, los muchachos, los niños, los viejos, los animales, etc.

Pero yo no quiero hacer reír a toda esa gente. Sólo quiero hacer reír a Caroline.

Cuando está enamorada, mi madre tiene la impresión de que el corazón le cae en el estómago. Yo nunca he sentido algo así desde que nací. Tengo un corazón casi inmóvil. Aunque yo salte, no se mueve de donde está. El día en que pregunté a Lounès si había sentido ya que el corazón le caía en el estómago, me tomó por loco:

—¿El corazón puede caer en el estómago?

No quise decirle que así ocurre cuando estás enamorado. A Lounès todavía no le he visto camelando a las mozas. Son más bien ellas las que le camelan y él hace como si no quisiera, como si no hubiera notado nada. Pero cuando hace como si no quisiera y no se hubiera dado cuenta de nada, las chicas comienzan a correr tras él. Y él se acerca a mí, muy orgulloso:

—¿Ves aquella chica? Pues bien, quiere estar conmigo desde hace mucho tiempo pero voy a dejar que sufra un poco, luego hablaré con ella, ¡estará ya a punto!

Yo tengo miedo de comportarme de ese modo ante Caroline, porque si le demuestro que no quiero nada de ella, si la hago sufrir, va a decirse: Peor para ti, Mabélé me ama y no me hace sufrir como me haces sufrir tú.

Nuestra escuela es ese viejo edificio de arcilla roja con un tejado que muy pronto va a derrumbarse si no se hace nada en los próximos meses, tal vez incluso en las dos o tres semanas próximas. Los padres de los alumnos hacen reuniones cada mes para que se repare el tejado. Papá Roger no quiere ya participar en estas reuniones. Piensa que la gente está allí hablando y hablando para nada con ese gran francés por el que diríase que han estado en Francia como el tío René, pero no. Al final votan para decir la fecha de la próxima reunión. Y volverán a hablar mucho en ese gran francés mientras el tejado de la escuela sigue estropeándose. Además, hay unos malvados que han robado la madera de las ventanas para encender fuego en sus casas. Cuando llueve, el agua entra en las aulas y nosotros debemos agruparnos en un rincón para no mojarnos. Por eso vamos a la escuela con nuestros impermeables y nuestros cuadernos tienen cubiertas de plástico. Ya hay agua que entra por el techo, si ahora entra también por las ventanas eso ya no es una escuela sino una piscina como la de las casas de los capitalistas del centro de la ciudad que compran su comida en los almacenes Printania.

En la clase huele muy mal por culpa de los alumnos que hacen pipí mientras el maestro está azotándoles. Cuando hablas demasiado, el maestro te dice que te levantes, que vayas a ponerte de rodillas y a cruzar los brazos en el estrado, ante los demás compañeros que te miran. El maestro sigue dando su lección mientras tú estás allí preguntándote: ¿Qué va a pasar cuando termine la lección y se acerque a mí? Entonces lloras de antemano. Pero malgastas tus lágrimas pues es después cuando tendrás que llorar, cuando te haya azotado ya. Y como lloras de antemano, te oyen. Y como te oyen, resulta que molestas a los compañeros que copian la lección, por lo tanto agravas tu caso. El maestro se vuelve hacia ti, está muy enfadado. Va a buscar fuera un ladrillo. Te dice que lo sostengas muy por encima de tu cabeza y que no te muevas hasta que termine la lección. Si dejas caer el ladrillo, dobla tu castigo. Debes procurar que no caiga de ningún modo aunque pese más que tú. Entonces sudas, comienzan a salir los mocos. Como no quieres que los mocos salgan, respiras hacia dentro para que la cosa se quede en tus narices, y eso hace un extraño ruido diríase un camaleón muy hambriento que traga insectos. El maestro se acerca de nuevo a ti, está aún más enfadado que hace un rato porque haces ruidos de camaleón que traga insectos. Pide al angoleño Adriano que suba al estrado. Nuestro mejor compañero está muy contento porque ya sabe lo que va a ocurrir.

El maestro le dice:

—Adriano, recítanos el discurso que el inmortal Marien Ngouabi pronunció el 31 de diciembre de 1969, el día en que se creó nuestro valeroso Partido Congoleño del Trabajo.

Adriano se pone firme. Mira hacia el cielo y adopta la voz del inmortal Marien Ngouabi, esa voz que nos enseñan también durante los cursos de teatro de la Revolución.

Adriano aúlla:

—¡Pioneros!

La clase responde:

—¡Servir!

Adriano:

—¡Todo para el pueblo!

La clase:

—¡Sólo para el pueblo!

Adriano:

—¡Vencer o morir!

La clase:

—¡Vencer o morir!

Adriano:

—¿Morir por quién?

La clase:

—¡Morir por el pueblo!

Adriano:

—¿Morir por qué?

La clase:

—¡Morir por la Revolución!

Ahora que la clase está bien caldeada, Adriano recita el discurso del inmortal:

—«*El año 1969 concluye. Un año a cuyo término podemos evaluar la extensión del camino recorrido, los escollos encontrados, nuestras alegrías y nuestras penas. En resumen, un año más que nos permite contabilizar nuestros esfuerzos y, sobre todo, nuestros fracasos. En este mismo año, nuestros más peligrosos adversarios*

habían acariciado por unos instantes la esperanza de que el Consejo Nacional de la Revolución fuera favorable a una conferencia de cuadros que agrupara un conglomerado de renegados para intentar poner los cimientos de una unidad nacional basada en factores prodominantes, procolonialistas: el tribalismo, el regionalismo y el sectarismo. Esta esperanza —muy alimentada en los últimos tiempos por los medios reaccionarios— se vio pronto decepcionada. Más aún, tras una resonante victoria sobre el imperialismo y los traidores a la nación, nuestro joven y dinámico pueblo ha osado llevar hoy a cabo el acto más audaz de la historia de nuestra Revolución: el Partido Congoleño del Trabajo. El pueblo congoleño acaba de reavivar las llamas de las jornadas de las Tres Gloriosas. Hoy y mañana no desafinaremos ya al cantar La Internacional. Hoy, 31 de diciembre de 1969, el Congo-Brazzaville entra en el palmarés de la gran Revolución proletaria mundial...».

La clase aplaude. El maestro se vuelve hacia ti que estás llorando con el ladrillo por encima de la cabeza y te ordena:

—Deja el ladrillo en el suelo, ahora te toca a ti recitar el discurso del inmortal Marien Ngouabi como acaba de hacerlo Adriano.

Como no puedes recitar como Adriano, que no ha tartamudeado ni olvidado una sola palabra, lloras más aún. Entonces el maestro toma el zurriago que lleva bien escondido en su bolsa y se lo da a Adriano:

—Toma, Adriano, dale veinte azotes a ese alumno que no puede recitar el más célebre discurso del inmortal Marien Ngouabi.

Y he aquí que Adriano golpea mientras la clase cuenta a coro hasta veinte y tú gritas el nombre de tu pobre mamá que desafortunadamente no está al corriente de la desgracia que te sucede.

Tenemos un mapa de la República Popular del Congo colgado cerca de la pizarra, justo al lado del de África: debemos repetir que la República Popular del Congo es un país que se encuentra en África central, y está rodeado por el Zaire, Angola, el Gabón, Camerún y Centroáfrica.

Digo a menudo que nuestro país es muy pequeño, pero no hay que decirlo en clase porque el maestro va a enfadarse y a zurrarte cuando se ve muy bien en el mapa de África que el Zaire, que está a nuestro lado, es más grande. El Zaire es uno de los países más grandes de nuestro continente. No, tampoco hay que decir eso o los zaireños van a despertar cuando ni siquiera saben que su país es más grande que muchos países de Europa y que su presidente-dictador Mobuto Sesé Seko dio millones y millones de dólares a Don King para que George Foreman y Mohammed Alí fueran a combatir en su país mientras el pueblo zaireño vive en la pobreza.

El maestro insiste en que memoricemos todos los nombres de las regiones de nuestro país, de norte a sur y de este a oeste. Debemos saber sobre todo dónde se encuentra exactamente el pueblo del inmortal Marien Ngouabi. Su pueblo natal es Ombele, y está situado al norte, en el distrito de Owando. Allí donde hay una cruz roja en el mapa. Durante la lección de Moral nos enseñan que la madre del Inmortal se llama mamá

Mboualé, y su padre Osséré Dominique. Como que el Inmortal fue asesinado por los nordistas como él, que querían arrebatarse su puesto, nos han enseñado cómo hablar de esta triste historia. Debemos repetir:

«El inmortal Marien Ngouabi, el fundador del Partido Congoleño del Trabajo, murió el 18 de marzo de 1977, con las armas en la mano. Fue cobardemente asesinado por el imperialismo y sus lacayos locales».

El maestro nos dice que el Gobierno acabó agarrando y encarcelando a los lacayos locales del imperialismo que mataron al camarada Marien Ngouabi. El Inmortal se defendió pero no podía hacer nada porque se había inventado una conspiración allí, en Europa, y los europeos son demasiado fuertes cuando venden sus conspiraciones a los africanos. Esos lacayos locales del imperialismo que mataron a nuestro Inmortal son negros como nosotros, congoleños como nosotros. El Gobierno ha prometido que les juzgarán para matarlos por ahorcamiento en el estadio de la Revolución, ante todo el pueblo. El pueblo debe saber que no se toca a los inmortales. Así pues, de momento, ya sólo queda juzgar al imperialismo. Nos costará agarrarlo y encarcelarlo pues no vive entre nosotros como sus lacayos locales. Además, es un blanco.

Según Lounès, sus compañeros del colegio y él estudiaban materias que nosotros no podemos estudiar todavía en la escuela primaria, porque nuestro cerebro no ha terminado de crecer. No podemos pues meter en él cosas demasiado difíciles, si no va a estallar, corremos el riesgo de volvernos locos, de hablar con personas invisibles y recoger la basura por las calles. Por eso, además, los locos de nuestra ciudad hacen aritmética en los muros de las casas, a veces escriben también poemas que creen haber inventado cuando es su locura la que escribe eso.

Nuestros locos tienen unos nombres que no sé ni siquiera de dónde los sacan. Lounès me ha hablado de uno de ellos que se llama Athena y a quien la policía detuvo porque imaginaba ejercicios y los escribía en los muros de las casas de la avenida de la Indépendance. Athena daba también las soluciones y a los alumnos les bastaba con copiarlas. Y, como por pura casualidad, esos ejercicios salían en los exámenes. Entonces, algunas semanas antes de los exámenes, los alumnos buscaban a Athena por las calles de Pointe-Noire. Cuando le encontraban le daban de beber y de comer, le cantaban canciones de cuando era muy pequeño y estaba en brazos de su mamá. Athena lloraba al escuchar esas can-

ciones y se sabía que si había llorado su imaginación iba a ser mayor aún. Los alumnos le regalaban ropa nueva, le cortaban el pelo, la barba y lo llevaban ante una gran pared que está en frente del Studio Photo Vicky:

—Athena, tienes que ayudarnos, escribenos el ejercicio en esta pared y danos la solución.

Athena temblaba de miedo porque, según Lounès, los locos creen siempre que los niños son gigantes, de modo que temen más a los niños que a las personas mayores. Y he aquí que Athena empezaba a reflexionar y, luego, a garabatear en la pared. Los alumnos se empujaban para copiarlo todo. Al final, todos preguntaban:

—¿Estás seguro de que ésta es la solución, Athena?

—Athena, ¿estás seguro de que éste es el ejercicio que nos pondrán el día del examen?

Y además, hay otro loco del barrio Savon al que llaman Arquímedes y otro del barrio Bloc 55 que se llama El Mango. Arquímedes se pasea desnudo, le gusta bañarse en el Tchinouka y echarse pedos dentro para ver como las burbujas hacen ¡Pluf! ¡Pluf! ¡Pluf! El Mango, en cambio, se asienta bajo un mango cualquiera que esté en su camino. Y cuando le preguntas qué está haciendo allí, responde que espera a que un mango caiga sobre su cabeza.

Lounès piensa que Arquímedes y El Mango están locos porque en su infancia les enseñaron cosas que su cabeza no podía comprender aún. Entonces esas cosas pudrieron el interior de su cerebro y esos pobres hombres comenzaron a hablar con personas invisibles y a recoger basuras por las calles de nuestra ciudad. Diríase gente que trabaja en el servicio municipal de limpieza.

Así pues, las matemáticas complicadas son para los mayores del instituto, y para nosotros el cálculo mental, la geometría, etc. Primero debemos comprender el rectángulo, luego el triángulo, luego el cuadrado, luego el círculo, luego el cubo. Sólo después de eso nuestro cerebro va a acostumbrarse poco a poco a los ejercicios que se hacen en el instituto.

Yo no estoy de acuerdo con Lounès, pienso que la escuela primaria es también muy difícil para nosotros. Una vez nos pusieron un ejercicio que nunca voy a olvidar porque, en vez de buscar la solución, yo me preguntaba: ¿Acaso suceden así las cosas en la vida de verdad? El ejercicio en cuestión era el siguiente: un comerciante ha comprado diez hectolitros de vino tinto a treinta francos CFA el litro y ciento cincuenta litros de vino de palma a veinticinco francos CFA el litro, ¿cuanto debe pagar? Toda la clase se miraba mientras Adriano, Willy-Dibas y Jérémie estaban calculando ya lo que debería pagar el comerciante. Desde media clase yo les acechaba. Parecían jorobados buscando una aguja en el suelo. Escribían y escribían mientras nosotros estábamos allí, leyendo y releendo el ejercicio. Yo me decía también: ¿Acaso debemos calcular nosotros lo que debe pagar ese comerciante? ¿Por qué no lo hace él mismo en vez de tocarnos las narices cuando somos aún demasiado pequeños para ser comerciantes? ¿Acaso en su comercio mamá Pauline y la señora Mutombo piensan en esos extraños cálculos? Sin embargo había que encontrar la solución, y sólo Adriano, Willy-Dibas y Jérémie lo hicieron. Salieron del aula antes que todo el mundo. Yo fui el último en salir.

Al día siguiente, cuando el maestro nos hubo zurrado bien, nos explicó por fin cómo calcular lo que el comerciante debía pagar.

—¿Habéis comprendido?

Todos respondimos:

—¡Sí, señor maestro!

—¿De veras?

—¡De veras!

De hecho no habíamos comprendido nada, estábamos perdidos, simplemente habíamos copiado lo que el maestro había escrito en la pizarra. Sé que si nos pone otra vez este ejercicio ahora, sólo Adriano, Willy-Dibas y Jérémie van a encontrar la solución.

El instituto de Lounès se llama Les Trois-Glorieuses. Se encuentra hacia el hospital Adolphe Cissé, no lejos del mar. No puedes ir a pie hasta allí, tienes que tomar un autobús hasta el barrio Savon. Pero los alumnos no quieren pagar su billete y se guardan el dinero para comer buñuelos durante el recreo. De modo que toman el Tren Obrero (el TO) que va directamente del barrio Savon hasta el centro de la ciudad. Es un viejo tren con cuatro vagones que, normalmente, es para los trabajadores del ferrocarril. Pero se acepta también que lo tomen los alumnos pues si trabajan bien en la escuela algún día pueden ser jefes en nuestra compañía de ferrocarriles, la CFCO (*Chemin de Fer Congo-Océan*).

Lounès piensa que los alumnos hacen muchas veces trampa en ese tren porque han visto la película *Pánico en la ciudad*. En esta película hay un actor blanco que se llama Jean-Paul Belmondo y que tiene muchos problemas por culpa de un bandido que se dedica a atracar en la ciudad. De modo que Jean-Paul Belmondo tiene

que encontrarlo. Pero mientras busca al atracador, hay otro bandido que se llama Minos y mata a las mujeres solteras. Afirma que está haciendo justicia en el país. ¿Es normal que alguien que quiere hacer justicia en una ciudad comience a matar a las mujeres solteras cada vez? Y resulta que Jean-Paul Belmondo debe ir ahora en busca de Minos. Trepa a un tren en marcha para correr tras el asesino que se encuentra allí arriba. Lounès jura que Jean-Paul Belmondo no cae nunca cuando se pelea con Minos. Los alumnos se dijeron: Si en una película suben a un tren en marcha sin caer, también nosotros podemos subir al TO para escapar de los revisores. Desde entonces, cuando el TO se detiene en la estación del barrio Savon, allí están los alumnos esperando en vez de subir. Quieren saber primero dónde están los revisores. Y en cuanto el tren arranca, los alumnos corren y se agarran a las puertas. Al menos cien de ellos se encuentran encima de los vagones en unos pocos segundos. Lounès dice que eso se llama *gabarrar*. Allí arriba se agarran bien y agachan la cabeza cuando entran en un túnel, como en *Pánico en la ciudad*. Los revisores no pueden seguirles pues tienen miedo de caer y morir. Además, son demasiado viejos ya, y los viejos son incapaces de gabarrar como los alumnos. Los revisores hacen que el TO se detenga y llaman a la policía. Pero cuando la policía llega es ya demasiado tarde, los alumnos han huido y siguen su camino a pie hasta su establecimiento. Mañana volverán a gabarrar de nuevo.

Un día le pregunté a Lounès cómo se hace para gabarrar bien.

—¡Primero no hay que tener miedo! Jean-Paul Belmondo nunca tiene miedo, sea cual sea la película en la

que le veas. En *Pánico en la ciudad* él no tiene miedo, tiene miedo la ciudad. Para gabarrar bien, es muy sencillo: debes esperar a que el tren arranque, corres un poco, luego corres más deprisa y te agarras a la puerta. Después subes por las escaleras que hay entre los vagones, ¡y ya estás arriba!

grup62

Mamá Pauline me ha pedido que vaya a comprar azúcar en lo del senegalés Diadhiou que tiene una de las tiendas más grandes de la avenida de la Indépendance. Camino desde hace sólo unos minutos, pero hace tanto calor este domingo por la tarde que tengo los pies ardiendo. No he escuchado a mi madre que me aconsejaba llevar sandalias. A pleno sol, cuando caminas descalzo sobre el asfalto diríase que caminas por una sartén puesta al fuego. A veces me detengo al borde de la calle y me pongo a la sombra de un mango para enfriar mis pies, cuando regreso al asfalto mis pies arden más aún. Es mejor pues quedarse en el asfalto, así los pies van a acostumbrarse al calor y ni siquiera vas a sentirlos ya. Sencillamente hay que apretar los dientes y olvidar que tienes pies. Es un poco como cuando tienes muchas ganas de hacer pipí y la casa está muy lejos aún. Si no haces más que pensar como vas a hacer pipí y como vas a sentirte muy bien luego, el pipí puede brotar bruscamente mientras estás en plena calle, y te mearás en los pantalones. Pero si olvidas por un momento esa necesidad, puedes aguantar varios metros.

Camino pues deprisa pensando en cosas agradables, no en mis pobres pies. Pienso en Caroline. Pienso en el coche rojo de cinco plazas. Pienso en el perrito muy

blanco. Pienso en el radiocasete. Pienso en el libro de poemas de Arthur y en su rostro de ángel. Y funciona.

Estoy ante la puerta de la tienda de Diadhiou. ¿Y a quién descubro en su interior? ¡No, no creo lo que estoy viendo! Tengo ganas enseguida de volver sobre mis pasos. Mabélé está en la tienda y espera que Diadhiou le ponga mantequilla a su pedazo de pan. Es la primera vez que le veo así, de cerca. El corazón me cae en el estómago. Me digo: Cuando tienes miedo es como cuando estás enamorado. El corazón cae también en tu estómago.

Mabélé se vuelve y me ve a su vez. ¿Qué voy a hacer ahora? Ya no lo sé. Me dirijo al mostrador y me pongo tras él. Mantengo al menos un metro de distancia entre él y yo. Si me suelta un puñetazo, no podrá alcanzarme, sencillamente retrocederé unos centímetros.

Mabélé hace como si no me hubiera visto. Mira su pan mientras el senegalés sigue untándolo de mantequilla. Diadhiou le tiende por fin el pan, paga y se vuelve para salir. Pasa ante mí, me empuja y me dice en voz baja:

—¡Te espero fuera, gilipollas! ¡Veremos quién es más fuerte! Y cuando te haya partido la cara, Caroline no volverá a mirarte.

Ha salido, le diviso fuera devorando su pan. Tengo tanto miedo que he olvidado lo que he venido a hacer en la tienda.

—¿Qué quieres, pequeño Michel?

Como no digo nada y miro a la calle, Diadhiou vuelve a preguntar:

—¿Qué quieres? ¿Tienes algún problema fuera o qué? El senegalés acaba ahora de comprender que Mabélé, que agita un puño fuera, me espera para zurrarme bien.

Diadhiou aúlla desde su mostrador:

—¡Eh, tú, el que está fuera! ¡Sal de delante de mi tienda! ¡No quiero peleas delante de mi tienda! ¿Acaso son tus padres los que pagan mi patente?

Mabélé ha desaparecido, recuerdo entonces que he venido a comprar azúcar para mi madre. Pago y me dirijo poco a poco hacia la puerta. Permanezco de pie, mirando a derecha y a izquierda. Siento que Mabélé está escondido en alguna parte. No veo a nadie. Tal vez esté detrás de un árbol o detrás de esos coches estacionados en la avenida. Tomo impulso, cuento para mí: ¡A LA UNA, A LAS DOS Y A LAS TRES! Y vuelo como un cohete.

No miro hacia atrás, no hago más que correr, correr y correr. Corro tan deprisa que cuando llego a nuestra parcela la dejo atrás y caigo en la de nuestro vecino el señor Vinou, ese borracho que no tiene una pistola como Paul Verlaine. Me insulta, me trata de ladrón, de bribonzuelo, etc. Salto las alambradas que separan nuestras dos parcelas y me encuentro sudando en casa.

Espío por la ventana: Mabélé está de pie delante de nuestra parcela. Esta vez agita tres veces en el aire su puño cerrado y se va. Me digo: Su gesto significa que la próxima vez me agarrará, que ese día no voy a escapar como hoy.

Estoy enfadado contra los mexicanos. No han querido que el Sha fuera a su país después de la operación en

América y he aquí que el antiguo presidente se encuentra ahora en Panamá. No es normal.

Papá Roger no consigue explicarnos dónde se encuentra Panamá. Dice sencillamente que está al lado de Costa Rica y de Colombia —este país juega tan bien al fútbol como México, pero no ha organizado todavía una copa del mundo como México. De todos modos está bien que Panamá reciba al Sha. Debe de estar muy fatigado y tiene que descansar.

Mi alegría no dura mucho tiempo porque mi padre nos dice también que los panameños se dejan influir por el ayatolá Jomeini y quieren devolver el Sha a Irán. Y entonces iba yo a aullar de cólera, pero me he calmado porque mamá Pauline me mira con el rostro huraño. Piensa que soy el cómplice de mi padre en esta historia del Sha que busca un país que le acoja.

La radio tiene caprichos hoy. A veces se corta el sonido durante unos minutos. Mi padre cree que lo hace el Gobierno para impedir que nos informemos de lo que ocurre en el mundo y seguir haciéndonos creer que el imperialismo y sus lacayos locales asesinaron al inmortal Marien Ngouabi. ¿Por qué el Gobierno se empeña en hablar de ese asesinato si no es él mismo cómplice de la muerte de nuestro Inmortal?

El sonido de la radio ha regresado y se oye al periodista americano decir una palabra muy complicada que oigo por primera vez: *extradición*. Cuesta mucho de pronunciar, tienes que hacer como si fueras a estornudar, luego carraspear. Miro a mi padre, se inclina hacia mí, me dice que la *extradición* es cuando se agarra a al-

guien en otro país y se lo manda a su país natal donde será juzgado. En el mundo entero muchos países se han puesto de acuerdo para atrapar a la gente que buscan, como el Sha, y devolverlos a sus países de origen para que los juzguen.

Y papá Roger monta en cólera:

—¡No es normal que Panamá devuelva el Sha a Irán! Nadie sabe lo que podría ocurrir allí. Afortunadamente, el presidente de los egipcios le ha pedido que regrese a Egipto donde estará tranquilo. Pero para el Sha supone un regreso a la casilla de salida. ¿Tiene otra opción? ¿Está obligado a regresar a Egipto? Su cáncer se hace cada vez más grave. Estoy seguro de que hicieron adrede eso de operarle mal en los Estados Unidos. Espero que al menos no muera en Egipto como un pobre perro abandonado.

Papá Roger y mamá Pauline no están, puedo pues recuperar a escondidas el libro del joven con el rostro de ángel. Diríase que hoy me sonrío un poco más y que está contento de verme. Le he dejado solo demasiado tiempo. Cuando miro su foto, es como recuperar un amigo. Tengo ganas de hablarle de Mabelé que quería romperme la cara la última vez cuando es él quien me ha quitado mi mujer y le habla de los castillos de ese Marcel Pagnol que me pone de los nervios.

Tengo ganas también de hablarle de Lounès, de decirle que con mi amigo nos vemos mucho, que nos queremos como dos hermanos, que no nos escondemos nada, pero que no voy a contarle a Lounès que Mabelé estuvo a punto de zurrarme si no intentará vengarme con sus katas superiores que le enseña el maestro John. Pero a mí no me gustan las peleas y por eso no seguiré a Lounès hasta su club de karate.

Arthur no habla y sigue sonriéndome. ¿Qué sé de él salvo su historia de la «mano de la pluma» y de la «mano del arado»? ¿Quién es?

Precisamente se cuentan otras cosas sobre su vida al comienzo del libro, en una parte que se llama «Intro-

ducción». Han escrito ahí que Arthur vino a nuestro continente y que comerció con marfil, oro y café. Eso significa que le gustaba el comercio como a mamá Pauline y a la señora Mutombo. Han escrito que a veces estuvo de fiesta con las bellísimas mujeres africanas. ¿Quién puede negarse a andar de fiesta con las bellísimas mujeres africanas? No comprendo por qué se afirma que se aburría mucho en el extranjero cuando andaba de fiesta con las bellísimas mujeres africanas. Descubro algo más adelante que Arthur ganó dinero —tal vez mucho dinero— con su comercio y que puso ese dinero en un banco de Egipto.

¿De Egipto? Doy entonces un respingo porque ahí es donde el Sha está sufriendo su cáncer. Es extraño ir a esconder dinero precisamente donde la gente que es expulsada de su país va a descansar para no sufrir demasiado el cáncer de la extradición.

Ah no, no consigo imaginar a Arthur vendiendo armas como han escrito en este libro. Las armas son para matar a la gente, para hacer la guerra mundial. El que vende armas es tan culpable como el que las utiliza. ¿Por qué vendía armas cuando él mismo había estado a punto de morir, si su amigo que estaba borracho no hubiese errado con la pistola?

Pero bueno, eso no es lo que más me entristece, lo que más me entristece es, sobre todo, saber que estaba enfermo y que al final tuvieron que cortarle la pierna, de lo contrario iba a morir. ¡Paf, le cortaron pues esa pierna! Y hele aquí cojeando más que el señor Mutombo. Y hele aquí con un palo en vez de pierna. Y hele

aquí muy enfermo al final de su corta vida. Pienso entonces en el Sha que está enfermo de cáncer. Como el Sha, Arthur tenía cáncer, y el cáncer de Arthur le había devorado tanto la pierna que había llegado hasta su brazo derecho. El cáncer es siempre así, se agrava y acaba matando a fuego lento. Es lo que decía papá Roger hablando del Sha, no de Arthur porque estoy seguro de que no está al corriente de que el joven con rostro de ángel estaba enfermo como el Sha. Mi padre no puede saberlo ahora, lo sabrá cuando se jubile y abra las páginas de ese libro que está en mis manos.

Leo más adelante aún que Arthur no podía estarse quieto, viajaba mucho. No era como el Sha, que no tiene un país que le acoja. Él lo hacía por la aventura, y eso le gustaba. Hoy el Sha viaja para que el ayatolá Jomeini no le agarre. Pero Arthur viajaba para que no le agarrara su vida pasada. Incluso cuando estaba ya muriéndose, en Francia, le dijo a su mujer que quería repetir la aventura hacia Egipto. ¡Siempre Egipto! Entonces me hago preguntas sobre este país que tiene pirámides y momias a montones: ¿Acaso en Egipto es donde mejor está morir o qué? Al mismo tiempo no comprendo el comportamiento de Arthur: Has regresado a tu casa, en Francia, ¡y en vez de morirte ahí quieres regresar a Egipto! Afortunadamente murió en Francia, lo enterraron allí. En su país natal. Si muere, tal vez el Sha no tenga la suerte de ser enterrado en Irán. Por eso rezo por él, no por Arthur que descansa en paz en su país natal.

El año pasado, cuando el maestro me entregó el boletín de notas, me dijo: Si se lo enseño a papá Roger le explicará a mamá Pauline lo que pasa, verán que el maestro ha puesto cosas sobre mi comportamiento, que ese comportamiento no estaba bien, entonces me pegarán una bronca como dos personas golpeando sin cesar el mismo tam-tam.

Metí el boletín de notas en una bolsa de plástico, lo escondí todo en una casa abandonada que no está lejos de la nuestra. Nadie va por allí, salvo los perros y las ratas. Además, por eso cavé y enterré el boletín. Regresé a casa como un chico bueno que es el primero de la clase. Cada día tenía miedo de que me preguntaran: Michel, ¿dónde está el boletín de notas?

La primera semana, papá Roger se preocupó porque no veía mi boletín mientras que en casa de mamá Martine mis hermanas y hermanos habían ya enseñado sus notas. Le dije a mi padre que el maestro no había terminado de llenar nuestros boletines. La segunda semana expliqué lo mismo. La tercera semana mentí y dije que habían dado los boletines a todo el mundo, pero que se habían olvidado del mío.

Papá Roger no estaba contento:

—Iré a decirle a tu maestro que no se trata así a mi hijo.

Y entonces fue a nuestra escuela. No trabajó aquella tarde porque consideraba que el asunto era demasiado grave.

Estábamos en clase cuando descubrí a mi padre espiando por la ventana. El maestro salió para reunirse con él y permanecieron fuera, discutiendo durante unos minutos. El maestro regresó luego a la clase y me señaló con el dedo:

—Michel, ¡EN PIE!

Me levanté mientras a mis espaldas murmuraban los compañeros:

—¡La cosa es grave! ¡La cosa es grave! ¡La cosa es grave!

Puesto que yo miraba al suelo, el maestro me levantó la cabeza:

—Bueno, Michel, repite a tu padre lo que le has contado. ¿De modo que no te entregué tu boletín de notas hace más de tres semanas?

Volví a bajar la cabeza.

—¡Repite lo que le dijiste a tu padre!

Mis compañeros, que habían oído la voz de nuestro maestro, se apretujaban en las ventanas para divisar lo que ocurría.

Esta vez fue papá Roger el que me levantó la cabeza:

—Vamos, ¡vas a enseñarme hoy mismo este boletín! ¡Ve a coger tu cartera!

Regresé a la clase, tomé mis cosas mientras los compañeros seguían murmurando:

—¡La cosa es grave! ¡La cosa es grave! ¡La cosa es grave!

Caminábamos por la calle, mi padre detrás, yo delante. Tras más de media hora llegamos ante la casa abandonada. En cuanto empujamos la puerta, unos perros ladraron en su complicada lengua y huyeron por todos los agujeros de las tablas de las paredes. Papá Roger, con las manos en las caderas, lanzó una mirada por todas partes y se volvió hacia mí.

—¿Realmente es aquí? ¿Dónde está pues tu boletín de notas?

Me arrodillé en un rincón de la casa y comencé a excavar mientras mi padre me contemplaba. Cavé, cavé, cavé. Cuando toqué la bolsa de plástico estaba un poco mojada, diríase que también las bolsas transpiran como los seres humanos. Papá Roger me la arrancó de las manos y deshizo el nudo. El boletín de notas estaba, en efecto, allí. Cuando mi padre comenzó a leerlo, pensé: ahora tengo que huir, llegará muy pronto al lugar donde el maestro escribe las observaciones sobre el comportamiento de los alumnos.

Retrocedí dos pasos, me di la vuelta, huí como las ratas y los perros que viven en esa casa abandonada. Me volvía de vez en cuando, pero papá Roger no estaba detrás de mí. Corría diciéndome: Yo, Michel, soy Carl Lewis, ese negro americano del que habla últimamente Roger Guy Folly. Al parecer Carl Lewis es todavía un alumno de instituto, pero que salta y corre ya como una persona mayor, que va a convertirse en menos de dos o tres años en el mejor corredor del mundo.

Llegué ante nuestra parcela casi sin aliento. Entré directamente en mi habitación y me escondí debajo de la cama preguntándome: ¿Va a pegarme papá Roger? Si me pega, será la primera vez desde que decidió que

también yo soy su hijo, que soy como los hijos que ha tenido con mamá Martine.

—¡Sal de ahí, Michel! ¡Sé que estás escondido debajo de tu cama!

Salí, con el rostro cubierto de polvo y de telarañas. Comenzaba ya a llorar. Fuera escuché ruido: era mamá Pauline que regresaba del Gran Mercado. Puesto que ahora estaba de pie, parecía una gallina que tiene miedo a que le corten la cabeza el día de fin de año, mi padre me hizo una señal:

—Siéntate, debo hablar contigo, no estoy contento de lo que has hecho.

Me senté donde me siento cuando comemos carne de buey con habichuelas y acecho el gran pedazo que brilla en el plato de mi padre.

—¿Pero qué pasa ahora? —preguntó mamá Pauline que se puso de pie a mis espaldas.

—Por fin he encontrado el boletín de Michel.

—¿Dónde?

—Lo había enterrado en una casa abandonada, la que está justo a la entrada del barrio.

Mi madre se sentó mientras mi padre abría el boletín. Impaciente como de costumbre, ella preguntó:

—¿Y qué?

—Michel ha hecho un buen trabajo. Ha aprobado y el maestro, como observación, ha escrito: «Alumno muy asiduo».

Yo no comprendía nada ya, pues había escondido el boletín porque pensaba: «Alumno muy asiduo» significa un alumno que no se comporta bien, un alumno

que habla mucho en clase y que es idiota como Bouzoba.

Y ahora papá Roger me felicitaba, mamá Pauline se ponía a preparar un plato de carne de buey con habichuelas. Yo tenía la cabeza en otra parte. Acababa de comprender que «alumno muy asiduo» significaba un alumno que va muy bien, un alumno que se porta bien, un alumno que va a clase y escucha lo que el maestro dice.

grup62

Cada vez que mamá Pauline va al campo a causa de su comercio, como ahora, yo vivo en la otra casa de mi padre y me encuentro con mis siete hermanos y hermanas: Yaya Gaston tiene veinticuatro años, Georgette tiene dieciocho, Marius tiene trece, Ginette tiene once, Mbombie tiene nueve, Maximilien tiene seis y Félicienne, la benjamina, tiene dos años.

Aquí estoy también en mi casa, mis hermanas y hermanos no dicen que papá Roger es mi padre nutricional, me consideran como su propio hermano.

Yaya Gaston es el primer hijo de la familia. A sus veinticuatro años diríase que es ya un grandísimo señor. Lleva un pequeño bigote recortado como en los carteles de películas del cine Rex. Se parece a papá Roger, pero Yaya Gaston es más alto, le han apodado «el Francés» porque te responde siempre en francés aunque le hables en munukutuba, en lingala o en bembe. Además sólo se viste con ropa que viene de Francia. La compra en el puerto de Pointe-Noire donde trabaja como aduanero. A veces no compra esa ropa, se la regalan si quieren retirar un gran bulto de la aduana sin pagar algo. Lleva un gran brazaletes de oro, lo limpia con un trapo que

moja en un producto que se llama *Mirror*. Ese producto hace que los ojos te escuezan, como el Flytox, y hiede más que el pipí de gato silvestre. Por la mañana limpia su brazaletes ante la puerta de su pequeño estudio, que da a la calle, pero que está pegado a la casa principal donde vive el resto de la familia.

Georgette es muy guapa, todo el mundo se lo recuerda y, como lo sabe, se pasa el tiempo mirándose, preguntando a sus compañeras qué piensan los muchachos de ella. Se pinta de rojo las uñas los fines de semana, pero debe limpiárselas durante la semana porque en el instituto está prohibido. El año pasado, cuando tenía diecisiete años, papá Roger estuvo a punto de mandarla por las buenas a casa de un muchacho que pasa a menudo ante la parcela, a buscarla para ir a pasear en plena noche. El tipo se llama Dassin y se comporta como El silbador de mujeres que se había peleado con el carpintero Yeza. Yaya Gaston lo agarró una vez y le dijo:

—Dassin, si no dejas de dar vueltas ante nuestra parcela, si oigo un solo silbido más por la noche y mi hermana sale de casa, te rompo la cara.

Dassin temblaba, el sudor corría por su rostro porque nuestro hermano mayor es fuerte como Tarzán. Todo el barrio le tiene miedo. Pero Dassin no es un idiota que haya nacido la antepenúltima lluvia. Encontró otro medio para enredarnos: manda a los chiquillos del barrio, les paga veinticinco francos CFA a cada uno si consiguen que nuestra hermana Georgette salga de casa. Sin embargo papá Roger no es malo, pero aquello era demasiado a fin de cuentas, porque el tal Dassin ha-

bía preñado a nuestra hermana. No vimos al bebé porque éste se había marchado directamente al Cielo sin pasar por la Tierra.

Marius es un nombre para viejos, eso dice la gente en el barrio. Puesto que a papá Roger le gusta el futbolista Marius Trésor —es un negro que juega en la selección de Francia—, le dio el nombre de ese jugador a uno de mis hermanos. A veces le llaman Trésor, y eso le gusta. Marius sueña en ir algún día a Francia donde podrá convertirse en un futbolista como Marius Trésor que, según él, es el primer negro capitán de la selección de Francia aunque en ese equipo haya jugadores como Michel Platini o Didier Six, blancos que en principio debieran ser capitanes en su lugar porque no es normal que un negro mande a los blancos.

Marius está al corriente de cómo se puede llegar a Europa por la aventura. A los trece años sabe ya que los aventureros pasan por Angola donde hay guerra civil y cuando hay guerra no se tiene tiempo de vigilarlo todo. Los aventureros toman el avión desde allí para aterrizar primero en Portugal, antes de llegar a Francia. Está al corriente de eso porque su mejor amigo, Tago, es el hermano menor de Jerry el Parisino, un joven que vuelve cada estación seca y cuenta como en Francia es posible tenerlo todo sin trabajar, incluso trajes y corbatas. Puesto que Jerry el Parisino es un gomoso, también Marius quiere ser de la goma, y fue él quien me dijo que la goma significa «Grupo para la Ofensiva de Muchachos Atildados». Los gomosos son pues gente que viste bien, que sólo vive para vestirse, que andan con elegan-

cia y llevan ropa cara fabricada por los sastres de Europa y no por el señor Mutombo. Tal vez por eso al señor Mutombo no le gustan y los critica de la mañana a la noche. Dice que los gomosos son gamberros que llegan de París para preñar a las muchachas de nuestro país y abandonarlas con sus hijos mientras ellos viven tranquilamente en Europa.

Marius ha previsto que abandonará el país el día en que cumpla dieciocho años. Así pues, si cuento como es debido, faltan sólo cinco años para que viaje y se convierta en un gomoso como Jerry el Parisino. Pero, si tiene dieciocho años, creo que no podrá ya ser un futbolista porque el rey Pelé comenzó a jugar cuando tenía quince. Tal como van las cosas para mi hermano, pienso que tendrá más posibilidades de ser un gran gomoso que un gran futbolista como Marius Trésor, Didier Six o Michel Platini. En la goma no hay edad, no estás obligado a hacer educación física, a correr por la mañana, a entrenarte sudando. Primero será preciso que Marius encuentre dinero para viajar a Francia. Mucho dinero. Por eso, durante las vacaciones escolares, trabaja en el hotel Victory Palace donde saca la basura y riega las flores. Papá Roger le da a menudo ese trabajito, pero no sabe que Marius trabaja para dejarnos solos algún día e irse a vivir con los blancos de Europa. De modo que Marius ahorra su dinero para gastos y lo mete en una cajita de madera que esconde bajo la cama y que verifica antes de dormir y cuando despierta. Cree que los envidiosos del barrio harán su brujería para que no vaya a Europa y se convierta en un gran gomoso o un gran futbolista. Esos envidiosos podrían mandar ratas debajo de su cama, y esas ratas se comerían su dine-

ro, incluso las monedas. Por eso pone cada noche alrededor de su caja un producto que se llama *Raticida*. La rata a la que se le ocurra comerse su dinero morirá allí mismo a causa de ese veneno.

Ginette es un nombre que sorprende a la gente del barrio aunque a mí me parece que es un nombre bonito. Es el nombre de la propietaria del hotel Victory Palace. Nuestro padre quiso complacer a su patrona que le contrató y le mantiene con ella desde hace años. Al parecer, a la patrona le complació que mi padre diera su nombre a nuestra hermana. Por eso la señora Ginette aumentó el salario de papá Roger en ciento treinta francos CFA más por mes. En diciembre, hace a nuestra hermana Ginette un regalo mayor que el de los demás hijos de los trabajadores de su hotel que no tuvieron la inteligencia de llamar Ginette a sus hijas.

Ginette es muy pequeña de talla. Podría creerse que no tiene once años y echarle fácilmente ocho. Adivino pues que no será alta por culpa de papá Roger que es demasiado bajo. Pero no hay que decirle que es demasiado baja porque se enfada y se niega a comer a mediodía y por la noche. Nosotros, si queremos provocarla y comernos su plato, le decimos que es demasiado baja, como un niño de ocho años. Si tiene mucha hambre, come de todos modos y promete no comer mañana a mediodía ni por la noche. Cuando ese mañana llega, ha olvidado ya que ayer le dijimos que era demasiado baja.

Puesto que comprobó que su patrona estaba satisfecha de que hubiera dado el nombre de Ginette a nuestra hermana, papá Roger quiso repetirlo cuando tuvo otra hija. Había previsto llamarla Marie-France como la hermana mayor de la señora Ginette. El día del nacimiento de su hija, nuestro padre fue a anunciar la buena nueva a su patrona y esperó que la patrona brincara de contento. Entonces, la señora Ginette no estuvo en absoluto de acuerdo. Dijo que ya bastaba. Que al final resultaba ridículo. Papá Roger se sentía muy decepcionado. Finalmente dio a esta niña el nombre de su difunta madre. Nuestra hermana que tiene nueve años se llama pues Mbombie como nuestra difunta abuela paterna. De lo contrario habría recibido el nombre de Marie-France y tendría también un regalo más grande cada fin de año. Pero a veces papá Roger la llama Marie-France porque quiere realmente a su patrona. A Mbombie, sin embargo, ese nombre no le gusta, nunca se vuelve cuando la llaman así.

—¡No me llaméis Marie-France! ¿Habéis visto alguna vez a alguien que se llame Marie-Congo o Marie-Zaire, eh?

Maximilien es un muchacho que nunca dice no aunque a los seis años se haya ya aprendido, desde hace mucho tiempo, a rechazar algunas cosas que las personas mayores nos piden que hagamos. De modo que, en casa, todo el mundo le dice que vaya a comprar eso o aquello, que cierre el portal de la parcela o vaya a comprobar si la marmita está ya hirviendo en la cocina. Cuando le dices que vaya a comprar eso o aquello, corre

como un campeón del mundo de los cien metros. Y luego se detiene un poco más lejos, vuelve sobre sus pasos y pregunta con los ojos muy abiertos:

—¿Qué es lo que debo comprar? ¿Adónde debo ir a comprarlo?

Lo mandamos a menudo a comprar buñuelos, bombones, una hoja de afeitar Gillette para Yaya Gaston, hilo para las trenzas de Ginette, aceite de palma para mamá Martine. Pero cuando regresa le echamos una bronca porque por el camino ha perdido el cambio que le han dado los comerciantes. Sabemos que lo ha perdido en cuanto se pone a llorar y señala la calle con el dedo. Diríase que es la calle la que le ha robado el dinero. A veces olvida volver pronto a casa con las compras y se detiene en la esquina para mirar una riña de prostitutas zaireñas que se pelean con tenedores y tapas de marmita porque una de ellas, que es más joven, le ha quitado el cliente a la más vieja. Maximilien quiere a toda costa separarlas para que, al final, la más vieja a la que ha zurrado la más joven le dé un poco de dinero por haberle salvado la vida.

Félicienne es la última de la familia. Mamá Martine se ocupa de ella como si fuera su única hija. De modo que, a los dos años, se comporta aún como un bebé de cinco meses, muy caprichoso. Diríase que no quiere crecer y prefiere gatear a cuatro patas aunque pueda caminar de pie cuando lo desea, sobre todo cuando se acerca a mí. Además, falta mucho aún para que deje de beber leche en biberón. Una vez, la sorprendí intentando preparar ella misma su leche. En cuanto vio que la miraba, lo

dejó todo y lloró como si le hubiese picado una avispa, tal vez porque se había dado cuenta de que yo había comprendido su jueguito.

A Félicienne le gusta que yo la coja en brazos, pero cuando lo hago siento que algo caliente me quema en la panza: acaba de mearse encima de mí y se echa a reír. De modo que lo hace adrede. Entonces, en cuanto me tiende los brazos con una sonrisa para que la coja y la lleve a hombros, yo miro para otro lado. Porque sé que tiene ganas de hacer pipí sobre mí, no sobre otro. Eso no es malo, es su mejor modo de jugar conmigo y, tal vez, también de decirme que me quiere como quiere a sus demás hermanas y hermanos de su misma sangre.

grup62

Siempre estoy contento cuando Yaya Gaston quiere que yo duerma en su estudio, aunque mis hermanos estén algo celosos. Yaya Gaston sabe que no cuento a la gente las cosas que ocurren en ese estudio aunque, francamente, tendría mil cosas que contar porque veo las chicas guapas que van a visitarle y que también le llevan comida. La comida en cuestión es tan buena que parece que estas chicas la preparan muy bien sólo para que Yaya Gaston las quiera más aún. Yo las escucho hablar, presumir de ser guapas, más guapas que las actrices de cine cuando no es posible que una mujer sea más guapa que una actriz. Quieren ser amables conmigo para que Yaya Gaston las quiera. Pero es humo en la hierba pues, cuando Yaya Gaston vuelve la espalda, algunas de ellas me miran con grandes ojos malignos, quieren que salga enseguida de la casa para quedarse con nuestro hermano mayor. Yo no salgo mientras no sea Yaya Gaston quien me diga que vaya a dar una vuelta fuera. No es su casa, la de ellas, es nuestra casa.

De todas las chicas que están locas por Yaya Gaston, Geneviève es mi preferida. No me mira con unos grandes ojos de malvada. No me pide que me dé una vuelta

por fuera para que ella pueda hacer cosas vergonzosas con mi hermano mayor. Muy al contrario, me dice que me quede con ella, que le cuente lo que estudio en la escuela, lo que me gusta en la vida y lo que haré más tarde, cuando tenga veinte años. Y yo no paro ya, me vuelvo más charlatán que una familia de gorriones, no hago más que hablar y hablar. Le digo a Geneviève que quiero ser eso, que quiero ser aquello, que quiero ser eso y aquello a la vez si es posible. Tengo ganas de hacerlo todo en la vida. Quiero ser actor de cine para besar a las actrices de las películas indias, quiero ser presidente de la República para hacer largos discursos en el estadio de la Revolución y escribir un libro que hable de mi valor contra los enemigos de la nación, quiero ser taxista para no caminar demasiado por el asfalto que se calienta a mediodía, quiero ser director del puerto marítimo de Pointe-Noire para tomar gratuitamente las cosas que llegan de Europa, quiero ser un doctor veterinario, pero no quiero ser un agricultor por culpa del tío René que quiere que sea agricultor. También quiero escribir poemas para Caroline. Se lo digo, ella sonrío, me recuerda que la vida es demasiado corta para que alguien haga todas esas cosas. Hay que hacer algunas y, sobre todo, hacerlas bien.

Cuando Geneviève está allí, mi corazón palpita con fuerza. Tengo ganas de estar en sus brazos, de oler su perfume. No es muy alta, y así está bien porque Lounès dice que una mujer no debe ser demasiado alta o nadie va a casarse con ella. El hombre que camine a su lado sentirá vergüenza de ser demasiado bajo.

Geneviève es muy negra de piel, por eso Yaya Gaston la llama «Mi belleza negra». Ella no se alisa el pelo con

los productos de los blancos como hacen las demás chicas del barrio. Se los peina y eso forma una gran mata afro que da ganas de tocarla. Diríase el pelo de una negra americana. Se viste de blanco —lo que quiere decir que es una mujer que procura que su ropa no esté sucia.

A veces imagino que a Yaya Gaston le gusta Geneviève por sus ojos. Cuando te mira, puedes dárselo todo, incluso una casa de pisos o un gran pedazo de carne de buey aunque tú mismo tengas mucha hambre desde hace dos días. Es la primera vez que veo ojos de ese color. Son como un río verde y calmo con pequeños diamantes que brillan en los bordes.

Me gusta el momento en que estoy con Geneviève y caminamos por la calle. Levanto mucho la cabeza y avanzo como un chico mayor para que la gente me respete. Cuando viene por detrás un coche, le digo a Geneviève:

—¡Cuidado, hay un Peugeot 504 azul que viene por detrás!

Ella se ríe, se aparta, el coche pasa y proseguimos nuestro camino. Andamos mucho tiempo, pero ella permanece silenciosa. Pero yo sé muy bien que no habla porque está pensando en muchas cosas, que está muy triste y el corazón le duele por culpa de esas otras muchachas que se han quedado en el estudio de Yaya Gaston.

Seguimos andando. Ahora estamos en la calle paralela a la avenida Félix Éboué. De pronto me da la espalda, como si quisiera dar media vuelta. También yo me detengo, veo que se seca las lágrimas. Le pregunto por qué llora, me dice que no llora, que le ha entrado

una hormiga en el ojo. Le respondo que puedo soplar en su ojo para quitarle la hormiga.

—Eres muy amable, ya está, ya no hay hormiga.

Sé que son lágrimas lo que brotan de sus ojos, que Yaya Gaston la hace sufrir. ¿Por qué, si no, a las demás chicas que se han quedado en el estudio no les ha entrado una hormiga en los ojos? Esas chicas, pues, no quieren a Yaya Gaston. Si se quiere a alguien y se sufre porque se comporta mal, debes tener una hormiga en el ojo y deben correr las lágrimas.

Proseguimos el camino. Pienso en el sufrimiento de Geneviève, en las demás chicas que dicen que es demasiado negra, que es demasiado baja, que su comida no es buena, etc. Y, poniéndome en el lugar de Geneviève, siento también una hormiga que me entra en el ojo. Vuelvo la espalda, diríase que quiero dar media vuelta, pero es demasiado tarde, me ha visto. Deja de caminar y me pregunta:

—¿Quieres que sope en tu ojo para quitar la hormiga?

Como recuerdo enseguida su respuesta, murmuro:

—Eres muy amable, ya está, ya no hay hormiga...

Y nos reímos. No tengo ganas ya de que nos separemos. No quiero ya que suelte mi mano. No quiero ya que volvamos al estudio de Yaya Gaston. Me siento bien con ella. Aprieto mucho su mano. También ella aprieta mucho mi mano. Siento que la amo, ¿me ama ella? Estoy enamorado de ella. Tengo ganas de decírselo ahora. ¿Pero cómo? Podría burlarse de mí. Y de todos modos se lo digo:

—Geneviève, el corazón está cayéndome en el estómago, quiero casarme contigo.

No se sorprende en absoluto y me pregunta con una sonrisita:

—¿Por qué quieres casarte conmigo?

—Porque no quiero que sufras todos los días. No quiero que una hormiga entre cada vez en tu ojo.

Me toca la cabeza, le miro a los ojos: su río verde tiene cada vez más diamantes que brillan en las orillas. Sueño que soy uno de esos diamantes. El mayor de esos diamantes. Soy yo el que brilla más que los otros diamantes y soy yo el que hace que el río sea siempre verde.

—Michel, no eres todavía una persona mayor para casarte conmigo...

—¡Algún día seré una persona mayor!

—Y yo seré una vieja para ti.

—No, tú no puedes ser vieja y yo...

—Michel, tienes ya una amiguita, me lo dijiste la última vez. ¿Cómo se llama ya?

—Caroline.

—Debes casarte con ella, tenéis la misma edad y...

—Nos hemos divorciado.

—¿Ya?

—Lo decidió ella, no yo.

—¿Por qué?

—Va a casarse con Mabélé, y tendrán un coche rojo de cinco plazas, dos hijos y un perro muy blanco...

—¿Quieres que hable con Caroline?

—No, soy una nulidad. No sé jugar al fútbol, además todavía no he leído a Marcel Pagnol que habla de cuatro castillos que Mabélé va a comprar a Caroline.

Llegamos ahora ante lo del senegalés, que tiene la tienda frente al bar Le Relais. Entramos y Geneviève me compra dos bombones Kojack.

Volvemos a casa, las otras chicas no están ya. Lo han dejado todo hecho un follón. Geneviève pasará la no-

che con Yaya Gaston y arregla el jaleo que hay en el estudio. Primero comemos los tres, luego voy a darles las buenas noches a mamá Martine, a mis hermanas y mis hermanos en la casa principal. Papá Roger lee el periódico en la habitación, le oigo toser. En el fondo sé que añora el radiocasete que se ha quedado en la otra casa. Le gustaría mucho escuchar La Voz de América, a Roger Guy Folly dando noticias del sha de Irán. También le gustaría oír al cantante de los mostachos que llora por su árbol, su *alter ego*. Pero eso es nuestro secreto en la otra casa. No tengo derecho a revelar, ni siquiera a Yaya Gaston, que tenemos un radiocasete que puede grabar lo que la gente cuenta.

Yaya Gaston y Geneviève duermen en la cama, yo en un pequeño jergón, en el suelo. Una sábana negra que va de una pared a la otra nos separa. Eso divide en dos el estudio, pero ellos tienen más espacio que yo. Y cuando hay luz detrás de esa pared de tela, puedo ver sus dos siluetas que se convierten en una sola y que se mueven como si yo estuviera viendo una película en blanco y negro. Hablan en voz muy baja para que yo no oiga nada. Escucho ruiditos como si llorara un gatito porque su mamá le ha dejado solo en la calle. Pero es la voz de Geneviève. Sin embargo, ¿por qué en vez de pedir socorro se echa ahora a reír? Antes de cerrar los ojos, pienso mucho en mis dos hermanas que están en el Cielo. Mi Hermana-Estrella y mi Hermana-Sin-Nombre. ¿Anochece en el Paraíso o hace siempre sol allí arriba? Les pido que protejan a mamá Pauline que está sola en el campo y que estará sola también en Brazzaville, entre malvados que miran los ceñidos pantalones de las mujeres.

Mamá Martine tiene canas que crecen a los lados. Ha comprendido que yo las miro, que me digo que tiene más edad que mamá Pauline que sin duda es su hermana menor, pero realmente una hermana muy menor, y su hija tal vez. Pero yo pienso en otra cosa. ¿Por qué no va a aceptar que entre una semilla en el vientre de mi madre y luego guardarla en su propio vientre para que los hijos de mamá Pauline no sigan yéndose al Cielo sin pasar por la Tierra? Si acepta algo así, mamá Pauline no será ya desgraciada, habrá otro niño en nuestra casa porque los hijos de mamá Martine, cuando llegan al mundo, no se van directamente al Cielo. Además, si mamá Martine está de acuerdo con mi idea, guardaremos ese secreto, no diremos a la gente que la semilla en cuestión procede en realidad de su vientre. Tendré que hablar algún día de eso con papá Roger, pues no creo demasiado en esta historia del doctor que va a arreglar las cosas en el vientre de mi madre, aunque ese doctor sea un blanco y los blancos no se equivoquen nunca. Al mismo tiempo estoy seguro de que también entre los blancos hay montones de mujeres como mamá Pauline, montones de mujeres que buscan un hijo de la mañana a la noche y que no pueden tenerlo y que no lo tendrán ni siquiera si las cuidan doctores blancos.

Estamos sentados ante la puerta de casa. Mamá Martine descama los pescados de mar que comeremos esta noche, cuando todo el mundo esté aquí. No importa que no sea un plato de carne de buey con habichuelas. Aquí lo como todo y hago como si todo me gustara. Puedo tener caprichos con mamá Pauline, con mamá Martine no, de lo contrario le dolería demasiado el corazón.

En casa sólo están Mbombie, Maximilien y la pequeña Félicienne que viene a mearse sobre mí aunque yo era amable con ella y le daba el biberón. No sé adónde han ido los demás hijos. Yaya Gaston se ha marchado pronto esta mañana hacia el puerto y papá Roger sólo llegará cuando el sol vaya a ponerse. Normalmente, mis otros hermanos y hermanas deberían estar aquí puesto que no hay escuela porque se acercan las fiestas de fin de año.

Como no dejo de mirar las canas de mamá Martine, me dice:

—Sí, no soy ya joven como tu madre Pauline. Ella debe de tener la edad de una de mis hermanas pequeñas, la benjamina que apenas tiene veintisiete años y vive todavía en Kinkosso.

Entonces mira al cielo, murmura cosas como si se dirigiera a alguien más. Comienza a hablar y me dice que creció en Kinkosso y que para ir a esa aldea de la región del Bouenza es preciso tomar un camión Isuzu que está más de cuatro o cinco días por la carretera. Luego se atraviesan otras aldeas, se da con puentes que de hecho sólo son dos arboles paralelos colocados de una orilla a la otra del río para que pasen los camiones. No se sustituyen esos dos árboles mientras no se haya producido

un accidente con montones de muertos. Allí se conocieron papá Roger y ella.

Me gusta la voz de mamá Martine cuando cuenta su historia con papá Roger. ¿No añadirá algo de magia en todo eso? La creo de buena gana, pero a veces diríase que es una de esas historias de la época en que los animales y los hombres podían hablar de cómo iban a vivir juntos sin pelearse.

Cuando mamá Martine habla de esa historia, tiene una sonrisa que ilumina todo su rostro y borra sus pequeñas arrugas, se vuelve joven como mamá Pauline. Su rostro es muy liso, su piel se vuelve como la de un bebé, sus ojos brillan y ya no veo sus canas. La imagino entonces como una muchacha que hace perder la cabeza a los chicos. ¿Cómo se lo hace para olvidarme e imaginar que alguien más la está escuchando puesto que mira, más bien, por encima de mi cabeza en vez de dirigirse directamente a mí? Habla con una persona que no existe y pienso: Es normal, sí, es normal; las personas mayores son todas así, siempre están discutiendo con gente que vive en su pasado. Yo soy demasiado pequeño para tener un pasado y por eso no puedo hablar a solas haciendo como si hablara con una persona invisible.

Mamá Martine no se da cuenta de que sus labios se mueven desde hace ya rato, de que su cabeza se agita levemente, de que sus ojos se humedecen como si fuera a llorar. A veces no ve dos o tres escamas del pescado que tiene en sus manos y yo le muestro que el pescado tiene escamas aún encima y que podríamos ahogarnos al comerlo.

Habla en voz muy baja:

—¡Roger era realmente un bribonzuelo seductor! Lo recuerdo aquel año, en mi aldea, cuando le llamaban aún Roger el Príncipe...

Y entonces me mira como si no quisiera ya discutir con la gente en su pasado sino con una persona de veras. Entonces me entero de que a los veinte años papá Roger era el mayor bailarín de la región del Bouenza. En Ndounga, su pueblo natal, le respetaban. Cuando el ritmo del tam-tam sonaba con fuerza, era capaz de abandonar el suelo, de bailar suspendido ante los aplausos de la multitud y las miradas amorosas de las mujeres, incluso de las que estaban ya casadas. En el baile, nadie más podía empatar con él o vencerlo. Era célebre entonces, y por eso le habían apodado «Roger el Príncipe». Cuando había funerales en la región, le llamaban con urgencia como se llama a un doctor cuando estás enfermo. Llegaba con su grupo de bailarines —eran diez, apuestos y fuertes— y bailaban toda la noche para que el difunto no viajase en la tristeza hacia el otro mundo donde la carretera no es una línea recta y donde no hay música y danza.

El año de su encuentro con mamá Martine, habían pedido a Roger el Príncipe que fuera a bailar en la aldea de Kinkosso que había perdido su jefe a los ciento diez años de edad. Los habitantes de las aldeas de la región habían acudido todos a esos funerales porque no todos los días se moría alguien a los ciento diez años. Al llegar a Kinkosso, Roger el Príncipe anunció a los aldeanos que le rodeaban con algunos regalos:

—Esta noche voy a bailar a más de diez centímetros del suelo porque acaba de morir el abuelo de nuestros abuelos.

Los viejos brujos de aquella aldea amenazaron con hacer grisgrís para impedir aquello, de lo contrario las otras aldeas del Bouenza imaginarían que Roger el Príncipe era el más fuerte de todos los bailarines del mundo. Aquellos viejos brujos poseían el secreto de la danza en suspensión, y desde que lo habían inventado jamás habían visto a un ser humano bailar a más de diez centímetros del suelo.

Roger el Príncipe se empecinó:

—¡Nadie va a impedirme que rinda homenaje al abuelo de nuestros abuelos! ¡Voy a bailar a más de diez centímetros del suelo!

Los viejos fueron muy lejos de la aldea para hacer una gran reunión contra el joven maleducado que quería ridiculizarles. En aquella reunión estuvieron a punto de pelearse entre ellos. Se acusaban unos a otros de haber invitado al maleducado de Roger el Príncipe. Pero acabaron poniéndose de acuerdo: tenían que impedir que la danza de aquel extranjero superara los diez centímetros en suspensión.

Por la noche, cuando Roger el Príncipe llegó con su grupo a la plaza de la aldea donde las mujeres lloraban el cadáver de su jefe, se cruzó con tres de esos brujos, y el más viejo casi le empujó:

—Hijo mío, aquí no estás en un poblado cualquiera, te encuentras entre nosotros y aquí hay reglas que datan de la época en la que nuestros antepasados se paseaban desnudos y no comprendían aún la cara visible de la Palabra. Tu barba no tiene aún cenizas para que comprendas ciertas cosas que sólo las personas que tienen cuatro ojos y cuatro orejas pueden captar. Ten pues mucho cuidado contigo, soy yo quien te lo dice y si no

respetas esta aldea, respeta al menos mi barba gris y mi cráneo desnudo.

Roger el Príncipe le respondió:

—Abuelo, he aceptado la invitación a venir a Kin-kosso porque el hombre que acaba de morir no es uno cualquiera. No es sólo el jefe de este poblado, es el abuelo de nuestros abuelos.

—¡Sí, pero si bailas a más de diez centímetros del suelo estás jodido! ¡Puedes bailar como quieras, pero no superes los diez centímetros! ¡No nos avergüences ante nuestra población!

Otro anciano, no muy amable, amenazó:

—¿Por quién te tomas, de entrada? ¿Por qué nos hablas de ese modo cuando no tienes la barba gris y el cráneo desnudo? ¿Acaso cuando nosotros nacimos estabas ya ahí? ¿Acaso estabas ahí el día en que el primer blanco puso los pies en esta aldea para ofrecernos espejos, azúcar y fusiles, y elegir a nuestros hombres más fuertes para llevárselos lejos, más allá de los mares? ¿Acaso tienes una medalla de guerra como el viejo Maniongui que acaba de pedirte que respetes su barba gris y su cráneo desnudo, eh? El viejo Maniongui ha visto a los presidentes franceses, desde Émile Loubet, a comienzos de este siglo, hasta el general De Gaulle. Y además, ¿quién te ha dado el título de Príncipe, por otra parte, que tú no mereces? ¡Somos nosotros quienes damos ese título! Te lo advierto pues por última vez: si bailas a más de diez centímetros del suelo, después del abuelo de nuestros abuelos vamos a enterrar-te a ti. Y por añadidura tu cadáver no encontrará el camino de tu pueblo y serás enterrado en la maleza como un animal salvaje.

El tercer viejo escupió en el suelo. Y aquello quería decir que no deseaba malgastar sus palabras como los demás.

Roger el Príncipe se alejó de aquellos ancianos que seguían intimidándole a su espalda. Agrupó a sus diez bailarines para darles algunas consignas:

—Esos vejstorios tienen miedo de quedar en ridículo pues ningún bailarín de esta aldea ha superado los diez centímetros en suspensión cuando fue en su pueblo, aquí, en Kinkosso, donde nació la danza en suspensión. No vamos a dejarnos influir por un puñado de viejos chivos que se toman por los guardianes de la tradición. Nosotros aprendimos su técnica, la hemos dominado y nos hemos convertido en los mejores de la región. Vamos a demostrarlo también esta noche, manteneos dispuestos y no os desaniméis. Tocad el tamtam, bailad como de costumbre, yo me encargo de lo demás.

Mamá Martine descama el último pescado y ha estado a punto de herirse con el cuchillo cuando ha gritado:

—¡Roger el Príncipe! ¡Qué muchacho! ¡Qué tozudo!

Se ha fijado en que yo esperaba el resto de su historia. Se ha aclarado la garganta y ha proseguido:

—La noche de los funerales del abuelo de nuestros abuelos, los hombres de Kinkosso habían formado una fila, las mujeres otras. Y en medio Roger el Príncipe bailaba con el torso desnudo, un paño de rafia, los cauríes alrededor de sus riñones, campanillas en los tobillos, caolín blanco en el rostro y el pelo. Las mujeres valerosas tenían que entrar en el espacio que se había

dejado a Roger el Príncipe para acompañarlo en la danza. Pero ninguna se acercaba a él. El público se enojaba ya porque con un espectáculo de aquel tipo no podía decirse adiós al jefe de la aldea. Se oían silbidos de cólera, gente que reclamaba el espectáculo. Teníamos que danzar pues y todo el mundo debía entrar en trance. Roger el Príncipe susurró algo al oído de uno de sus bailarines que, entonces, lanzó un desafío al público y me parece oír aún aquella voz grave que aullaba: «¡Roger el Príncipe está muy decepcionado con esta aldea! ¿No tenéis mujeres en Kinkosso o qué? ¿Así debe saludarse la memoria del abuelo de nuestros abuelos, eh? Si es así, Roger el Príncipe lo dejará todo, regresará a su aldea. Y jura que no volverá nunca más a este rincón de tímidas cuando se produzca una muerte». Fue entonces cuando una joven aldeana, muy flaca, salió del grupo de las mujeres como una flecha. Los bailarines de Roger el Príncipe aplaudieron, la multitud se unió a los aplausos y los tambores se volvieron locos como si los golpearan las manos de los fantasmas. Podían oírse en toda la región, despertaban incluso a los animales que dormían en la selva. La joven aldeana levantaba polvo cuando bailaba. El paño que rodeaba sus riñones se levantaba hasta su pecho, tanto soplaba ahora el viento, y se veían sus bragas rojas. Todo el mundo retrocedió y entonces ella comenzó poco a poco la danza en suspensión. Los ancianos de Kinkosso aullaban de alegría, felices al ver que era una muchacha de su aldea la que dirigía el baile, no aquel maleducado de Roger el Príncipe. Uno de los viejos brujos que amenazaron a Roger el Príncipe aquel día, preguntó a su colega: «Dime, ¿de quién es hija aquélla? ¿Cuál es su apellido, ya?». Otro le respon-

dió: «¿Qué estás buscando, a fin de cuentas? Nos importa un pepino de quién se trate y cómo se llame, sólo sé que es una muchacha de Kinkosso, ¡y ella dirige el baile! ¡Bailemos con ella pues! ¡Ese pequeño maleducado que se hace pasar por un príncipe está jodido! ¡Qué vergüenza para él!». Abuchearon a Roger el Príncipe. Le trataron de incapaz. Él, entretanto, miraba a la muchacha con los brazos cruzados. Se volvió hacia el jefe de los tamborileros de su grupo: «Decidme, ¿quién es la flacucha que me provoca y baila como un gorrión que acaba de caer del nido de sus padres?». El jefe de los tamborileros casi aulló: «No la conocemos, pero ha logrado al menos cinco centímetros en suspensión, tienes que hacer algo o caerá la vergüenza sobre nosotros y nuestra aldea Ndounga». Roger el Príncipe decidió entonces: «Debo llegar más lejos, ¡el Príncipe soy yo! Dadme diez compases del ritmo *mntuntu* que tocaba el difunto Mubungulu, el que hacía bailar incluso a los muertos del cementerio de Batalebe». Uno de sus tamborileros tuvo miedo: «¿Quieres realmente que toquemos eso? ¡Es demasiado peligroso! La última vez que tocamos ese ritmo, estuviste a punto de perder la vida». Roger el Príncipe insistió: «Os pido que lo hagáis, ¡es una orden!». El ritmo de los tam-tams cambió entonces de pronto. Incluso el cielo comenzó a agitarse como si algo fuera a caer de allí arriba. Cuando los tamborileros tocaban era como si la piel del tambor se desgarrase y se abrieran las nubes. Precisamente cuando los aldeanos se tapaban las orejas a causa de ese ritmo que escuchaban por primera vez y que desgarraba sus tímpanos, Roger el Príncipe ascendía, abandonaba el suelo. Alcanzó los seis centímetros, siete luego, luego ocho.

No quería llegar a los diez centímetros pues los tres viejos brujos que le habían molestado antes se habían acercado ahora y tiraban coléricos de sus barbas. Volvió a bajar hasta el suelo, los viejos brujos respiraron. Pero, a sus espaldas, la aldeana flacucha de Kinkosso acababa de reanudar su danza, y estaba ya a diez centímetros del suelo ante los aplausos de los aldeanos. Montando en cólera, Roger el Príncipe volvió a levantarse, giró a su alrededor, hizo con la cabeza una señal a los tamborileros que doblaron, triplicaron, cuadruplicaron el ritmo *muntuntu* del difunto Mubungulu. Y pudo verse a Roger el Príncipe subir, pedalear, subir, pedalear, subir de nuevo, pedalear una y otra vez. Sabíamos que había superado los diez centímetros, pero se había hecho ahora el silencio en la aldea porque no lo creíamos. Dijimos que era el espíritu del abuelo de nuestros abuelos que se había refugiado en el cuerpo de Roger el Príncipe. Los aldeanos, atemorizados, huyeron de la velada con sus esteras bajo el brazo y sus niños que lloraban. Los perros, con el rabo entre las patas, corrieron hacia la maleza como animales salvajes. Ni siquiera los viejos que desafiaban a Roger el Príncipe y sus bailarines estaban ya allí. El cadáver del abuelo de nuestros abuelos había sido abandonado pues y Roger el Príncipe estaba en el suelo, jadeando como si hubiera llevado sacos de patatas a la espalda durante kilómetros y kilómetros. Cayó en coma, los miembros de su grupo le despertaron arrojándole agua fresca sobre todo el cuerpo. En cuanto abrió de nuevo los ojos, preguntó a los tamborileros: «¿Hasta cuánto he subido?». Le respondieron a coro: «¡Más de quince centímetros y medio!». Se levantó murmurando: «Regresa-

mos a Ndounga enseguida, no sé lo que ha ocurrido. Nuca había alcanzado esta altura, no he sido yo el que subía solo, un espíritu me empujaba y he estado a punto de morir pues no respiraba ya bien allí arriba». Eran ya más de las cuatro de la madrugada cuando Roger el Príncipe y su grupo se pusieron en camino hacia Ndounga. En la pista escucharon a su espalda un extraño ruido. Se volvieron todos, dispuestos a hacer cada cual por su lado como cuando te encuentras un diablo en pleno campo. Los bailarines se habían diseminado ya, pero Roger el Príncipe se quedó allí y vio que alguien se acercaba a él. Aulló entonces hacia donde sus hombres habían oído ruido: «¡Volved! ¡Volved! ¡No es un diablo! Es la pequeña bailarina flacucha de Kinkosso».

Mamá Martine sonrió ampliamente cuando dijo:

—Y esa flacucha de Kinkosso era yo...

Luego soltó la carcajada:

—¡Roger el Príncipe, un verdadero bandido! Me tomó de la mano, yo sólo le dije que me llamaba Martine, pero él me respondió enseguida: «Me has seguido hasta aquí porque vas a ser la madre de mis hijos. Abandonaremos el Bouenza, de lo contrario los ancianos de tu aldea no van a dejarnos tranquilos en toda nuestra vida. Iremos a vivir a la ciudad». Yo seguí a Roger el Príncipe, porque también yo sabía que él iba a ser el padre de mis hijos, que el abuelo de nuestros abuelos me había hecho una señal porque yo nunca había bailado la danza de suspensión hasta aquella noche, y no sé qué me empujó a abandonar la fila de las mujeres para entrar en la danza y desafiar a vuestro padre. El destino, sí, a eso se llama el destino.

Ha dejado de descamar los pescados y los pone sobre una tabla. La veo verter harina y sal encima.

—Los asaré dentro de un rato con aceite de palma, luego voy a haceros una buena salsa de tomate. ¡Ya verás, vas a morderte los dedos!

Antes de ir a echar el agua llena de escamas y sangre al arroyo de la calle, dice:

—Yo habría podido ser otra en la vida. ¿Pero acaso no es esa vida la mejor para mí? Sólo he ido a la escuela hasta el primer año de primaria, tu padre había obtenido el certificado de estudios primarios y había comenzado incluso a estudiar en el instituto del Bouenza hasta llegar a cuarto. Fue una ventaja cuando llegamos a esta ciudad: los blancos buscaban gente que hubiera ido a la escuela, sobre todo a los que como él tenían su diploma. Unas semanas después de los acontecimientos de Kinkosso, Roger el Príncipe y yo tomamos a escondidas un camión Isuzu que se dirigía a la región del Kouilou, a la ciudad de Pointe-Noire. Teníamos que salir del Bouenza sin que la población lo supiera. Y nos fuimos así, sólo con una bolsa pequeña cada uno. Yo estaba ya preñada pues tu padre, ahí donde lo ves, es caliente como un conejo. Yo sabía que nuestra vida iba a cambiar, y Roger el Príncipe encontró trabajo en el hotel Victory Palace justo después del nacimiento de Yaya Gaston. ¿No es el destino, eso, eh?

Mi hermano menor, Maximilien, suda. Ha corrido tanto que yo creía que le habían enviado a comprar algo a más de diez kilómetros.

Está sin aliento aún cuando me dice:

—Hay alguien que te busca fuera, es gigante, es mayor que tú, se inclina un poco para que pensemos que es un niño como nosotros cuando realmente es un mocetón como Tarzán. ¿Quién es? ¿Quiere pelea contigo? ¿Has robado sus canicas en el patio de recreo?

No le respondo, es de nuevo el tal Mabelé que me ha perseguido hasta aquí para romperme la cara.

Mientras me dispongo a salir de la parcela, Maximilien grita:

—¡Michel, no te pelees, el gigante ganará! ¡Tiene demasiados músculos!

Desde la entrada de la parcela echo una ojeada y no veo a nadie. ¿Dónde puede esconderse ese gigante? ¿Detrás del árbol que está en frente? Miro bien, pero no hay nadie. Entonces decido entrar de nuevo en la parcela para abroncar a Maximilien que acaba de gastarme una broma. Justo cuando vuelvo la espalda, oigo que alguien silba tres veces en la parcela del padre de Jerry el Parisino.

Es Lounès. No ha soportado que no nos veamos desde hace ya unos días.

—¡De modo que tú eres el gigante que da miedo a Maximilien! ¿Por qué no entras en la parcela?

—Es mejor discutir fuera, así vemos muy bien los aviones que pasan.

Nos dirigimos al río Tchinouka. Hay que bajar por la calle como si fuéramos al barrio Voungou. En este nuevo barrio, en vez de construir casas con cemento, la gente construye casas de tablas. Dicen que más tarde, cuando tengan mucho dinero, romperán esas casas de tablas para construir casas de cemento. Es una mentira pues si tienes dinero no das vueltas y vueltas, construyes directamente tu casa de cemento y que no se hable más. Todo el mundo llama a esas viviendas «casas mientras que».

El río Tchinouka divide en dos el barrio Savon donde está la casa de mi padre y ese barrio Voungou donde espera comprar, algún día, otra parcela. Hay algunos jóvenes pescando a orillas del río. Me pregunto qué sacan de allí porque hay más suciedad que peces en esas aguas. La gente arroja ahí su basura, hacen caca dentro, tiran también a veces viejos muebles o viejos colchones. Nadie les dice: No lo hagáis porque no es normal comportarse como si estuviéramos aún en la prehistoria, cuando el hombre dudaba entre seguir siendo un mono o convertirse en un ser que anda con dos miembros y que habla con verdaderos sonidos.

Nos hemos tendido en la hierba y oímos el agua que corre cerca de nuestros pies.

—Le he preguntado a mi profesor el significado de *cabrón* y de *alter ego* —me dice Lounès.

—¡Pero si no hay escuela esta semana! ¿Dónde lo encuentras?

—Vino al taller de mi padre para recoger su chaqueta.

—¿Y entonces?

—El *cabrón* es alguien que no es bueno, es alguien que se comporta mal mientras que un *alter ego* es como si tú fueras yo y yo fuera tú. Si somos *alter ego* podemos decírnoslo todo, lo que tú dices es como si yo pudiera decirlo, y lo que yo digo es como si pudieras decirlo tú.

—De modo que el árbol del cantante de los mostachos es...

—Es su *alter ego*. Ese cantante lamenta haber dejado su árbol como alguien que es malo cuando el árbol es su amigo.

Tras unos momentos de silencio, prosigue:

—¿Sabes lo que el profesor contó a mi padre? ¡Vas a reírte! Le dijo que me comprara un diccionario, así podré encontrar las explicaciones de todas las palabras que existen en francés.

—¿Y va a comprártelo el señor Mutombo?

—No, dice que el diccionario es para los tramposos, que cuando él iba a la escuela no miraba las explicaciones en el diccionario...

Está pasando un avión, Lounès me dice:

—Adivina en qué país va a aterrizar este avión.

—En Irán, la capital de Irán es Teherán...

Se asombra. Por lo general no respondo tan deprisa.

—¿Cómo lo has hecho para saberlo?

—El Sha... Es el antiguo presidente de Irán al que el ayatolá Jomeini quiere juzgar y que está enfermo en Egipto. Además, los estudiantes iraníes quieren que lo envíen de nuevo a Irán y han tomado a los americanos

como rehenes en un sótano de la embajada de Teherán. Eso es la extradición. Pero si mandan allí al Sha, se corre el riesgo de que lo maten.

Miro la cara de Lounès durante mucho tiempo, sin decir palabra.

—¿Por qué me miras así? ¿Tengo monos en la cara o qué?

—No. Pero esos pelillos, ahí, en el mentón... ¿Es barba eso? ¿Te has puesto espuma de cerveza en el mentón?

Se toca el mentón.

—¿Se ve de lejos, pues, que hay pelo?

—Un poco.

—No es la espuma de la cerveza, son pelos que crecen.

—¡Hay que cortarlos enseguida o creerán que eres viejo ya!

—No, mi padre dice que si ahora los corto van a crecer otros más grandes en su lugar y que esos pelos serán duros.

Cierra los ojos. Sé que está reflexionando. Siento que va a soltarme algo grave. Tal vez sea por eso que ha venido a verme.

Pienso en lo que puede ser grave, y no caigo. Pero no debo molestarle, debo dejar que se concentre.

Abre por fin los ojos:

—Michel, siempre te he dicho cosas pero tú me has ocultado un asunto muy grave, de modo que casi me has mentido...

—¿Que yo te he mentido?

—Estaba en casa de nuestra tía, vi a Caroline, ella me dijo que Mabélé estuvo a punto de romperte la cara

y que huiste como un cobarde en vez de pelear como un valiente. Si no estoy al corriente de eso, ¿cómo puedo ayudarte? ¿Por qué no vienes conmigo al club de karate del maestro John?

Tengo ganas de confesarle que no me gusta hacer flexiones porque se suda y después duele mucho. Y además te olvidas del karate cuando hay una pelea porque el otro que va a luchar contigo no esperará que tú hagas tus katas superiores y despegues como Bruce Lee.

Es como si Lounès hubiera leído en mi cabeza porque me dice:

—Si quieres, entre los dos podemos darle una buena a Mabélé. Mientras yo despego tú le agarras del brazo y cuando regrese al suelo le doy hasta que sangre y...

—No, se lo contaría a Caroline. Tu hermana le querrá más y me detestará.

Lounès se levanta de pronto, diríase que le sorprende que yo responda así.

—¡Claro, tienes razón!

Los muchachos que pescan en la otra orilla nos tiran piedras. Creen que no atrapan peces porque charlamos demasiado fuerte y los peces nos oyen. Bajamos la voz y, como ahora nos callamos, casi tenemos ganas de dormir. Permaneceremos ahí durante una hora, al menos, esperando que pasen los aviones.

Sacudo a Lounès que se había dormido y le recuerdo que debemos regresar porque tengo miedo de que me busquen por todas partes, sobre todo que Maximilien piense que un gigante está viéndoselas conmigo. Es capaz de decirlo en casa, y toda la familia saldrá a buscarme.

Lounès me acompaña hasta nuestra parcela. Maximilien ha permanecido todo ese tiempo de pie, en ese lugar, en medio de la parcela, como un poste. Corre a llamar a Marius a la casa principal. Y Marius viene hacia nosotros con un palo. Maximilien se ha escondido tras él como un cachorro que tiene miedo y se desgañita señalando con el dedo a Lounès:

—¡Es él! ¡Es él! ¡Es el gigante Tarzán que quiere pegar a nuestro Michel!

Marius le tira de las orejas a Maximilien y vuelve a la casa donde, tal vez, estaba contando sus ahorros para viajar algún día a Europa y convertirse en un gran futbolista como Marius Trésor o en un gran gomoso como Jerry el Parisino.

Lounès acaba de marcharse, Maximilien solloza en un rincón de la parcela y sigue hablando del gigante Tarzán. Se acerca a mí, me toma en sus brazos y murmura:

—¿Sabes? Yo quería defenderte contra el gigante ese, pero soy demasiado pequeño aún. Cuando sea mayor, te juro que te defenderé contra los malvados de este barrio.

Hay tres chicas peleándose en el estudio de Yaya Gaston. Geneviève me toma de la mano y me dice:

—No debes oír esas cosas, vamos a dar una vuelta fuera.

Es lo que yo esperaba desde que ella había llegado y se había sentado en un rincón. Fuera está oscuro. En la calle nos cruzamos con viejas mamás que venden buñuelos, pescado salado o maíz. Se escucha la música del bar Joli Soir y los ruidos de la gente que bebe y baila en el interior. A veces tengo ganas de ir a ver como bailan o como beben allí dentro. No soy aún lo bastante alto, corro el riesgo de que me aplasten porque no sepan que yo, Michel, estoy allí. Además, si la espuma de la cerveza cae en mi barbilla, tendré pelillos como los de Lounès y creerán que soy un viejo aunque no sea cierto.

Llegamos a un farol de la avenida Félix Éboué. Hay gente aquí y allá, y veo incluso a un hombre y una mujer que se besan en la boca y se tocan por todas partes, diríase que no tienen habitación en casa para hacer eso. Si yo fuera ellos, me avergonzaría realmente durante un año por lo menos.

Geneviève se detiene, abre su bolso, busca en el interior y saca algo:

—Sé que mañana vuelves a casa de tu mamá, en el barrio Trois-Cents, tengo un pequeño regalo para ti.

Me tiende un paquete. No todos los días recibo yo algo que no sea un camión, un rastrillo y una pala de plástico para jugar al agricultor.

Abro el envoltorio y por fin descubro el regalo.

—¿Es un libro?

—Sí, *El Principito*. Es el primer libro que me regaló mi padre cuando obtuve el certificado de estudios primarios y sé que tú también tendrás pronto ese diploma.

Entramos en la tienda y elijo dos bombones helados. Le doy uno de los dos, lo rechaza. Me lo meto en el bolsillo pensando en Maximilien que estará muy contento cuando se lo dé.

En el camino de regreso, vuelvo a pasar ante los faroles. El hombre y la mujer que se besaban no están ya en el mismo lugar. Están algo más lejos, donde la luz no ilumina bien. Realmente son idiotas, y si una serpiente los muerde en plena noche, ¿qué van a hacer?

Geneviève me habla en voz baja, diríase que desea que conserve sus palabras como si fueran nuestro secreto:

—Amo a tu hermano mayor, él no lo sabe porque está ciego. Es guapo, fuerte, puede seducir a todas las mujeres del barrio. Yo no soy nada para él, pero lo soy todo porque le amo con todo mi corazón. Además, es el único hombre que he conocido en mi vida y no quiero conocer a otro mientras no me rechace para vivir con una de esas chicas que van a pelearse en su casa. Estoy dispuesta a esperar cien años, para el amor no hay tiempo. Pero me siento herida, muy herida y cuido mis heridas con el silencio. Cuando te hablo, le hablo tam-

bién a él. ¿Estoy equivocada? ¿Tengo razón? No lo sé, Michel. Yaya Gaston no es ya un niño como tú. Su inocencia ha sido ya ensuciada por su orgullo y su coquetería.

Encontramos a Yaya Gaston solo en su estudio. Nos dice que ha echado a todas las chicas de su casa porque estaba harto de que se pelearan. Pero yo quisiera que dijera otra cosa, que dijera que ha echado a las demás chicas para quedarse con Geneviève. Eso es sin duda lo que Geneviève esperaba también porque ambos nos hemos mirado y ella ha bajado luego los ojos antes de ir a arreglar el desorden que esas chicas han dejado. Me ha puesto un colchón en el suelo y ha sacado las sábanas y la almohada que escondemos siempre debajo de la cama de mi hermano mayor. Ha apagado el quinqué, ha encendido una vela muy cerca de mi cabeza y luego se ha reunido en la cama con Yaya Gaston. No tengo sueño, he apoyado mi espalda en la pared para leer el pequeño libro que me ha regalado. Y empiezo a murmurar las primeras líneas, diríase que son una plegaria:

He vivido solo, sin nadie con quien hablar realmente, hasta una avería en pleno desierto del Sahara, hace seis años. Algo se había roto en mi motor y, puesto que no llevaba conmigo mecánico, ni pasajero, me dispuse a llevar a cabo, solo, una difícil reparación. Para mí era cuestión de vida o muerte...

Cuanto más leo ese libro, más se me ocurre y resuena en mi cabeza una palabra: *desierto*. Intento imaginar

qué aspecto tiene el desierto porque nosotros tenemos montones de selvas. El nombre *Sahara* me hace soñar también. Incluso cuesta pronunciarlo, no hay que olvidar la *h*. Diríase que el lugar está lejos del mundo y las personas que allí viven no saben que nosotros existimos, que alguien está leyendo en esta casa una historia que pasa en su país. ¿Cómo puedo yo imaginar un lugar que no he visto jamás? Entonces, para mí, el Sahara es ahora el desierto, sólo el desierto. Y me pregunto qué ha ido a buscar allí el extraño hombrecillo que hay en ese libro, en vez de venir a nuestro país donde habría visto muchas cosas y conocido a mucha gente. Habría podido vivir conmigo, habríamos podido pasear por las calles y las avenidas de nuestros barrios o a orillas del río Tchinouka con Lounès. En el barrio Trois-Cents al hombrecillo le habría sorprendido ver cómo jugamos, cómo corremos y cómo, a veces, hacemos tonterías. Pero tal vez el desierto sea un lugar mágico y maravilloso. Tal vez allí la gente viva con una selva en su imaginación. Y esa selva es siempre verde. Tal vez en el desierto no hay ya lugar para vivir y allí se advierte también que tenemos la suerte de haber nacido en un país donde hay muchos árboles, muchos arroyos, muchos ríos e incluso un océano, como nosotros. Al mismo tiempo tengo miedo de que el desierto sea el lugar donde los muertos del mundo entero van a esperar el día en que Dios les diga: Tú vas al Paraíso, tú vas al Infierno. No tengo ganas de ir al Sahara. Sólo pienso en una cosa: volver a ver, mañana, a mamá Pauline.

Mis padres se pelean una vez más. Y como de costumbre, desde mi habitación, les oigo. Mamá Pauline solloza, piensa que el doctor blanco al que han visitado no es eficaz porque hasta hoy sigue sin quedar preñada. Mi padre la tranquiliza, le responde que hay que tener paciencia, que los bebés no se encargan, que nunca tienen prisa, que llegan cuando no se piensa en ellos día tras día.

Mi madre habla muy alto, quiere dejar su comercio. Vuelve a los hijos de mamá Martine, y a los de la familia Mutombo.

Mi padre levanta la voz:

—¡Estoy harto de que hables siempre de los demás niños! ¿Acaso es Martine la que hace que tú y yo no tengamos hijos, eh? ¿Acaso Michel no es un niño, eh? Sus hermanas y sus hermanos le quieren, ni un solo día han dicho que el pequeño no fuera su hermano, ¿a qué viene ahora decir cosas así, cuando estamos intentando salir de esta situación, eh?

—¡Voy a dejar el comercio! ¡Peor para mí! ¿Por qué voy a trabajar toda la vida si no tengo hijos? ¿Para quién trabajo entonces?

—¡Perfecto! Deja de una vez ese comercio y no se hable más. ¡Tal vez luego tengamos hijos!

Mamá Pauline no ha soportado las palabras de mi padre. La oigo romper cosas en la habitación. Me digo: Espero que Arthur, que está mirándoles y escuchándoles, no se sienta decepcionado por todo ese espectáculo.

Me siento en la cama durante unos minutos. Tengo que hacer algo. No voy a dejar que se peleen toda la noche.

Me levanto, aparto la mosquitera y me dirijo al salón. Me han oído y papá Roger entorna la puerta de su habitación:

—Vete a dormir, pequeño, todo está bien. Estamos discutiendo un poco con tu madre, nada grave, me cuenta cómo van las cosas en su comercio.

Vuelvo a mi habitación, me oculto debajo de las sábanas. No quiero ver ya lo que hay a mi alrededor. Mi habitación es como un ataúd demasiado grande para mi pequeño cuerpo, me digo. Pero me asfixio ahí dentro. Si es así, regresaré al planeta de donde vengo. En mi propio mundo estaré tranquilo, cultivaré rosas. Las regaré cada mañana con un agua tan verde como el río que hay en los ojos de Geneviève. En estas rosas, las gotas de agua serán diamantes que brillarán al sol. Seré un jardinero feliz pues lo que plante, incluso en el desierto, no hará más que crecer. Pasearé por mi campo de rosas, e incluso las mariposas serán rosas del todo. Viviré en un mundo lleno de niños que ríen, que juegan, y esos niños no tendrán madre, no tendrán padre. Seremos sólo niños porque así es como nos habrá creado Dios, y Dios es nuestro Padre. Nos dirá: Niños, no hagáis ruido, estoy durmiendo. Nos callaremos pues Dios, en su sueño, prepara siempre buenas cosas para los niños. Pero Él jamás levantará la voz para decírnoslo. Jamás nos azota-

rá porque Él no puede azotar a quienes creó a su imagen y semejanza. Y viviremos tranquilos lejos de los adultos que tienen problemas que no son cosa nuestra. Seré el hermano mayor de esos niños. Iré delante para protegerlos. Y si alguien nos ataca, mis músculos van a crecer, también mi pecho, mi talla superará los dos metros, mis puñetazos serán tan grandes como una montaña.

Mi padre se ha tranquilizado y mi madre le escucha. Salgo de las sábanas como hace un rato y voy hacia el tabique. Quiero saber qué están diciéndose pues cuando los adultos dicen malas cosas contra alguien suelen bajar la voz. Me digo: Si hablan en voz baja tal vez sea porque están preparando algo contra mí.

—Probaremos otra solución.

—¿Pero cuál? —le responde mi madre.

—Hay un hechicero que acaba de instalarse en el barrio Voungou, justo en la otra ribera del Tchinouka. Todo el mundo habla bien de él. Curó la esterilidad de la mujer del jefe del barrio. Incluso hizo hablar a un niño de diez años que no había pronunciado ni una sola palabra desde su nacimiento.

—¿Cómo se llama ese hechicero?

—Sukissa Tembe. Procede del norte del país y, al parecer, era el hechicero personal del presidente de la República. El presidente y su mujer tienen ahora un hijo gracias a él, a Sukissa Tembe.

—Sin embargo la gente piensa que el niño en cuestión es cosa del sobrino del presidente y que...

—¡Escúchame bien, Pauline, deja que la gente hable! ¡Son envidiosos, y los envidiosos van a adelgazarse!

Siempre hay malas lenguas allí. A veces son gente a quienes ayudamos, y para ocultar sus desgracias actúan como bribones, como hipócritas y como cínicos. Lo que cuenta es que el presidente y su mujer tienen ahora un hijo gracias a este hechicero. ¡Punto y final! ¡Iremos a verle el sábado!

—Hoy es lunes aún, el sábado está demasiado lejos.

—Lo sé, pero hay que pedir una cita.

—¿Cómo? ¿También los hechiceros quieren ahora citas, como los doctores blancos?

—Todo el barrio le consulta, incluso quienes buscan trabajo y quienes desean que sus hijos aprueben los exámenes escolares. Sin contar con quienes tienen otras enfermedades, como la diarrea crónica, las reglas dolorosas, etc. Para nosotros va a hacer un largo trabajo, y tengo que pedir cita para media jornada, al menos.

Mamá Pauline no llora ya. Esta solución la ha tranquilizado. Pero yo me digo: ¿Qué significa esta historia? ¿Acaso un hechicero es capaz de agarrar los niños que vuelan directamente hacia el Cielo sin pasar por la Tierra? ¿Acaso un hechicero es más fuerte que Dios?

Temo por mamá Pauline. Siento que corre el riesgo de sufrir otra decepción. No quiero que se decepcione una vez más, que lllore aún las semanas y los meses por venir si ningún niño entra en su vientre que no ha sido habitado desde que yo llegué al mundo.

Fuera ladran unos perros. Eso no me gusta. Dicen que si los perros ladran por la noche es que rondan malos espíritus por el barrio y que algunos de esos espíritus se dirigen al mercado para vender las almas de quienes

pronto van a morir. Creemos que por la noche no hay nadie en el mercado cuando allí están los malos espíritus con su mercancía y esperan a los clientes hasta las cuatro de la madrugada antes de regresar al cementerio. Si esos malos espíritus han oído lo que mis padres se decían, harán cualquier cosa para que ningún bebé venga a nuestra casa.

Bajo mi sábana recito una plegaria que destino a mi Hermana-Estrella y a mi Hermana-Sin-Nombre:

A ti Hermana-Estrella

A ti Hermana-Sin-Nombre

Haced que mamá Pauline no llore más

Haced que papá Roger no se desaliente

Haced que los malos espíritus no oigan lo que mi padre y mi madre se dicen

Haced que el hechicero Sukissa Tembe consiga con mis padres lo que consiguió con el presidente de la República y su mujer

Haced que por fin llegue un bebé a esta casa

Haced también que el sha de Irán no muera, que se cure de su cáncer y que el ayatolá Jomeini deje ya de molestarle todo el rato

Haced que ningún país del mundo acepte la extradición del Sha.

Esta tarde estoy solo en la habitación de mis padres. Mamá Pauline ha ido con la señora Mutombo al barrio Rex donde una de sus compañeras ha perdido a su padre. Sin duda volverá muy tarde y viene de perilla que papá Roger duerma hoy en casa de mamá Martine. Los libros de mi padre están ahí, ante mí. Está el rostro de Arthur. Me sonrío, de modo que puedo continuar puesto que me alienta.

Estoy de rodillas y tengo un libro en las manos. El libro es *Hazme cosas* y el que lo ha escrito se llama San-Antonio. Extraño nombre, diríase un apodo.

Miro un segundo libro: *Alguien voló sobre la cama de Curro*. San-Antonio también.

Tomo un tercer libro: *Querida, pásame tus microbios*. San-Antonio también.

Un cuarto libro: *Mete tu dedo donde tengo el mío*. San-Antonio también.

El quinto libro es también del tal San-Antonio: *Mi lengua de Sha(to)*. Y entonces casi doy un respingo: ¿de modo que el tal San-Antonio ha hablado también del Sha? Pues si ha hablado del Sha, ese escritor es un hombre amable. Detrás de *Mi lengua de Sha(to)* han escrito un resumen, pero creo que es el propio San-Antonio el que habla pues dice «yo»:

Para deciros la verdad, hacía mucho tiempo que soñaba en ir a Irán, ¡aunque no en esas condiciones! Verse obligado, en pleno siglo veinte, a batirse a sable, es sorprendente, ¿no? Pero, creedme, vuestro San-Antonio demuestra muy pronto ser un as en esta disciplina y los esbirros que se las vieron con él, si no eran eunucos ya, no están ahora en condiciones de poner en peligro a Casanova. Por lo que se refiere a Bérurier en el país de las Mil y Una Noches (de los mil y un pitotes, más bien), la cosa no puede contarse en la contraportada. Sabed que hay varias maneras de comer lenguas de gato. ¡Comerse la del Sha(to) no es cosa fácil, ya veréis!

¿Pero por qué dice que hay varias maneras de comerse las lenguas de gato, y que comerse la del Sha es muy difícil? ¿Por qué le pone un (to) al pobre Sha? ¿Hay que reírse o estar triste? ¿Qué le ha hecho el pobre Sha? Y además, si he entendido bien, parece que el tal San-Antonio ha decidido ir a batirse en Irán. Y en eso no estoy en absoluto de acuerdo con él. Dejo pues el libro en la cama. No sé por qué mis ojos no pueden apartarse de la cubierta del *Alguien voló sobre la cama de Curro*. Tal vez porque se ve la imagen de un pájaro. Me gustan los pájaros porque pueden estar, a la vez, en la Tierra y en el Cielo. Los pájaros ven selvas como las nuestras o desiertos como el del Sahara que está en *El Principito*. Viajan mucho y cantan para que siempre haga buen tiempo en la Tierra. Un pájaro es amable, no hace daño a nadie. Un pájaro no iría a batirse en Irán como San-Antonio.

Leo también lo que hay escrito detrás de *Alguien voló sobre la cama de Curro*:

Pues bueno, en éste está Arthur Rubinyol, el afamado virtuoso, que llama a la puerta de la Agencia. Y entonces efervescencia a diestro y siniestro, se coloca la gran alfombra roja en señal de aleluya. ¡Afortunadamente la alfombra era roja! ¡Así se nota menos el chorrear de la sangre! Y luego está el rabino Mamón, ay perdón, Salomón, al que despanzurran de entrada. Sin hablar de la Yanqui a la que me ligué en el avión y que se puso a magrear mi Cosa. Si a esas tonterías le añades nuestra aventura finesa durante la que Béru se pasó por la piedra a la arpía del leñador, comprenderás que en este opúsculo ocurren cosas muy extrañas. ¡Y todo a causa de un viejo cornudo y vengativo! Eso si que es el cuerno de la abundancia.

Me digo que San-Antonio escribe en un francés muy maleducado. Diríase que algunas veces hay que reír pues si no te ríes es que no has comprendido el humor, no eres inteligente pues. Además, ¿quién es el tal Arthur Rubinyol del que habla en su libro y que es un «afamado virtuoso»? ¿No será, por casualidad, que está burlándose de mi Arthur que no le ha hecho nada?

Me digo también: ¿Cómo es posible que en esta habitación haya, a la vez, libros que hablan del Sha y de Arthur, gente a la que conozco un poco? ¿Lo sabe al menos papá Roger? Dejo *Alguien voló sobre la cama de Curro* para leer lo que hay escrito en las contraportadas de los demás libros de San-Antonio. Pero no quiero desordenarlo todo, miraré el lomo de los libros porque papá Roger los ha colocado tan bien que pueden leerse los títulos.

En esta biblioteca sólo hay pues libros de San-Antonio, al margen del de Arthur. ¿Acaso San-Antonio es el escritor que más ha escrito en el mundo? ¿Qué está haciendo Arthur aquí, puesto justo encima de semejantes libros? Pienso entonces: San-Antonio debe de ser muy conocido, más conocido que Marcel Pagnol, más conocido que Arthur, más conocido que el sha de Irán. Coloco los cinco libros. Intento recordar cómo estaban antes, pero me hago un lío de pronto. ¿*Querida, pásame tus microbios* estaba encima de *Mete tu dedo donde tengo el mío* o debajo de *Hazme cosas*? No lo sé ya.

Bueno, no importa, he dejado *Una temporada en el infierno* sobre *Mi lengua de Sha(to)*. Porque el Sha del que habla San-Antonio debe de ser el mismo Sha que hoy está enfermo en Egipto. Porque me parece que Arthur debe saber también que el sha de Irán no se encuentra bien, que su cáncer empeora mientras el criminal Idi Amín Dadá está nadando tranquilamente en su villa de Arabia Saudita.

El presidente de Francia se llama Valéry Giscard d'Estaing. Mientras el periodista Roger Guy Folly habla, mi padre me escribe el nombre de este presidente en un pedazo de papel. Los nombres de los franceses son demasiado complicados, nunca se escriben como se oyen. Pero los franceses creen que son nuestros nombres los que son complicados. ¿Es normal eso?

Roger Guy Folly nos informa de que Valéry Giscard d'Estaing tiene problemas muy graves y que puede no ser ya presidente de la República por segunda vez. Para él casi ha terminado todo, está frito. Yo me digo: Sin duda está enfermo, el pobre ha tenido un accidente. Pero no está enfermo ni ha tenido un accidente. Su problema es una historia de diamantes que recibió del presidente-dictador de la República Centroafricana. Y ese dictador, según mi padre, es tan malo como Idi Amín Dadá de Uganda.

Mientras Roger Guy Folly cuenta cómo el presidente de los franceses es criticado, en Francia, por todo el mundo, papá Roger me dice sin mirar a mamá Pauline que esta historia es muy complicada de comprender porque cuando Giscard d'Estaing recibió los diamantes del dictador Bokassa yo era muy pequeño aún y él, Giscard d'Estaing, no era todavía jefe del Estado sino mi-

nistro de otro presidente francés que se llama Georges Pompidou. Según mi padre, Pompidou era un hombre bueno e inteligente y no había que tener miedo de él, aunque tuviera muchas cejas como el presidente de los rusos Leonidas Ilich Brezhnev. Giscard d'Estaing era entonces el ministro de Hacienda del tal Pompidou.

Como papá Roger advierte que no llego a seguirle, que me rasco la cabeza a causa de los pensamientos que se mezclan en mi espíritu, me precisa que un ministro de Hacienda es el que se encarga del dinero de un país, pero está bien vigilado por el Estado mientras que aquí un ministro de Hacienda es el que roba el dinero del país o el que ayuda al presidente y los miembros del gobierno a esconderlo en los bancos de Suiza. Aquí el Estado no puede vigilar este dinero porque cada cual mete mano en la caja, desde la cumbre hasta la base, y todo el mundo acusa a todo el mundo. Como todo el mundo no puede ir a la cárcel, entonces lo dejan estar y siguen metiendo mano en la bolsa del Estado.

Ese presidente de la República Centrafricana que acaba de ser expulsado de su país tiene un bonito nombre. Es menos complicado que los nombres de los franceses: se llama Jean Bedel Bokassa. Pero si no quieres que te corte la cabeza, debes llamarle el emperador Jean Bedel Bokassa I. Él mismo decidió que iba a ser emperador, e hizo para ello una gran fiesta con muchos jefes de los países extranjeros que habían ido a aplaudirle en su país y a reconocer que se había convertido en emperador. Mucho antes de sus desgracias de hoy era un grandísimo amigo de Francia y Francia le ha abandonado

ahora como un perro que tiene pulgas o la rabia. Sí, era un servidor de Francia porque había combatido con los soldados franceses durante la Segunda Guerra Mundial, y fueron los franceses quienes lo formaron como militar y le dieron una hermosa medalla porque siempre había respondido presente en todas partes donde combatían los franceses, ya fuera en Indochina o en Argelia. En el ejército francés, el emperador Jean Bedel Bokassa I había obtenido el grado de capitán antes de regresar a su casa a Centroáfrica, donde se había aprovechado del follón que allí reinaba tras un golpe de Estado de algunos militares contra el presidente, su primo David Dacko, para convertirse él en presidente. Normalmente, los demás militares hacían ese golpe de Estado contra su primo Dacko, pero es muy listo y Bokassa le dio muy pronto vuelta a la cosa, tomó la situación en sus manos y, al final, fue él quien acabó presidente de la República aunque no fuera él quien hubiese calculado al principio ese golpe de Estado. De modo que dio un golpe de Estado en un golpe de Estado, dice mi padre. Pero, al convertirse ya en presidente, acababa de derribar de todos modos a su propio primo. Por eso papá Roger me recuerda que nuestros más malvados enemigos están a veces en nuestra propia familia. Si yo me convierto en presidente de la República, seguro que voy a desconfiar del tío René, confiaré más bien en Lounès y le nombraré primer ministro.

Al parecer, el emperador Jean Bedel Bokassa I lloró mucho cuando el general De Gaulle que dirigía Francia antes que Georges Pompidou murió. De Gaulle era alto

como dos hombres y medio de los nuestros o cinco pigmeos y medio del Gabón. Según papá Roger, el Congo le apreciaba porque cuando los alemanes habían decidido vivir por la fuerza en Francia el general De Gaulle vino aquí, a Brazzaville, para anunciar que Francia no estaba ya en Francia, que la capital de Francia no era ya París con su torre Eiffel, que ahora era Brazzaville la capital de la Francia libre. Así pues, todos los franceses se habían convertido en congoleños como nosotros. Y por lo demás, en aquel tiempo, era mejor ser un congoleño que un francés cómplice de los alemanes y mandado por el dictador Adolf Hitler y su bigote que daba miedo. Nosotros dejamos que los franceses vinieran sin problemas a nuestro país. Nos decíamos: Si los blancos corren a esconderse hasta aquí, hasta Brazzaville, es que allí, en Europa, las cosas están que arden y que los alemanes y su jefe Adolf Hitler no se andan con chiquitas.

Papá Roger recuerda también que el año en que el gigante De Gaulle murió, en nuestro país fue como si hubiera muerto nuestro presidente. Lo de De Gaulle y nosotros era una larga historia porque cuando vino aquí y volvió a tomar el avión para regresar a Europa, nuestro profeta André Grenar Matsoua desapareció también. Y hasta hoy mucha gente de la tribu kongo piensa que este profeta no ha muerto, que regresará algún día con el general De Gaulle al aeropuerto de Brazzaville. Por eso siempre hay gente esperando el regreso del general y de nuestro profeta en el aeropuerto de Maya-Maya, en Brazzaville. Para nosotros el general De Gaulle no ha muerto, los franceses nos mienten. Nuestro profeta Matsoua no ha muerto, los franceses

lo ocultan en alguna parte con el general De Gaulle. Los dos acabarán regresando antes o después al Congo.

Pero he aquí, también, que papá Roger nos embrolla el espíritu cuando nos dice que el general De Gaulle está realmente muerto de veras y que fue enterrado en un rincón de Francia que se llama Colombey-les-Deux-Églises, es decir *Colombey de las dos iglesias*.

En cuanto mamá Pauline que levantaba su vaso escuchó el extraño nombre de Colombey-les-Deux-Églises, dio un respingo en su silla y la cerveza estuvo a punto de salirle por las narices:

—¿Cómo puede enterrarse a alguien así de importante en una iglesia? ¿Y cómo lo hicieron para enterrarle en dos iglesias?

Al parecer, el día en que el general De Gaulle murió, el dictador Jean Bedel Bokassa I lloró como si fuera su papá Roger el que hubiera muerto. Afirmaba que era su padre el que acababa de irse al Cielo y que le había dejado solo en la Tierra. Había llorado tanto a su padre De Gaulle que incluso los africanos se preguntaron todos: ¿Y si fuera cierto? Pero eso no podía ser posible porque Bokassa I es negro como el trasero de nuestras marmitas. Y además un blanco muy célebre como De Gaulle no podía tener un hijo negro. Es imposible incluso en una pesadilla. Pero al emperador Bokassa I le importaban un comino los comadreos, fue entonces a los funerales del general, y allí se había encontrado con el ministro francés de Hacienda Valéry Giscard d'Estaing que tenía, por pura coincidencia, familia en Centroáfrica. A esa familia le gustaba cazar los animales de

nuestras selvas para divertirse aunque esos animales sean los espíritus de nuestros antepasados, nunca han hecho daño a nadie. Nuestros animales son muy amables, tienen bebés para que haya siempre vida en el campo y para que los pequeños africanos que nacen vean con sus propios ojos qué es un león, qué es un elefante, qué es una cebrá o qué es una ardilla. Los blancos de la familia de Giscard jugaban a la cacería con esos animales y los mataban sólo para divertirse un poco y tomar fotos. Y pegaban las cabezas de los animales en sus paredes para presumir ante la gente: Yo he ido a cazar a África, maté ese león, maté ese leopardo y también maté ese elefante.

Cada vez que el ministro de Hacienda Giscard d'Estaing iba a ver a su familia en Centroáfrica, pasaba a saludar al dictador Bokassa I, ahora que se habían conocido en los funerales del general De Gaulle.

Papá Roger nos recuerda también que Giscard d'Estaing fue a visitar a Bokassa I que le enseñó su hermoso palacio y le hizo hermosos regalos, incluso un regalo que tenía diamantes alrededor. Bokassa I, que era siempre amable con sus invitados, había dado otra vez diamantes a Giscard el día en que éste fue a verle a su castillo de Francia. Y además, al parecer, le había hecho otros regalos, por eso mi padre dice que el asunto es tan complicado que no se sabe ya si es Bokassa I el que exagera, el que miente, el que dice tonterías porque está enfadado contra Francia desde su exilio. O tal vez sea Valéry Giscard d'Estaing el que quiere esconder otros diamantes y probar a todo el mundo que no le habían entregado verdaderos diamantes sino pura pa-cotilla.

De modo que hoy entre Giscard d'Estaing y Bokassa I es la guerra mundial. Desde su país de exilio, Bokassa I debe decirse: Giscard, yo te hice regalos, diamantes, ¿por qué atacaste mi régimen para devolver el poder a mi primo David Dacko, a quien derribé con un golpe de Estado, eh?

Sí, Bokassa I está realmente muy enfadado desde que fue expulsado de la República Centroafricana y vive ahora entre los marfileños. Cree que Francia le ha traicionado, quiere vengarse, quiere hacer caer al presidente Giscard d'Estaing y como por la radio y en los periódicos ya sólo se habla de ese asunto de los diamantes, papá Roger no ve cómo van a votar los franceses a Giscard d'Estaing. Le darán la jubilación aunque sea demasiado joven para eso. Y será Bokassa I el que esté contento en Costa de Marfil.

Justo cuando Roger Guy Folly acaba de hablar y papá Roger apaga la radio, me digo que Bokassa I no va a morir de un cáncer. No, él no amaba a su país como el Sha. El cáncer es para la gente que ama a su país o que van a la aventura como Arthur. Y además, para su exilio, Bokassa I podía elegir Egipto en vez de Costa de Marfil. Cuando uno está en el exilio o de aventura, si no pasa por Egipto es que no es un buen tipo, es que no cuenta en el mundo. Y a mí no me gusta ni una pizca el tal Bokassa I. Quiero pues absolutamente que los franceses sigan votando a Giscard d'Estaing. Que siga siendo presidente toda la vida. Así Bokassa se irá a tomar viento a otra parte.

Entro en mi habitación, pongo la mosquitera. No hago más que pensar en Valéry Giscard d'Estaing. Me

duermo por fin con las últimas palabras que mando a mi Hermana-Estrella y a mi Hermana-Sin-Nombre:

Haced que Giscard d'Estaing siga siendo para siempre presidente de la República francesa.

*Haced que esa historia de diamantes no impulse a los franceses a votar a otro presidente que no sea él.
¡Giscard oyez! ¡Giscard oyez! ¡Giscard oyez!*

grup62

Si Carolina cree que voy a pedirle perdón, se equivoca de medio a medio. Ella quiso que nos divorciáramos, no fui yo en absoluto. ¿Por qué voy a acercarme a ella entonces, eh? Como yo no le hablo, como ella no me habla y al señor Mutombo eso no le parece normal, se vuelve hacia Longombé y Mokobé y les pregunta:

—¿Pero qué les pasa a esos pequeños enamorados?

Caroline monta en cólera y aúlla que no estamos enamorados, que no estamos casados, que nunca hemos estado casados, que su marido es un gran futbolista que lleva el número 11, que marca muchos goles y lee los libros de Marcel Pagnol. Sale del taller de su padre corriendo.

Estoy aquí porque he traído el pantalón de mohair de papá Roger. Es nuevo, pero es demasiado largo, por lo tanto hay que cortarlo algunos centímetros o mi padre andará barriando el polvo como algunos con quienes me cruzo en el barrio. Los hay que doblan ellos mismos su pantalón y cada vez el pantalón vuelve a ser largo, hay que doblarlo ante todo el mundo cuando no puedes andar diciéndote que debes tener cuidado para que tu pantalón no se desdoble. ¿Acaso cuando uno anda por la calle va pensando en su pantalón o en sus zapatos? Más bien piensa en otra cosa, en el lugar

adonde va y en cómo va a hacerlo para no llegar con retraso.

En cuanto he entrado en el taller con el pantalón de mi padre en el hombro derecho, he encontrado a Caroline sentada junto al señor Mutombo y he estado a punto de dar media vuelta para regresar más tarde. A fin de cuentas he entrado porque allí, al fondo, los dos aprendices me habían visto ya.

Longombé había aullado:

—¡Caramba, aquí viene el pequeño Michel!

Mokobé había añadido:

—¡Seguro que trae una camisa que su amigo habrá desgarrado!

No he saludado a Caroline porque con su mirada casi me advertía: Si me saludas, voy a avergonzarte ante esas personas mayores.

Los aprendices estaban cosiéndole un vestido rojo con flores verdes.

El señor Mutombo me dice:

—Pero ve a ver qué está haciendo tu mujer fuera, nunca debes dejar a tu esposa con la pena, alguien más puede consolarla y casarse con ella, y ya sólo te quedarán los ojos para llorar.

Salgo del taller. En frente hay un pequeño campo de fútbol. Caroline está sentada en el suelo y me mira mientras me acerco a ella. Cuando se levanta para alejarse, le suelto:

—Espera, no te vayas, tengo que decirte algo...

—No, hemos terminado, nos divorciamos hace tiempo.

Me tranquilizo y le respondo:

—Ya lo sé, pero al menos podemos hablar y yo...

—No, no quiero hablar contigo si no volveré a amarte y va a dolerme el corazón todo el tiempo.

Dibuja ahora cosas en el suelo con una pequeña caña. Miro de cerca su dibujo.

—¿Qué es eso?

—¿No ves que es una rosa? Mabélé me enseñó a dibujarla y él mismo la dibuja muy bien. Me ha dicho que soy una rosa, de modo que estoy dibujándome.

El nombre de Mabélé me saca de quicio. Pierdo la calma y ataco:

—¿Sabe Mabélé quién es Arthur Rimbaud?

—¿Pero quién es ése?

—Es un escritor. Tiene mucho pelo que crece gracias al invierno...

—¿Acaso es más célebre que Marcel Pagnol? ¿Tiene cuatro castillos y...?

—No, Arthur no tiene nada de todo eso, para él no es importante.

—No tiene castillos porque no es célebre ni rico.

—Pero viajaba mucho, de modo que podía ver los castillos del mundo entero.

—¿Y sus castillos, entonces?

—Los construía en su corazón. Y también yo te guardaré en mis castillos que están en mi corazón, donde nadie vendrá a hacerte daño...

Levanta la cabeza y me mira por fin. Diríase que va a tener una hormiga en los ojos.

—¿Dónde has aprendido a decir cosas así, como las personas mayores cuando camelan a las mujeres?

—Es gracias a Arthur.

—¿Ah, sí? ¿Porque lo has conocido?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la habitación de mis padres. Además, cuando le miro me sonrío y me habla.

Pasa un avión. No puedo pedir a Caroline que adivine en qué país va a aterrizar, eso es nuestro juego con su hermano. De modo que sólo miro al avión y me digo: Va a aterrizar en Egipto, la capital de Egipto es El Cairo. No quiero que el avión vaya a aterrizar en Arabia Saudita donde está Idi Amín Dadá nadando en su piscina y boxeando con sus sirvientes. No quiero que el avión vaya a aterrizar en Costa de Marfil donde el emperador Jean Bedel Bokassa I cuenta tonterías sobre Valéry Giscard d'Estaing que quiere seguir siendo presidente de la República francesa.

Mientras pienso en Egipto, Caroline me toma la mano izquierda y me suplica:

—¿Puedo conocer, yo también, a tu amigo Arthur que tiene castillos en el corazón?

—¡Claro, y estará muy contento! Pero tienes que venir a casa porque mi padre va a enfadarse si salgo a la calle con Arthur. Y si mi padre se enfada, Arthur no volverá a sonreírme hasta mi muerte.

Acaba de borrar la rosa que ha dibujado en el suelo y me toma de la mano. Regresamos al taller de su padre. Su voz es cada vez más dulce:

—¿Sabes? Mabélé no es muy fuerte, sin embargo, cuando pelea... ¿Por qué huiste cuando te lo encontraste en la tienda de Diadhiou? ¿Si nos atacan algún día por la calle vas a huir también así como así, a dejarme sola con los bandidos?

No he respondido. Porque no quiero oír hablar más de ese nombre de Mabélé.

El señor Mutombo se extraña al verme llegar con Caroline. Longombé y Mokobé quieren burlarse. Pero bloquean sus risas. Se dicen que el señor Mutombo podría abroncarles. Longombé finge estornudar, suelta luego por fin la carcajada, al igual que Mokobé y el señor Mutombo. Puesto que los tres no hacen más que reír, también Caroline y yo nos echamos a reír. Como de costumbre, soy yo el que se ríe con más fuerza y me agarro las costillas. Cuanto más me río así, más los otros ríen sin parar. Caigo al suelo, río. Me levanto, río. Me apoyo en la pared, río. Me apoyo en la mesa donde cortan las telas, río. Río, río, río y, de pronto, quedamos sorprendidos, el taller queda muy oscuro. El cráneo del señor Mutombo ya no ilumina nada. Me vuelvo y veo a la madre de Longombé tapando la puerta. Como cada vez, no puede entrar ni de frente ni de perfil. He conseguido, justo a tiempo, no seguir riendo. Por lo demás, nadie ríe ya en el taller. Longombé se levanta, se acerca a su madre y salen a discutir a pocos metros del taller. Avanzo para espiarlos. Diviso a Longombé que da dinero a su madre. Demasiado tarde. Ella me ha visto y me amenaza a lo lejos:

—¡Tú, el hijo de Pauline Kengué, algún día voy a agarrarte! ¿Por qué te ríes cuando estás delante de mí? ¿Lo haces porque estoy gorda, eh? ¿Sabes si tú mismo te engordarás cuando seas mayor?

Va a toda velocidad. Levanta polvo cuando se desplaza. La gente que se cruza con ella se vuelve como si

hubieran visto a un extraterrestre. Les insulta aunque no hayan dicho nada contra ella. Me pregunto: ¿por qué el papá de Longombé nunca viene a pedirle dinero a su hijo? ¿Habría su padre abandonado a su madre? ¿Tiene al menos un padre adoptivo, el tal Longombé? Me compadezco de él que trabaja duro y alimenta a su madre mientras yo estoy ahí riéndome como un idiota. ¿Estaría yo contento si alguien se burlara así de mamá Pauline? No, intentaría tirarle piedras a la cara.

De modo que estoy triste por haberme reído la última vez, por no haber comprendido que la mamá de Longombé es una buena mujer, que es tan buena como mamá Pauline o mamá Martine.

Longombé regresa al taller y me mira con unos ojos rojizos de cocodrilo colérico. El señor Mutombo le dice que se encargue enseguida del pantalón de mi padre. Yo pienso: ¡Ya está, va a desbaratar el pantalón! Lo cortará mucho, adrede, y cuando mi padre se lo ponga parecerá la liebre que lleva pantalones en los *Cuentos de la sabana y de la selva* que nos leían en la clase preparatoria.

La casa del tío René es la más bonita de la calle Comapon. Como es muy hermosa y se la ve brillar a lo lejos, mi tío tiene miedo de los proletarios que tienen casas de tablas alrededor, entran no importa cuándo en su propiedad y le roban su riqueza. Por eso la parcela tiene una buena cerca de cemento con alambre de espino encima. Quien se diga: Voy a robar en la casa del señor René porque es rico, va a herirse con el alambre de espino, sangrará y gritará como los bebés cuando llegan a este mundo, pues saben ya que tendrán problemas graves en la vida y que mejor hubieran hecho quedándose en el vientre de su mamá o yendo al Cielo sin pasar por la Tierra como mi Hermana-Estrella y mi Hermana-Sin-Nombre. Además, no sólo hay alambre de espino protegiendo la parcela del tío René, también hay un gran portal de hierro. Por ahí debe entrar todo el mundo. Otro gran portal de hierro está detrás de la casa, es la entrada del garaje que mi tío abre con un mando a distancia.

Cuando vas a casa del tío René, primero llamas, esperas en la calle, luego el boy viene a espiar desde un agujerito tan bien escondido que tú no puedes imaginar

que alguien te está viendo. Si eres sospechoso, si pareces un bribón del Gran Mercado, el boy no te abrirá. Si persistes ante la puerta de la parcela, te manda a Miguel que es, según mi tío, el más peligroso de los perros del barrio, de la ciudad incluso, y por qué no del Congo y del mundo entero. Cuando Miguel está enfadado, intenta morder su propia silueta. Es tan peligroso porque cada mañana el boy le hace beber alcohol de maíz. Y en cuanto se ha tragado un vaso entero de ese alcohol permanece tranquilo unos segundos y, luego, gira en redondo, busca su cola, pero no puede encontrarla porque cuando se vuelve a la izquierda para morderla la cola esta a la derecha, y cuando se vuelve a la derecha la cola está a la izquierda. Entonces, no poder atraparla le excita, de modo que ladra, se revuelca por el suelo. El boy le calma, le pone una cadena al cuello y lo ata bajo la palma del corozo que está en el patio. Miguel seguirá ladrando, está tan colérico que la baba no deja de brotar de sus fauces. Ante el portal del tío René hay escrito en letras grandes:

CUIDADO, PERRO MUY PELIGROSO 24 H/24 Y 7 D/7

Al leer 24 h/24 y 7 d/7, me digo: A fin de cuentas, ¿en qué momento no es Miguel «muy peligroso»? ¿Pero duerme ese perro? Y hago un cálculo mental: sabiendo que el año tiene 365 días —pero eso depende, a veces son 366—, el día tiene 24 horas, la hora tiene 60 minutos, el minuto tiene 60 segundos, el segundo tiene 60 tercias, ¿quién puede calcular en segundos el tiempo de peligrosidad de un perro que ha sido «muy peligroso» 24 h/24 y 7 d/7 durante cinco años y medio?

Estoy pues ante la entrada de la casa de tío René. Por Navidad, mi tío me obliga a pasar por su casa con mi camión, mi pala y mi rastrillo de plástico que me ha regalado pocos días antes. Juego sobre todo con Kevin que tiene once años y Sébastien que tiene nueve. No podemos jugar con Edwige que tiene quince años y sólo nos pega broncas cuando corremos por toda la casa o nos subimos a los sillones de su padre sin quitarnos los zapatos.

Yo no quería venir a casa de tío René hoy, pero mamá Pauline ha dicho que a su hermano no le gustaría que yo no fuera a su casa, que creería que estamos contra él porque es más rico que nosotros. Y además, de todos modos llevo su apellido. Mamá Pauline me ha dicho primero que fuera a ducharme, que me frotara bien las axilas, las nalgas y el chirimbolo de hacer pipí. No me gusta cuando lo dice. ¿Acaso alguien normal puede ducharse sin lavarse las axilas, las nalgas ni el chirimbolo de hacer pipí? Si alguien no se lava estas partes, ¿por qué se ducha pues?

—Cuando eras bebé y te lavaba estas partes, tú llorabas mucho —me ha recordado.

He frotado bien esas partes. Entonces ella me ha elegido unos calzoncillos azules, un pantalón corto negro, una hermosa camisa blanca, una pajarita negra y unas sandalias de caucho. Ha puesto en una bolsa mi camión, mi pala y mi rastrillo de plástico.

Era casi mediodía y hacía ya mucho calor, incluso a la sombra. Cuando estábamos delante de la puerta de nuestra parcela, mamá Pauline me ha avisado:

—No te pierdas por el camino. Sigues la avenida de la Indépendance, giras a la derecha, sigues luego hasta

el barrio Savon y tomas la calle Comapon. Ten cuidado con los coches y cruza la calle sólo cuando una persona mayor esté también cruzándola. Te pones detrás de ella. Sé bueno, no te pelees con Kevin ni Sébastien. Te espero en casa esta noche, estará tu padre.

He estado a punto de preguntarle por qué me explica donde se encuentra la casa de tío René cuando ya sé ir hasta allí. No he dicho nada, he empezado a andar por la avenida de la Indépendance. Tenía un poco de miedo cuando he llegado ante el portal de tío René. De hecho, me he preguntado: ¿Estará Miguel bien atado bajo la palma del corozo? Me lo he preguntado porque, cuando conocí ese perro era un pequeño bebé de nada, pero mi tío afirma que la edad de los perros y la de los hombres no son del todo idénticas. La juventud de los perros no es larga, envejecen más pronto con respecto a nosotros, los seres humanos. Cuando el perro tiene seis meses, si fuera un hombre tendría diez años. Cuando el perro tiene un año, si fuera un hombre tendría quince años. Cuando el perro tiene cinco años, si fuera un hombre tendría treinta y seis años. Y Miguel tiene cinco años y medio. Si fuera un hombre tendría pues, hoy, cuarenta y seis años y sería un viejo comparado conmigo aunque yo le viera muy pequeño, aunque a veces le diera yo su leche y a él le gustaba mucho. No es normal que cuando voy a casa del tío René comience a ladrar como si yo, Michel, fuera un espíritu malo, como si viniese a robar la riqueza de mi tío.

El boy ha visto que soy yo el que llama y me abre. Me mira de los pies a la cabeza, diríase que se pregunta:

¿Pero qué oculta en su bolsa, ese pequeño Michel que tan ridículo está con su pajarita? Miguel ladra detrás de la casa, pero está bien atado. Veo primero a Kevin, muy flaco, como una caña con su cabecita puesta sobre un largo cuello, parece una jirafa que no coma mucho. Está de pie ante la puerta de la casa y Sébastien está justo detrás de él. Nos decimos buenos días dándonos la mano. Entran en el salón. Advierto que han sacado sus juguetes. Kevin ha recibido una bicicleta. Sébastien un coche que funciona con pilas y me explica que puedes jugar con él sin tocarlo. No le creo. Me enseña una máquina que dirige su coche, es muy pequeña con varios botones:

—Este botón es para arrancar. Éste, para ir recto. Éste, para girar a la izquierda. Éste, para girar a la derecha. Éste, para dar marcha atrás. Éste, para dar media vuelta. Y éste es para detenerse y apagar el motor, pero no tienes que apretarlo dos veces o el coche no comprenderá lo que quieres que haga. Toma, prueba de encenderlo y verás lo que va a pasar.

Cuando me dispongo a apretar el motor de arranque, alguien aúlla detrás de nosotros:

—¡STOP! ¡STOP! ¡STOP!

Es Edwige que acaba de salir de la ducha. Todavía tiene el pelo mojado. La encuentro muy alta, aunque con granos en todo el rostro como si hubiera recibido algunas balas perdidas durante la guerra mundial. La última vez que la vi, no tenía eso. Bueno, es cierto que no la había visto desde hace mucho tiempo.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Papá ha dicho que no tocarais ahora los regalos! Estáis haciendo tonterías. Además, ¿quién ha abierto los regalos, eh? ¡Guardadlo

todo! Y además dejad de saltar con vuestros zapatos en el sillón.

Sébastien no está de acuerdo con su hermana. Sigue tendiéndome la máquina que dirige su coche. Yo no sé ya si debo tomarla o no. Edwige ha desaparecido en su habitación, regresa con un azote de liana. Sébastien corre a guardar su regalo junto a la chimenea y huye hacia fuera. Como Miguel oye que alguien corre por la parcela, comienza a ladrar cada vez más fuerte. Ladra tan fuerte que ni siquiera se oye el coche que entra en el garaje. Es tío René que acaba de llegar con su mujer, la tii-ta Marie-Thérèse.

Estamos en la mesa. Detesto en casa de tío René que se coma casi en silencio. No se oye más que el ruido de las cucharas y los tenedores y hay que cerrar bien la boca cuando se mastican los alimentos. Eso no es todo: sólo debes mirar tu propio plato. Si miras demasiado el plato de otro, tío René te suelta una buena patada por debajo de la mesa con sus zapatos puntiagudos como una azagaya. Su puntapié duele mucho durante días y noches. Lo he recibido varias veces en la tibia, algunas tocaba también mi tobillo y yo veía estrellas brillando en pleno día. Si te golpea, al principio no te duele durante unos segundos, incluso estás extrañado y muy contento de no sentir nada. Luego, de pronto, cuando creías que la cosa había terminado por las buenas, el dolor sube hasta el vientre, tu intestino delgado se mueve, tu páncreas y tu corazón dan saltitos de bebé canguro agitándose en la bolsa de su mamá. Y entonces vomitas allí mismo porque, ¿cómo puedes tragar aún un buen pe-

dazo de carne mientras el dolor está subiendo desde el tobillo o la tibia hasta tu vientre, eh?

El problema es que cuando como, yo espío los platos de los demás para saber al menos si debo comer más deprisa que ellos y alcanzarlos o si debo frenar mi modo de comer cuando me he adelantado a todo el mundo. Pero el tío René no lo soporta. Dice que es un comportamiento de hijo de capitalista que sabe ya acumular las riquezas y empobrecer a los parias de la Tierra. Cree que miro los platos de Kevin y de Sébastien, que son los mayores golosos de la Tierra, porque envidia sus pedazos de carne. Ni siquiera en las películas de los rusos que pasan en el cine Rex o en el cine Roy, la gente come como comen mis primos-esos. En las películas rusas, al menos, fingen comer, en todo caso eso es lo que me ha explicado Lounès. Cuando los rusos comen en una película siempre es un truco. No es verdadera comida como en las películas francesas porque los franceses, en cambio, comen de verdad. Además, hablan mientras comen cuando es de mala educación comportarse como salvajes, puesto que normalmente los blancos son ellos.

En la pared, la foto de Lenin está torcida. La de Karl Marx también. Tal vez sea el viento que hace cuando se abre la puerta de entrada. Engels está triste pues no le da la luz del día. El inmortal Marien Ngouabi también está triste, tal vez porque su foto es la más pequeña de las cuatro. Diríase que sus patillas han crecido desde la última vez que comí aquí.

No está ya la foto de Victor Hugo. No puedo preguntárselo al tío René, los niños no hablan en la

mesa, salvo si una persona mayor les hace una pregunta.

—Michel, ¿no has observado nada en la pared de enfrente?

El tío René me hace la pregunta.

Levanto la cabeza, finjo reflexionar mientras muevo mi tenedor y murmuro:

—No, no he observado nada.

—¿Pero como? ¡Levanta bien la cabeza!

Entonces digo:

—Ya no está la foto del señor Victor Hugo...

Tiita Marie-Thérèse me mira con aire maligno. Me enseña que cuando una persona ha muerto ya no se la llama «señor» porque no está ahí ya para obligarnos a respetarla. Pero para mí toda esa gente fotografiada está viva. Me ven comer desde que yo era muy pequeño. De modo que son señores.

El tío René está satisfecho con mi respuesta:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo, sobrino! ¡Y pensar que tus primos no se habían fijado!

Y comemos cada cual con la nariz en su plato. Intento seguir el ritmo. Cuando comen deprisa, como deprisa, cuando aflojan, yo aflojo. Cuando hacen una pausa, hago una pausa.

Edwige está a mi izquierda, Kevin a mi derecha. En frente están la tiita Marie-Thérèse y Sébastien. El tío René es como un presidente porque desde su lugar puede vigilarnos sin volver la cabeza o inclinarse. Kevin y Sébastien comen como cerdos, diríase que hacen una carrera y la tiita Marie-Thérèse no está de acuerdo en absoluto, quiere que vayan un poco más despacio.

Mi tío vuelve a Victor Hugo que ha perdido su lugar en la pared.

—Michel, ¿sabes por qué he quitado la foto de Victor Hugo?

Niego con la cabeza.

Él mira la pared y empieza:

—Durante mucho tiempo me gustó el poeta francés que estaba colgado allí. Victor Hugo tiene genio, representa por sí solo el siglo XIX, incluso nuestro siglo. Puedo incluso decir que es el único poeta que me gusta como me gustan Karl Marx, Engels, Lenin y el inmortal Marien Ngouabi. Pero voy a mostraros a todos algo grave, muy grave, que me ha impulsado a quitar su foto de esta pared.

Deja de comer, se levanta y va a su habitación. Nosotros ya no comprendemos nada. ¿Qué es grave? ¿Por qué está contra el pobre Victor Hugo que no le ha hecho nada y que incluso ha escrito muchos dictados? Todos nos preguntamos: ¿Dejamos también de comer o seguimos sin el tío René cuando hay un asunto grave en esta casa?

La tiita Marie-Thérèse nos indica por signos que nos detengamos. Edwige y yo dejamos de comer, pero mis dos primos continúan. La tiita Marie-Thérèse les grita entonces:

—¡¡STOP, he dicho!!

Sébastien había tenido tiempo de meterse una gran ala de pollo en la boca, de modo que sigue masticando. Y he aquí al tío René que regresa. Lleva en las manos un pedazo de papel muy arrugado que acaba de desplegar.

—Fotocopié el discurso de Victor Hugo sobre África. Lo pronunció durante un banquete que presidía

en 1879. Junto a él estaba Victor Schoelcher, que estuvo en el origen del final de la esclavitud. ¿Y sabéis qué dijo Victor Hugo aquel día?

Se pone sus gafas de doctor que va a darle una inyección a un niño y comienza a leer como leen los miembros del PCT cuando hacen un discurso:

—«*¡Qué tierra el África! Asia tiene su historia, América tiene su historia, la propia Australia tiene su historia; África no tiene historia*».

Recupera el aliento como si acabara de hacer una carrera de natación y la hubiera ganado delante del dictador Idi Amín Dadá. Pero se advierte que salta algunas cosas en su lectura, que elige lo que quiere leernos. ¿Por qué no nos lo lee todo para que sigamos comiendo tranquilamente nuestro pollo? Cuando respira, tienes la impresión de que un búfalo ha escapado de los cazadores blancos. ¿Por qué no sabía eso antes de pegar en la pared la foto de Victor Hugo? Además, cuando se lee sólo un pedacito de algo y no se lee el resto, ¿cómo vas a hacerlo para pegar ese pedazo en el conjunto y comprender bien lo que realmente se ha dicho? He aquí que prosigue:

—«*Derramad lo que rebosa en esa África y, de ese modo, resolved vuestras cuestiones sociales, convertid vuestros proletarios en propietarios. ¡Vamos, hacedlo! Haced carreteras, haced puertos, haced ciudades; creced, cultivad, colonizad, multiplicad. Y que, en esta tierra, cada vez más libre de sacerdotes y de príncipes, el Espíritu divino se afirme por la paz y el Espíritu humano por la libertad*».

—Basta con eso, René, los niños están aquí para comer y celebrar la Navidad, no para escuchar esas cosas

que no les conciernen. ¿Y qué ocurrirá si algún día descubres que también tus camaradas Marx, Engels y Lenin dijeron cosas malas sobre África, eh?

La tiita Marie-Thérèse es la única persona en todo el mundo que puede hablarle así al tío René. No sé cómo se lo hace porque no es una mujer gorda como la mamá de Longombé e incluso la señora Mutombo. Es muy delgada y no es alta, su voz es como la voz de una niña que tiene miedo de los muchachos. Es imposible que hable así a mi tío y que mi tío deje de leer su papel sobre Victor Hugo. Debe de tener un secreto para hablar de ese modo sin que mi tío se enfade.

El tío René dobla su papel, mira hacia donde estaba la foto de Victor Hugo. Sólo queda allí un espacio cuadrado. El cuadrado es un poco más claro que el resto de la pared. Puede adivinarse que allí había una foto.

—De todos modos —dice—, mañana el boy pintará esa pared y no se sabrá ya que Victor Hugo vivía en mi casa. Pondré en el mismo lugar la foto de Ho Chi Minh o la del Che Guevara.

El tío René no ha montado en cólera cuando ha visto que los juguetes se habían sacado ya de su envoltura. Pero yo creía que iba a reñirnos pues suele ser él quien rompe las envolturas de nuestros regalos. Aunque yo recibo el mismo regalo cada año, saco el paquete de mi bolsa, rompo la envoltura y finjo ser feliz. Por eso hoy, puesto que no he fingido que era feliz, me pregunta:

—¿No te gusta tu camión, tu pala y tu rastrillo?

No respondo y miro, más bien, hacia el coche de Sébastien. El tío René ha comprendido lo que pienso y añade:

—Si apruebas tu certificado de estudios primarios este año, tendrás también un coche como el de Sébastien. ¡Pero tienes que estar entre los cinco primeros de todo nuestro país!

¿Acaso Sébastien ha aprobado su certificado? No, es más pequeño que yo. ¿Por qué, entonces, tiene él ese coche antes del certificado y yo debo esperar a obtener el diploma?

Jugamos fuera, detrás de la casa. Edwige está en su habitación escuchando música con el magnetófono que le ha regalado el tío René. No debo revelar que nosotros tenemos un radiocasete y que lo obtuvimos antes que Edwige. Es, en casa, nuestro secreto. Papá Roger dijo claramente que debemos seguir siendo modestos. Nosotros podemos escuchar a Roger Guy Folly que nos habla por la noche desde América. Pero el magnetófono de Edwige es sólo para poner casetes dentro y escuchar música. Eso es todo. Además, Edwige no tiene la casete del cantante con mostachos que llora por su *alter ego* de la mañana a la noche. ¿Por qué va a impresionarme su regalo?

Miguel nos acecha a lo lejos. Está cansado de permanecer atado al pie de la palma de corozo. Descansa, con un ojo cerrado y el otro medio abierto. Siento compasión de él porque no ha recibido regalo de Navidad. Le olvidan siempre cuando es él el que protege la riqueza del tío René. Tengo ganas de darle mi rastrillo y mi pala. El problema es que si le doy eso empezará a ladrar, porque los perros no pueden ser agricultores, no están al corriente de que nuestro país va a desarrollarse

gracias a la agricultura. Con sus patas no pueden agarrar una pala o un rastrillo. No pueden saber que los bueyes se ponen siempre delante del arado. De modo que no sirve de nada dar mi pala o mi rastrillo a Miguel. Me compadezco también de Miguel porque cada año que pasa, cada día que pasa, cada hora que pasa, cada segundo que pasa y cada tercia que pasa le hacen envejecer más que a nosotros, los seres humanos. Es injusto. Me mira con el único ojo que está algo abierto, como si hubiera comprendido lo que yo estaba imaginando. Sí, sabe lo que hay en mi corazón. Es posible, porque los perros ven cosas invisibles como los fantasmas y los espíritus malignos que nosotros, los hombres, no podemos ver en carne y hueso. Los perros pueden leer de la A a la Z en los pensamientos de los hombres. No porque no hablen claramente nuestra lengua debemos tomarlos por idiotas con cola y pulgas por todo su cuerpo. Y además, ¿acaso somos nosotros capaces de hablar bien su lengua que es más complicada que la nuestra?

En todo caso, es la primera vez que veo tan tranquilo a Miguel. Eso quiere decir que no es siempre muy peligroso 24 h/24 y 7 d/7. Hay que cambiar la placa que está fuera y poner otra placa donde esté la hora exacta del día en que Miguel no es muy peligroso. Pero si se pone eso en una placa, tal vez los bribones del Gran Mercado se digan: Vamos a robar la riqueza del señor René mientras su perro no es muy peligroso. Ahora sé que esa placa en el portal es mentira, está sólo para dar miedo a los bribones.

Envidio el coche de Sébastien. Me lo ha dejado probar y yo he pensado: Está bien, al fin y al cabo, tener eso, tener un coche que te obedece a lo lejos en cuanto aprietas un botón cuando los verdaderos coches tienes que conducirlos y sujetar el volante o si no vas a pegártela contra los demás automóviles. Como no hago más que soñar en ese coche, no tengo ya ganas de jugar con mi camión, mi pala y mi rastrillo. Estoy harto de ser un agricultor. Estoy realmente harto. Pienso en Lounès. ¿Qué le habrán dado como regalo? Pienso en Caroline. ¿Que le habrán dado a ella? Sí, quiero un coche que me obedezca de lejos. Algún día lo tendré...

Al finalizar la jornada, el tío le dice a su boy que me acompañe a casa. Por el camino, sólo veo los coches que pasan. No miro a la gente con la que nos cruzamos. Son como sombras que yo dejo atrás. Mis pensamientos están lejos, muy lejos. Pienso en mi Hermana-Estrella y en mi Hermana-Sin-Nombre. ¿Les han regalado también algo allí arriba?

Haced que apruebe mi certificado de estudios primarios este año y que el tío René me regale un coche que me obedezca a lo lejos, un coche que me siga a todas partes.

Pondré mis pequeños sueños en el maletero de este coche para pasearlos cuando tenga veinte años y Miguel tenga más de cien. Tal vez muera, pero resucitará como un perrito muy blanco que regalaré a Caroline.

Un día tendré que preguntarle a papá Roger por qué en las informaciones que escuchamos por radio sólo hay malas noticias. Diríase que es siempre el fin del mundo, que por la noche, si enciendes la radio, todo puede suceder, aunque la cosa ocurra lejos de nosotros, aunque no se pronuncien los nombres de la gente de nuestro barrio, son malas noticias para nosotros también. Nunca he oído a Roger Guy Folly riéndose o haciéndonos reír. Ahora tengo mucho miedo cada vez que escucho a ese periodista anunciando: «*Son las veintiuna horas en Tiempo universal, y escuchan ustedes La Voz de América. A continuación, las informaciones vespertinas con su servidor Roger Guy Folly...*».

Hay en Francia un gran bandido que se llama Jacques Mesrine y al que acaban de matar. Le habían metido en la cárcel para que se quedara allí durante veinte años, pero alguien le ayudó a huir como en las aventuras de Lucky Luke donde los Dalton saben cómo escapar de la cárcel hasta que Lucky Luke los atrapa de nuevo y nosotros podemos leer los siguientes episodios. Pero si los Dalton escapan de veras, ¿cómo podremos leer las demás aventuras de Lucky Luke? ¿Qué va a hacer Lucky

Luke sin los Dalton? ¿Va a dar vueltas en redondo por el desierto con su perro Rantanplan y cazar los animalitos que se esconden bajo los cactus?

Para Jacques Mesrine la aventura ha terminado ya, sobre todo porque la había emprendido con la hija de un juez y se la había guardado como un rehén como esos estudiantes iraníes que habían hecho rehenes a los americanos y los habían encerrado en un sótano. Al parecer, a Mesrine lo buscaban por todas partes. No le encontraban nunca. Algunos decían que estaba en tal lugar, pero cuando llegaban a aquel lugar se había marchado ya desde hacía mucho tiempo. Otros decían que ahora estaba en otro lugar bien identificado, y acudían a ese lugar bien identificado; Mesrine estaba lejos ya. Y ahora los policías le han matado. Le atraparon como se atrapa a las ardillas rayadas en nuestros campos. Se rodean todos los agujeros y las ardillas ya sólo pueden salir por uno donde las esperan.

Roger Guy Folly cuenta que Mesrine había huido con su coche y que los policías se lo han cargado dentro. Su mujer, que estaba dentro también, ha resultado herida. Ahora en Francia la gente puede respirar un poco porque Mesrine era su más peligroso enemigo. Según papá Roger, el tal Mesrine era más fuerte y más inteligente que nuestro célebre bandido al que llamábamos Angoualima y que tenía seis dedos en cada mano, cuatro ojos, cuatro orejas y dos pichas. Angoualima le cortaba la cabeza a la gente o robaba en casa de los blancos del centro de la ciudad. No tenía coche para huir como Mesrine y que se lo cargaran dentro con una mujer. Por eso no se lo cargaron del mismo modo que a Mesrine. No se sabe cómo murió nuestro Angoualima.

¿Quién sabe si realmente ha muerto? Es extraño enterarme de esta historia de Mesrine precisamente cuando se oye hablar cada vez más de Angoulima en nuestras calles y algunas personas afirman que un bribón llamado Grégoire Nakobomayo está siguiendo el camino de nuestro enemigo público número uno. El problema es que Grégoire Nakobomayo es torpe, falla en sus crímenes y hace que la policía de nuestra ciudad se ría.

Desde la muerte de Jacques Mesrine, los bribones del Gran Mercado copian ese nombre y se niegan a que les apoden Angoulima como antes. Cuando pasas por la calle, puedes leer en las paredes de las casas abandonadas el nombre de Mesrine y la frase: «*Venderé cara mi piel*». No sé lo que eso significa y por qué nuestros bandidos quieren vender cara su piel cuando nadie va a comprársela y nadie se la quedará ni siquiera gratuitamente. Nuestros bandidos quieren ser Mesrine pero no tienen coches y no tienen mujeres para huir con ellas y que la policía se los cargue. De modo que acaban agarrándolos vivos y los llevan a la comisaría, les dan de palos a base de bien antes de soltarles porque en nuestras cárceles no hay mucho lugar.

Mis padres me preguntan al unísono:

—Michel, ¿qué quieres que te regalemos?

Eso me sorprende mucho porque por Navidad me habían regalado ya varias bolsas de canicas y un castillo en piezas que no consigo todavía hoy montar. Supongo que me ocultan algo o, entonces, van a darme una muy mala noticia.

Papá Roger añade:

—Tú y yo iremos al centro, sólo los dos. ¡Y comeremos manzanas! Luego elegirás el regalo que quieras.

—¡El que quieras, el precio no importa! —completa mi madre.

—Sí, el que quieras, deseamos que seas feliz. Y además vendrás a verme al trabajo, te presentaré a mi patrona la señora Ginette, y conocerás también al señor Montoir que nos regaló el radiocasete.

—Y eso no es todo, Michel: un día vendrás también conmigo al campo y a Brazzaville. ¡Tomarás el tren por primera vez!

Ya no tengo ganas de comer. Demasiadas noticias al mismo tiempo. Y, además, por lo general no me hablan así. Diríase que tengo ante mí, esta noche, una gente distinta. Sonríen, pero siento que su sonrisa oculta otra cosa. Y cuando les miro bien a los ojos, bajan la mirada pues saben que yo, Michel, puedo leer lo que hay en la cabeza de alguien. Cuando me hacen un regalo nunca me preguntan qué quiero, lo eligen ellos. A veces eso me enfada, pero acabo aceptándolo porque no van a devolverlo a la tienda. Mamá Pauline decía siempre que sus viajes para el comercio eran peligrosos a causa de la sabana y de los bribones de Brazzaville. Que yo era demasiado pequeño para seguirla hasta allí. De modo que va sola y antes de cada viaje me riñe porque yo insisto en que también quiero ir a Brazzaville. ¿Acaso he crecido ya para poder ir con ella?

En el fondo, ¿qué voy a perder si acepto lo que quieren darme?

—Me gustaría un coche como el de Sébastien —les digo.

Se sorprenden. Se miran y quieren reírse. Pero yo hablo muy en serio, no tengo ganas de reírme. Si me río, pasará como en el taller del señor Mutombo, no podré parar, tendré que agarrarme las costillas y caeré al suelo.

Mi padre no está de acuerdo:

—¡Un coche como el de tu primo! ¿Realmente es todo lo que quieres? Piénsalo bien, tómate tiempo, acaba de comer y dinos lo que quieres.

Seguimos comiendo, yo lo finjo, lo saben porque no acecho ya el gran pedazo de carne de buey que está en el plato de mi padre. Además, acaba por dejarlo en mi plato y yo tardo algún tiempo antes de comérmelo.

Veo que se hacen señales con los ojos. Mi padre le ha hecho incluso una señal con el pie a mi madre, por debajo de la mesa, y su pie me ha tocado un poco también.

—¿Qué estáis ocultándome?

Mi padre me responde:

—¡Oh, Michel, no te ocultamos nada! Nunca te hemos ocultado nada, lo sabes muy bien. Queremos complacerte, eso es todo.

Mi madre me pregunta:

—¿Te pongo un poco más de habichuelas y carne?

Niego con la cabeza, aunque la carne de buey con habichuelas sea mi plato preferido. Me gusta como lo prepara. Se toma su tiempo, lava bien la carne, comienza a hervir las habichuelas de madrugada y las deja reposar hasta muy avanzada la mañana. Hacia mediodía, siento ya el olor de ese plato, tengo hambre, no puedo esperar más y es ella la que me dice:

—Sólo cinco minutos aún.

Pero esos cinco minutos son como cinco siglos y medio. Y cuando el plato llega como, parece que no vaya a haber nada que comer mañana en todo el país. Pero hoy no puede creérselo porque yo no quiero que vuelva a servirme.

—¿No estaba bueno entonces? ¿Lo he preparado mal?

—Ya no tengo hambre. Mañana me comeré el resto.

—No, mañana te prepararé otro plato muy bueno.

—Mi padre se impacienta:

—Bueno, ¿qué vamos a regalarte por fin, Michel?

—Un coche como el de Sébastien.

—¿Pero qué tiene de especial ese coche?

—Es el mejor coche del mundo. Aprietas un botón y arranca solo. Y también puedes girar a la izquierda o a la derecha si aprietas otros botones.

—Mi madre quiere que cambie de opinión:

—¡Y una bici, eh! ¡Para tu edad, a fin de cuentas, mejor es una bici! Pedalearás, la gente te verá, estarán muy contentos y...

—No sé cómo pedalear cuando voy en bici. Me caeré todas las veces.

—¡Lounès puede enseñarte! He estado en su casa y he hablado mucho con la señora Mutombo, hoy.

En cuanto oigo eso, pienso: Si mamá Pauline ha pasado por la casa de la familia Mutombo, es que Lounès está al corriente de lo que mis padres me ocultan.

—Quiero un coche como el de Sébastien, no una bici.

—Bueno, de acuerdo, te regalaremos dos coches y ropa nueva —dice papá Roger que se levanta para ir a buscar el radiocasete en la habitación.

No consigo cerrar los ojos. Respiro mal por culpa de la mosquitera. Impide que mi Hermana-Estrella y mi Hermana-Sin-Nombre vean bien mi rostro, tengo que quitarla esta noche.

Me levanto, aparto la mosquitera y vuelvo a la cama. El ejército de mosquitos comienza a atacarme enseguida. No siento nada ya cuando me pican por todas partes.

En el momento en que cierro los ojos, escucho detrás del tabique donde están mis padres, como en un sueño, a mi padre que pregunta a mi madre:

—Pauline, ¿crees que Michel habrá adivinado lo que ocurre?

—No, no lo creo. No puede adivinarlo, es todavía un niño para comprender estas cosas.

La Madre Teresa es la madre de todos los pobres. Ayuda a los niños que no tienen familia y que vagabundean por las calles de la India, lejos, sobre todo en una ciudad que se llama Calcuta. Pero quiere ayudar también a los pobres del mundo entero para que la gente sea feliz en esta Tierra. Trabaja mucho. Como tiene glóbulos blancos, irá al Paraíso donde Dios la espera para felicitarla ante los ángeles que la aplaudirán todos. También ayuda a la gente que está enferma o que va a morir. Roger Guy Folly dice que hoy le han dado el premio Nobel de la Paz. El premio Nobel de la Paz es un regalo que dan a la gente que no le gusta que se haga daño. Lo dan a quienes han hecho algo importante por la humanidad.

El periodista americano recita los nombres de otras personas que han logrado ese premio Nobel de la Paz antes que la Madre Teresa, y entonces advierto que en esta lista está el nombre del presidente de Egipto Anuar el-Sadat. Estoy muy contento por eso. Anuar el-Sadat recibió este premio con otro señor que se llama Menahem Begin y que es de Israel, el país que se había enfadado con el presidente-dictador ugandés Idi Amín Dadá. Roger Guy Folly dice también que entonces fue un gran acontecimiento porque Anuar el-Sadat es árabe, Menahem Begin es judío, y esas dos personas mayores lo ha-

cen todo para que los árabes y los judíos dejen de detestarse y de pelearse.

Tengo ganas de preguntarle a papá Roger por qué no le han dado aún el premio Nobel de la Paz a nuestro presidente de la República puesto que combatió a los enemigos de la República y encontró el tanque que los franceses nos habían dado. Pero me callo, tal vez el periodista ha olvidado su nombre.

Según Roger Guy Folly, cuando la Madre Teresa ha aceptado el premio Nobel de la Paz en nombre de los pobres de la Tierra ha dicho que el aborto es lo que va a matar nuestro mundo. Entonces comprendo por qué mamá Pauline no hace más que hablar de esta mujer como si fuera un miembro de nuestra familia. La Madre Teresa por aquí, la Madre Teresa por allá. Mamá Pauline piensa que esa mujer tiene razón y que Francia se equivoca porque ha votado una ley para cerrar la puerta a los niños. Mi padre le explica que esa historia de aborto es muy complicada, que hay veces en las que más vale no dejar que un niño llegue al mundo si es para que venga a sufrir por nada.

—Pauline, no es posible, por ejemplo, guardar en el vientre el fruto de un violador. ¡El aborto es también la libertad de la mujer! De todos modos, si prohíbes el aborto, la gente lo hará a escondidas. ¿Qué prefieres entonces: unos médicos que se encarguen bien de ello o unos charlatanes que hagan cualquier cosa a riesgo de matar también a la madre, eh?

Mamá Pauline piensa que el aborto es un crimen, que bastaría con dar a las madres como ella los hijos que vayan a tirar a la basura.

Y ya están peleándose. Mi madre no quiere oír nada: —¡Dejemos esta discusión! ¡Tú quieres tener razón siempre!

Sé que es muy difícil que ella esté de acuerdo con papá Roger sobre este tema mientras no tenga más hijo que yo. Para ella debe matarse al violador, pero guardar al niño y no decirle que su padre era un malvado con muchos glóbulos rojos.

Roger Guy Folly sigue hablando de la vida de la Madre Teresa que manda religiosas incluso a los países musulmanes donde no se lee la Biblia sino el Corán. Papá Roger cambia de emisora y en Radio-Congo se escucha el discurso del presidente de la República que se felicita por el Día del Árbol y que anuncia que habrá otro plan que se llamará «Una escuela, un campo». Cada escuela deberá tener un campo. Si una escuela no tiene campo la cerrarán. Que se fastidien los alumnos y los maestros. Nuestro presidente felicita a la Madre Teresa por su premio Nobel. El periodista de nuestro país dice cuando termina el discurso del presidente:

—Esperamos que el jurado del Nobel de la Paz piense algún día en la acción revolucionaria y excepcional de nuestro guía de la Revolución. Al parecer este año se había citado su nombre como un posible laureado. Los rumores eran serios, nuestro guía confirmó oficialmente, además, haber recibido una llamada telefónica de Suecia. Pero el imperialismo y sus lacayos locales hicieron todo lo que estaba en sus manos para privar a todo el Congo y a los proletarios de todos los países de tan prestigiosa distinción que habría hecho progresar la

instalación de una paz duradera en la Tierra. De cualquier modo que sea, nuestro guía puede contar con nuestro indefectible amor que vale por todos los premios Nobel.

grup62

Este avión que está pasando aterrizará en El Cairo, en Egipto. Estamos sentados a orillas del Tchinouka. Lou-nès sabe que si me hace la pregunta sobre el lugar donde aterrizará ese avión le hablaré otra vez de Egipto y del Sha que está enfermo allí. Me dice, más bien:

—Tus padres van a comprarte muchos regalos.

Entonces aparto las nalgas, muy sorprendido:

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tu madre se encontró con la mía en casa de un hechicero que...

Le interrumpo:

—Ya veo, de modo que el hechicero Sukissa Tembe está detrás de todo esto.

—¿Entonces le conoces?

—No, no le conozco, pero cuando mi madre y mi padre hablaban en su habitación yo lo escuchaba todo. Y pronunciaron el nombre de ese hechicero.

—Pues bien, tu padre y tu madre han ido a verle ya. Mi madre también estaba allí para cuidar su enfermedad de los pulmones. ¿Y sabes lo que les ha explicado el hechicero a tus padres? Ni yo mismo lo creí cuando oí a mi madre contándoselo a mi padre: el hechicero interrogó a sus fetiches y esos fetiches le dijeron que tu madre no puede tener otro hijo por tu culpa.

—¿POR MI CULPA?

—Sí, por ti. Según esos fetiches, eres un niño de día y una persona mayor por la noche, con el pelo blanco, y cuando se hace oscuro sales de tu cama para ir a reunirse con otros viejos que no quieren a tu madre y conspiran contra ella.

—¿Y tú te lo crees? ¡Ese hechicero es un mentiroso!

—Piensa que vas a ponerte muy celoso, a ser muy desgraciado y que incluso podrías suicidarte si tus padres tienen otro hijo.

Lounès habla con calma. Eso significa pues que cree también lo que ese brujo ha dicho.

—Sí, vas a estar celoso y ser desgraciado si tienes hermanos y hermanas. Por eso cerraste muy bien el vientre de mamá Pauline. Cuando los niños quieren llegar, encuentran la puerta cerrada y mueren justo delante de esta puerta. Y la llave que abre el vientre de tu madre la tienes tú.

—¡No es cierto! ¡No es cierto!

—El hechicero dijo pues a tus padres que deben hacerte muchos regalos, todos los regalos que quieras y pedirte perdón hasta que les des la llave que abra el vientre de tu madre. Sin esa llave, el hechicero nada puede hacer por mamá Pauline, y no tendrá jamás otro hijo hasta su muerte.

—¡Ya no quiero sus regalos!

—Tienes que aceptarlos, Michel.

—¡¡NO!!

—¿Estás contento mientras tu madre es tan desgraciada con un solo hijo? ¿Si mueres antes, qué va a ser de ella? ¿Has pensado ya en eso?

Pasa otro avión.

—¿Dónde va a aterrizar este avión? —me pregunta Lounès.

—En Calcuta, en la India.

—¿Ah caramba? ¿No en Egipto?

—No, va a la India. Hay allí una mujer que se llama Madre Teresa y que ama a los pobres, a los niños abandonados. Ha recibido por eso un gran regalo: el premio Nobel de la Paz.

Lounès me parece triste de pronto. Cuando le miro siento que me quiere, que quiere ayudarme, que también quiere ayudar a mis padres. Me habla muy lentamente, diríase que me suplica que haga algo:

—Michel, escúchame y dime dónde has escondido esa llave. No hablaré de eso con nadie más, créeme.

—Pero si yo no tengo ninguna llave.

—La tienes porque cerraste el vientre de tu madre el día que naciste.

—¡No tengo llave!

—Michel, ese brujo no puede mentir, era el hechicero del presidente de la República.

—¡Entonces acaba de mentir por primera vez!

—Escúchame, dame esa llave y se la daré a mi mamá que se la dará a tu mamá.

Puesto que insiste demasiado, puesto que no sé ya lo que responderle, lo acepto todo:

—De acuerdo, te la daré.

—¿Es cierto?

—Sí. La escondí en alguna parte, el brujo tiene razón.

Estoy en la habitación de mis padres. Arthur me sonrío, tengo ganas de hablarle, de decirle que todo me pone de los nervios. Pero le digo más bien que no me gusta la bici, que no sé pedalear, que corro el riesgo de caer y herirme. Le digo también que prefiero un coche como el de Sébastien, un coche que me obedezca a lo lejos. Giraré a la izquierda, giraré a la derecha, luego iré en línea recta antes de dar media vuelta. Si me encuentro con gente que no tiene coche y caminan a pleno sol, haré que suban en el mío para llevarlos a su casa. No, no tendré un accidente de carretera porque voy a conducir despacio y voy a detenerme cuando haya un stop o cuando algunas personas atraviesen la calle, sobre todo las viejas y los niños. A los demás les bastará con tener cuidado pues yo tendré la prioridad, y si los atropello peor para ellos.

Le digo también a Arthur que no tengo llave, que no soy yo el que ha cerrado el vientre de mi madre. Intento recordar, no veo nada, no veo ninguna llave. Si la hubiera escondido en alguna parte, seguro que lo recordaría. ¿Por qué me acusan pues, a mí, eh?

Tengo la impresión de que Arthur me responde: Michel, cálmate, deja que hablen y acepta que fuiste tú quien cerraste el vientre de tu madre, acepta que tienes

la llave y si siguen molestándote de la mañana a la noche, toma tus cosas y ve a descansar a Egipto para ayudar al sha de Irán a curar de su cáncer. Estará contento de conocerte. Sí, diles a quienes te señalan con el dedo que tienes esa llave, que la escondiste en alguna parte. ¿Qué te cuesta eso, eh? Harás más infeliz aún a tu madre si no escuchas a tu amigo Lounès.

—¿Qué debo hacer entonces? —le pregunto a Arthur en voz alta.

Sigue sonriéndome y parece decir en voz baja: Ve a buscar una llave cualquiera en algún cubo de la basura de esta ciudad, por fuerza encontrarás alguna. Dásela a Lounès que se la dará a su madre y su madre se la dará a mamá Pauline. Luego podrás marcharte a Egipto. Te daré algunas direcciones de amigos míos en ese país, no estarás solo allí.

—Arthur, ¿qué es «la mano de la pluma»?

No me responde ya, diríase que no le gusta que le hable de su libro. Sólo quiere ayudarme.

—¿Y qué es «la mano del arado»? ¿Cuánto dinero dejaste en Egipto?

No va a responderme. Ya no sonrío. En la cubierta del libro es ya sólo una imagen mientras que hace un rato era casi un ser humano como yo y podía oír el latido de su corazón.

Cuando esta mañana he llegado a casa de mamá Martine, papá Roger se había marchado ya al centro. Trabaja incluso los sábados porque ese día hay mucha gente que llega al hotel. La víspera, mi madre había hablado con mamá Martine. Le había dicho que se iba al campo, luego cuatro días a Brazzaville. Y había dado algo de dinero a mamá Martine que, primero, lo había rechazado. Como que mi madre insistía, mamá Martine acabó tomando el dinero:

—Prepararemos un plato de carne de buey con habichuelas.

Mamá Pauline me ha acariciado el pelo. Cuando me ha tomado en sus brazos, he creído que iba a echarme a volar. Luego me ha soltado y me ha mirado con lágrimas en los ojos. Se ha apartado, la he visto alejarse, entrar en un taxi y saludarme a lo lejos. Yo sabía que estaba pensando en la llave de su vientre. Pero ella ignoraba que yo estaba ahora al corriente de ello y que había ya empezado a buscar en las basuras del barrio como me había aconsejado Arthur. Y yo no quería sobre todo que ella lo supiera. De momento no he encontrado nada, seguiré buscando y encontraré esta llave antes de que regrese, si es posible. Después iré a descansar a Egipto, estoy demasiado cansado.

Yaya Gaston me dice:

—Geneviève vendrá esta noche y no habrá más chica que ella.

Estoy tan contento que tengo ganas de reírme mucho, pero si me río va a preguntarme por qué río así. Entonces hago como si fuera normal que Geneviève venga esta noche y que sea la única chica que venga. Sé que Geneviève ha hablado con Yaya Gaston que, ahora, está al corriente de que no me gustan las demás chicas que hacen ruido y discuten sobre cosas que incluso a nosotros, los niños, nos parecen sin importancia.

Pienso en lo que voy a decirle a Geneviève cuando esté aquí. Seguro que le hablaré de esa historia de la llave del vientre de mi madre. Le contaré la historia del loco con quien me crucé cuando comencé mi búsqueda. Sabrá entonces que me he paseado por todas partes, en el barrio Trois-Cents, que no he encontrado ni una sola llave en el suelo. En las basuras donde he buscado sólo había clavos, cristales rotos, cadáveres de perros muertos con gusanos que se movían en sus ojos, viejas marmitas con comida pudriéndose dentro, botellas llenas de orines y muchas otras cosas más. Nada de llaves. ¿Y si robaba una llave en la tienda de uno de los libaneses o de un senegalés del barrio? No, no podía llevarle a Lounès una llave nueva. En principio, una llave que ha estado escondida desde hace mucho tiempo debe ser algo vieja, con óxido aquí y allá. Cuando di con una vieja cerradura en una basura que está hacia el barrio Savon, me dije: Si dentro de estas basuras hay una cerradura, la llave no puede andar muy lejos, se encuentra también en este cubo. Revolví pues la basura con un palo. Hurgaba con la cólera en el vientre y me repetía:

—Hay una llave escondida en esta basura, ¡voy a encontrarla! ¡Voy a encontrarla! ¡Voy a encontrarla!

Como estaba hablando solo, un loco que buscaba comida a pocos metros de mí soltó la carcajada. Me dijo que el mundo había cambiado mucho, que hoy la gente se vuelve loca desde la infancia. En su tiempo eran las personas mayores quienes estaban locas, no los niños.

—¿Desde cuándo estás loco, pequeño? —me preguntó.

Estuve a punto de huir.

—No tengas miedo, no me como a la gente aún, aunque eso no va a tardar si no encuentro nada en la basura de esta ciudad.

Le respondí que no estaba loco como él, que yo buscaba la llave del vientre de mi madre, que soy un muchacho normal que va a la escuela de los Trois-Martyrs, que soy un alumno mediano, muy asiduo, y que tal vez tenga pronto mi certificado de estudios y vaya al colegio de las Trois-Glorieuses. Allí me encontraré con Lounès, gabarraré en el tren obrero como Jean-Paul Belmondo en *Pánico en la ciudad*.

Se rió de nuevo y se revolcó en la basura como un niño jugando en la arena de la Costa salvaje.

—Pequeño, ¿no estás loco y buscas en la basura como yo que soy un loco?

No sé qué me agarró, dije con una vocecita:

—Tú no eres malo, de lo contrario me echarías de tu basura. De modo que estás loco, pero no mucho, sólo un poquito. Tal vez, además, no estés realmente loco y es la gente la que cree que lo estás.

Dejó de buscar, su rostro se puso sombrío. Yo miraba de cerca sus gruesos labios rosados que se movían,

sus ojos rojos como dos guindillas, sus mandíbulas cuadradas y aquel bigotito con algunos pelos blancos.

Se acercó a mí:

—Voy a ayudarte, pequeño. Siendo dos acabaremos encontrando esa llave.

Buscamos juntos. Hablábamos como si fuéramos amigos de la escuela.

Se acercó a mí:

—Tú busca por la izquierda, yo por la derecha.

Mientras buscábamos, no dejaba de preguntarme:

—¿La has encontrado?

Yo negaba con la cabeza.

—Pequeño, no estoy loco. Es la gente la que me toma por loco. Pero soy un filósofo e hice el bachillerato de letras y filosofía. ¿Sabes lo que es un filósofo?

—No.

—Voy a decírtelo... Un filósofo es alguien que tiene muchas ideas que los demás no han podido tener. Por eso los imbéciles que pasan por la calle me toman por loco. Si estuviese en Europa, la gente copiaría mis palabras y las enseñarían en la escuela de los pequeños blancos.

Dejó de buscar y levantó al cielo la cabeza. Como tenía lágrimas que corrían por sus mejillas, también yo sentí una hormiga en los ojos.

Adoptó una voz gruesa y comenzó:

—En este barrio me llaman Pequeña-Guindilla, sin duda por mis ojos rojizos. ¿Tú cómo te llamas?

—Michel...

—Mi pequeño Michel, hoy tengo ganas de hablar, escúchame sin interrumpir, hace mucho tiempo que no tenía a nadie frente a mí mirándome como a una perso-

na de verdad y que piense que no estoy del todo tarado. Tú buscas una llave para abrir una puerta, y yo la busco para salir de donde me han encerrado desde hace años. Tal vez sea la misma llave la que nos libere a ti y a mí. Cuando era un niño como tú, me gustaban las historias que me contaba mi abuelo. Y de todas esas historias hay una que nunca olvido. Es la que tengo ganas de contarte para enseñarte a respetar la vida, ya sea la de los hombres, la de los animales o la de los elementos de la naturaleza.

No buscaba ya, se sentó, puso sus largas manos sobre sus piernas. También yo me detuve, puse mis pequeñas manos sobre mis piernas.

—Mi pequeño Michel, siempre he tenido la impresión de que los animales me miran con aire extraño, de que saben que soy uno de los descendientes de su dueño: mi abuelo Massengo. Cuando era niño, yo sonreía cuando el abuelo me enseñaba que cierto cordero era uno de nuestros parientes, cierta cabra mi tía materna o cierto palomo no era sino mi hermano mayor que desapareció ahogado en el río Moukougoulou. Aquellas palabras me parecían los delirios de un vejestorio aislado del mundo y agarrado a sus creencias ancestrales. ¿Cómo un animal podía ser el doble de un ser humano? En aquel tiempo, el abuelo Massengo me había advertido: «Nieto, puedes jugar con cualquier bestia de este pueblo, pero no con ese gallo solitario que pasa ante nosotros. No te diré nada más, pero confía en mí si me amas de verdad, nunca toques ese gallo...». ¿El doble animal de mi abuelo? Era aquel viejo gallo solitario con la cresta caída. Aquel gallo era también mi abuelo y mi abuelo era también aquel gallo. El hombre y el animal

respiraban el mismo aire, sufrían los mismos dolores, compartían las mismas alegrías. Las plumas de aquel gallo solitario estaban erguidas como las púas de un puercoespín. Sus patas flacas y arqueadas mostraban que el animal era de otra edad, que había afrontado las pruebas de la vida y miraba ahora con indiferencia el paso de las estaciones, la gente que moría, los niños que nacían, las bodas en la aldea. No era realmente de nuestra época. Veía aquel gallo casi por todas partes, como si me siguiera. Yo sabía entonces que el abuelo Masengo no andaba lejos de mí, que cada vez me mandaba su doble animal para protegerme contra los malvados de este mundo. Por la noche el gallo dormía sobre una pata ante la puerta de nuestra choza de adobe y sólo cerraba un ojo. De día, se movía por el patio, se protegía bajo los mangos cuando hacía calor o cuando llovía. Cuando se movía —siempre bamboleándose debido a su avanzada edad—, todas las gallinas de la aldea lanzaban cloqueos en señal de respeto. El animal había perdido el sentido del tiempo y confundía el día y la noche. A veces yo le había expulsado de la parcela del abuelo a causa de sus excrementos que dejaba en la choza y que hedían desde la mañana hasta la noche. En cuanto yo lo echaba, regresaba unos minutos más tarde, me miraba como si se burlara de mi ignorancia y de mi idiotez ante el verdadero sentido de las cosas. Yo montaba en cólera, me lanzaba entonces a perseguirlo hasta las plantaciones de yuca y de maíz donde conseguía despistarme. Al menos tenía yo la seguridad de que no estaría ya en la parcela y se había extraviado en la maleza. Pero cuando regresaba a la aldea me asombraba encontrarlo ya ante la puerta de la choza de mi

abuelo, con el pico al aire y las alas muy rectas —era su modo de sentirse orgulloso, de mostrar que no tenía miedo a nadie en este mundo—. ¿Cómo se lo había hecho, pues, para llegar antes que yo a la aldea, sólo en unos minutos? ¿Era más rápido que yo? Humillado, cierta vez recogí del suelo un palo para cargármelo. Oí a mis espaldas una voz grave y rabiosa: «¿Pero qué estás haciendo, eh?». Era mi abuelo Massengo que estaba ante la puerta de la choza. Nunca le había visto en una cólera tan roja. Me hizo una señal con la cabeza: «Ven aquí, nieto, creo que es hora ya de que te hable por fin de algunas cosas antes de que sea demasiado tarde...». Me tomó de la mano, fuimos detrás de la choza, me dijo que me sentara en el santo suelo mientras él permanecía de pie. De pronto sudaba, con la respiración jadeante como si hubiera escapado de algo muy grave. «Nieto, ¿querías matarme con tu palo, no?». Le respondí: «No, quería golpear al gallo solitario, no a ti». Se acarició la perilla gris y suspiró: «¡Es lo mismo! Si golpeas a este gallo, estás golpeándome también a mí. Lo comprenderás algún día, cuando seas mayor, ¿pero estaré yo aquí aún?...». A partir de aquel día, no le hice ya la guerra a aquel gallo. Dejé que me siguiera por todas partes, que dejara sus excrementos en la choza. A veces lo alimentaba y a él le gustaba pues, al final, venía a frotarse contra mí para darme las gracias, yo le acariciaba la cresta hasta que él cerraba los ojos y se adormecía, aunque sólo con un ojo. Yo me dormía a su lado, era el niño más feliz de la Tierra. Cada vez que trataba con respeto a aquel gallo, la suerte me sonreía tanto que cuando iba a pescar volvía con más pescados que mis compañeros. En la escuela de la aldea mis re-

sultados eran los más brillantes, era el mejor alumno de la región, el primero en el certificado de estudios primarios. Me bastaba con pensar en aquel gallo para que todo lo que parecía complicado a los demás alumnos se volviera para mí tan claro como el agua del manantial. Pero este mundo está lleno de gente avariciosa, de gente hambrienta, de hipócritas, de cínicos, y si el abuelo Massengo no es ya de este mundo se debe a esta gente. Paz a su alma. Sí, murió a causa de la gula de mi tío Loubaki. Éste, que vivía a unos centenares de metros del abuelo, había querido comerse al gallo solitario. Cada fin de año, la familia se reunía y discutía lo que iban a comer el día de la fiesta de año nuevo. Debían elegir un gallo del gallinero del abuelo, el mayor gallinero de la aldea. Hasta entonces, el gallo solitario había sobrevivido pues era tan inteligente que comprendía nuestro lenguaje y escuchaba detrás de las puertas para saber qué conspiraban los seres humanos. A finales del mes de diciembre de aquel año de desgracia, cuando el gallo iba a abandonar este mundo, mi tío Loubaki le dijo al resto de la familia: «Tenemos que comernos ese gallo solitario, es demasiado viejo y ya no nos sirve de nada. Además hiede y contagia enfermedades a todas las aves de la aldea». Mi abuelo, que estaba presente en la reunión, no reaccionó ante aquellas palabras. El gallo, por su parte, lo había oído todo. Desapareció sin hacer ruido antes de que se levantara el sol y sólo regresó hacia el 5 de enero. Entretanto, el día de año nuevo, habían elegido otro gallo... Luego, al año siguiente, al tío Loubaki se le ocurrió la idea de hacerle una fatal jugarreta al gallo solitario. El abuelo Massengo no había asistido a la reunión semanal en la que mi tío dijo,

en presencia del gallo solitario que daba vueltas y vueltas para escucharnos: «En año nuevo, a fin de cuentas, no nos comeremos ese gallo, es demasiado viejo, hiede, le dejaremos morir de vejez, ¿por qué estropear nuestra fiesta con una basura así cuando tenemos otros gallos y otras gallinas en el gallinero del abuelo? Ese gallo solitario es el más feo de los animales de la Tierra. Comérnoslo sería hacerle un honor. Comámonos más bien las dos gallinas que compramos el año pasado en el mercado de Mouyondzi». Todo el mundo se rió, aplaudieron aquella decisión. Como el gallo solitario estaba seguro ahora de que escaparía una vez más a la marmita del año nuevo, no abandonó la aldea la noche del 31 de diciembre. El 1 de enero, a las seis de la madrugada, el mismo tío Loubaki lo agarró ante la puerta del abuelo y le cortó la garganta con un golpe seco. La fiesta fue larga y alegre. Advertimos que sólo el abuelo se aburría en su rincón. Nos parecía muy alejado de nuestra alegría y comenzó a hablar solo de cosas que nadie podía comprender. Bebimos a su salud, por su larga vida, por lo que había hecho por toda la familia y por toda la aldea. Le deseamos que viviera tanto tiempo como los profetas de la Biblia. Él nos lo agradeció varias veces. Aceptó todos los regalos que la familia le hacía. Pero cuando decía gracias derramaba lágrimas. Le veía secándose las y volviéndose para que nadie lo advirtiera. Al finalizar el día, el anciano se retiró a su habitación murmurando: «Creí que me amabais en esta familia, pero me he equivocado toda mi vida. Os deseo a todos una buena fiesta y espero que esa carne de gallo os haya gustado». Nadie sabía entonces que estaba diciendo sus últimas palabras. El 2 de enero, alrededor

de las diez de la mañana, el tío Loubaki fue a llamar a casa del abuelo pues estaba preocupado por no haberlo visto ante la puerta de su choza, cuando se levantaba siempre a las seis de la madrugada. Lo encontró en el salón, tendido en el suelo con los brazos en cruz. A su alrededor estaban todas las plumas del gallo solitario cuando, la víspera, las habíamos enterrado bien detrás del gallinero, como cada vez que en la familia se mataba un ave... Desde aquel día, pequeño Michel, en nuestra familia no hemos comido nunca más gallo. E incluso cuando tengo mucho hambre y encuentro un muslo de ave en uno de los cubos de basura de esta ciudad, pues bueno, no me lo como porque me arriesgo a ver de nuevo el rostro de aquel anciano que era el hombre a quien más amaba yo en todo el mundo. Creo que esta historia es, tal vez, la que me puso en este estado de locura. Cuando duermo, te aseguro que veo gallos sin cabeza en mis sueños, veo plumas que vuelan con el viento, y comienzo a perseguirlas muy arriba por el cielo hasta que veo el rostro del abuelo Massengo en vez del sol. Y si un gallo hace kikirikí en este barrio, corro hacia él, imagino que voy al encuentro de mi abuelo...

Pequeña-Guindilla había callado desde hacía ya un rato. Yo volví a buscar en la basura aunque sintiera una hormiga en mis ojos tras esa historia del gallo solitario. Y luego, de pronto, muy excitado, gritó revolcándose algo más lejos en la basura:

—¡Ya está! ¡Tengo la llave! ¡Tengo la llave! ¡Tengo la llave!

Corrí hacia él para verla. Y, entonces, quedé muy pronto decepcionado:

—Pequeña-Guindilla, ésta no es una llave para abrir una puerta, es demasiado pequeña.

—¿Qué es entonces esta llave?

—Es una llave para abrir las latas de sardinas sin cabeza que fabrican en Marruecos.

—Sí, pero tú me hablaste de una llave, no concretaste cuál.

Se la guardó en el bolsillo y seguimos buscando durante una hora por lo menos. La gente que nos veía imaginaba que yo era su hijo. Mi ropa estaba sucia, diríase un mecánico que repara el motor de un coche viejo. Los gusanos reptaban por mis brazos y Pequeña-Guindilla venía a quitármelos para comérselos como se comen los cacahuetes tostados.

—¡Mientras no sea pollo, puedo comerlo!

A mí me daba ganas de vomitar y a él eso le hacía reír como un niño. Como comprendí que el juego le gustaba y que podíamos pasarnos horas y horas en aquel basurero, me levanté:

—Debo regresar, de lo contrario mis padres van a enfadarse.

—No, Michel, sigamos buscando, la llave está aquí, vamos a encontrarla, créeme.

Seguíamos sin encontrar la llave aunque buscásemos en las nuevas basuras que la gente venía a arrojar espiándonos de lejos.

Cuando el sol se ponía detrás del barrio, allí, lejos, Pequeña-Guindilla se puso de pie y se sacudió las nalgas con la mano derecha:

—Puedes marcharte, pequeño. Acabo de pasar la más hermosa tarde de mi vida. Voy a seguir buscando esta llave para ti. Si la encuentro, te la guardo. Se-

ñaló con el dedo hacia el cementerio del barrio Vougou:

—Vivo allí. Sí, justo en la puerta del cementerio. Por la noche no hay ruidos, duermo tranquilo y discuto con quienes se han marchado. Ellos no me miran como me miran los vivos. Me lo dicen todo sobre esta ciudad...

—¿Hablas realmente con los muertos?

—¡Claro!

—¿Has visto pues a mis dos hermanas?

—¿Cómo se llaman?

—Hermana-Estrella y Hermana-Sin-Nombre...

—Necesito los nombres de verdad, ya sabes, veo pasar a tanta gente.

—No conozco sus verdaderos nombres, así las llamo yo.

—Entonces, pregunta su nombre a tu mamá y ven a verme en cualquier momento.

También yo me levanté. Me sacudí las nalgas con la mano derecha como Pequeña-Guindilla. Le dije hasta la vista mientras él me veía partir. Sin duda pensaba que no iría a verle nunca más.

Acabo de contar a Geneviève mi historia con Pequeña-Guindilla.

—¿Realmente escondiste una llave en algún lugar?
—me pregunta.

—No.

—¡Entonces encuentra una llave cualquiera! Puedo ayudarte, tengo una vieja llave que...

—No, Pequeña-Guindilla me la encontrará, habla con gente a la que no vemos. Y así será una verdadera llave para abrir el vientre de mi madre.

—Ten cuidado, ese hombre, de entrada, está loco.

Andamos por la calle desde hace unos minutos. Vamos a llegar a casa del libanés donde va a comprarme bombones helados.

La miro:

—El río de tus ojos no es verde ya como antes, y no hay ya diamantes que brillen en las orillas...

—Es que es de noche.

—Los diamantes también brillan de noche.

—Lo sé, pero a veces descansan porque han brillado demasiado todo el día. Mañana ya verás, el río seguirá siendo verde y los diamantes brillarán en los bordes.

—¿Y brillarán para mí, sólo para mí?

Sonrió:

—Sí, brillarán para ti. Sólo para ti. Pero tú debes mirar sobre todo el río y los diamantes que brillan en los ojos de Caroline. ¿Has hablado con ella ya?

—Sí.

—¿Y qué?

—Ya no estamos divorciados, hemos vuelto a casarnos.

—¡Es una buena noticia!

—Le dije que en mi corazón hay castillos más grandes, más bonitos que los castillos de Marcel Pagnol. Y le he dicho también que quiero que entre en los castillos que están en mi corazón y así voy a protegerla.

—¡Has hablado bien! Si tu hermano Yaya Gaston pudiera hablar de este modo, creo que sería la mujer más feliz de la Tierra...

—¡Le pediré que te hable como le hablé yo a Caroline! Le escribiré mi cháchara en un papel, así te lo leerá cuando no esté yo aquí porque, si estoy aquí, tendrá vergüenza de mí.

—No, las cosas del amor no se fuerzan, tienen que salir del corazón. Yaya Gaston es incapaz de hablar como hablaste tú, no es inocente ya desde hace mucho tiempo.

Llegamos ante la tienda del libanés. No me muevo de la puerta.

—¿No quieres entrar en la tienda?

—Primero quiero hacerte una pregunta...

—¡Ya sabes que te escucho siempre!

—Quiero saber la verdad, no tengo ganas de que me duela siempre el corazón.

—Haz tu pregunta pues, levanto la mano derecha y juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—¿Soy yo tu Principito negro?

—Ya veo que has acabado de leer *El Principito*. Claro que eres mi Principito negro, vamos, ven, compramos tus bombones helados y regresamos.

Apenas hemos llegado a casa cuando oímos a alguien que silba tres veces fuera. Silba varias veces, justo ante la parcela.

Yaya Gaston nos suelta:

—Ya está, es Dassin, el pequeño gilipollas de Georgette quien está ahí. Sin embargo, le advertí que no le silbara a mi hermana. Si Georgette sale de esta casa y se reúne con él, ¡esos dos van a oírme!

Dassin sigue silbando. Yaya Gaston va a esconderse tras la puerta de su estudio y espía lo que va a ocurrir. Oímos la puerta de la casa que se abre. Georgette sale. Estaba ya bien vestida antes de los silbidos de Dassin. Ahí va cruzando el patio y saliendo a la calle.

Yaya Gaston quiere seguirla, Geneviève le agarra de la mano, pero él la rechaza.

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡Voy a zurrarles bien!

Demasiado tarde, está ya en el patio. También nosotros salimos del estudio pues nunca se sabe qué cosas pueden ocurrir fuera.

Yaya Gaston corre por la calle como un ladrón. Georgette, que le ha visto, huye por una calleja, detrás del bar Joli Soir.

Dassin no corre, permanece de pie y adopta la posición de un boxeador campeón del mundo de los pesos pesados. Piensa que es Mohammed Alí y que Yaya Gaston es George Foreman. Llega gente de todas par-

tes porque mi hermano mayor y Dassin están insultándose ya.

—¡Capullo! —suelta Yaya Gaston.

—¡Especie de individuo! —responde Dassin.

—¿Y tú me tratas de «especie de individuo»?

—Tú me has tratado de «capullo», ¿no?

—¡El coño de tu madre! —prosigue Yaya Gaston.

—¡Los cojones de tu padre! —aúlla Dassin.

—¡Pobre capitalista!

—¡Miserable lacayo local del imperialismo!

—¿A quién tratas tú de «miserable lacayo del imperialismo»? ¿A mí?

—¿Y tú, a quién tratas de «pobre capitalista»? ¿A mí?

Geneviève estira a Yaya Gaston de la camisa. Pero alguien en la multitud acaba de aullar: *Ali boma ye! Ali boma ye! Ali boma ye!* Y todo el mundo repite: *Ali boma ye! Ali boma ye! Ali boma ye!* No es posible ya evitar la pelea.

Yaya Gaston dice:

—Yo soy Alí porque soy el más guapo. Y tú eres Foreman porque eres feo como un piojo.

Dassin responde:

—¡Ah no, yo soy Alí y tú eres Foreman!

—¿Cómo va a ser Alí un gilipollas como tú?

—¿Y tú crees que puedes ser Alí con esa cara de higo aplastado por un elefante?

Yaya Gaston se quita la camisa porque viene de Francia y no quiere que Dassin la desgarré por envidia. Lanza hacia nosotros la camisa y Geneviève la atrapa antes de que caiga al suelo, de lo contrario la gente va a cogerla y a largarse con ella.

Todo el barrio está fuera. *Ali boma ye! Ali boma ye! Ali boma ye!* Tengo que hacer algo, tal vez en esta multitud haya individuos que estén contra Yaya Gaston porque trabaja en el puerto, porque es guapo, porque tiene una camisa que viene de Francia y, sobre todo, porque tiene una pulsera de oro.

Escapo de Geneviève, llego al centro del círculo y empujo por la espalda a Dassin. Como no lo esperaba, resulta que cae al suelo. Yaya Gaston lo aprovecha y salta sobre él. Golpea y vuelve a golpear, sigue golpeando. La gente está excitada y aúlla a cada golpe. Cuando golpea el rostro de Dassin, yo doy a ese chico malo patadas en el vientre. Grita, pide socorro a su mamá. Cuando me dispongo a morder la tibia de Dassin, como un perro peligroso, siento que alguien me tira de la camisa. Me vuelvo para golpearle pero me detengo en seco pues es Geneviève.

Me amenaza:

—Michel, si no lo dejas no vas a ser ya mi Principito negro.

Quiero seguir siendo su Principito negro. Dejo de golpear pues. Yaya Gaston y Dassin ruedan por el polvo. También Dassin da buenos puñetazos en la cara de mi hermano mayor. Cuando le alcanza, es como si fuera yo. Se oye a lo lejos ruido de sirenas y todo el mundo se disemina. En menos de cinco minutos no queda ya pelea en la calle. Los policías buscan a los que se peleaban, pero no los encuentran. Nosotros estamos ya en el estudio de Yaya Gaston. Papá Roger también está allí y abronca a mi hermano mayor. Supo que había una pelea fuera, pero ignoraba que fuese Yaya Gaston el que se pegaba. De modo que había dicho a mis hermanas y hermanos:

—Volved a casa y cerrad todas las puertas y todas las ventanas. ¡Que nadie salga! Son gamberros que se pelean en la calle, que se maten si quieren, ¡no es cosa nuestra!

Geneviève cura a Yaya Gaston, que tiene una herida encima del ojo. Él le pregunta:

—¿Dónde está mi camisa Yves-Saint-Laurent?

Le enseña su camisa Yves-Saint-Laurent mientras papá Roger grita fuera.

Yaya Gaston se vuelve hacia mí:

—Es magnífico lo que has hecho, Michel, estoy orgulloso de ti.

Sus palabras me caldean el corazón. La hormiga entra directamente en mis ojos y comienzo a llorar porque Yaya Gaston podría ir al hospital y morir por nada. Puesto que lloro demasiado, Geneviève me arrastra hasta el patio. Tiene muy hosco el rostro cuando me dice:

—Si algún día oigo que te has pegado con alguien o has entrado en alguna pelea del barrio, ya no serás mi Principito negro. Y si no eres mi Principito negro, nunca verás ya el río verde de mis ojos, y los diamantes que están en los bordes ya no brillarán para ti.

Mamá Martine pide a Maximilien que vaya a buscar leche a lo del senegalés Bassène. Cuando iba a largarse como una flecha, le tira de la camisa:

—¡Eh, espera un poco! ¿Qué problema tienes? ¡Cuando te mandan algo ni siquiera te lo piensas, corres como un cordero! Y luego vendrás a decirme: «¿Qué era lo que tengo que comprar? ¿Dónde tengo que comprarlo?». Irás a casa de Bassène con tu hermano mayor, Michel, de lo contrario podrías perder todo el dinero o volverías a casa mañana por la noche.

Y aquí estamos los dos en la calle. Maximilien quiere correr, yo le pido que caminemos, no que corramos.

No está contento:

—¡Quiero correr, déjame correr!

—¿Pero por qué corres siempre?

—Porque si no corro los golosos de este barrio acabarán con toda la leche de la tienda, y nosotros no tendremos leche esta mañana, nos moriremos de hambre.

Le agarro de la camisa como hace mamá Martine, y no le suelto. El bar Joli Soir no está lejos de casa. A menudo se oye música del mediodía hasta las seis de la madrugada, cuando cierra. Ante la entrada leo un cartel con grandes letras, diríase que es para miopes:

DE 18 H. AL ALBA, PAPÁ WEMBA EN CONCIERTO
CON SU GRUPO VIVA LA MÚSICA
DEL POBLADO MOLOKAI
TARIFA SEÑORAS: 600 FRANCOS CFA
TARIFA CABALLEROS: 1 000 FRANCOS CFA

Me digo: Los niños no tienen derecho a asistir al concierto puesto que no hay tarifa para ellos. Pero yo he oído hablar de Papá Wemba que formó su orquesta hace dos años. Cuando se pasa ante los bares del barrio se le oye cantar y también nosotros cantamos sin comprender lo que cuentan en la canción. Y cuando canta con su músico Koffi Olomidé hay chicas que lloran porque cuando estos dos cantantes mezclan sus hermosas voces no puedes pasar ante un bar sin detenerte para escuchar.

Llegamos ante la tienda de Bassène. Tomamos diez litros de leche y Bassène nos devuelve el cambio que Maximilien se mete en el bolsillo. Está corriendo ya, no he podido agarrarle de la camisa. Grito tras él. Demasiado tarde, está lejos ya y, en su carrera, el viento le levanta la camisa.

Vuelvo a pasar ante el Joli Soir y vuelvo a leer el cartel. ¿Por qué la tarifa de los hombres es más cara que la de las mujeres? Eso no está bien pues habrá demasiadas mujeres ahí dentro y no habrá hombres bastantes. Realmente el patrón de este bar no es inteligente si hace cosas semejantes.

Bueno, al menos sé que no he soñado: Papá Wemba dará en efecto un concierto en el Joli Soir a partir de las seis de la tarde. Tengo ganas de verlo pero no tengo todavía veinte años.

Desayunamos en el patio. Hemos formado un gran círculo y hay una taza delante de cada uno de nosotros. Mamá Martine sirve la leche, no quiere dejar que lo hagamos o nos la terminaremos cuando debemos guardar un poco para mañana. En ese gran círculo sólo faltan papá Roger y Yaya Gaston. Es domingo por la mañana y han ido muy pronto al puerto para comprar las sardinas que comeremos a mediodía. Georgette no habla ya mucho desde que su Dassin se peleó con nuestro hermano mayor. Recuerdo que papá Roger calmó a Yaya Gaston y a Georgette. Al día siguiente de la pelea le había dicho a nuestro hermano mayor:

—Es normal que a su edad Georgette vaya con chicos.

Luego le había dicho a nuestra hermana:

—Hija mía, no estás obligada a hacer que tu familia vea tus líos con los hombres, la ciudad es grande, podéis ir a silbaros como queráis en otros barrios, incluso en la hierba que está hacia el aeropuerto.

Y así se arregló la cosa, no habrá en el barrio más peleas entre Yaya Gaston y Dassin.

Geneviève se ha quedado a desayunar con nosotros. Mamá Martine la ha retenido cuando se disponía a regresar a casa de sus padres:

—Quédate a comer con nosotros, hija mía.

Primero ha dicho que no una vez, luego dos veces, luego tres veces, luego ha aceptado quedarse. Quería barrer el patio, lavar los platos y sacar la basura a la calle. Mamá Martine le ha arrancado la escoba de las manos:

—No, Georgette lo hará, eso le enseñará a permitir que sus hombres la silben ante la parcela. Lavará los platos y sacará también la basura.

Puesto que estamos sentados uno al lado del otro, Maximilien me da pequeños codazos, he comprendido que quiere comerse mi pan. Pero mamá Martine ha dicho a todo el mundo que sólo comeremos la mitad. Y la mitad es poco para él.

Mientras mamá Martine mira hacia otro lado, Maximilien me susurra al oído:

—Michel, si me das tu pan te ayudaré y estarás contento toda la vida.

—¡No, no, no! ¡No tendrás mi pan!

—Peor para ti, entonces, esta noche no verás conmigo el concierto de Papá Wemba.

—¿Cómo? ¿Eres más pequeño que yo y puedes ir al concierto de Papá Wemba?

—Iré a ese concierto, te lo aseguro.

Siento que es pura cháchara, quiere embrollarme. Le empujo un poco y levanto la voz.

—¡Mentiroso! ¡Si tú puedes ver ese concierto, también yo puedo, soy mayor que tú!

—¡Shtt!, no hables así de fuerte, mamá oirá nuestro plan.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Conozco a alguien.

—¿Dónde vive ese alguien?

—Dame primero tu pan.

—No, yo tengo hambre también.

—Bueno, pues mitad y mitad: cortamos tu pan en dos, pero me das la parte más grande porque gracias a mí vas a ver esta noche a Papá Wemba.

Me aparto de él y como poco a poco mi pan.

Me mira como un perro que evalúa el hueso que su dueño está triturando. Llego casi a la mitad de mi pedazo, pero en el fondo pienso: ¿Y si Maximilien tiene razón?

Cuando he decidido ya darle el resto de mi pan, mamá Martine me descubre.

—¿Qué estás haciendo, Michel?

—Ya no tiene hambre —le responde Maximilien.

—Tú, glotón, cállate, no te lo he preguntado a ti.
¡Que Michel responda por sí mismo!

Maximilien me guiña el ojo, yo acudo en su ayuda:

—Sí, mamá, ya no tengo hambre y quiero dar mi pedazo a Maximilien. Él no me lo ha pedido.

Mi hermano pequeño se traga el pedazo de pan en unos segundos y me susurra:

—¡Gracias! ¡De verdad, gracias! ¡Esta noche tú y yo veremos a Papá Wemba!

Son las cinco y media. Maximilien se acerca a mí, muy contento:

—Vamos o seremos los últimos en la fila.

—¿Qué fila?

—No hagas preguntas, sígueme.

Salimos de la parcela a hurtadillas y nos dirigimos hacia el Joli Soir. Me digo: ¿Cómo se lo hará para que entremos en este bar de personas mayores? Pero él anda como un adulto.

Llegamos ante el Joli Soir, pero dejamos el bar atrás.

—¿Adónde vamos? ¿Adónde me llevas? ¡Ya hemos pasado el bar!

—Tú sígueme, ya verás.

Tomamos por la calle que está detrás del bar. Llegamos a una parcela donde hay por lo menos diez personas que están entre mi edad y la de Maximilien. Han formado ya una fila ante una pared. Tardo tiempo en comprender que el Joli Soir se encuentra justo detrás de esa pared que huele a pipí pues ahí vienen muchos clientes a mear la cerveza que han bebido dentro del bar.

Un muchacho que parece mayor que yo, pero que tiene aproximadamente la edad de Lounès, se dirige hacia Maximilien y le pregunta:

—¿Dónde está el dinero?

Maximilien saca unas monedas de su bolsillo y le dice:

—Ten, aquí van veinticinco francos CFA por mi hermano mayor, y otros veinticinco francos CFA por mí, eso hace en total cincuenta francos CFA.

El muchacho cuenta el dinero y nos hace una señal con la cabeza:

—Poneos en fila como los demás, sois el once y el doce.

Nos alineamos, veo a otros muchachos que llegan a la parcela como ratas saliendo de un agujero. Cada uno paga veinticinco francos CFA y se pone detrás de nosotros. Comienzo a inquietarme:

—¿Cómo lo haremos para entrar en el bar?

—No seas impaciente, ya verás.

La fila es ahora muy larga, como las del cine Rex cuando hay una película india. Un poco más allá, en la misma parcela, detrás de nosotros, diviso un gran patio y una casa iluminada con una lámpara Petromax. En la terraza hay una vieja y un viejo que comen en silencio como si fueran fantasmas.

—Maximilien, ¿quiénes son esos viejos?

—El papá y la mamá de Donatien.

—¿Donatien?

—Es el chico que ha cogido hace un rato el dinero.

—¿Y sus padres no dicen nada de todo eso?

—No, Donatien les dará el dinero. Pasa siempre cuando hay conciertos en el Joli Soir.

—Espera, espera... ¿De dónde has sacado el dinero que le has dado al tal Donatien?

Me responde con calma:

—Cuando me mandan a comprar cosas a lo de Amin o a lo de Bassène digo, a veces, que he perdido el cambio que me han dado. No es cierto, lo guardo en una caja que he enterrado detrás de la casa. Y cuando hay un concierto, tomo el dinero, pago y así puedo ver todos los conciertos. He visto ya a Franco Luambo Makiadi y su grupo el Tout-Puissant OK Jazz, he visto a Tabu Ley y su grupo Afrisa, he visto ya a Lily Madeira, el cantante jorobado y he visto incluso las orquestas de cubanos y de angoleños.

—¿Pero por qué malgastas el dinero en conciertos en vez de comprarte bombones helados?

—Porque quiero ser músico como Papá Wemba cuando sea mayor. Quiero tener éxito como él. Quiero tocar solos de guitarra porque la guitarra es lo que más se oye. Pero si sólo como bombones helados y no veo conciertos nunca voy a ser músico.

Detrás de la pared se oyen las guitarras, los bongos y voces que aúllan: «Micro 1, prueba». «Micro 2, prueba». «Micro 3, prueba».

La fila se agita, se pelean, Donatien calma a todo el mundo:

—El concierto no ha empezado, dejad de moveros así u os devuelvo el dinero y salís de la fila y de mi parcela.

El concierto acaba de empezar. Donatien corre hacia la pared del Joli Soir y aparta al muchacho que es el primero de la fila. Quita un contrachapado pegado a la pared, y entonces descubro que hay un pequeño agujero entre dos ladrillos.

—Gracias a este agujero vamos a ver a papá Wemba —me dice Maximilien.

—¿Cómo? ¡Por ese agujerito!

—Sí, pero de todos modos puede verse lo que ocurre en el bar. Hay que mirar por un solo ojo y verás muy bien, créeme. Si un ojo se cansa, miras con el otro.

Pega su boca a mi oído y susurra:

—¿Has visto a esos diez muchachos que están en fila delante de nosotros? Muy bien, pues van a perderse a Papá Wemba.

—¿Ah sí?

—Esos chicos son nuevos, se nota. No saben que el jefe de la orquesta nunca llega el primero, actuará más tarde porque él es el músico más importante. De modo que esos chicos sólo verán a los demás músicos de Papá Wemba porque, dentro de diez minutos, Donatien les dirá que dejen el lugar a los demás. Y nosotros, que somos el once y el doce, llegaremos al agujero precisamente cuando Papá Wemba tome el micrófono para cantar.

¡Maximilien es de veras muy inteligente! ¿Cómo sabe esas cosas mientras que, cuando le mandan algo

en casa, se hace el idiota y todos nos burlamos de él? Cuando pienso que Lounès le parecía, aun, un gigante que venía a zurrarme, ya no comprendo nada. Pero nada de nada.

Tras más de una hora y media de permanecer así, en la fila, Donatien nos hace una señal. Nos toca ir al agujero.

Maximilien me aconseja:

—Tienes diez minutos, yo tengo diez minutos, en total veinte minutos para los dos. Pero dividiremos los veinte minutos en cuatro, tú miras cinco minutos, yo miro cinco minutos, así cada cual mirará dos veces. Y cuando tú mires, me cuentas lo que ocurre, también cuando yo mire te contaré lo que ocurre, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces ve tú primero.

Me agacho. Aunque el agujero es pequeño, puedo ver muy bien lo que ocurre en el bar pues Papá Wemba esta justo delante de mí y su orquesta tras él.

Explico a Maximilien lo que estoy viendo. Le digo que Papá Wemba ha llegado, que va vestido de cuero negro de los pies a la cabeza, que acaba de tomar el micrófono, que canta cerrando los ojos y suda ya por todas partes. Algunas parejas bailan muy pegadas y muy apretadas. Se mueven de un extremo al otro de la pista. Cuando bailan ante mí, los veo, pero cuando van a la derecha o a la izquierda ya no los veo, aunque gire bien el ojo como un camaleón. A veces hay parejas que me molestan porque bailan demasiado cerca de mi ojo. El trasero de la mujer es tan enorme que diríase una se-

gunda pared que está ante mí. Debo encontrar un largo alambre y pinchar el gran trasero de aquella mujer que me impide ver bien a Papá Wemba. Por otro lado, no quiero pincharle porque el trasero en cuestión se mueve al ritmo de la música y eso me da ganas de bailar. Cuando el percusionista golpea con fuerza su instrumento, el trasero de la mujer brinca como un grano de maíz en una sartén con aceite caliente. Y a mí me dan ganas de reír. No sabía que era posible bailar como un grano de maíz arrojado al aceite hirviente. Hay un hombre al fondo, allí, que aprieta demasiado a una mujer de falda muy corta. Ha puesto su cabeza en medio de los pechos de la mujer y ha cerrado los ojos como un bebé que ha terminado de beber su biberón y duerme profundamente. Cada vez que la mujer respira, la cabeza del hombre se mueve al ritmo de la música y también yo me pongo a bailar, a imaginar que soy yo el que ha puesto la cabeza entre los pechos de esa mujer de falda muy corta, que he cerrado los ojos y duermo profundamente sobre el torso de esa mujer como un bebé que ha terminado de beber su biberón. Pero esa mujer puede ser mi madre, de modo que no debo pensar cosas de este tipo. Debo imaginar, más bien, que esa mujer es una chica de mi edad. Pienso entonces en el pecho de Caroline. Pero Caroline no tiene todavía senos como los de esa mujer, tal vez los tenga de este tamaño cuando tenga veinte años.

Papá Wemba canta ahora con un músico al que conozco bien. He visto su foto en alguna parte. ¿Pero quién es?

—Es Koffi Olomidé, vive en Francia —me dice Maximilien, como si hubiera adivinado que iba a hacerle la pregunta.

Después de mis cinco minutos, Maximilien me sustituye, me lo describe todo. Me habla del bajo, de la guitarra de acompañamiento y de la guitarra solista. Dice que la gran voz que se oye y que domina las voces de los demás músicos es la del cantante Espérant Kisingani alias «Djenga K». Maximilien querría cantar como él y tocar la guitarra solista mejor que Rigo Star y Bongo Wendé, los dos guitarristas de Papá Wemba. ¿En qué momento aprendió esos nombres que yo, que soy mayor que él, no conocía? Además baila cuando me habla, y baila bien, todo sin apartar el ojo del agujero. Su cabeza se balancea a la derecha, su trasero va hacia la izquierda, y hace los mismos movimientos en sentido contrario. Aparta su pierna derecha, la mueve en cuanto el percusionista golpea varias veces. Repite el mismo movimiento con el pie izquierdo, agita luego los brazos como imitando a un pájaro en el cielo. Y cuando baila así, toda la fila, detrás de nosotros, se pone a bailar con él y a imitar cada uno de sus movimientos.

Me vuelvo para ver como bailan los demás muchachos. Entonces advierto que también hay chicas que han llegado con faldas muy cortas, el pelo bien trenzado, carmín en los labios, zapatos con suelas puntiagudas como los de tacones altos de las personas mayores. Han venido con chicos bien vestidos que bailan con ellas y apoyan su cabeza en su pecho aunque no tengan los grandes senos de las mujeres que bailan en el bar.

Cada cinco minutos, Maximilien y yo nos cambiamos. Cuando miro yo por el agujero, Maximilien me aúlla al oído:

—No te quedes sin moverte, también tienes que bailar o la gente creará que no sabes bailar y van a burlarse de nosotros. ¡Muévete! ¡Balancea la cabeza hacia la derecha y el cuerpo hacia la izquierda! ¡Imagínate que eres un pavo y que ese pavo está bailando! Es el nuevo baile que se llama *Cuco pavo*.

Intento pues imaginar que soy un pavo. Maximilien se ríe sarcástico porque ve que no sé bailar el *Cuco pavo*. Balanceo la cabeza de arriba abajo y de abajo arriba:

—Michel, tienes que hacer el pavo, no el lagarto, ¡*Cuco lagarto* era el baile del año pasado! ¡Ahora ha pasado de moda!

Los demás chicos ponen algo de mala cara porque hemos sido más inteligentes que ellos dividiendo por cuatro nuestros veinte minutos. Cada vez que mi hermano y yo cambiamos, todos gritan:

—¡Trampa! ¡Trampa! ¡Trampa! ¡Tramosos! ¡Tramosos! ¡Tramosos!

Donatien mira su reloj y se acerca para apartarnos de la pared:

—Eh, vosotros dos, se ha acabado ya, largaos, ¡hay que dejar el sitio a los demás!

Maximilien me toma de la mano:

—Regresemos, ya lo hemos visto todo. De todos modos, después va a ser un follón pues los músicos estarán demasiado cansados, habrán fumado bien su hierba y tocarán cualquier cosa.

Nuestros padres están muy enfadados, incluso Yaya Gaston que tiene todavía una herida sobre el ojo izquierdo desde su pelea.

Mamá Martine nos dice:

—¿Dónde estabais, eh? ¿No sabéis que hay bandidos del Gran Mercado que vienen a este barrio los días de concierto?

Miramos al suelo, y ella añade:

—Como habéis desaparecido, hemos terminado toda la comida. ¡Esta noche no tenéis nada que comer! ¡Eso os enseñará!

Maximilien me susurra al oído:

—No tengas miedo, lo tenía previsto. Tomaremos el dinero que queda en mi caja, compraremos unos grandes buñuelos y el puré que mamá Mfoa vende en la calle, frente al bar Le Crédit a voyagé que está abierto 24 h/24 y 7 d/7. Créeme, su puré es tan bueno que no vamos a añorar las sardinas que los demás se han comido esta noche aunque ya las hubieran comido a mediodía.

Esta mañana mi hermano mayor Marius y mi hermana menor Mbombie se preparan para ir al centro. Van a vacunarse contra el tétanos y la enfermedad del sueño. Hasta ahora, ambos han dicho siempre: No, no vamos a vacunarnos de eso. Pero esta vez no pueden negarse: un chico murió ayer en el barrio a causa de la enfermedad del sueño, y por la noche papá Roger había recordado a todo el mundo:

—Mañana por la mañana, los que no estén vacunados aún deben ir a los chinos del hospital Congo-Malembé. Cuando vuelva de trabajar, comprobaré que en vuestros brazos haya la señal de las inyecciones, haréis que os vacunen también contra el tétanos.

Mientras Marius y Mbombie cruzan el patio, mamá Martine les dice:

—Esperad, llevaos también a la pequeña Félicienne a lo de los chinos.

Me digo: Que se la lleven, no quiero que vuelva a mearse encima de mí cuando la tomo en brazos. Si los chinos la pinchan en el hospital, gritará tanto que se la oírán en toda la ciudad.

Como Maximilien, Ginette y yo nos vacunamos ya el año pasado, nos quedamos en casa pues. Ayudamos a mamá Martine a barrer el patio, a lavar los platos, a

sacar el gran cubo de la basura que está detrás de la casa y a ponerlo en la calle esperando que pase el camión del ayuntamiento. A veces este camión se olvida de pasar, durante un mes por lo menos. Por eso hay montones de basura en medio de algunas calles y los coches se ven obligados a rodearlos.

Maximilien corre como un loco. Llega ante mí con la frente sudorosa.

—Respira —le digo.

—¡No, no voy a respirar! ¡Es demasiado grave!

—¿Qué es demasiado grave?

Mira hacia la calle:

—¿No estáis viendo lo que ocurre fuera? ¡Mira bien quién está ante la parcela de en frente! Es él, el gigante Tarzán que quería pelearse contigo. Está ahí otra vez. No quiero que te pelees con él. Es demasiado fuerte, demasiado gigante de talla. Le daré mi dinero para que te deje tranquilo.

—Respira, Maximilien. Es mi amigo, se llama Lounès y viene a verme porque hace ya varios días que no nos hemos visto. No es gigante, es alto de talla como nuestro hermano mayor Marius.

—Sí, pero quiere pelea y...

—No, viene a verme.

Le dejo allí, salgo de la parcela. Me reúno con Lounès y caminamos juntos hasta la orilla del río Tchinouka.

Hoy no hay pescadores, el río está tranquilo. Apenas se oyen dos o tres pájaros ocultos en los árboles.

—No es normal, hace varios días que no pasan los aviones —me dice Lounès.

—Tal vez toman otras rutas porque los miramos demasiado. O quizá se oculten en las nubes.

Cambia de pronto de tema:

—¿Has encontrado la llave del vientre de tu madre?

—No.

—De verdad, hay que encontrarla.

—La sigo buscando, la encontraré.

—¿De modo que tú cerraste ese vientre?

—...

—¿Dónde pusiste la llave?

—Pequeña-Guindilla me la guarda y...

—¿Quién es Pequeña-Guindilla?

—Alguien que habla con gente que no se ve. Hemos buscado juntos la llave porque la perdí en un basurero y...

—Cuando alguien busca en la basura le llaman un vagabundo. ¿Por casualidad el tal Pequeña-Guindilla no será un loco?

—Ah no, es un filósofo, él inventa las ideas que los demás no consiguen tener. Eso es lo que hacen los filósofos.

—Es un loco como los locos Athena y El Mango. Punto y final.

—¡No, es un filósofo!

—Vayámosle a ver juntos para que te devuelva la llave.

—Hoy no puedo...

—¿Por qué no?

—A mediodía debo acompañar a mamá Martine hasta el barrio Bloc 55, y después tengo que volver a casa con mi padre, mamá Pauline vuelve de Brazzaville.

He aquí por fin un avión que pasa, pero muy alto en el cielo. Por lo general tenemos la impresión de que los aviones pasan a pocos centímetros de los tejados de las casas del barrio, y se oye ladrar a los perros mientras los niños corren a los brazos de su mamá.

Le digo a Lounès:

—Este avión es extraño, ¿no te parece?

—¿Por qué?

—Diríase que la delantera está demasiado inclinada, como si fuera a caer sobre nosotros.

—Es porque estamos tendidos, eso es todo.

—No, va a suceder algo grave, lo noto. No es normal que, desde que estamos aquí, sólo haya pasado un avión por el cielo, y además diríase que tiene prisa por aterrizar en alguna parte.

—Según tú, ¿dónde va a aterrizar?

—En Egipto. La capital de Egipto es El Cairo.

El sha de Irán ha muerto. En Egipto.

Papá Roger monta en cólera, diríase que es un miembro de nuestra familia el que no pertenece ya a este mundo. Como mamá Pauline está fatigada aún a causa de su largo viaje y no le escucha, mi padre se vuelve hacia mí y me explica cómo ese gran hombre hará falta al mundo entero. Pero todo lo que cuenta lo sé ya. Aunque, como está triste porque de todos modos ha desaparecido alguien a quien quiere, entonces me habla una vez más de Egipto, de Anuar el-Sadat y de su premio Nobel de la Paz con Menahem Begin, de Marruecos, del rey Hassan II, de México, de las islas Bahamas, de Panamá, etc. Cada vez que habla de uno de esos países, imagino un avión que pasa por el cielo de nuestra ciudad y me digo: La capital de Egipto es El Cairo, la capital de Marruecos es Rabat, la capital de México es Ciudad de México, la capital de las Bahamas es Nassau, la capital de Panamá es Panamá, etc.

El Sha ha sufrido demasiado por su cáncer, repite papá Roger.

—No tenía ya país, y no tener país es tener el cáncer del país natal que ningún médico puede curar, ni siquiera para prolongar la vida del enfermo. Cuando no se tiene ya país se olvida la diferencia entre el día y la

noche, se vive con las imágenes que se han dejado atrás, y si no se tiene buena salud la enfermedad se agrava. Sí, ése es el tipo de cáncer que ha terminado con el Sha.

Mientras él sigue contándome todo eso, yo recuerdo el rostro de Arthur. Quisiera anunciarle la mala noticia, pero recuerdo que jamás entro en la habitación de mis padres cuando están allí. Salvo si mi padre me dice: Michel, ve a buscar mi cartera en la habitación, la he zchel, ve a buscarme el par de zapatos rojos que están bajo la cama. Trae también mis pendientes que he dejado sobre los libros de tu padre. Entonces puedo entrar en su habitación. Y cuando entro allí tardo mucho tiempo porque intento mirar enseguida el rostro de Arthur. A veces soy yo quien lleva el radiocasete al salón, y si olvido la casete del cantante bigotudo, papá Roger me dice: Michel, no está la casete de Georges Brassens en el aparato, ve a buscarla enseguida. Entonces estoy muy contento porque sé que voy a ver por segunda vez, y la misma noche, el dulce rostro de Arthur y su sonrisa de ángel. Pero si alguna noche no me manda a esa habitación no me siento bien, no tengo ganas de reír aunque mi padre bromea sobre la gente que ha conocido con el señor Mutombo en los bares del barrio. Son sin embargo bromas que hacen reír a mi madre, pero a mí no me hace reír con esa risa tan fuerte que me agarra cuando estoy en el taller del señor Mutombo y la madre de Longombé se planta ante la puerta para pedir dinero a su hijo. Y duermo mal, no hago más que pensar en Arthur. Al acostarme, se lo cuento todo a mi Hermana-Estrella y a mi Hermana-Sin-Nombre. No siento ya los mosquitos que me pican, no los oigo pues pican mi cuerpo, no mi espíritu que ha salido ya de casa para ir

hacia otro mundo. Y además, ya pueden ir picando, estoy vacunado contra el paludismo, no voy a morir de esta enfermedad.

Han enterrado al Sha en Egipto, no en Irán. Los egipcios ya han hecho también funerales honorables aunque no sea su presidente. Ningún otro jefe de Estado en el mundo entero ha tenido el valor de ir a ver por última vez el cuerpo. Y yo me pregunto una vez más si el ayatolá Jomeini no se habrá convertido en el hombre más poderoso de la Tierra puesto que da miedo a los presidentes de los demás países.

Roger Guy Folly dice que el presidente de los americanos, que se llama Richard Nixon, ha acudido a los funerales del Sha y que ha criticado a los presidentes del mundo entero porque no han tenido el valor de ir también ellos allí. Todo es humo en la hierba. Palabras en la tormenta. ¿Por qué han esperado a que alguien muriera para hacer discursos de este tipo? Richard Nixon me enfada pues. Tenía que haber ayudado al Sha y criticado a esos presidentes del mundo entero mucho antes, en vez de hacer su gran número. El tío René dice a menudo de la gente que interviene demasiado tarde que hacen medicina después de la muerte. Las condenas de Richard Nixon no lograrán que el difunto sha de Irán sea feliz en el otro mundo. Estoy seguro de que cuando se encuentre con el mismo Dios le dirá los nombres de esos presidentes que no han sido capaces de asumir sus responsabilidades.

Ahora tengo montones de regalos. Es como si hubiera recuperado las cosas que no he tenido desde que nació. Quien lo vea creerá que hay muchos niños viviendo en nuestra casa aunque no sea cierto. Bolsas de canicas. Soldados de plástico con armas complicadas que funcionan a pilas. Castillos de Francia difíciles de ensamblar. Ambulancias con bomberos vestidos de rojo y anaranjado. Balones de fútbol, de rugby y de balonmano. Un Supermán y muchas cosas más que olvido a veces y, cuando las encuentro, me pregunto: ¿Cuándo me regalaron esto mi padre y mi madre?

Casi no tengo ya sitio para guardarlo todo. Hay días en los que mis padres no me dicen que me han traído regalos, los ponen directamente bajo mi cama y, cuando voy a buscar la pelota de fútbol o de balonmano para jugar con Lounès y otros muchachos del barrio, los descubro, grito de alegría como alguien que ha logrado ya el certificado de estudios primarios aunque no. ¿Acaso si encuentro la llave que abre el vientre de mi madre van a seguir mis padres haciéndome regalos como ahora?

Mi juguete preferido es, claro, el coche que es como el de Sébastien y que mis padres me compraron hace unos

días. Me dijeron que no era fácil para ellos encontrarlo pues hace mucho tiempo que pasó la Navidad. Han buscado por todas las tiendas de la ciudad, y sólo quedaba ya un coche de este tipo en Printania.

El domingo salgo al patio de nuestra parcela para apretar todos los botones del mando de mi coche. Va a la izquierda, va a la derecha, luego da media vuelta, sigue en línea recta y vuelve hasta mis pies. Y entonces aprieto un botón rojo, se detiene, el motor se apaga. Al comienzo, mis padres querían comprar dos coches de este tipo, pero les dije:

—Ah no, esperad primero a que el que tengo se averíe. Además, si se avería, llamaré a Sébastien, él sabe cómo repararlo porque hace mucho tiempo que tiene un coche así.

Y se rieron aunque a mí eso no me hiciera reír.

Cuando juego con ese coche, mamá Pauline y papá Roger están a veces detrás de mí como si quisiesen volver a ser niños y jugar conmigo. Se ponen a cuatro patas, miran como mi coche llega hasta un extremo de la parcela y regresa a mis pies. Aplauden, y yo soy muy feliz viendo que mi coche también les interesa. Por otro lado, sé que son demasiado grandes de talla para ponerse de rodillas aún y andar a cuatro patas por el polvo. Las personas mayores sólo se ponen de rodillas cuando rezan a Dios. Creo pues que si mi padre y mi madre se ponen de rodillas, no es porque quieran jugar conmigo, no es porque les guste mi coche, es sencillamente porque esperan de mí algo más, esa llave.

Puesto que ven perfectamente que soy feliz cuando juego, me preguntan:

—¿Te gusta el coche, Michel?

Como yo estoy muy concentrado porque no quiero que mi coche vaya a chocar con el mango o salga fuera donde alguien podría robármelo, respondo que sí con la cabeza, sin mirarles.

Y es papá Roger el que se inclina hacia mí:

—Michel, ahora tienes que pensar también en nosotros. Tienes que hacernos felices pues te queremos y no somos tus enemigos. ¡Jamás seremos tus enemigos! Te hemos hecho muchos regalos. Piensa que todos los niños del barrio, incluso todos los de esta ciudad, no tienen lo que tienes tú hoy. Ahora, piensa un poco en nosotros, haznos felices. ¿Lo comprendes?

Hago como si no comprendiese, sigo jugando. Mientras mamá Pauline y papá Roger no me digan claramente que soy la causa de su desgracia, me haré el idiota que no sabe nada y que espera que le hagan un buen dibujo en la pizarra.

Este domingo Lounès y yo estamos jugando, desde hace un buen rato, con el coche en un gran campo de fútbol del barrio Savon. Ni siquiera notamos el calor de este atardecer. Él ha sido el que, silbando delante de nuestra parcela, ha dicho:

—Tenemos que rodar bien tu coche, de lo contrario jamás irá muy deprisa. Vayamos al campo de fútbol de Savon, este domingo no hay partido allí.

Los dos queremos pues ver a qué velocidad es capaz de ir y cuántos minutos u horas puede aguantar. En cuanto arranca, lanzamos gritos como si fuera una carrera entre dos coches cuando sólo hay uno. Entonces me doy cuenta de que mis padres tenían razón al querer regalarme dos coches. Habríamos hecho una verdadera carrera entre Lounès y yo. No tengo ganas de pedir a Sébastien que haga una carrera conmigo, de lo contrario sabrá que ahora tengo el mismo juguete que él, y tendrá envidia de mí.

El coche ha hecho ya varias idas y vueltas. De pronto se escucha un ruido extraño como si hubiera apretado el botón de parada. Aúllo:

—¡Se ha averiado! ¡Tenemos que llevarlo a casa de mi primo!

Y como recuerdo que Sébastien no debe ver ese coche, aprieto varias veces el botón de arranque para estar seguro de que mi coche se ha averiado realmente. No se mueve. Siento pánico, lo levanto y le doy la vuelta. Tal vez sea a causa del polvo. Soplo pues encima.

—No te fatigues, no se ha averiado. Las pilas se han agotado —me dice Lounès.

Corro hacia la pequeña bolsa que he llevado conmigo, guardo el coche y saco el balón de fútbol:

—No importa que el coche ya no funcione, ahora jugaremos a fútbol. Como sólo somos dos, tiraremos penaltis, nos pondremos en aquella portería, empiezo yo.

Lounès no se mueve. Permanece plantado en medio del campo como un poste y me mira.

—¿Pero por qué no te pones en aquella portería? —le pregunto.

—No, no tengo ganas. Tú y yo no hacemos más que jugar como idiotas aquí mientras tu madre sufre. ¿Te parece eso normal? Ahora tienes que pensar en ella. Debes encontrar esa llave...

Entonces me enfado aunque jamás me enfado con él porque sé que si nos peleamos él va a ganar gracias a sus músculos, a su tamaño y a los katas superiores que aprende en el club del maestro John.

Vuelvo a guardar mi balón y tomo mi bolsa para abandonar el campo. Corre detrás de mí:

—Espera, Michel. Sólo quiero que mamá Pauline no sufra, eso es todo.

Caminamos muy deprisa sin hablarnos. Llegamos primero ante su parcela.

—¿No vienes a saludar a mis padres?

—No, otro día.

—Ven, no lo lamentarás: está Caroline...

No respondo, le tiendo la mano. Él la retiene casi durante un minuto y me dice:

—Regresa bien y no olvides cambiar las pilas de tu coche puesto que eso es lo más importante para ti.

grup62

En mi sueño voy ahora muy lejos. No soy ya el pequeño Michel que ven en este barrio. No soy ya el pequeño Michel que anda con una camisa caqui, un pantalón corto azul y sandalias de plástico. Llevo pantalones de tergal, chaquetas de lino, camisas blancas de algodón con una pajarita. Llevo también un sombrero como el del niño que sale en la película *El Chico* que Lounès me contó imitando los gestos de Charlot. Pero yo soy mayor que ese niño que fue abandonado por su madre en un coche y que va a vivir con Charlot hasta que su mamá, rica ya, lo recupere y le dé las gracias a ese padre adoptivo. Sí, soy un poco mayor, soy como quisiera ser cuando tenga veinte años.

En estos sueños llevo la cabeza muy alta, los hombros muy rectos, me respetan, me saludan, se quitan el sombrero cuando paso por la calle y hablo en lenguas distintas a nuestras lenguas. Las hablo muy bien, diríase que he nacido en los países donde me encuentro y a los que he llegado en unos pocos segundos de viaje solamente cuando se necesita uno o dos días de avión para llegar hasta allí. Si hablo chino es tal vez porque durante el día Lounès y yo hemos hablado de los chinos que construyeron el hospital Congo-Malembé en el barrio Trois-Cents. Si hablo en árabe tal vez sea porque he

oído hablar al señor Mutombo de Argelia. Si hablo las lenguas de la India tal vez sea porque Lounès me ha contado una película india en la que hay un príncipe y una princesa que molestan a un pobre campesino.

Cada noche es lo mismo: antes de cerrar los ojos, pienso en esos países lejanos. Una vez llega el sueño, me encuentro con la gente de allí y hablamos. Ellos no me preguntan de dónde vengo pues en los sueños todo el mundo es igual, por eso eres capaz de hablar en todas las lenguas de la Tierra cuando en realidad hay que aprenderlas durante años. Me duermo con una sonrisa porque sé que soy capaz de tocar el sol, la luna y las estrellas. La vida me parece fácil. Pero cuando despierto estoy triste pues soy incapaz de pronunciar una sola palabra en las lenguas que, sin embargo, conocía en mi sueño. Lo he olvidado todo, todo se ha borrado. Todo me parece lejos, muy lejos.

—He venido para ver a Arthur el Hermoso.

Estoy un poco celoso porque quisiera que Caroline hubiera dicho que es a mí a quien ha venido a ver hoy. Y lamento haberle hablado de Arthur. Ahora ella pensará demasiado en él y ya no va a mirarme como antes. Pero cuando pienso que Arthur es sólo una imagen en la cubierta de uno de los libros de mi padre, me siento tranquilo porque una imagen no puede arrebatarse la mujer a alguien. Y además Arthur está muerto ya.

Mientras entramos en casa me digo que no debo mostrarle nuestro radiocasete. Pero de todos modos tengo ganas de enseñárselo. Si lo ve, ganaré muchos puntos con respecto a Mabélé que nunca le ha enseñado un aparato así y que sólo le habla de cosas que no existen.

Salgo entonces de la habitación de mis padres con el libro *Una temporada en el infierno*. Le he dado la vuelta para ocultar a Caroline la imagen de Arthur.

—Cierra los ojos.

Ella se pone una mano en la cara. Sus dedos no están prietos unos contra otros, puede divisar lo que quiero mostrarle.

—¡Haces trampa, tápate los ojos con las dos manos!
Pone una mano sobre la otra. No puede ver nada ya.
Me acerco a ella y le digo al oído:

—Ahora puedes abrir los ojos, ¡ahí está Arthur!

Permanece primero sin decir nada unos instantes, luego me arranca el libro de las manos. Toca el rostro de Arthur con el índice derecho, olisquea el libro como si fuera comida. Pasa otro dedo por el pelo de Arthur y por sus ojos. Abre por fin una página y comienza a leer:

«Me horrorizan todos los oficios. Maestros y obreros. Todos innobles campesinos. La mano de la pluma vale lo que la mano del arado. —¡Qué siglo de manos!— Jamás tendré mi mano. Luego, la servidumbre lleva demasiado lejos. La honestidad de la mendicidad me aflige. Los criminales asquean como castrados: yo estoy intacto y eso me da igual».

—¿Qué es «la mano de la pluma»? ¿Qué es «la mano del arado»? —me pregunta.

Doy un respingo porque se hace las mismas preguntas que me hice yo la primera vez, al tocar ese libro.

No lee ya, espera mi respuesta. No puedo decirle que no lo sé porque se burlaría de mí y creería que no conozco bien a Arthur.

—De hecho, la mano de la pluma es la mano de un brujo blanco que se disfraza por la noche de pájaro para atrapar a los niños y llevarlos al infierno durante una temporada. Por eso el título es *Una temporada en el infierno*.

Mira una vez más a Arthur como si ahora le diera mucho miedo. Deja enseguida el libro sobre la mesa:

—¿Y no tienes miedo de que la mano de la pluma te lleve allí, al infierno?

—No, Arthur va a protegerme.

—¿Y «la mano del arado», entonces?

—Es la mano que tira del arado en un campo, es la mano del agricultor y, según mi tío, no hay que poner el arado delante de los bueyes.

¿Habrá adivinado que no sé de qué estoy hablando? He hablado con calma, sin vacilar ni en una palabra. En todo caso, mientras me mira con admiración, siento que el aire fresco entra en mis pulmones. Sé que acabo de ganar mil puntos. Que Mabélé no es nada ya ante mí. Soy tan feliz que recupero el libro y corro a guardarlo en la habitación de mis padres.

Vuelvo al salón con el radiocasete. La casete está ya en el aparato. Aprieto «Play». El cantante de los mostachos comienza a llorar por su árbol. Cuando la canción llega al *alter ego* y al *cabrón*, comienzo a explicar a Caroline lo que significa, pero ella dice:

—¡Shtt! ¡Cállate!

Escucha y mueve la cabeza. La canción ha terminado, aprieto la tecla «RWD», vuelve a empezar. Caroline se levanta:

—¡Baila conmigo!

—Ah no, ese tipo de canciones no se baila ni...

—¡Tengo ganas de que bailemos juntos con esa música! ¡Vamos, ven!

Y ya estoy ante ella, dejo mucho espacio entre ambos.

—¿Te doy miedo? ¿No sabes bailar o qué? Acércate más y apriétame muy fuerte.

La aprieto muy fuerte, nos movemos lentamente. Ella ha cerrado los ojos, diríase que no está ya conmigo en la casa y que viaja muy lejos, más lejos que Egipto. También yo cierro los ojos para viajar en mis pensamientos, y recuerdo el concierto que vi en el Joli Soir con Maximilien. Veo de nuevo la falda muy corta de aquella mujer que bailaba, su trasero tapando el agujero de la pared, sus largas piernas, sus grandes pechos casi fuera. Mi corazón late muy aprisa ahora. Pongo la cabeza en el pecho de Caroline como un bebé que ha acabado de beber su biberón y se duerme profundamente. Pero Caroline no tiene todavía los grandes pechos de la mujer a la que vi bailar. Siento de todos modos sus pequeños pechos. Imagino que dentro de unos años crecerán y serán como grandes papayas maduras.

Mientras bailamos y nuestros dos cuerpos se han convertido en un solo cuerpo, ella acerca su boca a mi oído:

—Michel, sigues siendo mi marido y quiero vivir en el gran castillo que hay en tu corazón.

Esas palabras hacen que mi corazón lata muy deprisa. Planeo como una cometa en el cielo. Nunca me he sentido tan feliz, ni siquiera cuando como el plato de carne de buey con habichuelas. No quiero que ese momento pase. Quiero que dure hasta el final del mundo. Siento la mano de Caroline que me toca el pelo, su boca que se acerca a mi oreja. Cierro más aún los ojos hasta que la oigo decir con su vocecita:

—Michel, ¿dónde está la llave que abre el vientre de mamá Pauline?

Abro los ojos, dejo de bailar y me aparto de ella. Corro hacia el radiocasete que está sobre la mesa y aprie-

to la tecla «STOP». Siento que la cólera se apodera de mí, casi tiemblo, pero Caroline permanece muy tranquila y prosigue:

—Yo soy tu mujer, no amo a Mabélé, ¿lo comprendes? Pero si no le das esa llave a tu madre vamos a divorciarnos de nuevo y esta vez me voy a vivir por las buenas con Mabélé.

Se ha arreglado el pelo, se ha mirado en el espejo y ha cogido su pequeño bolso.

Está ya ante la puerta cuando me dice:

—Te hablo directamente porque eres mi marido. La gente casada no debe tener secretos, deben decírselo todo. Y además, ahora tengo miedo de ti, pues si eres capaz de esconder la llave que abre el vientre de tu propia madre, seguro que el primer hijo que tengamos corre también el riesgo de cerrar mi propio vientre y esconder la llave en alguna parte, como tú has hecho. No tendré pues los dos hijos que quiero tener contigo, seré una mujer desgraciada como mamá Pauline, ¿me comprendes?

—¿Has encontrado la llave?

—Cálmate, mi pequeño Michel...

—¡Quiero esa llave hoy!

—De entrada, nunca se le dice a alguien «quiero», ¡no es cortés!

Me siento como él, de espaldas contra la pared del cementerio.

—Mi pequeño Michel, como la última vez, debes escucharme sin interrumpirme...

Pequeña-Guindilla enciende un cigarrillo, veo como su rostro desaparece tras el humo. Cuando tose diríase el motor de un viejo camión que no consigue arrancar.

Comienza a hablar con su voz muy quebrada:

—La última vez te conté como mi abuelo Massengo murió por culpa de la avidez de mi tío que había decidido matar el gallo solitario para la fiesta de año nuevo. Pues bien, después de este episodio yo tuve que abandonar la aldea para venir aquí, a Pointe-Noire, a una de las parcelas que ese abuelo había dejado. Vivía con mi otro tío que murió cuando yo tenía veinticinco años. Ese tío se llamaba Matété, sufría amnesia, una enfermedad que hace que acabemos perdiendo la memoria. Yo, el huérfano de padre y de madre, veía en él un apoyo. Su muerte me había fulminado pues vivía-

mos los dos solos, no estaba casado y no tenía hijos. Puesto que me identificaba demasiado con él, advertí que también yo había perdido la memoria justo después de su desaparición. Estaba convencido entonces de que era él quien me había transmitido su amnesia en vez de llevársela al cielo donde mi madre que estaba ya allí habría soplado sobre su frente y así le habría curado. Pero al parecer los muertos deben llegar allí arriba bien peinados, bien perfumados, en traje con chaleco para los hombres, con un vestido blanco las mujeres, y sobre todo con muy buena salud, y por eso las enfermedades se quedan en el cementerio y deciden más tarde habitar el cuerpo de algún heredero cuando el alma del difunto inicia por fin la subida de las escaleras que llevan al Paraíso. Ese desgraciado heredero fui yo. ¿Me sigues aún, mi pequeño Michel?

—Sí, te sigo...

—Como también yo me había vuelto amnésico, olvidaba ir a mi puesto de trabajo en la Compañía marítima donde era un ejecutivo, y yo contrataba a los jóvenes diplomados, sólo que no iba ya en absoluto, y cuando mis colegas de trabajo, inquietos, venían a llamar a mi puerta con insistencia para hacerme entrar en razón, les tiraba agua con guindilla a la cara. No los reconocía ya y los tomaba por enanos de jardín que pisoteaban mis pobres y pequeñas espinacas cuando lo único que me quedaba ya era precisamente cuidar mi huerto en un rincón de la parcela que mi tío había heredado de mi abuelo y yo había heredado de mi tío. Podía tolerarlo todo, pero no que sabotearan mis pobres y pequeñas espinacas que yo regaba con tanto gusto, mis pobres y pequeñas espinacas a las que me confiaba

cuando me abrumaba la pena y volvía a pensar en mi madre, en mi padre y, sobre todo, en el tío Matété que sin duda no había recobrado todavía su memoria en el cielo. Mi existencia giraba entonces alrededor de mis pobres y pequeñas espinacas: saltaba muy temprano de la cama, me aseguraba de que no había enanos de jardín que hubieran bajado de uno de los camiones de la Compañía marítima, tomaba un pico, una azada, una pala, un rastrillo y una regadera que llenaba de agua del Tchinouka. Trabajaba luego la tierra, esparcía semillas silboteando. De vez en cuando me sentaba durante todo el día en medio de mi huerto con la esperanza de ver como mis pobres y pequeñas espinacas crecían. Temía que salieran de la tierra sin que yo lo supiera. Mi vecino Maloba Pamba-Pamba se preocupaba, y cierto día se había acercado a mí con aire de compasión: «Pequeña-Guindilla, estás sentado en tu huerto desde esta mañana, y ni una sola vez te he visto imitar el augusto gesto del sembrador. ¿Qué ocurre?». Respondí: «Miro como crecen mis pobres y pequeñas espinacas». Él estaba asombrado: «¿Miras como crecen tus espinacas?». Casi salí de mis casillas: «Hay algo que me gustaría comprender: ¿por qué mis pobres y pequeñas espinacas sólo crecen cuando les he vuelto la espalda, eh? ¿A ti no te parece eso inaceptable?». Me miró, algo extrañado: «En efecto es inaceptable, Pequeña-Guindilla». Seguí: «No es normal, es incluso ingratitud por parte de esas espinacas. ¿Pero quién riega esas pobres y pequeñas espinacas, eh? ¿Pero quién se ocupa de ellas, eh? ¿Pero quién arranca las malas hierbas que les impiden crecer, a ellas, eh? ¡A mí no pueden hacerme eso! No saldré de este huerto mientras mis pobres y peque-

ñas espinacas no hayan decidido crecer ante mis ojos, aquí y ahora». El vecino Maloba Pamba-Pamba murmuró: «Mi querido Pequeña-Guindilla, seré franco contigo: creo que debes cuidarte. Hasta hoy tu situación era grave, ahora es desesperada, muy desesperada...».

Pequeña-Guindilla dejó de hablar y, cuando me mira, yo sé que está preguntándose si comprendo lo que me cuenta. Pero como me había dicho que no le interrumpiera, yo callo. Hago como si estuviera en clase y el maestro nos estuviera explicando una nueva lección. Sin embargo, tengo ganas de decirle a Pequeña-Guindilla: «Dame la llave, quiero acabar con esto hoy mismo e ir a Egipto, y crecer también». Pero no tengo que darle órdenes porque es una persona mayor aunque en su cabeza hay cosas que se mueven, canicas que chocan entre sí, tuercas que faltan desde la muerte de su tío. Si insisto demasiado en pedirle la llave sin querer primero escucharle, va a enfadarse de veras y regresaré a casa con las manos vacías. Pero si no tengo hoy la llave, querrá decir que tendré que ir a hurgar en las basuras de la ciudad mañana, pasado mañana, pasado pasado mañana y, tal vez, toda mi vida, una vida que voy a pasar en las basuras de este barrio. No quiero esa vida. De modo que le escucho, antes o después acabará callándose.

—Nanay, mi pequeño Michel, no era por gusto que yo vagabundeaba ahora del lado del río Tchinouka. Era a causa de esta amnesia, olvidarme de detenerme ante mi barraca, corría hacia ese río con la certidumbre de que era capaz de caminar sobre el agua como Jesús. Y cuando quería cruzar el río de nuestro barrio, aunque

aullaba tres veces «*alea jacta est!*», dudaba un momento porque, como si tal cosa, yo no tenía el valor de un general romano a punto de enfrentarse con Pompeyo el Grande. Podía perderse la memoria, pero había la línea roja que no debía cruzarse. Amnésico, sí. Cobarde vivo, sí. Héroe muerto, eso no. No corría pues el riesgo de caminar sobre el agua, dudaba, me imaginaba que estaba demasiado fría o demasiado contaminada por los excrementos de algunos habitantes que no tenían aseo en su casa y que aseguraban que hacer sus necesidades en el agua no era grave porque los sabios del mundo entero habían demostrado que el agua que corría no tenía microbios. Mi vecino Maloba Pamba-Pamba me buscaba por el barrio para llevarme a casa de un hechicero. Reconocía en eso que era un hombre honorable. Pero nunca llegaba hasta el río donde yo permanecía horas y horas preguntándome qué había ido a buscar en plena noche, entre perras en celo y bandidos del Gran Mercado que se repartían el botín amenazándose a golpes de destornillador. Hablaba solo, hacia grandes gestos, reía con las sombras, los personajes que me rodeaban y, por fin, reñía a los sapos que aullaban todos ellos su cólera contra mí. La amnesia había modificado mi aspecto. Iba a la izquierda, iba a la derecha y volvía a pasar varias veces por el mismo lugar sin saberlo. Puesto que daba así vueltas en redondo, como un caracol atrapado en la trampa de su propia baba, pues bien, tenía que inventar un truquito de nada, un truquito que no fuera complicado, un truquito eficaz que me evitara el vértigo: dibujaba una cruz lorenesa donde había puesto ya mis pies a fin de no tener que pasar de nuevo por allí minutos después. De ese modo la mayoría de las calle-

jas Trois-Cents, del barrio Savon y del barrio Comapon estaban marcadas con decenas y decenas de cruces lorenenses. Cuando veía en el suelo una de esas cruces, gritaba: «¡Caramba, caramba, caramba, aquí hay una cruz lorenesa! De modo que he pasado ya por aquí, tendré que pasar por otra parte donde no hayan cruces lorenenses». Y me dirigía a otra parte, pero los jóvenes bromistas se divertían ahora poniendo cruces lorenenses por todas partes. Yo las encontraba en lugares donde jamás en mi vida había puesto los pies. Me perdía cada vez más porque no era ya fácil distinguir mis propias cruces lorenenses de las de aquellos chistosos que añadían ingenio a su provocación. Dejé entonces de dibujar esas cruces y pasé más bien el tiempo borrándolas cuando no me quedaba en mi parcela cultivando el huerto. A partir de aquel momento decidieron que era verdaderamente un loco y yo lo acepté. Olvidé que tenía una casa, estaba convencido de que las calles y las basuras de esta ciudad me pertenecían, que eran mi casa. Y puesto que eran mi casa me instalé en las calles y en las basuras... Ahora vivo de ese modo mi vida, fuera, libre y lejos de los malvados. ¿Qué quieres que haga, eh? ¿Gritar a todo el mundo que me queda un fulgor de lucidez más deslumbradora que la de los hombres normales? No, no tengo tiempo, estoy agotado, no quiero oír ya nada de nadie. Me gusta mi vida, esperaré mi último día para tomar la escalera que me lleve hasta lo alto...

Levanta la cabeza y señala el cielo. También yo levanto la cabeza pero no veo la escalera que lleva a lo alto. Baja la cabeza y me tiende entonces una vieja llave. Estoy tan excitado que se la arranco de las manos.

Cuando me levanto para partir, me dice:

—¿Te vas pues para siempre? ¿No volveré a verte más?

No le oigo ya, corro. Me siento libre, también yo respiro. Tengo ganas de echar a volar. Tengo ganas de reír como nunca he reído. Mis pies apenas tocan el suelo. Pienso en Carl Lewis y corro más deprisa aún.

Cuando estoy ya lejos y sólo pienso en el momento en que voy a entregar la llave a mi madre, recuerdo de pronto que he olvidado preguntarle a Pequeña-Guindilla dos cosas importantes. Vuelvo pues sobre mis pasos y le encuentro en el mismo lugar, con la cabeza gacha aún. La levanta y me sonrío, diríase que sabía que yo iba a regresar.

—¡Ah, estás aquí otra vez!

—He olvidado preguntarte dos cosas...

—Comencemos por la primera, pequeño.

—¿Tienes aún la pequeña llave que recogiste cuando los dos buscábamos en las basuras?

—¿Qué pequeña llave?

—Aquella tan pequeña, la que abre las latas de sardinas sin cabeza fabricadas en Marruecos.

Busca en el bolsillo de su viejo abrigo y me da la pequeña llave:

—¿Qué vas a hacer con eso si te he dado ya una de verdad?

Sin reflexionar, le respondo:

—Tal vez la pequeña sea la buena, de todos modos voy a guardar las dos para no equivocarme.

—¿Y cuál es la segunda cosa que querías preguntarme?

—¿Has visto a mi Hermana-Estrella y a mi Hermana-Sin-Nombre?

Entonces no se rió.

—¡Nunca me has dicho su verdadero nombre! Me encuentro con muchas personas y si no sé su nombre no puedo saber quién es quién. Vuelve a verme en cualquier momento con los nombres de tus hermanas.

Me marcho de nuevo corriendo sin decirle adiós. Tengo miedo de que la noche me alcance aquí precisamente cuando cada fantasma regresará a su tumba para descansar tras un largo paseo por los barrios de la ciudad.

Cuando corro, oigo las dos llaves que chocan en el bolsillo de mis pantalones cortos. Su ruido me alivia el corazón. Me siento ligero, tengo aún ganas de reír fuerte, muy fuerte, como hace un rato. Pero si río la gente puede tomarme por un pequeño loco. ¿Cómo si no van a darse cuenta de que estoy contento, de que hablo solo porque en mi bolsillo llevo la felicidad de mi madre, de mi padre, y mi felicidad también?

Diviso una mujer gorda que discute con nuestro vecino el carpintero Yeza. Me inclino bien y advierto que con ellos están también mamá Pauline, papá Roger, el señor y la señora Mutombo. Cuando la gente discute con Yeza, suele ser por un asunto de ataúd. Tal vez por eso la mujer gorda está llorando y mi madre y la señora Mutombo la consuelan.

Como estoy ante la puerta de nuestra casa, no puedo ver bien lo que ocurre allí. Desde aquí, los rostros de la gente me parecen difuminados y cuando hablan diríase que las palabras no salen de sus bocas. Es como en esas películas en blanco y negro que a veces nos muestra el cura en el patio de la iglesia Saint-Jean-Bosco. En estas películas sólo se ven hombres, mujeres y niños que están de rodillas rezando. Doy unos pasos hasta el centro de la parcela y advierto que la mujer gorda que llora es la madre del aprendiz Longombé. La reconozco, ella es la que cada vez va a pedir dinero a su hijo ante el taller del señor Mutombo. Me digo entonces: Ya está, el aprendiz Longombé se ha muerto. Y comienzo a pensar cómo le gustaba reír cuando yo iba al taller. Y cómo tomaba los pantalones de mi padre o mi camisa desgarrada para repararlos. No voy a permanecer de pie en medio de la parcela. Quiero saberlo todo.

Y aquí estoy ante la parcela de Yeza. Mi madre acaba de descubrirme y me grita:

—¡Michel, no te quedes ahí, entra en la casa!

La madre de Longombé no está de acuerdo.

—Pauline, puede quedarse, mi hijo le quería mucho.

Entro en la parcela, me acerco un poco más a aquel grupito triste. Me entero de que Longombé ha sido atropellado por un coche en el barrio Bloc 55. El coche en cuestión no tenía ya frenos y ha ido a chocar contra un poste eléctrico tras haber aplastado al aprendiz. El conductor ha huido, no lo encontrarán si va a vivir en la maleza donde se ocultan la mayoría de nuestros bandidos y donde la policía no va nunca.

La madre de Longombé aúlla que no es posible que un joven como su hijo muera, los viejos deben morir antes que los jóvenes.

—¿Por qué ese coche no me ha atropellado a mí? ¿Es pura brujería?

Según ella, Longombé fue hechizado por alguien y no es culpa del conductor al que deben dejar tranquilo, porque el accidente ha ocurrido ante la vieja tienda del senegalés Ousmane.

Y no hace más que aullar:

—¡El culpable es Ousmane, no el conductor! Ousmane ha utilizado su espejo mágico para sacrificar a mi hijo y hacer muchos beneficios en su tienda.

Pero, si recuerdo bien, Ousmane no es ya un comerciante en el barrio Bloc 55. Vendió su tienda y abrió otra en el Gran Mercado. ¿Cómo puede hacer aún su espejo mágico cuando el que compró su tienda es un congoleño?

Diríase que la madre de Longombé ha comprendido mis pensamientos. Le oigo explicar a los demás:

—Sí, querrán hacerme creer que Ousmane no tiene ya su tienda en el Bloc 55. ¡Van a decirme que la vendió! ¡Y un huevo! ¿Creéis que voy a tragarme eso? ¿Acaso soy idiota? La muerte de mi hijo es un buen negocio para ese comerciante porque yo sólo tenía ese hijo. Y son los hijos únicos los que, en este país, piden los hechiceros como sacrificio. ¿Creéis que este accidente se ha producido por casualidad? ¡No! ¡No! ¡No! ¡El senegalés Ousmane está detrás de todo eso! Cuando vendió su tienda a un congoleño, también le vendió un pedazo de su espejo mágico. ¡Los dos están asociados! Y hay que alimentar cada vez ese espejo mágico con sangre humana para tener más clientes aún. El congoleño que tiene esa tienda es su cómplice directo, por la noche, cuando todo el mundo duerme, se reparten los beneficios y ellos deciden qué niño sacrificar en esta ciudad. Pauline, ten cuidado, algún día pueden quitarte también a tu hijo.

Cuenta que cuando Longombé cruzaba la calle ante el bar del congoleño, creía que el coche que venía de la derecha estaba muy lejos cuando estaba sólo a un metro de él. ¡Y paf! Mientras habla recuerdo enseguida esa historia del espejo mágico cuando íbamos a la escuela con Caroline y nuestros padres nos aconsejaban que no pasáramos ante la tienda de Ousmane. A nosotros nos habrían atropellado también los coches por culpa del espejo mágico de Ousmane.

Discuten ahora el precio del ataúd.

Yeza quiere mucho dinero, demasiado. Le suplican que baje el precio. Le dicen que la madre de Longombé

es muy pobre, que no tiene marido, que éste huyó al nacer Longombé. El carpintero escucha compasivo. Tengo la impresión de que va a llorar. Saca incluso un pañuelo y se seca una lágrima antes de decir:

—No, lo siento mucho, no puedo bajar la tarifa del ataúd. Hago ya un buen precio, las tablas cuestan muy caras ahora. Vayan a preguntar a los otros carpinteros el precio de un ataúd y ya verán.

Puesto que el señor Mutombo y mi padre no consiguen convencerle, sacan entonces dinero y empiezan a contarlo. El carpintero mira todo eso con los ojos de goloso que tiene la tenia. Su cabeza se mueve de arriba abajo cada vez que sacan un billete de la cartera para dejarlo en la mesa de bambú que está en mitad de la parcela. Le han entregado mucho dinero, lo ha tomado y se lo ha metido todo en el bolsillo con una sonrisita que me enoja. Pero hele aquí sacando de nuevo el dinero de su bolsillo, dejándolo otra vez en la mesa y contándolo como si no tuviese confianza en el señor Mutombo y en mi padre.

Todo el grupo abandona la parcela. El carpintero entra en su taller y se oye ahora el ruido de la sierra que corta las tablas.

Mamá Pauline se acerca a mí y se inclina un poco para hablarme sin que los demás escuchen:

—Michel, esta noche dormirás solo en casa. Tu padre y yo vamos al velorio. No olvides poner tu mosquitera y apagar la lámpara cuando te duermas.

Me estrecha con fuerza en sus brazos, me da un beso. Es la primera vez que me estrecha así y que recibo de ella un beso. Me ha mojado las mejillas con sus lágrimas. Si mamá Pauline tiene lágrimas que brotan es

que se siente realmente muy desgraciada y que ya no puede más. Pero yo no quiero que sea desgraciada. Sé que no es por la muerte de Longombé que esas lágrimas brotan de los ojos de mi madre. Lloro por otra cosa. Me ha dicho a menudo que cuando alguien derrama lágrimas por un muerto que no es de su familia es que imagina sus propias desgracias. Pero yo no pienso en mis desgracias, vuelvo a pensar, más bien, en cómo reía Longombé en el taller, en cómo miraba a las mujeres que se desnudaban ante él para que les tomara las medidas. Y cuando vuelvo a ver todo eso en mi cabeza siento que una hormiga entra en mis ojos.

Abro mis brazos para que mi madre me bese una vez más pues no sé si volverá a abrazarme algún día o si tendré que esperar la muerte de alguien en esta ciudad. Se inclina mucho para llegar a mi altura. No tengo voz ya, no sé ya qué decir para calmarla, para que no llore el cuerpo de Longombé pensando en sus propias desgracias.

Puesto que mi boca está pegada a su oreja, le susurro:

—Mamá, tengo algo para ti...

Saco la llave y se la enseño, ella la toma enseguida y empieza a llorar muy fuerte. Los demás, al oírla, piensan que llora a causa de la muerte de Longombé.

Me siento aliviado ahora, y espero que llegue un niño a nuestra casa. Preferentemente una niña.

Veo al señor Mutombo, a la señora Mutombo, a mamá Pauline y a papá Roger alejándose con la madre de Longombé y alguna gente del barrio que se les ha

unido. Mi madre se vuelve de vez en cuando para mirarme. Papá Roger también. Los dos acaban de hablar y tengo la impresión de que mi padre se ha metido en el bolsillo la llave que le he entregado a mamá Pauline. Puedo adivinarlo desde aquí porque se toca sin cesar el bolsillo, diríase que tiene miedo de que esta llave desaparezca. También yo hago como él, toco el bolsillo de mis pantalones cortos y noto que hay todavía una llave dentro, la pequeña llave que abre las latas de sardinas sin cabeza fabricadas en Marruecos.

grup62

Es la primera vez que me encuentro con Caroline a orillas del río Tchinouka. Yo le he pedido que me siga hasta aquí, he pasado delante de su casa y he silbado tres veces. Tenía miedo de que fuera Lounès el que saliera de la casa, pero también sabía que él no estaba allí, que se había marchado al centro con su padre para comprar telas. De modo que la víspera, cuando me comunicó que saldría con el señor Mutombo, me dije: Tengo que ver a Caroline, es muy importante.

Al tercer silbido Caroline ha salido enseguida de su casa. Estaba descalza delante de la puerta. Me ha hecho una señal para que esperara y ha vuelto al interior de la casa. ¿Qué había ido a buscar allí dentro?

Ha regresado unos minutos más tarde bien arreglada, con un vestido azul, zapatos blancos y un fular rojo. Me he sentido un poco sucio con mis pantalones azules demasiado cortos y mi camisa marrón que su padre cosió hace dos años. No me había peinado diríase alguien que acababa de salir de su cama.

Caroline ha mirado mis pies: mis sandalias de plástico estaban algo gastadas.

—¿Adónde vamos así?

—Al río.

Ella quería que fuéramos a pasear al centro, he dicho que no porque está demasiado lejos y hay que tomar un autobús. Además, en el centro podíamos encontrarnos con el señor Mutombo y Lounès. Sin contar con que tengo también miedo de los accidentes con estos autobuses que corren demasiado y no se paran cuando los semáforos están rojos.

Hemos caminado en silencio. Me parecía que Caroline no iba deprisa. Entonces aflojaba el paso, la esperaba, ella me daba la mano, yo la tomaba y hemos seguido nuestro camino, sin hablar aún, hasta el río.

—Michel, ¿qué hemos venido a buscar aquí? No me gusta este río, hiede, y además está el ruido de los sapos. ¿No sabes que los sapos son diablos? Parece que son gigantes malvados que están muertos y se han transformado en sapos.

Oigo el ruido de un avión. Sólo distingo su ala, lo demás está bien escondido en una gran nube oscura. No quiero adivinar a qué país va y cuál es el nombre de la capital del país en cuestión. Pienso más bien en el año que viene. Tal vez tenga en el bolsillo mi certificado de estudios y vaya al instituto de las Trois-Glorieuses. Tomaré el tren obrero con mis compañeros. Estaré en sexto, pero Lounès estará en la clase de los mayores, en cuarto. Voy a aprender cosas complicadas sin miedo a volverme loco como Pequeña-Guindilla, Athena o El Mango. Seré un hombrecito con pelo creciendo en el mentón y ahí dentro, en mis pantalones. Caminaré más deprisa que ahora porque tendré piernas muy musculosas. Mi voz va a cambiar, no será ya aguda y cuando me

ría la gente dirá: Cuidado, el que está riéndose es un hombre, no un niño de la escuela primaria de los Trois-Martyrs donde entra el agua en la clase cuando llueve.

Caroline me sacude:

—Michel, ¿estás soñando o qué?

—Pensaba en el año próximo cuando vaya al instituto.

—¿Ya has encontrado la llave de tu madre?

Afirmo con la cabeza. Cuando hacía ya un rato que estábamos sentados, se levanta de pronto y me sonrío.

—¿Dónde está esa llave? ¿Puedo verla yo también?

—Ya se la he dado a mi madre.

Saco de mi bolsillo un papelito y se lo entrego. Lo despliega y descubre el poema que hace mucho tiempo que le escribí. Sus labios se mueven, sus ojos se humedecen. Pero no me dice lo que hay en su cabeza. Yo sé que le gusta ese poema aunque no sea como el poema de Victor Hugo que su hermano me había recitado una vez.

Vuelve a doblar la hoja y la esconde en un bolsillo de su vestido. En ese momento saco yo de mi bolsillo la pequeña llave que abre las latas de sardinas sin cabeza fabricadas en Marruecos:

—Ten, eso es también para ti. Guárdala bien. Sé que la necesitarás algún día para abrir tu vientre.

Tiene una hormiga en los ojos y yo siento que el corazón me cae en el vientre. Estoy realmente enamorado.

Ella dice que me levante y me toma en sus brazos.

—¿Sigues queriendo tener dos hijos conmigo?

—Claro.

—Te amo, Michel.

—También yo te amo y...

—¿Cómo me amas?

—Como el coche rojo de cinco plazas que tendremos.

—Y también el perrito blanco, ¡no lo olvides!

Sopla el viento y agita el río. Tal vez va a llover. Caroline me toma de la mano y abandonamos el río. La acompañaré hasta su casa, luego volveré a la mía, mamá Pauline prepara un plato de carne de buey con habichuelas para esta noche.

grup62

No hago más que pensar en el pobre Longombé al que enterramos hace una semana. Le recuerdo al fondo del taller del señor Mutombo. Sus gestos son ahora difusos porque no está ya en este mundo. Imagino entonces para él una larga carretera con hierba a ambos lados. Es la carretera que se toma para venir al mundo y es también la que vuelve a tomarse el día de la muerte. Cuando se acaba de nacer y te cruzas con una persona que la toma en sentido contrario, significa que está muerta ya y que su fantasma regresa al barrio para asistir primero a su entierro, recoger luego sus cosas antes de desaparecer definitivamente de esta Tierra.

Yo busco otra carretera, mi carretera de la felicidad, la que tomaré descalzo, a pleno sol, aunque el asfalto me quemé. Llegaré lejos, muy lejos, donde todas las carreteras del mundo se cruzan, donde se encuentra gente que nos ha abandonado y que no tienen ya el mismo rostro como cuando nos conocimos en la Tierra. Debo guardar bien esta carretera en mi cabeza, no quiero que no exista ya cuando yo sea mayor sino voy a perderme entre gente malvada que no me quiere y que intenta hacerme daño.

Por esta carretera andaré entonces como los cangrejos que se pasean por la arena de nuestra Costa salvaje:

creemos que van a ir a la izquierda, dan media vuelta, se detienen sin saber por qué, dan vueltas en redondo, y vuelven a salir a toda prisa hacia la derecha antes de regresar a la izquierda. Pero lo que me gusta de los cangrejos es que saben siempre adonde van a ir, y acaban llegando antes o después aunque tengan varias patas que no están nunca de acuerdo entre sí y no dejan de pelearse por el camino. Cuando tome esta carretera de la felicidad sabré entonces que he crecido por fin, que tengo ahora veinte años. Tal vez esté rodeado de hermanas y hermanos. Miraré un rato a mamá Pauline que sonríe mientras papá Roger escucha la voz de América o al cantante de los mostachos que llora a su compañera la encina, su *alter ego* del que nunca hubiera debido apartar los ojos.

Este libro se terminó de imprimir
en Barcelona en septiembre
de 2011.

grupo62



grup62

**La educación sentimental de un niño
que crece en el Congo en una auténtica
colmena de historias de amor.**

Pointe-Noire, capital económica del Congo, durante los años 1970. El narrador, Michel, es un niño de unos diez años que hace su aprendizaje de la vida, de la amistad y del amor, mientras el Congo vive su primer decenio de independencia bajo la égida del «inmortal Marien Ngouabi», carismático jefe marxista. Los episodios de una crónica familiar truculenta y alegre se suceden, con sus situaciones burlescas, sus personajes de gran colorido: el padre adoptivo de Michel, recepcionista en el hotel Victory Palace; mamá Pauline, a la que a veces le cuesta educar a su turbulento hijo único; el tío René, bocazas, rico y sin embargo oportunamente comunista; el amigo Lounès, cuya hermana Caroline provoca en Michel una furiosa agitación de hormonas, y muchos más. Pero he aquí que a Michel le acusan, tal vez con razón, de poseer ciertos sortilegios...

Al hilo de un juguetón relato, Alain Mabanckou nos ofrece una especie de *Con la vida por delante* a la africana. Las historias de amor ocupan aquí el mayor lugar, con atractivos personajes de muchachas y mujeres. La lengua que Mabanckou presta a su narrador es alegre, llena de imágenes chuscas, y su falsa ingenuidad hace maravillas.

ISBN 978-84-15325-04-8



9 788415 325048



COLECCIÓN CASA ÁFRICA